LA IZQUIERDA FENG-SHUI

Cuando la ciencia y la razón dejaron de ser progres

MAURICIO-JOSÉ SCHWARZ

Prólogo de J. M. MULET



Mauricio-José Schwarz arremete en este libro contra las nuevas tendencias de cierto pensamiento progresista, y se pregunta cómo es posible que un sector de la izquierda política se haya apartado tanto del camino de la razón y el conocimiento que le dieron origen en el siglo XVIII, como para asumir la visión mística del *new age*, el rechazo a la ciencia, el relativismo postmoderno, las teorías de la conspiración más descabelladas (muchas de ellas nacidas en la derecha) y otras creencias y prácticas extravagantes.

La izquierda feng-shui hace un recorrido histórico por los caminos que van desde la Ilustración y la revolución francesa hasta los conceptos de postverdad y «hechos alternativos», y se detiene en algunas de las creencias comunes de esta «izquierda esotérica» enfrentadas al conocimiento científico, los hechos y los datos. Desde su propia postura de izquierda, exhibe los peligros y problemas que conllevan la confianza en supuestas terapias alternativas, la lucha contra la medicina y las vacunas, el movimiento antitransgénicos y creencias como la de los chemtrails, los Illuminati y la quimiofobia.

Mauricio-José Schwarz

La izquierda feng-shui

Cuando la ciencia y la razón dejaron de ser progres

ePub r1.0
Titivillus 26.01.2020

Diseño de la cubierta: J. Mauricio Restrepo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

I haven’t prayed since God knows when,
my teeth are un-American,
socialism’s orphan child,
unimpressed, unreconciled,
some people think I’m crazy, but I’m not.
Here comes the flood.

(No he rezado desde dios sabe cuándo,
mis dientes son malos estadounidenses,
soy el hijo huérfano del socialismo,
ni impresionado ni reconciliado,
algunos creen que estoy loco, pero no.
Aquí viene la inundación.)

De *Here Comes the Flood*
por OYSTERBAND (letra de IAN TELFER)

Nota del editor

Este libro no ha sido pagado por, ni ha recibido financiamiento de:

- Monsanto
- La industria farmacéutica
- La CIA
- Las compañías de telefonía móvil
- Coca-Cola
- Los *illuminati*
- Kim Jong-un
- El cártel ganadero global
- El Club Bilderberg
- La industria nuclear
- Nestlé
- La Protectora de Perros de Bastardo (Umbría, Italia)
- La industria petrolera
- El capital financiero internacional
- Rolls-Royce
- McDonald’s
- Los masones
- Greenpeace
- La industria panificadora
- El IBEX 35
- Los reptilianos
- Monsanto (por si no quedó claro)
- Cualquier otra organización, empresa o grupo de presión

Este libro, que sepamos, está libre de gluten.

Prólogo

de J. M. Mulet

Recibo un correo electrónico de Mauricio, lo cual de por sí es una noticia ya que normalmente nos comunicamos por mensajes directos en Twitter. Me pide que le haga el favor de prologarle su próxima obra. Para animarme, esboza unas breves pinceladas del tema: la historia de la izquierda feng-shui, desde la Contrailustración hasta el *new age* y la actualidad. Me pregunta si quiero ver el manuscrito para situarme y, educadamente, manifiesta que entiende lo apretado de mi agenda y que no pasa nada si declino la oferta. A ver, esto es un ejemplo de petición que no puedes rechazar, al estilo de las que salen en *El padrino*, pero sin cabezas de caballo cortadas de por medio. ¡Cómo negarme si la simple idea de que Mauricio escriba un libro sobre ese tema ya excita mis neuronas y me activa las glándulas salivales!

Mauricio-José Schwarz acuñó el término «izquierda feng-shui» en un tuit del año 2010, como recuerda un artículo de Kristin Suleng publicado en el suplemento *BuenaVida* de *El País* en mayo de 2016. Este término tiene la virtud de hacer una definición precisa de un concepto muy amplio en pocos caracteres, lo que explica su éxito. Debo admitir que yo mismo lo he utilizado con profusión.

No he querido leer el manuscrito porque deseo escribir este prólogo en las mismas condiciones que cualquier persona que inicie la lectura del libro, no quiero jugar con ventaja. Conozco una gran parte de la obra de Mauricio-José Schwarz, tanto la publicada en prensa como en los varios blogs que escribe o ha escrito. Si alguna cosa hay que destacar de él es su meticulosidad a la hora de documentarse y lo entretenido que resulta leerle. Y no lo digo por decir. En su libro *¡Ellos fueron!* recopiló semblanzas biográficas de científicos distinguidos. Debido a mi deformación profesional, leí el libro con la lupa escéptica de quienes esperan encontrar algún error y fui incapaz, incluso en temas que me son muy cercanos. No sólo eso, sino que aprendí cosas y conocí a científicos hasta ese momento desconocidos para mí. Por eso mismo pienso

que la autoría de Mauricio garantiza que todo lo que encontrará el lector, esté de acuerdo o no, le sorprenda más o menos, será cierto y estará rigurosamente documentado. Y lo más importante, encontrará explicaciones a muchos de los problemas, circunstancias y actitudes de la izquierda actual, responsables, en parte, de su declive en muchos países.

A la derecha, tradicional aliada de los sectores más religiosos, siempre se le ha supuesto una cuota de pensamiento irracional y mágico motivada precisamente por la influencia religiosa. Así, en un país supuestamente aconfesional como España, es bastante frecuente ver a representantes políticos acudir de forma oficial a actos religiosos, el financiamiento público de la religión o que advocaciones e imágenes religiosas reciban honores y distinciones oficiales. En el último medio siglo hemos visto cómo la izquierda sigue evitando la religiosidad oficial, pero en cambio abraza ideas absolutamente irracionales y desprovistas de base científica. Así, en los programas electorales de partidos de izquierda se encuentran propuestas a favor de las terapias alternativas, ayuntamientos que se declaran libres de transgénicos o de glifosato —o bien organizan charlas de personajes que dicen curar el ébola con hierbas mágicas—, *consellers* que hacen construir comisarías de los Mossos d’Esquadra según los preceptos del feng-shui o líderes de Izquierda Unida que se entrevistan con monjas antivacunas… ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Si uno lee los escritos de Marx, Engels, Trotsky o incluso de los padres de la lucha obrera en España, como Anselmo Lorenzo, encontrará un absoluto racionalismo, confianza en la ciencia y en el positivismo y ninguna concesión a la superstición o al pensamiento mágico. Sin embargo, hemos llegado al punto de ver que un movimiento social como el 15M organizaba una danza del sol, algo que nos hace exclamar: «¡Colega, ¿dónde está mi izquierda?!». Pues para saber cómo se perdió esa izquierda, nada mejor que este libro.

Introducción

Cura en salud

Existe un pudor enorme por criticar a la izquierda desde la izquierda. En el siglo pasado, que me tocó vivir ampliamente, era mal visto que alguien de izquierda criticara, por ejemplo, la invasión soviética a Checoslovaquia de 1968, la persecución a homosexuales en Cuba hasta bien entrada la década de 1990 o la Revolución Cultural china, que entre 1966 y 1976 no sólo mató a más de un millón de personas (o hasta diez millones, según algunas fuentes) y encarceló a muchos millones más, sino que también hizo retroceder horriblemente toda la ciencia de ese país. Que sí, de puertas para adentro, algunos podían reconocer que se trataba de barbaridades, de expresiones de autoritarismo y de cancelación de libertades, que estábamos ante acciones «no muy de izquierda». Pero, en primer lugar, admitirlo públicamente era «darle armas al enemigo», es decir, justificar las críticas de los adversarios ideológicos y, en segundo lugar, siempre había a mano en los grupos de izquierda un teórico que podía ofrecer algún argumento retórico jesuítico para justificar cualquier cosa, desde los gulags o las matanzas de Pol Pot hasta el hecho de que la poderosa industria soviética fuera incapaz de fabricar televisores que no estallaran, por decir algo. (En 1987 se calculaba que el 60 % de todos los incendios domésticos de Moscú estaban causados por explosiones de televisores.[1] Y, para colmo, no era posible armar un escándalo como el que se montó cuando, en 2016, algo más de cien teléfonos móviles Samsung estallaron, lo cual obligó a la empresa a retirar del mercado más de un millón de aparatos, encontrar el problema y resolverlo, con un coste de cinco mil millones de dólares y un montón de clientes que no volverán a comprar esa marca.)

Pero ese dejar ser, dejar pasar no resultó una estrategia muy astuta. Ni muy moral, sobre todo.

Por un lado, si se asume como práctica, fingir ignorancia puede convertir a una persona en cómplice de cosas que ciertamente hallaría inaceptables si le

ocurrieran a ella misma o a sus vecinos (digamos, de la falta de libertad de expresión o de movimiento transfronterizo). Por otro, se comete el imperdonable error de dejarle toda la crítica de la izquierda a quienes la hacen desde la derecha, lo que suele significar que se ejerce con menos buena fe y aún peores intenciones, incluso cuando se basa en razones sólidas. Sobre todo si se ocupa de ello —y lo hace continuamente— la derecha extrema, delirante y menos propensa a ajustarse a los hechos. No deja de ser curioso que la izquierda comunista haya elevado a la calidad de dogma social la «autocrítica» de los individuos de sus sociedades y de los disidentes de sus partidos, pero haya sido tan peculiarmente reacia a hacer la autocrítica de sus gobernantes, sistemas, procedimientos y, sobre todo, resultados. Y aquí no puedo sino recordar a un viejo amigo estalinista que, cuando había conflictos entre correligionarios en la universidad, se acercaba amablemente a uno y le decía: «Ven, vamos a hacerte tu autocrítica entre todos». Y sí, entre todos te hacían una «autocrítica» feroz, desde por tus desviaciones ideológicas hasta por echar un polvo con alguien políticamente inaceptable. Sin embargo, mi amigo estalinista nunca hizo la suya propia.

Por tanto, la crítica de la izquierda desde la izquierda parece necesaria. Sobre todo cuando asume una militancia en pro de la superstición, contra la ciencia, el conocimiento, la inteligencia, los datos y el sentido común mismo, no por motivos filosóficos o epistemológicos sujetos a larguísimos análisis críticos, sino porque funciona. Los aviones vuelan, internet funciona, los antibióticos curan, las tostadoras tuestan pan y no salen volando, las guitarras eléctricas suenan como deben y los eclipses acontecen según lo previsto. Funciona.

Algo más: casi todos los científicos que he conocido a lo largo de mi vida (y he estado rodeado de ellos porque me he dedicado a la divulgación de la ciencia como eje de mi actividad periodística desde muy joven) en Estados Unidos, Gran Bretaña, México, Argentina y, sobre todo, España son de izquierda. De alguna de sus variantes, de cualquiera de las posiciones siempre en pugna de esta muy diversa tendencia, pero claramente de izquierda. Su trabajo, consideran, sirve a la gente, por eso votan a la izquierda y simpatizan con movimientos sociales en favor de la igualdad de derechos y oportunidades, la justicia y la mejoría de las condiciones de los menos favorecidos en cualquier sociedad, mientras que son contrarios a la discriminación de minorías o de mayorías. No pocos participan en organizaciones no gubernamentales diversas, como voluntarios o donadores.

Suelen también dar charlas sin más compensación que el gusto de difundir el conocimiento y cómo se obtiene.

Y todos ellos, por supuesto, salvo alguna excepción, se oponen a la visión mística, esotérica, anticiencia, antiintelectual y francamente cerrada de ciertos espacios de la ideología política, del ecologismo militante (distinto de la disciplina biológica de la ecología), del animalismo, del alternativismo científico, de la seudomedicina y el pensamiento posmoderno, del abordaje de la izquierda por parte de la irracionalidad.

Mal servicio les hace a ellos, científicos dedicados, que una parte de la izquierda, organizada y con gran presencia social, ocupe parte de su tiempo y activismo en la denigración de la labor científica y la promoción de supersticiones disparatadas. Sin contar, claro, las contradicciones que implica denunciar la modernidad y la ciencia utilizando, por ejemplo, internet. Y peor servicio hacen los pocos —muy pocos, pero muy ruidosos— científicos que rinden su formación científica a la ideología y acuden a los argumentos del activismo para defender visiones alternativas y anticientíficas, desde la homeopatía hasta los transgénicos, desde las conspiraciones hasta el misticismo.

Por supuesto, en algunos espacios de la derecha más cerril (para ser justos no hay que generalizar) se escuchan ideas enormemente preocupantes por su antiintelectualismo y su celebración de la ignorancia, con frecuencia acompañadas de una visión paranoica, conspirativa y delirante. Los negacionistas del cambio climático antropogénico aseguran que las mediciones de la temperatura terrestre han sido alteradas intencionada y fraudulentamente por científicos de izquierda que atienden a las órdenes de *lobbies* igualmente siniestros, como el de Hollywood o el Partido Demócrata estadounidense, todos los cuales, al fin y al cabo, son peligrosos comunistas estrechamente unidos en una conspiración contra… algo. Otros, como Donald Trump, investido presidente de Estados Unidos en enero de 2017, prefieren creer que este fenómeno es un bulo inventado por «los chinos» —aunque no explican cómo es que esos aviesos orientales han logrado que más del 97 % de los meteorólogos estadounidenses mantengan el consenso de que el calentamiento global existe y que una de sus causas es la actividad humana, por lo cual es antropogénico—.[2] Y ni siquiera tienen que justificarlo, su gente lo acepta sin explicaciones.

Dar credibilidad a lo que confirma nuestras creencias, ajustarnos a las opiniones de nuestro entorno (familiar, social, laboral, ideológico, futbolístico), rechazar cuanto digan aquellos a los que identificamos como

enemigos y actuar de modo tribal, irracional y simplista no son fenómenos propios de una u otra ideología. Son, según los psicólogos, rasgos propios de la naturaleza humana, de la forma en que llegamos a ciertos juicios rápidos y, con gran frecuencia, equivocados. Así ocurre en el sesgo de confirmación, nuestra tendencia a dar más valor a los datos que confirman lo que ya creemos y a despreciar los que nos contradicen, o el sesgo de falso consenso, que nos hace creer que nuestras ideas, valores y creencias son compartidos por mucha más gente de la que realmente lo hace (y luego nos sorprendemos de que la ciudadanía no vote masivamente a la izquierda, si somos tan buenos y tenemos toda la razón).

En parte gracias a los sesgos cognitivos y al uso de falacias argumentales —es decir, razonamientos que parecen válidos pero no lo son—, un líder carismático y convincente puede enviar cualquier mensaje, por absurdo que parezca, sabiendo que su público de adeptos lo aceptará a ciegas o bien simplemente lo dejará de lado como un fallo menor de su líder que no merece mayor atención.

Las ideologías de extrema derecha tienen muchas y muy preocupantes creencias a contracorriente de los conocimientos que la ciencia ha acumulado desde los inicios de la Revolución científica en el siglo XVI. Creen en la superioridad de una raza sobre otra, aunque la misma idea de «raza» ha sido ya abandonada en favor de otras categorías de población basadas en datos genéticos reales. Creen que la mujer es inferior al hombre, que la homosexualidad es antinatural o que el abuso de los poderosos contra los débiles es, por contra, perfectamente natural. Creen hasta los extremos de la ultraderecha religiosa, que llega a defender la lectura literal de la Biblia y afirma que la Tierra fue creada hace menos de diez mil años. Y son capaces, con esta idea, de gastarse casi cien millones de dólares en un Museo de la Ciencia de la Creación en Petersburg (Kentucky), un lujoso edificio de 7.000 m^2 promovido por el fundamentalista australiano-estadounidense Ken Ham que ofrece salas donde se ve a humanos que conviven con los dinosaurios, como en *Los Picapiedra*, o una reproducción del arca de Noé donde un muñeco animatrónico, como los que se ven en Disneylandia, representa al patriarca bíblico y responde a las dudas teológicas del público sobre el diluvio universal y la logística de la colosal operación de salvamento de animales que supuestamente emprendió.

Esa posición contraria a la ciencia y basada en sesgos cognitivos y falacias argumentales, el desprecio a los hechos y esta sospecha de que el conocimiento es un truco del enemigo para perjudicarnos la asume la

izquierda cuando declara que su municipio está libre de transgénicos; pide la retirada de las antenas de telefonía o de los sistemas de internet vía wifi; exige espacios sin químicos; solicita que se estudie Psicología Transpersonal en los bachilleratos; decide retirar un producto de jardinería para sustituirlo por otra opción más costosa, menos eficaz y más tóxica para el personal que la aplica y para los ciudadanos; realiza una reforma constitucional que considera a la Madre Tierra como sujeto de derechos a la misma altura que un niño de carne y hueso; propone que se use el reiki como terapia en los hospitales públicos; exige que se retiren vacunas sin dar ninguna base científica para ello; promueve el pánico contra productos demostradamente inocuos; demanda reconocimiento sin necesidad de pruebas para diversas terapias fantasiosas o enfermedades de dudosa caracterización; o bien rechaza los datos, los estudios, los hechos y los consensos de la ciencia.

Esta posición de una buena parte de la izquierda es absolutamente bienintencionada, son personas con una nobleza al menos tan grande como su capacidad para tener fe en afirmaciones descabelladas y una convicción tan inamovible como carente de bases en la realidad. Consideran que esas acciones, entre otras, son parte de su lucha por la igualdad, la justicia, la protección de los más desfavorecidos ante la voracidad de los poderosos y la rebeldía ante un sistema cuya imperfección es más que evidente y cuya maldad intrínseca encuentran imposible poner en duda.

Detrás de este tipo de actitudes y posiciones está la idea central de que la ciencia y sus conocimientos no son de fiar ni pueden traer nada bueno. Que los resultados obtenidos mediante el uso del método científico son, en realidad, producto de la ideología dominante o del capricho de hombres y mujeres que, en laboratorios secretos, actúan como siervos del poder para atender las necesidades y deseos de los malvados que controlan el mundo dentro de una vasta y siniestra conspiración.

Exactamente igual que la derecha anticiencia.

La que he llamado «izquierda feng-shui» es una especie de caricatura de las causas más nobles, de luchas razonables y de asuntos a todas luces relevantes. Es la izquierda que renuncia, cuando le conviene, a la idea de que el universo es material y naturalista, y adopta en cambio la visión *new age* de un universo que la ciencia es incapaz de explicar, para defender a la población contra amenazas fantasiosas, negando hechos y apuntándose a todo lo que parezca lucha social sin cuestionarla.

No es toda la izquierda, por supuesto, pero tampoco es demasiado minoritaria ni despreciable, sobre todo cuando tiene el eco de muchos medios

de comunicación, de los muy marginales a los más populares. Y dado que algunos de los problemas que pretende abordar desde la ideología pura y simple son enormemente complicados y llenos de aristas, opta por eludir su complejidad sustituyéndola por un simplismo a prueba de bombas, por una negativa al matiz, por un rechazo profundo a la valoración de la realidad en términos objetivos.

Decir «no a los conservantes alimentarios», por poner un ejemplo, resulta mucho más sencillo que afirmar que «es necesario determinar con estudios rigurosos los riesgos y beneficios, defectos y virtudes de cada uno de los diferentes conservantes alimentarios que se conocen, además de valorar la influencia económica y política que pueden tener algunas empresas, a fin de poder decidir si alguno de esos conservantes debería ser retirado del mercado, si se debe cambiar la legislación para que otras empresas e instituciones puedan desarrollar otros conservantes, y valorar cuidadosamente las posibilidades y limitaciones reales de la tecnología, así como su posible evolución en el futuro».

Además de ser farragoso y complejo, además de exigir el manejo de conocimientos bastante amplios de biología, economía, nutrición, medicina y otras disciplinas, ese rollo no cabe en una pancarta. Y repetirlo como consigna le deja a uno la garganta destrozada, sin contar con que tiene algo de trabalenguas.

El esquema se repite: causa razonable-caricatura simplona. La conciencia ecológica con bases científicas —capaz de matizar, evolucionar y plantearse el escenario completo de los desafíos que plantea el cuidado de nuestro entorno y del equilibrio ecológico al tiempo que explotamos racionalmente los recursos del planeta con objeto de mejorar la vida, sobre todo la de los más desfavorecidos (ésa es la piedra angular de la izquierda)— contra la militancia prohibicionista y anticientífica del ecologismo político que rechaza toda utilización de los recursos naturales. La preocupación por la ética de la investigación y la comercialización de los medicamentos —con una sana exigencia de transparencia y la lucha de organizaciones de consumidores y profesionales por garantizar una mayor seguridad al tiempo que se sigue mejorando la calidad y duración de la vida humana— frente a una paranoia que rechaza a toda la industria médico-farmacéutica hasta el punto de negarse a disfrutar de sus beneficios y despreciar los métodos utilizados para llegar a sus conocimientos. La necesaria crítica a los modelos de comercialización y producción que eluden el control de los Estados y a la publicidad engañosa ante al rechazo de todos los productos y servicios, sobre todo de unas pocas

empresas cuyo nombre se ha identificado con el mal sin debate posible. La lucha por disponer de mejores reglamentaciones para garantizar la seguridad alimentaria y que unas autoridades transparentes velen por su aplicación rigurosa, así como por la rendición de cuentas cuando algo sale mal, en lugar de una paranoia alimentaria que de manera periódica nos atemoriza con un nuevo alimento que debemos evitar o, inevitablemente, moriremos.

Una preocupación social responsable situada ante un espejo de feria que lo deforma todo, en unos casos de manera cómica, en otros causando incluso el terror.

Pero esa preocupación no impide ni niega la necesaria crítica de los problemas que afectan a la ciencia, en cuanto que actividad humana, con implicaciones comerciales, sociales, militares y de todo tipo, la lucha por el rigor de las investigaciones, la necesidad de evitar al máximo el fraude científico —existe, aunque en porcentajes pequeños— y que el trabajo de los investigadores se mida solamente por el número de sus publicaciones, la influencia de políticos y empresas en la toma de decisiones sobre qué investigaciones se financian y cuáles no, los conflictos de la revisión por pares y la necesaria renovación y limpieza del proceso, el monopolio de algunas editoriales científicas sobre muchas revistas —lo que impide el acceso de muchos científicos a las investigaciones, pues hay que pagar una suscripción para consultarlas— y muchísimos otros problemas que necesitan atención y en los que los científicos, todos, requieren el apoyo de la sociedad que se beneficia de su trabajo. En su lugar, esa crítica se ve sustituida por el rechazo sin más a toda investigación, todo dato, todo trabajo, todo resultado científico… salvo cuando confirman las creencias previas (de nuevo, se impone el sesgo de confirmación).

Espero que esto deje claro por qué hablo de la izquierda feng-shui y no de la derecha cavernícola. Desde los inicios mismos de los conceptos de izquierda y derecha, las posturas más extremas de esta última se han posicionado a menudo en el bando contrario a la razón, la lógica, la ciencia y el progreso. Los defensores de la religión y el derecho divino del rey se acabaron situando a la derecha del presidente en la efímera Asamblea Nacional de la Revolución francesa entre junio y julio de 1789. A la izquierda se ubicaron los representantes que estaban a favor de los derechos para todos, de la idea de «libertad, igualdad y fraternidad» y de la Ilustración, hija de la Revolución científica.

De la derecha se esperaba, en general, que pensara y se comportase de modo contrario a la razón y el conocimiento. Pero la izquierda era, y debía

ser, la postura defensora del pensamiento riguroso y el espacio de los enciclopedistas: del matemático e inventor Jean-Baptiste de La Chapelle; del pionero de la defensa del ateísmo Paul-Henri Thiry, barón d'Holbach; del ingeniero, topógrafo y naturalista Jean-Baptiste-Pierre Le Romain; del químico y médico Gabriel François Venel; del hidrógrafo y geógrafo Jacques-Nicolas Bellin; del teórico musical, físico, matemático e ingeniero Jean-Baptiste le Rond d'Alembert; del criminólogo Cesare Bonesana-Beccaria, que se opuso a la tortura y la pena de muerte; y, por supuesto, de François-Marie Arouet, Voltaire, el defensor de la libertad de expresión, de la libertad de creencias y de la separación Estado-Iglesia.

De esos nobles inicios se esperaría cuando menos que las decisiones de carácter político que propusiera la izquierda tuviesen como base los hechos, la tecnología más avanzada y el conocimiento científico más fiable disponible en cada momento y disciplina.

Pero en el camino hasta nuestros días ocurrió algo que ha hecho que una parte de la izquierda, o ciertas personas y organizaciones que se identifican con ella, haya optado por la irracionalidad y la emocionalidad ciega.

El escritor y divulgador científico Isaac Asimov denunciaba en un artículo publicado en 1980: «Hay un culto a la ignorancia en Estados Unidos, y siempre lo ha habido. La vena del antiintelectualismo ha sido un hilo constante que se abre camino a través de nuestra vida política y cultural, nutrido por la falsa noción de que democracia quiere decir "mi ignorancia es tan buena como tu conocimiento"».**[3]** Esta observación es perfectamente aplicable a la izquierda feng-shui en todo el mundo, porque muchas de las posiciones que asume proceden, paradójicamente, de Estados Unidos, sobre todo de movimientos relacionados con la justicia social, aunque también de algunos de la derecha más extrema.

Pero quizá su característica más preocupante es su militancia en el «Principio de la Purísima Concepción», que exige una perfección absoluta a toda solución propuesta y también que quienes pretendan implementarla sean absolutamente intachables en sus facetas moral, económica, social y política. Es un puritanismo implacable, que se puede utilizar para condenar prácticamente a cualquier persona o actividad imaginables y no sólo para la parte científica. Uno de sus ejemplos más claros es la frecuente crítica a los avances de la biotecnología: «No ha acabado con el hambre en el mundo». Cierto. Pero nadie prometió nunca que lo haría, sólo que este conocimiento puede colaborar en la lucha con otras muchas herramientas tecnológicas y sociales para producir y distribuir los alimentos que necesita el mundo. Allí

suele detenerse el debate: si no ha eliminado el hambre del mundo, no vale. De hecho el «Principio de la Purísima Concepción» exige que todo lo imperfecto, lo que moleste o desagrade sea prohibido en su conjunto y que todo riesgo se considere inasumible. Algo muy lejos de aquel mítico «prohibido prohibir» del 68 francés —convertido también en leyenda— que en su ingenua contradicción guardaba al menos un poderoso encanto juvenil.

UN LIBRO INCOMPLETO

Una última nota: durante toda la redacción de este libro me he enfrentado al problema de la exhaustividad y la suficiencia de los datos que lo sustentan. Descubrí que me había planteado tal diversidad de aspectos que era inasumible abordarlos en toda su extensión, a menos que pretendiera publicar varios volúmenes de grosor imponente. Debía ser selectivo, no podía contar la historia de todos los gurús y de todas las desviaciones místicas, conspiraciones, seudomedicinas y , seudoterapias que hubiese querido, así que me vi obligado a presentar el panorama general y elegir dos o tres ejemplos. Además, en algún momento me encontré con que había escrito un capítulo que ocupaba la mitad de la extensión razonable del libro, y se hizo necesario recortarlo por piedad hacia el lector.

En resumen, no podía contarlo todo.

Esto hace que el libro, sus temas y el autor queden expuestos a la más sencilla de todas las críticas, y la que menos desgaste de neurotransmisores exige: «Pero no incluiste esto o aquello otro». Y de mí incluso se podría decir: «¿Por qué decidiste aviesamente no incluir esto? ¡Claro! ¡No te convenía!», para continuar señalando, en tono de tertuliano televisivo, que me movían las peores intenciones. Esta crítica, por desgracia, es frecuente.

Como es imposible eludir la fácil exigencia de la completitud absoluta, no lo intento, sabiendo que violento el Principio de la Purísima Concepción. Sólo un libro completo, perfecto y absolutamente exhaustivo sería aceptable para algunos, y eso si les da la razón. Éste no es así. No lo he concebido para ofrecer la perfección kármica, sino para ayudar a promover un debate que me parece urgente, y para compartir cosas que deben decirse aunque la corrección política imperante sugiera que es mejor no hablar de ellas.

Así, cualquiera podrá decir que se omitió algo en cualquier página del libro, que no se analiza tal cuestión, que apenas se habla del tema A y demasiado del tema B. E incluso ese lector podrá ponerse su gorrito de papel aluminio, como buen conspiranoico, y afirmar que con esa omisión,

claramente voluntaria, el malvado autor está ocultando un dato esencial, actuando al servicio de los más oscuros intereses, pagado por una de tantas conspiraciones con malvadas intenciones, y que además es poco fiable, mala persona y probablemente se va de los bares sin pagar.

Faltan datos. Quizá haya errores. Pero cada capítulo, que podría ser un libro completo, o varios, bebe de muchos libros y artículos que ya se han escrito al respecto y que son, lógicamente, bastante más exhaustivos. Transito unos temas someramente para detenerme en otros, dejando abierto el debate de cuál era más importante. Están los temas y datos que me parecen representativos y clarificadores después de muchos años de conocer y sufrir el alternativismo en la izquierda, esa izquierda feng-shui que da título al libro, así que me atrevo a recomendar al lector que, sobre todo, tome cada uno de ellos como el punto de partida para explorar más a fondo lo que se plantea.

1

El esoterismo y la pobre ciencia

No hay preguntas difíciles si uno puede inventarse las respuestas. Los problemas reales comienzan cuando se establecen reglas específicas que se utilizarán para aceptar o rechazar una respuesta.

Inventarse las respuestas ha sido uno de los más rentables oficios de la historia humana. Esto no quiere decir que las respuestas fueran forzosamente caprichosas o gratuitas. En muchos casos, son el resultado de observaciones o sesudas especulaciones. Antes de los primeros filósofos griegos, la gente se conformaba con respuestas como que los relámpagos eran las armas místicas de Zeus, pero hacia el siglo VI antes de la era común (a. e. c.) se empezaron a proponer otras respuestas menos sobrenaturales: Anaxágoras decía que los relámpagos eran fuego que caía desde el éter; Anaximandro, que eran una luz producida al separarse o romperse las nubes; Empédocles afirmaba que se producían cuando la luz chocaba con ellas y desplazaba al aire; Demócrito lo negó y aseguraba que los producía el choque de las nubes.

Todos consideraban que la respuesta «son las armas de Zeus» era ligeramente insatisfactoria, pero ninguno de ellos sabía realmente de qué estaba hablando. Se imaginaban respuestas que se ajustaran a una visión del mundo que se habían creado sin cotejarla con los hechos, tomando fragmentos de la realidad y tratando de encajarlos, con no demasiado rigor, como un rompecabezas.

El esoterismo y el misticismo asumen la existencia de un universo sobrenatural o preternatural basado en creencias religiosas, por lo que tiene cabida incluso Zeus, pero aseguran que pueden desentrañarlo y decodificarlo en términos de la realidad física, de milagros, de enseñanzas que permiten a los seres humanos acercarse a lo divino, ya sea espiritualmente o, de modo más directo, manteniendo un cuerpo sano y digno de un espíritu elevado o bien una relación correcta y armoniosa con todo el universo. Y abordan así preguntas imposibles de resolver si no está permitido inventarse las

respuestas, como cuál es el sentido de la vida. Que todos ofrezcan respuestas distintas resulta irrelevante para ellos. El más convincente o carismático, o cuya respuesta guste más, o parezca más empático será elegido como líder espiritual, guía de conducta, maestro místico o vidente preferido de la televisión nocturna. El misticismo es emocionante, cercano y, sobre todo, enormemente sencillo. Está hecho de palabras.

Cuando hay reglas para responder a las preguntas, cuando es necesario probar las afirmaciones, cuando deben presentarse de tal modo que puedan ser verificadas por otras personas independientes, que no crean en los mismos dioses o en las mismas fuerzas místicas, ciertas respuestas empiezan a ser útiles. Son las reglas de la ciencia, que nos permiten llegar a decir: «Los relámpagos son descargas eléctricas que se producen entre las nubes y la tierra». Y son comprobables, como no lo eran la idea de Zeus ni las especulaciones de los primeros filósofos.

Por supuesto, las respuestas basadas en hechos, datos y pruebas son una competencia desleal para quien vende afirmaciones inventadas. Y además son tremendamente molestas. Introducen elementos como la razón, el cuestionamiento crítico y la realidad en una ecuación muy útil antes de la invención de los métodos científicos, y arrebatan clientes y espacio a los místicos y esotéricos, arrinconándolos de un modo que éstos hallan insultante.

Su arma es el enorme atractivo de sus respuestas inventadas, con el mismo poder de fascinación que las obras de la imaginación, la literatura, el cine o el teatro, aunque en su presentación comercial omiten precisamente que se trata de ficciones, de ocurrencias sin base. «Puedo curar la diabetes con esta pócima mágica de aceite de serpiente» es absolutamente fantasioso, pero tiene más gancho que «tu diabetes no tiene curación, pero puedes vivir una vida de calidad si te inyectas insulina entre una y cuatro veces al día».

¿Y esto qué tiene que ver con la política?

Mucho. Porque en política también se dan respuestas sencillas y fantasiosas, junto a otras complejas y basadas en la realidad. Y, por tanto, hay políticos dispuestos a decir lo que se quiere escuchar y otros con la audacia necesaria para exponer lo que debe saberse, aunque en muchas ocasiones no sea tan atractivo.

Y los primeros no son precisamente la mejor apuesta.

FENG-SHUI CON POCO HIELO

El feng-shui —que, por cierto, se pronuncia *fung-shuei*, lo que suele dar igual — es una creencia china (o, según sus adeptos, un sistema filosófico) que pretende armonizar la vida de la gente con los elementos energéticos y telúricos de la naturaleza.

Dicho de otro modo, el feng-shui es la idea de que poner tus muebles y elementos de decoración donde no debes puede matarte y destruir tu vida, y no precisamente porque se te haya olvidado anclar tu librería de Ikea y caiga sobre ti con todo el aterrador peso de la obra completa de Paulo Coelho encuadernada en piel de rinoceronte.

O en otras palabras, el feng-shui es la decoración de interiores llevada al absurdo con unos precios más altos que los de cualquier decorador de interiores que haya estudiado arquitectura e historia del arte. Con la ventaja añadida de que uno puede ser «consultor feng-shui», nombre que impresiona con gran contundencia, sin estudiar prácticamente nada. Basta con leer cuatro o cinco páginas web y está usted listo.

Pero esta creencia/sistema filosófico/decoración de interiores incorpora muchos de los conceptos esenciales para las creencias que adopta la izquierda feng-shui.

Aquí conviene hacer una confesión: cuando llamé «izquierda feng-shui» a la vertiente esotérica de esta tendencia, ni siquiera estaba pensando en las características de esta disciplina, simplemente resultaba eufónico. Pero el nombre tuvo cierto éxito y, además, resulta bastante descriptivo, sin excesos. Otros la han llamado izquierda *new age*, kumbayá (por la canción espiritual que los *scouts* solían cantar en torno a sus fogatas y que el folk y la canción protesta rescataron como canto de unidad *hippy* en la década de 1960), posmo —por su identificación con el relativismo posmoderno—, mística o magufa —una combinación de «maga» y «ufóloga»—, mientras que algunos se refieren a ella como la sección esotérica de la izquierda regresiva o reaccionaria.

La idea es clara: define a la parte de la izquierda caracterizada por su misticismo, su adscripción a la anticiencia y su actitud contrailustrada. Una parte que no es forzosamente privativa de ningún partido, grupo, organización o sindicato de izquierda, y que además no siempre se expresa directamente a través de ellos. Así, por ejemplo, el peligrosísimo Josep Pàmies (véase «Tradiciones y ficciones de la salud» en el capítulo 7) recorre España diciendo que la medicina es mortal y que él puede curar el cáncer, el ébola, el sida y la diabetes; al mismo tiempo, algunos partidos locales le abren las puertas de las escuelas públicas, como ocurrió cuando Mario Suárez del

Fueyo, director del colegio público Jovellanos y secretario general de Podemos Gijón, le permitió en dos ocasiones utilizar esa escuela pagada con el dinero de todos para difundir su mensaje brujeril. O la monja Teresa Forcades, quien ataca la medicina en una serie de vídeos y, como contrapartida, ofrece cursos de una curación imaginaria llamada EFT (siglas de Emotion Freedom Technique, es decir, Técnica de Liberación Emocional) que pretende resolver los problemas de salud golpeteando puntos mágicos del paciente con las puntas de los dedos. Sin olvidar las ONG de ecologistas políticos, las plataformas antiantenas y antiwifi, las organizaciones antivacunas y de autogestión de la salud, las de comercio justo, antibiotecnología y veganismo… Todas se presentan y se autoproclaman, en mayor o menor medida, de izquierda, progresistas y comprometidas con las mejores causas.

Con amigos así…

Los principios básicos del feng-shui son la base de todas las creencias místicas de la antigua China y de su refrito occidental del último medio siglo, y un buen ejemplo del esquema esotérico y divorciado de los datos que caracteriza al pensamiento de esa parte de la izquierda. En primer lugar, está la creencia en una energía misteriosa, indemostrable, que nadie ha visto nunca pero a la que se le atribuyen poderes maravillosos: el *chi*. O *ki*. O *qi*, desafiando a la ortografía española con audacia. Literalmente, *chi* significa «aire» o «espíritu», aunque en las creencias chinas se refiere concretamente a «la energía vital». Esa creencia fue compartida por todas las culturas anteriores al conocimiento científico. Nuestros ancestros vieron, seguramente con asombro, las diferencias notables entre el mundo vivo y el no vivo, que parecía bastante clara antes de que se pusiera en cuestión la definición de la vida al conocer virus, priones y otros elementos situados en una zona «gris» de la existencia. La explicación que se propusieron esas culturas fue que había una fuerza, una sustancia misteriosa, una energía mística que daba la vida. Cuando un ser perdía esa energía, procedía a morirse. Después, con el desarrollo de la química y la biología, se vio que los procesos de la vida son químicamente explicables sin fuerzas misteriosas. Algo que, por supuesto, los místicos no aceptan.

Para los chinos, esta energía lo impregnaba todo en el universo y fluía para sostener la vida a través de sus dos polos, el yin y el yang, complementarios y contradictorios. Así, el yin, la fuerza femenina, tiene como características lo negativo, la noche y la intuición, mientras que el yang, el polo masculino, se identifica con lo positivo, el día y la lógica. Las

adaptaciones y adopciones culturales han hecho que se atribuyan a ambos conceptos distintos atributos, como los de «cerebro izquierdo» y «cerebro derecho», una hipótesis de división del trabajo ya totalmente refutada y superada, pero que sobrevive en la cultura popular.

Para cualquier progresista que se respete, identificar lo femenino con lo oscuro y lo intuitivo resulta, cuando menos, algo sexista —y si lo dice una alta personalidad se arriesga a una filípica, e incluso a una condena directa—, pero cuando se trata de las culturas milenarias, la izquierda feng-shui omite cualquier debate acudiendo a uno de los trucos clásicos de la teología cristiana y aduciendo que se trata únicamente de una metáfora, una alegoría que no debe tomarse demasiado en serio. Lo mismo que responden los sacerdotes —los que no son literalistas e integristas— cuando se les señala que la evidencia geológica demuestra que el mundo no pudo crearse en una semana.

Fuera como fuere, el *chi* lo empapa todo y fluye por doquier.

El termino *feng-shui* significa literalmente «viento-agua», lo que hace referencia al segundo principio básico de las creencias chinas. Si los antiguos griegos creían que el universo se componía de cuatro elementos —aire, agua, tierra y fuego—, para los chinos eran cinco: fuego, tierra, metal, agua y madera. Además, a estos cinco elementos correspondían otros tantos animales celestiales, muy importantes para el feng-shui por sus colores y su orientación cardinal: el dragón (verde, este, madera), el tigre (blanco, oeste, metal), la tortuga (negro, norte, agua), la serpiente (amarillo, centro, tierra) y el fénix (rojo, sur, fuego).

Sin embargo, la idea del feng-shui que se ha impuesto en Occidente consiste en disponer los edificios, las tumbas, las puertas y ventanas, el mobiliario y la decoración de modo que todo tenga un *chi* favorable. ¿Cómo se sabe esto? Depende.

Para la «escuela de la forma» del feng-shui, lo principal son los elementos alrededor de una casa (por ejemplo, árboles, montañas y ríos) y una consideración más o menos lógica de disponer la edificación por donde el *chi* fluya mejor. La «escuela de la brújula», en cambio, utiliza la adivinación empleando una brújula que se lee desde el frontal de la edificación para luego elaborar una carta geomántica (adivinación por la tierra), sobre la cual se interpretan los colores y las direcciones para disponer las puertas, ventanas y tamaños de las habitaciones, pero de una manera tan vaga que recuerda cómo las precisas cartas natales de la astrología permiten hacer interpretaciones caprichosas y aleatorias.

Finalmente, la «escuela del sombrero negro» es la más exitosa en la actualidad. Sus entusiastas le atribuyen una historia de más de cuatro mil años, cuando en realidad fue fundada en 1986 por Thomas Lin Yun o, como lo llaman los adeptos a su secta de budismo tántrico, Su Santidad el Gran Maestro Profesor Thomas Lin Yun. Esta escuela se basa en el «mapa Bagua», que se superpone a un croquis adaptado de la planta de una casa o piso utilizando como punto de referencia la puerta de entrada. El mapa Bagua es una matriz de 3 × 3 cuadrados, a cada uno de los cuales se le asigna una serie de características. Por ejemplo, el cuadrado superior izquierdo corresponde a la riqueza y abundancia, su color es el morado y designa el lugar ideal para poner objetos artísticos y de colección, jarrones, estatuas, plantas de hoja redonda (?), fruteros y objetos rectangulares (??), entre otras cosas. Además, indica la zona idónea para poner agua en movimiento, como acuarios, fuentes o cascadas. Todo lo cual ya anuncia que este mapa no está destinado a las masas asalariadas. Lo que nadie dice es cómo se creó este mapa, que simplemente parece inventado.

Y si no posee un mapa Bagua, no se preocupe: la escuela de Su Santidad Lin Yun indica que se deje guiar por su percepción, es decir, por si tal mueble se siente bien o no en tal o cual sitio. Si después algo le va mal en la vida, habrá sido culpa suya por no atender.

Los principios generales del feng-shui pueden parecer caprichosos unas veces y obvios o simple magia otras. Por ejemplo, si la casa tiene forma irregular, sus practicantes sugieren que inducirá el caos en la vida familiar; la razón es la magia simpática o representativa, basada en el mismo principio que lleva a creer que el cuerno de rinoceronte cura la impotencia porque parece un falo erguido, o que pinchar un muñeco de vudú hará que la persona representada sufra. También recomiendan que no haya demasiado ruido a su alrededor —como si lo normal fuese buscar vivienda en un lugar donde el ruido no deja dormir—, ni que esté cerca de cementerios, depósitos de cadáveres, funerarias, agua estancada, edificios abandonados, clubes nocturnos, comisarías de policía, salas de urgencias, mataderos, aeropuertos o ferrocarriles, lo que deja pocos espacios vitales oficialmente aceptables. La parte trasera de una casa debe estar protegida por una montaña, vegetación u otro edificio, pero el frente debe estar libre para que el *chi* pueda entrar. Algunos de los expertos consultados afirman, por algo son grandes conocedores del feng-shui, que es conveniente que los vecinos sean tranquilos y ordenados, algo que a ningún profano se le habría ocurrido por sí mismo.

Dado que es difícil conseguir demasiados contratos para decir a los ingenieros y arquitectos cómo hacer su trabajo, entre los ejemplares más comunes de esta disciplina —llamémosla así— están quienes al mismo tiempo son consejeros de feng-shui y decoradores de interiores. Estos afirman que, gracias a sus valiosos conocimientos, pueden armonizar el entorno con la persona. Claro que esto podría significar simplemente algo así como crear un ambiente que guste al propietario —como, por ejemplo, decorar la casa de Donald Trump con abigarrados elementos de pésimo gusto—, pero cuando se redefine mediante la frase «alinear la energía de su interior con la de su hogar» empieza a percibirse como algo que vale la pena pagar. Jugando con los colores, la posición y los materiales a partir de interpretaciones vagamente fundamentadas en los cinco animales celestiales y sus significados, cualquier decorador venido a más puede disfrazar de esoterismo una afirmación como —lo juro, la he visto en la página web de uno de estos «profesionales»— que el peor error de feng-shui en un salón es poner el sofá demasiado lejos de los otros sillones, lo que no es bueno para la conversación. Son trescientos euros. Gracias.

Con la preocupación creciente sobre la contaminación ambiental, el pánico a las antenas de telefonía móvil, la salud amenazada incesantemente e ideas como la sostenibilidad y armonía con el medio ambiente, el feng-shui empezó a difundirse ampliamente desde que, en la década de 1950, el médico y estudioso británico Joseph Needham publicó su serie de libros titulada *Ciencia y civilización en China*. Aunque el propio Needham señaló que el feng-shui era una seudociencia, consideró que tenía alguna influencia en el diseño de los espacios estéticamente placenteros de la cultura china. De hecho, la serie de Needham no sólo llevó la idea del feng-shui a Occidente, sino que reavivó el interés por la práctica en la propia China. Y ayudó al resurgimiento de una práctica similar de arquitectura sagrada en la India, el vastu.

Los practicantes de vastu compiten ferozmente hoy en día con los del feng-shui para hacerse con los contratos de diseño de interiores para ricos despistados, como la elite de Hollywood.

En España, los «expertos» en feng-shui son muy apreciados por cierta parte de la población y se han logrado colar en espacios donde cualquier análisis serio de sus propuestas provocaría carcajadas, con cursos en ayuntamientos —los de Erandio (Vizcaya) y Alicante— y en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, así como con una conferencia en el Colegio de

Geólogos del País Vasco. Al parecer, los practicantes de vastu son menos abundantes… de momento.

El *chi*, los cinco elementos, sus correspondientes animales celestiales y otros aspectos esenciales para el feng-shui son también parte de la medicina china, las artes marciales, las prácticas místicas y meditativas, el yoga en sus diversas formas, el sistema de adivinación recogido en el libro I Ching y otras supersticiones más o menos peligrosas. El *chi* es, supuestamente, la energía que fluye por el cuerpo humano y que manipulan la acupuntura o la moxibustión, entre otras prácticas, y también el concepto clave en la disciplina del qi-gong o chi-kung.

Una manipulación que puede costar la vida, como le ocurrió a todo un emperador.

Los antiguos chinos, como otras culturas orientales, creían que el *chi* del hombre está concentrado en su semen, de modo que cada vez que un hombre eyacula avanza hacia la muerte. Practicar sexo sin derramar este fluido vital es uno de los objetivos de las prácticas místicas orientales, incluida la eyaculación hacia dentro. Y aunque esto pueda parecer un concepto antiguo, no es extraño encontrar referencias a él en el mundo moderno, ya sea en foros de deportistas o en escuelas de yoga tántrico.

La creencia establece que si se conserva el *chi*, se puede vivir eternamente. Ésa fue la obsesión del primer emperador chino, Qin Shi Huang (o Shihuangdi), el creador del famoso ejército de guerreros de terracota de Xian, quien envió delegaciones a recorrer todo su imperio en busca de ciertos espíritus poderosos y hierbas mágicas para conseguir la inmortalidad. Mientras esperaba su regreso, Qin Shi Huang decidió tomar mercurio a diario porque existía la creencia de que esta sustancia alargaba la vida, algo que aún mantiene la «medicina» tradicional china, la cual sigue incluyendo entre sus remedios el *zhu-sha* —cinabrio, es decir, sulfuro de mercurio— para tratar diversos síntomas.

Pero el mercurio es venenoso. En algunas de sus formas y si se ingiere en gran cantidad, se acumula en el cuerpo humano y causa daños irreparables. Así le ocurrió probablemente a Qin Shi Huang, quien, buscando vivir para siempre, murió intoxicado por esta sustancia a los cincuenta años de edad.

NO ESTÁ CIENTÍFICAMENTE DEMOSTRADO… ¿Y?

Pobre ciencia. Tan rigurosa, tan de blanco, tan inocente y tan culpable. Tan indispensable para el funcionamiento de nuestro mundo y, al mismo tiempo,

tan sospechosa, tan extraña, tan incomprensible e incomprendida. Tan esforzada en comprender el universo y en desentrañar asuntos tan complejos como la energía y la materia oscuras, el funcionamiento de la dotación genética de los seres vivos o la curación y prevención del alzhéimer y otros alifafes que padecemos los humanos. Y, sin embargo, tan mal vista, tan mal entendida, por una sociedad que pocas veces muestra interés en comprenderla.

Pero es que la ciencia, y ahí empiezan los problemas, no existe como tal, no es una persona, una señora con un microscopio, un señor de bata blanca, un edificio o un libro. Cuando alguien escribe «la ciencia dice» o «la ciencia ha comprobado» comete un error que los expertos en lógica denominan «reificación», es decir, dar cualidades humanas a algo que no las tiene. Incluso el concepto mismo de ciencia puede significar tres cosas distintas. Al menos.

En primer lugar, la ciencia es el conjunto de métodos utilizado para entender el universo cotejando nuestras ideas con la realidad y sometiendo las conclusiones a la verificación independiente, es decir, a que otra persona pueda aplicar los mismos métodos y obtener los mismos resultados. Es lo que en ciencia se llama «replicabilidad». Imagínese que Newton hiciera pasar la luz del sol por un prisma y obtuviera las líneas del espectro que conocemos, mientras que otro científico, con un prisma igual y en las mismas condiciones, consiguiera un bonito patrón de tartán escocés… Las observaciones de Newton carecerían entonces de valor probatorio y habría que averiguar por qué se había dado tal diferencia. Pero si cualquiera puede emplear un prisma y obtener los mismos resultados, entonces las observaciones del genio inglés se habrán verificado independientemente y podrá decirse, con razonable certeza, que son verdaderas.

Por tanto, existen varios métodos científicos, según la investigación que se siga o el asunto estudiado. Es común confundir el método experimental con el científico, por los enormes éxitos que la experimentación en condiciones controladas ha conseguido al analizar fenómenos de la química, la física o la biología. Pero hay disciplinas de la ciencia en las que no se puede experimentar. Por ejemplo, con el cosmos, ya que sólo podemos observar el universo ante la imposibilidad de manipular estrellas, galaxias, planetas y otros elementos. La precisión y fiabilidad de las observaciones no se confirmarán repitiendo el experimento en el laboratorio, sino mediante otros observadores que, de modo independiente, obtengan los mismos resultados. Así que tenemos la observación sistemática y la experimentación. Y también

los métodos matemáticos y de medición. Lo que los une es precisamente la verificación independiente, la homogeneidad que nos permite suponer con razonable certeza que describimos la realidad de modo adecuado.

Pero, en segundo lugar, la ciencia también es el conjunto de conocimientos obtenidos mediante esos varios métodos. Lo que sabemos sobre la química orgánica, las costumbres del pato criollo, la gravedad en Plutón o el diseño de microcircuitos es, también, ciencia. Una de sus características más interesantes es que esos conocimientos forman un todo coherente, es decir, la física determina el funcionamiento de la química, que es la responsable de la biología, una de cuyas manifestaciones es la psicología. No hay posibilidad de trocear el conocimiento y aceptarlo según convenga.

Y, en tercer lugar, la ciencia es también un fenómeno social: el conjunto de los científicos del mundo. Esto es aún más vago, y está sujeto a los devaneos propios de la condición humana, porque los científicos, sin importar cuántas películas de Hollywood sugieran lo contrario, son humanos de lo más corriente que fallan, engañan y actúan de modo egoísta como cualquier otra persona. En general son, como todos los demás grupos humanos, buenos tipos, pero más allá de su disciplina de estudio en nada se diferencian de un futbolista, un ebanista o un poeta. Algunos son muy inteligentes, otros no tanto; la mayoría actúan con honestidad, pero también hay pillos. Como grupo que maneja conocimientos que interesan a quienes tienen el poder político y económico, pueden verse sujetos a diferentes tipos de presiones. Pero, como siempre, las deshonestidades, las corrupciones y las malas prácticas deben demostrarse caso por caso y, por supuesto, adjudicárselas en general a todo un grupo es una injusticia, porque la mayoría resiste las presiones más graves e incluso las denuncia, dando ejemplo.

Todo esto suena demasiado complicado para quien dice «la ciencia inventó la bomba atómica» y se queda feliz, como si hubiera descubierto un argumento irrebatible en contra de todo lo que huela a ciencia.

Pero uno de los fenómenos que da valor a la ciencia es, precisamente, el constituir la disciplina en la que resulta más difícil ser deshonesto. Cuando alguien obtiene un resultado llamativo, seguramente otros científicos, con distintos intereses, en distintas instituciones y en otros países y continentes, tratarán de replicarlo. Y si no lo consiguen, sólo hay dos posibilidades: un error honrado o un fraude. No es tan difícil averiguar cuál es el caso.

Un ejemplo fue el anuncio del «descubrimiento» de la fusión en frío por parte de dos respetados científicos en 1989. A diferencia de la fisión nuclear,

en la que se obtiene energía cuando el núcleo de un elemento radiactivo se divide, la fusión nuclear lo consigue uniendo o fusionando, precisamente, dos núcleos. Es la fuente de energía del Sol, un enorme horno nuclear donde los átomos de hidrógeno se unen formando otros de helio y produciendo energía en el proceso. Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, algunos físicos atómicos han trabajado buscando crear un reactor de fusión nuclear que ofrezca a la humanidad energía barata y mucho menos contaminante que todas las demás a nuestra disposición. El problema de la fusión es que requiere contener grandes cantidades de plasma de hidrógeno a una enorme presión y temperatura en, por ejemplo, un campo magnético muy poderoso, para que se produzca una reacción continua. Los reactores experimentales han resultado inviables por el momento.

Existe la hipótesis de que podría haber una reacción de fusión que ocurriría a temperatura ambiente y en condiciones menos exigentes. Descubrir una reacción así cambiaría radicalmente nuestras vidas. Y es lo que muchos esperaron cuando dos reputados electroquímicos, el británico Martin Fleischmann y el francoestadounidense Stanley Pons, anunciaron en una rueda de prensa el 23 de marzo de 1989 que habían conseguido «una reacción de fusión nuclear sostenida». Poco después, publicaron su trabajo en la revista *Journal of Electroanalytical Chemistry and Interfacial Electrochemistry*.**[1]** Cientos, si no miles, de investigadores en todo el mundo se lanzaron a replicar sus resultados, que, de ser ciertos, hacían realidad el sueño de energía barata, no contaminante y sostenible.

Nadie lo consiguió. El artículo se consideró descuidado, fraudulento, incompleto, irreproducible, impreciso y poco ético. Ambos científicos cayeron en desgracia, aunque la empresa japonesa Toyota creyó en ellos lo suficiente como para financiar un proyecto de investigación sobre el tema que duró seis años, tuvo un elevado coste y acabó sin ofrecer ningún resultado alentador.

En este caso, al parecer, hubo descuido y falta de profesionalidad, pero en otros —como el de Andrew Wakefield, quien inició el moderno movimiento antivacunas (véase el capítulo 7)— ha habido fraude malintencionado.

Esta capacidad de autocorrección de la ciencia es uno de los elementos ignorados con más frecuencia por quienes hacen a un lado los resultados diciendo que «los científicos dirán lo que quienes pagan ordenen» o que «la ciencia es sólo una opinión».

La ciencia es parte del poder, por supuesto. Pone las bases de la tecnología, y nuestra realidad social, en todo el mundo, es esencialmente

tecnológica. Al rechazar la autoridad de la ciencia, la izquierda feng-shui considera que ataca uno de los pilares de una sociedad a la que rechaza, de un sistema que no sólo desprecia, sino al que pretende derrumbar y sustituir con algo mejor.

De modo que si algo no está científicamente demostrado —o, peor, se ha demostrado científicamente que no es verdad—, tiene el enorme atractivo de ser rebelde, antisistema y oponerse a lo establecido. A cualquier coste. Todo lo que se considera científicamente demostrado se pone en duda porque no hay forma de saber si es verdad o no. Y si se responde que sí la hay, que esa forma son los métodos de la ciencia, la respuesta es una mayor incredulidad porque esos métodos son ajenos en general al concepto de la realidad que tiene la izquierda esotérica.

Pero algunos descubrimientos, hechos o investigaciones científicas sí son aceptados, respetados y adoptados por esta visión del mundo: los que sustentan alguna de sus creencias, generando así el sesgo de confirmación. Frente a 1.783 estudios seleccionados por su rigor y analizados cuidadosamente para determinar la validez de sus resultados que indican que los transgénicos son completamente seguros,[2] basta un único estudio cuestionado por su falta de rigor y seriedad en el que se afirma que el consumo de un producto transgénico causa cáncer para que, automáticamente, esos 1.783 estudios y sus metaanálisis se desestimen por ser «poco fiables y producto del sistema», mientras que el estudio mal hecho, tendencioso y dudoso es «una prueba científica irrebatible». Y cuando este último es retirado por la misma publicación científica que lo admitió en primer lugar,[3] se proclama que todo es parte de una conspiración contra un rebelde que se enfrenta al «sistema».

Sin embargo, la desconfianza en el sistema y el rechazo a la ciencia no impiden, por supuesto, que la izquierda mística difunda sus ideas por internet, viaje en avión, utilice gafas o emplee toda la tecnología conveniente aunque, siguiendo sus suposiciones, nunca esté «suficientemente demostrada».

Conviene añadir que, en realidad, nada está científicamente demostrado al cien por cien. La ciencia no trata con verdades absolutas y definitivas, sino con aproximaciones sucesivas a los hechos. La ciencia hace modelos y los compara con la realidad; si se ajustan a ésta y pueden predecirla, se los considera razonablemente certeros y se añaden al conocimiento científico. Si mañana hay otras observaciones de la realidad a las que no se ajusta el modelo —como pasó cuando Einstein vio escenarios en los cuales la teoría de la gravitación universal de Newton no describía con exactitud lo que pasaba

—, se construye otro modelo distinto, o se afina el anterior para que sea más preciso. Pero eso no significa que la mecánica de Newton sea falsa, sino simplemente que se trata de un caso particular a cierta escala pero que no se aplica a otras muy grandes, como el universo, o extremadamente pequeñas, como el mundo subatómico.

Dicho de otro modo, no se ha demostrado que las ecuaciones de Newton sean falsas. Y se siguen empleando para todos los acontecimientos a nuestra escala porque son eficaces, precisas y cómodas. Se podría recurrir a las ecuaciones de la mecánica cuántica para calcular las cargas de las columnas de un edificio, por supuesto, pero sería como matar moscas a cañonazos.

En su desconfianza —o rechazo decidido— a la ciencia, la izquierda feng-shui ha contado con los argumentos de una serie de filósofos que han puesto en duda (filosófica) la efectividad de la ciencia y su método, como Karl Popper, Paul Feyerabend o Thomas Kuhn, quienes han argumentado contra la fiabilidad de la ciencia y sus métodos. En favor de la ciencia hay que decir al menos tres cosas. Primero, que pese a las firmes críticas de estos filósofos y sus seguidores, sus conocimientos siguen funcionando; los aviones no han dejado de volar; internet nos permite comunicarnos, informarnos y desinformarnos; la medicina avanza y nuestros teléfonos son cada vez más complejos y útiles, por poner unos pocos ejemplos. Segundo, que los procesos de autocorrección y avance gradual hacia conocimientos más precisos han seguido su camino con bastante eficiencia. Y tercero, que pese al rechazo teórico a la ciencia, aún no se ha diseñado una aproximación más eficaz para conocer la realidad y hacer modelos de ella que nos permitan manipularla, así que quienes la denigran no por ello dejan de tener ordenador, móvil, nevera, televisión y acceso —si pueden— a la sanidad pública.

Que no es poca cosa.

Por desgracia, también hay que añadir que, en la guerra contra la ciencia y la tecnología, la izquierda ha sido tristemente más eficaz que la derecha. En algunos países, esta última se limita a reducir la financiación a la actividad científica esperando que la empresa privada se ocupe del asunto, algo que pocas veces ha dado buenos resultados porque la ciencia florece, sobre todo, gracias a la inversión pública (la privada es mucho menos audaz, lógicamente). Pero ha sido la izquierda la que más eficazmente se ha opuesto a avances tecnológicos de los que hablaremos más adelante, como los cultivos transgénicos o algunos usos de la energía nuclear, y ha obstaculizado la investigación misma en esos temas, así como los estudios con animales —

cuando son necesarios— y las bases genéticas de algunos aspectos de la experiencia humana, especialmente el comportamiento.

La llamada «corrección política» ha sustituido en no pocos casos a la ciencia, ya sea cuando el conocimiento científico apunta en una dirección que ideológicamente se considera inadecuada, o cuando rehúsa sustentar las ideas que se consideran aceptables.

Y, sin embargo, que algo esté o no científicamente demostrado sigue teniendo relevancia. Es nuestra única manera de conocer realmente cosas significativas acerca del universo a todos los niveles, incluido el ámbito social.

2

Con B de Barruel, Blavatsky y Bergier

Adoptar posiciones a contracorriente del mejor conocimiento científico del que se dispusiera en un momento dado, fuese sobre ingeniería, medicina o aerodinámica, era algo imposible antes de que existiera la ciencia. Los desacuerdos filosóficos anteriores a la Revolución científica se daban en un terreno de iguales. Un filósofo sostenía una opinión —«la materia se puede subdividir infinitamente», por ejemplo— y otro defendía la contraria —«hay un límite a las subdivisiones de la materia, existe una partícula atómica que ya no puede cortarse en dos»— sin ceder terreno. Podían discutir, y lo hicieron, durante más de dos mil años acudiendo a argumentos más o menos convincentes, agudos u originales, pero sin llegar a ningún lado. Podían acudir, y también lo hicieron, a la autoridad de otros filósofos, así como a la de santos, libros sagrados varios, interpretaciones de tales libros sagrados, observaciones diversas y otras fuentes. Aun así, la discusión no tenía visos de resolverse.

En el siglo XVI se desarrolló otra forma de enfocar los problemas, recurriendo a lo que hoy se conoce como «los métodos de la ciencia»: la experimentación, la medición, la observación sistemática, el tratamiento matemático de los datos y, sobre todo, la verificación independiente de todo lo anterior, la comprobación de que lo dicho por un estudioso era preciso sin importar si se compartían o no sus opiniones, creencias, religión o gustos musicales. Gracias a ellos se pudo concluir que había datos sólidos para afirmar con razonable certeza que hay entre once y veinticuatro partículas realmente elementales que no pueden subdividirse: quarks, leptones y bosones. Y esos métodos permiten saber también que, si tales partículas pueden subdividirse, algún día seremos capaces de comprobarlo.

Si se podía cuestionar la autoridad religiosa y filosófica sobre el conocimiento de la realidad, que es lo que hicieron los primeros filósofos naturales —aún no se llamaban científicos—, también era posible poner en

duda otros elementos de la realidad, desde los cánones del arte hasta la organización social imperante. Al preguntarse si Júpiter tenía lunas o si la anatomía humana era tal y como la había descrito Galeno o bien era distinta, se dejaba la puerta abierta a cuestionarse, por ejemplo, si los reyes realmente tenían derecho divino a gobernar, si todos los seres humanos poseían —y se les debían reconocer— los mismos derechos, si existía la nobleza por sangre, si la servidumbre era justa o si la libertad no debería ser un patrimonio de todos.

La Revolución científica condujo, casi inevitablemente, al pensamiento ilustrado que llevaba la actitud cuestionadora, crítica y libre de los científicos a los terrenos de la vida cotidiana y social. Ambos acontecimientos pusieron en duda, por supuesto, la autoridad de quienes habían tenido el predominio sobre las sociedades: los aristócratas y los jerarcas religiosos, que se repartían además los bienes, las tierras e incluso a las personas con absoluta libertad, apenas limitados por los gremios y los conatos de rebelión que ocasionalmente estallaban cuando la injusticia era excesiva.

En la Ilustración y en sus resultados, la independencia estadounidense y la Revolución francesa, se encuentra el inicio de las ideas de justicia social e igualdad ante la ley, de los derechos y libertades que nos parecen consustanciales a la vida civilizada aunque sean inventos recientes. Ideas todas ellas que hoy se identifican con las piedras angulares de la izquierda, por nebuloso que en ocasiones resulte este término. Pero allí también tuvo su origen, como reacción inmediata, el rechazo a la ciencia, al pensamiento ilustrado y a todas las ideas sociales y políticas que incorporaba, así como la nostalgia por una visión mística y mágica que la ciencia y la Ilustración parecían expulsar de la experiencia cotidiana, igualando a todos los seres humanos y al universo como materia vil y cuestionando los privilegios más consagrados.

Según algunos, había que combatir esa visión y esa ciencia tóxicas, esa Ilustración. Y a lo largo de los siglos siguientes lo hicieron numerosas personas, desde un pequeño abate francés furioso por haber perdido los privilegios de que gozaba por cuenta de la monarquía francesa hasta una embaucadora magistral y un par de sus discípulos tardíos.

La contrailustración

En 1795 Augustin Barruel era un hombre de 54 años muy enfadado. Más exactamente, era un enfadadísimo monje francés jesuita que llevaba mucho

tiempo refugiado en la Inglaterra protestante por culpa de los revolucionarios de su país, que en 1789 habían depuesto al rey y subvertido todo el orden social y político sobre el cual el eclesiástico había estructurado una vida que, al parecer, resultaba sumamente satisfactoria, como parecía demostrar que su primer libro publicado, en 1774, se titulase *Oda al glorioso advenimiento al trono de Luis Augusto*.

El Luis Augusto al que se refería el elogioso y conveniente libro de Barruel era Luis Capeto, de la casa de Borbón, que fue monarca absoluto de Francia bajo el nombre regio de Luis XVI desde ese año tan celebrado por el abate hasta agosto de 1792, cuando fue destronado, para ser decapitado quince meses después por la República, acontecimiento que hizo totalmente imposible que pudiera volver a lucir su corona. En 1789, tres años antes de su destronamiento, había comenzado la Revolución francesa con la idea de eliminar los privilegios de la monarquía y la aristocracia de la época, al tiempo que se combatían los abusos del clero. Estuvo encabezada por una banda de ilustrados y pensadores que se atrevieron a enormidades impensadas en la historia humana anterior, como la abolición del feudalismo, la eliminación de los privilegios de la Iglesia, el establecimiento de la democracia participativa y, sobre todo, la proclamación de que todas las personas tenían derechos, una idea de un nivel herético escandalosamente elevado en aquel entonces. La cadena de acontecimientos que se desarrolló a partir del 14 de julio de 1789 no sentó nada bien a quienes vivían a la sombra del sistema. Y Barruel era uno de ellos.

La oleada revolucionaria avanzó y procedió a descomponerse rápidamente, despeñándose en lo que se conoció como el Terror, un festival de asesinatos, ejecuciones, traiciones, luchas por el poder, delaciones y problemas en general que, entre el 6 de septiembre de 1793 y el 28 de julio de 1794, costó la vida a unos 35.000 franceses acusados de ser enemigos de la Revolución; de ellos, casi la mitad fueron ejecutados mediante la guillotina, que en París trabajó a toda máquina descabezando sólo allí a 2.639 personas en esos 326 días.[1] Unos acontecimientos así no ayudaron a dar buena reputación a las ideas de la Ilustración que habían inspirado el levantamiento popular. Más tarde —la humanidad progresa pese a todo—, se descubriría que la democracia, las libertades y los derechos se pueden alcanzar sin cortarle la cabeza a los compatriotas. Pero los acontecimientos eran ideales para impugnar las ideas originales, aunque éstas realmente no hubieran incluido tales barbaridades.

El abate Barruel, rumiando su enfado por haber perdido los privilegios y múltiples goces que implicaba ser parte del clero en la Francia de los Luises, y escandalizado ante el desorden imperante en el país, procedió a escribir un nuevo libro, éste ya no dedicado a cantar las loas de un nuevo rey, sino a contar «la verdad» sobre la Revolución francesa, uno de cuyos legados fue la separación de las ideologías políticas entre la izquierda, los que defendían las ideas revolucionarias, y la derecha, que agrupaba a los defensores de la monarquía. Sin mencionarlos así, Barruel redactó entre 1797 y 1798 el primer libro contra la izquierda, titulado *Memorias para servir a la historia del jacobinismo*.[2] Bajo el nombre de «jacobinismo» englobaba todas las ideas modernas que promulgaba la Sociedad de los Jacobinos Amigos de la Libertad y la Igualdad, un club liberal que había sido la fuerza política más influyente en la Revolución francesa y que, paradójicamente, había tomado su nombre de la calle de San Jacobo, donde estaba el convento en el que se reunían. Para la gente común, los jacobinos eran los culpables de que todo el mundo se hubiera trastocado, independientemente de las tremendas luchas de facciones que se dieron en su propio seno —los jacobinos fundaron así el canibalismo de izquierdas, elemento fundamental en la historia de esta visión política— y que llegaron a ser sangrientas.

Pero eso, en realidad, al abate Barruel le daba igual. Su hipótesis, y lo que denunciaba en su libro, era que la Revolución no había sido causada por las lacerantes injusticias de la monarquía absolutista francesa ni por la ruinosa situación de la Hacienda del reino, agobiada tanto por las varias guerras que los Luises habían perdido —incluida la de los Siete Años— como por la incompetencia de los burócratas nombrados por sus reyes para administrar la cosa pública mientras ellos se empolvaban las pelucas. Ni tenía en cuenta que, detrás de toda la conmoción, había una búsqueda de justicia y novedosísimas ideas de igualdad, al igual que desdeñaba la evolución asombrosa del pensamiento social construida a partir de la Revolución científica y su original proposición de que había que cuestionarlo todo y someterlo a prueba. Esa realidad histórica compleja, nacional e internacional, social, económica y política, desbordaba la comprensión del abate jesuita.

La verdad, afirmaba Barruel simplificando y fantaseando, era que los *illuminati* de Baviera habían establecido una conspiración con los jacobinos, pero no para lograr elevados ideales sociales, políticos y culturales, sino con el objetivo real pero secreto de destruir a la cristiandad —un tema que la derecha europea y estadounidense aún retoma con frecuencia en sus discursos y campañas políticas— y, con ella, todo el edificio político y social

construido sobre las enseñanzas morales de la Iglesia católica. En definitiva, veía en la Revolución una horrenda conspiración contra el orden establecido por Cristo y sus agentes representantes en la Tierra, incluido, por supuesto, don Augustin.

La teoría de Barruel tenía varias ventajas para eludir los cuestionamientos. En primer lugar, los jacobinos estaban demasiado ocupados matándose entre sí en Francia (y preparando, sin saberlo, el terreno para Napoleón Bonaparte) como para refutarla por escrito, mientras que la sociedad de los *Illuminati* bávaros… se había disuelto hacía seis años.

Los *illuminati* englobaban a varios clubes y organizaciones secretas que promovieron las nuevas ideas del enciclopedismo y la Ilustración, el nuevo pensamiento social civil. El llamarse «iluminados» no tenía nada que ver con la iluminación mística, lo que sin duda asombrará a quien conozca las modernas teorías de la conspiración que implican a los *illuminati* como dueños de alguna clave mística esotérica milenaria y poderosísima, sino que se refería a la luz de la razón, a la Ilustración o Siglo de las Luces (*Enlightenment*, en inglés).

Los grupos de *illuminati* eran secretos porque los monarcas europeos y la Iglesia, de manera nada sorprendente, no veían con buenos ojos a quienes buscaban quitarles el poder y establecer sistemas con valores satánicos como la democracia y la igualdad ante la ley. El grupo de los *Illuminati* de Baviera —conocidos originalmente como «perfectibilistas», nombre que resultaba un tanto pomposo— había sido fundado el 1 de mayo de 1776 por Adam Weishaupt, profesor de Derecho Canónico en la Universidad de Ingolstadt, junto con cuatro de sus alumnos. Sus metas eran oponerse a la superstición y al oscurantismo, a la influencia religiosa sobre la vida pública y a los abusos del poder del Estado… En principio, todo suena enormemente razonable y muy poco siniestro. La orden de los *Illuminati* de Weishaupt tuvo sus altibajos, con alianzas y confrontaciones con otros grupos más o menos místicos de ideas similares, como los masones y los rosacruces, pero al final todas estas organizaciones le resultaron demasiado incómodas al monarca bávaro Carlos Teodoro, que las prohibió mediante varios edictos a partir de 1784. Los *illuminati* de Baviera, que nunca superaron los 650 miembros, fueron objeto de persecución hasta que dejaron de existir como organización el mismo año en que comenzó la Revolución francesa.

El buen (poco) salvaje Rousseau

Jean-Jacques Rousseau está considerado uno de los enciclopedistas franceses y, como tal, parte de la Ilustración. Pero en realidad fue uno de los predecesores de Barruel, Joseph de Maistre, Louis de Bonald y François-René de Chateaubriand en la lucha contra ese movimiento. A él le parecía mal toda civilización, de modo que se oponía a la monarquía francesa, pero las propuestas de la Revolución científica y de una sociedad mejor que mantenían los ilustrados tampoco le parecían bien.

Para Rousseau, el avance de las ciencias y las artes corrompía el alma, mientras que la vida en un estado de naturaleza daba todo lo que se requería para subsistir, y cualquier bien o satisfactor por encima del mínimo necesario era, para el espartano Jean-Jacques, abominable y contrario al alma humana verdadera. De hecho, afirma el filósofo una y otra vez, el avance de la razón provoca la degradación moral, y los avances en la comodidad material (como la ropa o el refugio frente a las inclemencias del tiempo) eran innecesarios, ya que el ser humano se las había arreglado sin ellos. Por tanto, la espiritualidad —y no el materialismo— era el pilar del universo y de la humanidad. Este discurso sobrevive sin cambios en los credos de todos los neoprimitivistas de izquierda: ecologistas, veganos, animalistas, antivacunas, antimedicina y anticiencia en general. La mayoría de ellos ignora que su padre intelectual es Rousseau, quien en 1755 dijo audazmente: «Son el hierro y el trigo los que civilizaron a los hombres y arruinaron a la raza humana». Y en referencia a los pilares de la Revolución científica, como Isaac Newton y Francis Bacon, pedía que se reevaluara la importancia de sus estudios, ya que habían producido «muy poco que fuera útil».

Rousseau, como sus herederos de hoy, no abandonó la vida cómoda de Francia y de Ginebra —su ciudad natal—, ni renunció a su ropa, sus casas y sus comodidades. Pese a su profesado odio a las artes —porque, aseguraba, conllevaban la degradación moral—, dedicó gran parte de su vida a la música, como compositor y teórico, además de apasionarse por la ciencia de la botánica. Como sus avatares del siglo XXI, al parecer nunca se dio cuenta de las contradicciones en que incurría.

Weishaupt seguramente se sorprendió, si es que llegó a enterarse (y tiempo tuvo, pues murió en 1830), de que un abate jesuita afirmara que su fracasado grupo de rebeldes sociales había sobrevivido milagrosamente en la clandestinidad y había emprendido una hazaña tan enorme como fue la Revolución francesa. Y más se habría asombrado de saber que, más de doscientos años después, no sería la derecha, la Iglesia o el conservadurismo, sino alguna parte de la izquierda en teoría heredera de la propia Ilustración, la que culparía a los *illuminati* —o a alguna otra conspiración modelada sobre la del abate— de prácticamente cualquier acontecimiento histórico desde 1776, lo que

incluye todas las guerras, los desastres y las muertes ocurridos en más de dos siglos.

La mística improbable

Pocos, aparte de los más o menos cuarenta mil teosofistas que todavía existen —calcular estas cifras siempre es arriesgado—, identificarán fácilmente el rostro redondo, la mirada aguda de ojos ligeramente saltones y la figura, bajita y rechoncha, de Helena Petrovna Blavatsky.

Pero sin ella, hoy probablemente no proliferarían los gurús que recauchutan prácticas orientales, reviven religiones ancestrales y hablan de experiencias holísticas o de la identidad entre las religiones. En muchos sentidos, Blavatsky fue la madre de las principales ideas del *new age*, la mujer que dijo haberse sentado a conversar con una asamblea que incluía a los más distinguidos maestros espirituales, desde Buda hasta Cristo, y que había sido elegida para llevar su mensaje a toda la humanidad… por un módico precio.

Nacida el 12 de agosto de 1831 en Ekaterinoslav, en el sur de Rusia, Helena Petrovna era hija de un miembro de la aristocracia menor rusogermana, el barón y coronel Peter von Hahn, y de una novelista romántica también con ancestros aristocráticos, Helena de Fadéyev. La muchacha sufrió la pérdida de su madre a los once años de edad y, según sus biógrafos, creció entre los puestos a los que su padre era asignado, como Sarátov, donde fue gobernador civil. La joven Helena disfrutó —o padeció— de una vivaz imaginación que la hizo definirse después como alguien que estuvo al borde de la muerte durante su infancia, además de ser «sonámbula, poseída por el demonio».

Desentrañar la biografía de Madame Blavatsky, como le gustaba que la llamaran, hasta sus primeras apariciones públicas es un desafío porque ella misma dio versiones contradictorias de su historia. Siempre pareció empeñada en construir una leyenda acorde con el personaje que se creó con el paso de los años. Se sabe que el 7 de julio de 1848, a los diecisiete años de edad, Helena se casó con un hombre de poco más de cuarenta años de edad, el coronel del ejército ruso Nikífor Vasílievich Blavatsky, vicegobernador de Ereván, en el Cáucaso. Pero el matrimonio se desmoronó enseguida y ella huyó de su marido sólo tres meses después.[3] El padre de la joven envió a algunos sirvientes para que la devolvieran al hogar, pero la joven optó por el camino de la libertad y se embarcó rumbo a Constantinopla.

Lo que ocurrió después es absolutamente impreciso. En sus años de éxito místico, Madame Blavatsky tejió un tapiz improbable de aventuras de todo tipo, con ella en el papel protagonista, acumuló amantes —aunque sus biógrafos oficiales y autorizados, como Alfred Percy Sinnet, y ella misma, aseguraban que permaneció en el celibato más absoluto toda su vida, y que probablemente ni siquiera consumara su matrimonio con el coronel—, viajó y desarrolló la historia que después le contaría al mundo.

¿Alguna vez cabalgó con el jefe kurdo Safar Ali Beb Ibrahim Bek Ogli y éste le salvó la vida? ¿Fue amazona en un circo, donde una lesión la dejó estéril e incapaz de tener relaciones sexuales? ¿Fue concertista de piano en Serbia, dueña de una empresa de tinta en Odesa, de una importadora de plumas de avestruz en París y de una fábrica de flores artificiales? ¿Fue la decoradora de interiores de Eugenia de Montijo, princesa consorte de Napoleón III? ¿Peleó al lado de Giuseppe Garibaldi en la batalla de Mentana, donde fue herida tanto de sable como de bala? ¿Volvió alguna vez a Tiflis con su marido Nikífor? ¿Cruzó Estados Unidos y Canadá en una carreta cubierta y tuvo reuniones con jefes indios? ¿Naufragó en el barco *Eumonia* ante la isla griega de Spetses, contándose entre los escasos sobrevivientes? ¿Fue asistente del famoso estafador escocés Daniel Douglas Home, que hizo una fortuna fingiéndose médium? ¿Trabajó como periodista y escritora? ¿Se fingió también médium en Egipto, donde adquirió un gusto por el hachís que duraría toda su vida? ¿Había trabajado con agentes secretos en Asia Central? ¿Estudió con magos del vudú en Nueva Orleans, con una bruja en la ciudad italiana de Bari y con chamanes peruanos? ¿Viajó por la India, Ceylán, Indonesia, Japón y Singapur? ¿Cabalgó como hombre con bandidos en México, concretamente en Tijuana, y conoció a Honoré de Balzac y a George Sand? ¿Estuvo a punto de morir de una infección en una pierna en Filadelfia?

Ninguna de estas preguntas tiene respuesta. Pero todo esto, y mucho más, lo contó en años posteriores Helena Blavatsky, ya fuera como confidencia o dictado a sus biógrafos y amigos, como comentario al margen o como detallado relato con el que mantenía hipnotizado a su público. La historia más asombrosa, sin embargo, incluía una estancia de siete años —un número místico— en el Tíbet, una aventura indispensable en todo recorrido iniciático. Allí, aseguraba, conoció a quien le marcó el rumbo para el resto de su existencia: Morya, un

maestro espiritual capaz de desmaterializarse y rematerializarse como si fuera un adelantado al teletransportador de *Star Trek*.

Estamos a mediados o finales del siglo XIX. Nadie sabía entonces si lo oculto, lo que luego se llamaría paranormal o parapsicológico, lo sobrenatural, lo místico tenía algún anclaje en la realidad o era simplemente una fantasía. Era emocionante, sin duda, y ofrecía perspectivas de cambiar el mundo de modo aún más profundo que la misma Revolución científica, de modo que muchas personas de gran seriedad, incluidos numerosos científicos, exploraban los terrenos del ocultismo en busca de respuestas. Como ejemplo, en 1882 nació en Londres la Society for Psychical Research (SPR, Sociedad de Investigaciones Psíquicas, donde el adjetivo se refiere a videncias y espiritismo más que a psicología o psiquiatría) para someter a prueba y constatar científicamente las afirmaciones de médiums, espiritistas y adivinadores. Aunque hasta la fecha no hay una sola prueba de que tales poderes o realidades alternas existan verdaderamente, lo cual es bastante revelador, esto se desconocía en aquellos tiempos, cuando Heinrich Hertz apenas estaba demostrando experimentalmente las teorías sobre electromagnetismo de James Clerk Maxwell y la existencia de las ondas de radio, que durante un tiempo fueron consideradas la posible explicación de aparentes fenómenos como la telepatía.

El que la búsqueda fuera legítima no excluye, sin embargo, que el campo del ocultismo, la comunicación con los espíritus y los poderes «psíquicos», estuviera plagado de estafadores hábiles. Entre ellos estaban el ya mencionado Daniel Douglas Home, cuyos trucos incluían la aparente levitación y la capacidad de provocar ruidos de golpeteo; la italiana Eusapia Palladino, que hacía levitar mesas y hablaba con los muertos, además de afirmar que le respondían, lo cual es la verdadera hazaña, por supuesto; y, sobre todo, las iniciadoras del fenómeno espiritista, las hermanas neoyorquinas Kate y Margaret Fox, siempre representadas por su sagaz hermana mayor Leah.

Las hermanas Fox tenían un gran mensaje que enviar a cualquiera que se creyera, o quisiera fingirse, médium espiritista o dotado de superpoderes: uno podía confesar —como lo hizo en su momento Margaret— que estaba engañando al público, someterse al escrutinio de escépticos feroces que demostraran que sus poderes eran un bulo o hacer prácticamente cualquier cosa porque, si había forjado un núcleo de fervorosos creyentes, éstos nunca creerían en el fraude. Responderían —

como respondieron— que la confesión era producto de un desvarío momentáneo o de la presión de los enemigos de la verdad, acusarían —como acusaron— a los científicos de servir a oscuros intereses y, por supuesto, persistirían en su creencia hasta el fin.

Esta enseñanza ya la conocían los políticos. Y seguramente también Helena Petrovna cuando creó las historias de Morya, nombre que no tiene nada que ver con el Tíbet y que quizá fue tomado del santo Morya Gosavi —de la secta hindú Ganapatya—, y de Koot Hoomi (o Kuthumí). Estos dos maestros o mahatmas, que tenían línea directa con la emprendedora rusa, eran parte de una gran hermandad a la que presuntamente pertenecen todos los grandes maestros espirituales de la humanidad, desde Cristo, Buda, Confucio y Lao Tse hasta Cagliostro y Platón, además del conde Saint Germain y otros místicos famosos. La primera vez que Blavatsky vio al etéreo Morya fue, según contó, en la Gran Exposición de 1851 en Londres.

Para su cosmogonía, la rusa echó mano de la obra del novelista británico Edward Bulwer Lytton y del ocultista y sacerdote expulsado Éliphas Lévi, de quien tomó uno de sus elementos más atractivos: la existencia de una doctrina secreta que agrupa y reúne en uno solo todos los sistemas mágicos y religiosos. A esta doctrina habían tenido acceso organizaciones secretas o místicas como los rosacruces, los masones y los caballeros templarios, que siguen vivos en el imaginario ocultista.

Cuando la hermandad intentó difundir sus enseñanzas —para luchar contra las fuerzas oscuras de los villanos de la historia— por medio de personas iluminadas, éstas fueron perseguidas e incomprendidas. Pero entonces, proclamaba Helena, estos maestros la habían elegido a ella en plenos Himalayas (antes de la conquista del Everest) para ser la transmisora de su mensaje al mundo entero. Para ello, en 1873 le ordenaron que se trasladara a Nueva York, donde vivió casi en la miseria, como costurera y después con una pequeña granja de pollos. Allí conoció al coronel Henry Steel Olcott, un buscador esotérico, al que impresionó con sus sesiones mediúmnicas, conversando con los espíritus de algunos de sus familiares y sirvientes, un mercader persa y un guerrero kurdo. Empezaron a hacer sesiones y su suerte económica cambió, pese a que incluso su presunto antiguo jefe, Daniel Douglas Home, la acusó de fraude. En septiembre de 1875, Blavatsky y Olcott fundaron la Sociedad Teosófica para ir más allá del espiritismo, que empezaba a languidecer. Su lema era «No hay religión más alta que la

verdad», que, como suele ocurrir, no significa nada. Pero la frase prometía a la vez liberarlo a uno de las religiones y, claro, darle «la verdad», esa entelequia, esa abstracción inexistente, en un bonito paquete de fácil consumo a cambio únicamente de dinero.

Las sesiones, las entradas a las conferencias de Blavatsky, Olcott y otros fundadores de la teosofía, la inscripción en la Sociedad, todo tenía una etiqueta de precio, además de que Blavatsky siempre estaba abierta a recibir las generosas donaciones de sus principales adeptos: los más acaudalados. En poco tiempo, la costurera y dueña de una mísera granja avícola vivía como una princesa, mientras ella y sus adeptos negaban, hasta hoy mismo, que hubiera obtenido ningún beneficio material de la teosofía. Empezó a escribir libros con las enseñanzas que recibía de los mahatmas. El primero, *Isis desvelada* (1877) delineaba el mensaje de que la teosofía era «la síntesis de toda la filosofía, las religiones y la ciencia», relativizaba la ciencia moderna en favor del ocultismo y la religión, hablaba de las fuerzas preternaturales que actuaban en el mundo, y pretendía atraer a adeptos interesados en lo espiritual pero no en la cosmovisión occidental. Había conseguido envasar la sabiduría oriental y la ofrecía generosamente, por medio de un volumen que se ha descrito como un pastiche de plagios de ocultistas anteriores, seudohistoria y prejuicios de la época adornados con visiones místicas.

Blavatsky logró la hazaña de doblepensar, de rechazar parte de la ciencia moderna (se declaró antidarwinista, por ejemplo) y de asumir como verdad otras partes que resultaban convenientes a su cosmogonía manufacturada. Los «verdaderos científicos» le daban la razón, los «otros» eran malvados o servían a oscuros amos. Este esquema dual se repetirá en los siglos XX y XXI respecto de la medicina, la física, la biología, la genética, la ecología y otras disciplinas, que se valoran ideológicamente antes que por los méritos de sus datos, hechos y pruebas.

En *Isis desvelada*, Madame Blavatsky hace una afirmación que hoy se repite con pasión y convicción: la ciencia es más que los hechos demostrables del universo natural, y hay otro conocimiento accesible a otro método, el ocultista, que no es sino la iluminación, la idea de que un saber puede llegarnos reveladamente por medios místicos. Esto sería sin duda una importante revolución en la pedagogía, y es una lástima que nadie haya podido dar pruebas de esta fantástica capacidad de transmisión de los conocimientos. De hecho, durante el siglo XX se

multiplicarían los intentos de demostrar la existencia de los fenómenos de los que tan apasionadamente hablan los ocultistas, con resultados desastrosos: cuando los estudios parecían indicar que existían la telepatía, la telequinesis, los viajes astrales y otras cuestiones similares, una revisión desapasionada demostraba inevitablemente que presentaban graves errores metodológicos o, directamente, eran fraudes.

Era, como dice Peter Washington, una época de *amateurs* apasionados y autodidactas espirituales, en la cual los idealistas de clase media pretendían ayudar a los trabajadores a mejorarse y donde el nudismo y la reforma dietética —el vegetarianismo también se difundió por esa época— se daban la mano con la hermandad universal y la sabiduría ocultista. Y si suena a utopía *hippy* es porque éstas se inspiraron en todo ello para reeditar tales visiones en las décadas de 1960 y 1970.

Los asombrosos descubrimientos científicos animaban a muchos diletantes a buscar los suyos propios, pero sin la información, la metodología, los recursos, el tiempo y los datos necesarios para hacerlo correctamente. Nacía la ciencia de cochera, donde unos bienintencionados esperaban que la inspiración y la revelación se ocuparan del trabajo duro de la obtención del conocimiento. De todo el conocimiento, por supuesto, no sólo de partes como la óptica o el electromagnetismo. Las ambiciones del momento que aprovecharon Blavatsky, Olcott y otros muchos quedaban expresadas en el objetivo principal que la Sociedad Teosófica se fijó en su fundación. Sin ninguna modestia, se proponían recopilar y difundir «el conocimiento de las leyes que rigen el universo» con tres objetivos, ya definidos en 1896: 1) formar una hermandad humana universal sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color; 2) estimular los estudios de religión comparativa, filosofía y ciencia, y 3) investigar las leyes inexplicadas de la naturaleza y los poderes latentes en el ser humano. Un proyecto tan místico como político con el que muchos podrían identificarse incluso hoy.

Desafortunadamente, las críticas al proyecto teosófico comenzaron a llegar. Y eran expresadas por críticos como el doctor Elliot Coues, un científico cuyas inquietudes místicas hicieron que se convirtiera en adepto de Blavatsky, pero cuya agudeza intelectual y decencia lo llevaron a abandonar la Sociedad y a denunciar a su líder como charlatana. En una nota publicada en el diario *The Sun* el 20 de julio de

1890, ante la afirmación del entrevistador de que «los objetivos que profesa la Sociedad son encomiables», Coues comentaba:

> Totalmente. Ahí es donde está la broma. Ése es el escaparate de la tienda, el lado del espectáculo del negocio. Una sociedad para la promoción de la sabiduría y la virtud no es algo malo, por más que no tenga ninguna característica destacadamente novedosa.

Y luego detallaba sobre el primer punto, el de la hermandad universal, el más político:

> Ése ha sido el sueño de todos los entusiastas enloquecidos desde que empezó el mundo. Sólo que en este caso se adoptó como una fachada de unos bribones para ganar dinero. Durante años ha sido un chiste viejo entre los propios teosofistas que «la hermandad universal es una bronca universal». Además de sus características obviamente deshonestas, se ha visto que es un hervidero de pasiones malvadas y bajas, enfrentamientos y desacuerdos, envidia, celos y ambición egoísta, por no mencionar las más oscuras y profundas simas de la perversidad.

Con el crecimiento y consolidación de la Sociedad Teosófica en Estados Unidos, Helena Blavatsky se propuso conquistar el punto de origen de sus ideas y enseñanzas, la India, a donde llegó en 1878 acompañada de Olcott. Recibidos por adeptos y amigos que los alojaron lujosamente, procedieron a fundar la revista *The Theosophist* (*El Teosofista*), que les representó cuantiosos ingresos, y establecieron la sede de la Sociedad Teosófica de la India en Adyar, una ciudad del estado de Madrás. Su estancia fue sumamente fructífera, pues en los siguientes siete años abrieron una multitud de sucursales por Asia, especialmente en Ceylán —hoy Sri Lanka—, donde Blavatsky y Olcott se convirtieron al budismo y el antiguo coronel empezó a adoptar las costumbres y vestimenta locales. La teosofía se identificó además con el nacionalismo indostano, que eventualmente se sacudiría el entonces férreo dominio de Gran Bretaña. Por esta razón, el Gobierno británico sospechó durante un tiempo que Blavatsky era una agente rusa que trabajaba contra los intereses de la Corona.

A la larga, los inevitables conflictos que implica toda empresa religiosa llevaron a Madame Blavatsky de vuelta a Europa. Además, la prestigiosa SPR había puesto en acción a uno de sus investigadores, Richard Hodgson, para profundizar en la verdad o falsedad de las afirmaciones de Blavatsky, Olcott y su nueva religión. Su aval habría significado prácticamente el espaldarazo de la ciencia a la verdad de la doctrina de la rusa. Desafortunadamente, el dictamen de Hodgson fue que Madame Blavatsky era, directamente, «uno de los impostores más logrados, ingeniosos e interesantes de la historia». El informe final de la

SPR, publicado en diciembre de 1885, causó deserciones masivas en la Sociedad Teosófica y múltiples ataques de la prensa. Todavía hoy los teosofistas siguen discutiendo los informes de la SPR, que en 1986 decidió retirarlos, probablemente cansada de la insistencia mística.

Además, se desató una serie de acusaciones de fraude que Blavatsky halló más conveniente afrontar desde su periplo europeo sin volver a la India. Se referían a la forma en que los mahatmas se habían comunicado con Blavatsky desde el principio, cuando recomendaron la fundación de la Sociedad Teosófica: las cartas milagrosas. Durante más de una década, los «maestros ascendidos» habían enviado a Blavatsky y a su entorno una larga serie de cartas que podían aparecer en sus cajones, sus camas o, incluso, caer del techo misteriosamente. En ellas, con un estilo literario sospechosamente parecido al de la mística, daban órdenes, sugerían cambios, nombraban cargos e impartían abundantes enseñanzas espirituales. Estas cartas y otras manifestaciones «preternaturales» quedaron en entredicho gracias a las declaraciones de su exadepta Margaret Coulomb, que permitieron conocer los pasadizos secretos y paneles móviles existentes en las habitaciones de la mansión de Blavatsky en la India, y que la vidente utilizaba para repartir las cartas de los mahatmas y ejecutar otros trucos espiritistas —incluso con maniquíes que hacía pasar por cuerpos astrales— como los que, décadas después, desenmascararía Harry Houdini en diversos médiums. El otro recurso de Blavatsky, sumamente cómodo, era obtener sus conocimientos entrando en trance místico y recibiendo información por la vía de la clarividencia o analizando libros esotéricos y budistas a los que aseguraba tener acceso. Pero estas obras estaban escritas en senzar, una lengua que nadie más conocía y de cuya existencia jamás se tuvo noticia antes ni después.

En Europa, Blavatsky terminó la que consideraba su obra magna, *La doctrina secreta*, que publicó en 1888. Aunque otros muchos reseñistas bien informados señalaron que el libro mostraba los plagios, incoherencias y contradicciones propios de toda la obra de Blavatsky, Annie Besant quedó profundamente impresionada por el texto y quiso conocer a la mística. Besant se convirtió de inmediato a la doctrina teosófica y, en sólo tres años de dedicación absoluta a la médium, consiguió transformarse en su heredera espiritual. Hasta ese momento, Annie Besant había sido ante todo una activista social y política, que defendía numerosas causas progresistas en campañas sucesivas por la

libertad de prensa, contra la censura y en favor de los derechos de la mujer, promovía los ideales del socialismo, luchaba contra el desempleo en Gran Bretaña y defendía el ateísmo personal y el laicismo como política de Estado. Pero Besant no era tan excepcional. Del mismo modo que ella, muchos intelectuales inquietos de la época, incluido el célebre cínico George Bernard Shaw, asistieron a las conferencias de la Sociedad Teosófica buscando la satisfacción espiritual que no encontraban en otras actividades. En 1889 la mística recibió la visita del abogado Mohandas Karamchand Gandhi, el futuro *mahatma* libertador de la India, quien en 1891 se hizo miembro de la logia teosófica de Blavatsky y que habló con frecuencia de la relación cercana entre la teosofía y el hinduismo.

Besant abandonó poco a poco sus anteriores causas, incluidas dos contra las que la teosofía militaba abiertamente: el derecho de las mujeres a la anticoncepción y, por supuesto, el ateísmo y el laicismo. Cuando Blavatsky murió en Londres el 8 de mayo de 1891, en la casa de Besant, su línea sucesoria se cumplió y la recién llegada tomó el mando de la teosofía.

EL GURÚ PIONERO

El mayor legado de Besant para el ocultismo político, además de mantener viva la teosofía y difundirla con entusiasmo, se llamó Jiddu Krishnamurti, un chico que tenía catorce años de edad en 1909 cuando lo descubrió Charles Webster Leadbeater, un miembro de la Sociedad cercano a Annie. La teosofía proclamó al bello joven como el «vehículo» que el Maestro Mundial (o Maitreya), que pronto vendría —como cualquier otro mesías—, utilizaría para llevar a la humanidad a una nueva etapa de paz, progreso espiritual e iluminación. Acto seguido, se lo llevaron a las instalaciones de la Sociedad Teosófica para educarlo conforme a su destino, como si fuese casi una deidad. Se creó una fundación en su nombre, se le educó y se le adoctrinó en la visión de la teosofía. Sin embargo, veinte años después, Krishnamurti decidió que la vida sería mucho más agradable si era su propio amo, de modo que rompió con Annie Besant y empezó a hacer lo que todos los gurús: dar conferencias por el mundo y convertirlas en libros cuyos beneficios le permitían llevar una vida cómoda, apoyada además por sus adeptos. Inteligente, atractivo y profundo —al menos en apariencia—, Krishnamurti sedujo a muchos con la idea de que la revolución (ésa que

preconizaba el marxismo y que empezaba a ponerse en práctica en la Unión Soviética) no podía ser algo externo, sino que empezaba y debía darse dentro de cada uno de los seres humanos. La sencilla revolución espiritual, psicológica y mística sustituía, con mucha ventaja, a la idea de la revolución a tiros, donde se arriesgaba la vida y se tenían que cometer —ineludiblemente— atrocidades.

El que Krishnamurti, a diferencia de Blavatsky, al parecer creyera realmente en lo que decía únicamente lo hizo más atractivo a un mundo que se empeñaba en la crítica de los aspectos más lamentables del materialismo consumista, hijo de la otra revolución, la industrial. Inauguró además una de las posturas más atractivas de los gurús que en años posteriores invadirían Occidente en verdaderas oleadas: la enseñanza de que no hay gurús, que no hay maestros y discípulos, que sólo existe la Verdad con mayúsculas. Una posición así atrae a muchos discípulos que quieren conocer esa Verdad, que tiene el gurú que no quiere serlo, y están dispuestos a pagarle sus conferencias, comprar sus libros o hacerle cuantiosos donativos. Y, además, tiene la nada despreciable ventaja de que libera al gurú de toda responsabilidad por sus afirmaciones, enseñanzas y declaraciones.

El carisma de Krishnamurti y su actitud mundana y cosmopolita (solía usar traje y corbata más que túnicas) lo llevaron a hacerse amigo o conocido de numerosas personalidades, incluidos científicos, filósofos, escritores, artistas y políticos, entre las que estaban Aldous Huxley, Jawaharlal Nehru —primer ministro de la India después de su independencia— y los físicos David Bohm, que adoptó una visión mística de sus propios trabajos en la física cuántica, y Fritjof Capra, quien desde 1975 se dedicó igualmente a la mística y a la idea de que la ciencia debe estar imbuida del misticismo oriental, además de ser pionero de la ecología política. Y, por supuesto, también encontró seguidores en el entorno que dio origen a la contracultura y a la izquierda feng-shui. En una charla de 1967 en Madrás, Krishnamurti afirmó: «En Estados Unidos están los *hippies* que llevan ropa extravagante y se dejan crecer la barba, y entre ellos hay gente muy seria, chicos y chicas jóvenes que desean llevar otro tipo de vida, que quieren crear otro tipo de sociedad». Su denuncia del *establishment* como un orden inadecuado se acompañaba de su rechazo al comunismo soviético y la convicción de que era necesario, también, liberarse de todas las ideologías. Para Krishnamurti, como para los populistas del

siglo XXI, la ideología era prescindible si se tenía la verdad. Daba igual qué verdad, lo importante era una nueva forma de pensar, fuera la que fuese.

La influencia de Krishnamurti en el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial fue uno de los trampolines para los nuevos gurús, aunque desconfiara de ellos. En alguna ocasión, dijo que le gustaría ver los saldos financieros del Maharishi Mahesh Yogi, el llamado «gurú de los Beatles», sugiriendo que éste había amasado una considerable fortuna. Sin embargo, la fortuna de Krishnamurti tampoco se hizo pública nunca, aunque a su muerte en 1986 dejó acaudaladas fundaciones en Inglaterra, Estados Unidos, la India y una hispanoamericana, asentada en Barcelona, que siguen comercializando sus libros y conferencias.

El legado adicional de Krishnamurti a los nuevos gurús fueron sus dictados impenetrables, del tipo de los que el médico, escritor y conferenciante Deepak Chopra, que llegó a Estados Unidos de la mano del Maharishi, convertiría en su especialidad. Estas afirmaciones, en apariencia profundas, son vacuas, están tan abiertas a la interpretación que pueden significar lo que se quiera o bien son obviedades dichas con contundencia.[4]

> Tan sólo cuando la mente va más allá de la consciencia individual y social existe una posibilidad de ser una luz para uno mismo y de que nunca se apague.
>
> Psicológicamente, somos el mundo y el mundo es lo que somos; y cuando nos comprendamos a nosotros mismos, comprenderemos toda la estructura de la naturaleza humana.
>
> Sin duda, la verdadera función del hombre consiste en liberarse del «yo» y, por tanto, buscar la realidad, descubrirla y permitir que se manifieste.
>
> Quiero saber todo acerca de la muerte, porque puede que la muerte sea la realidad, puede que sea eso que llamamos Dios, esa cosa tan extraordinaria que vive y se mueve, y aun así no tiene principio ni fin.
>
> Si sembramos una semilla de mango, producirá un mango, pero la mente humana no es como eso. La mente humana es capaz de transformarse dentro de sí misma, de la comprensión inmediata, que es romper con la causa, siempre.
>
> Lo importante en la meditación es la cualidad de la mente y del corazón. No es lo que uno consigue, o lo que dice que alcanza, sino más bien la cualidad de una mente que es inocente y vulnerable. A través de la negación, surge el estado positivo.

De ellas se deduce que Krishnamurti fue también uno de los predecesores de esa plaga que es la autoayuda.

El omnipresente austríaco que usted no conoce

Probablemente ha oído hablar de Triodos Bank, que afirma ser un banco ético, o de la agricultura biodinámica, una forma ecológica u orgánica de cultivo muy bien vista en los círculos de la ecología política y la izquierda verde. Incluso quizá conoce la educación Waldorf, que se presenta como una alternativa pedagógica que omite los aspectos más malignos —algunos ciertos, otros no tanto— de la educación tradicional.

Sin embargo, lo más probable es que no haya oído hablar del fundador de éstas y otras instituciones, Rudolf Steiner, y de su propia religión, la antroposofía, que derivó de la teosofía de Blavatsky. Y, por tanto, no sabe que todos esos principios proceden, nada más y nada menos, de la capacidad de clarividencia que ese ocultista austríaco aseguraba tener.

Rudolf Steiner (1861-1925) era un personaje a todas luces fascinante. Atractivo, alto, con una rebelde melena negra, gruesas corbatas de lazo y mirada penetrante, Steiner estaba convencido de que mantenía contacto con «el otro mundo» —lo que Helena Blavatsky llamaría el «plano astral»— desde los nueve años de edad, cuando decía que conversaba con una tía fallecida. Como siempre, la hazaña no era que el niño hablara con los muertos, sino que éstos le respondieran.

Fascinado por la filosofía, la ciencia y el esoterismo, todo a la vez, durante un tiempo se dedicó a estudiar la obra de Johan Wolfgang von Goethe, poeta, filósofo y también especulador sobre la ciencia con tratados ampliamente desarrollados como su *Teoría de los colores*, en la que pretendía superar la óptica de Newton. Aunque los científicos no dieron ningún valor a sus ideas, aunque sí a algunas de sus observaciones, para los filósofos alemanes era la posibilidad de forjar una ciencia esencialmente *alemana*, la ciencia goetheana, de la que Steiner se hizo prontamente adepto y sobre la que escribió en la década de 1880.

Sus interpretaciones esotéricas de los cuentos de Goethe llevaron a que la teosofía berlinesa se acercara a él en 1899 para invitarlo a dar una charla sobre uno de ellos, *La serpiente verde*. Steiner se volvió habitual del círculo teosofista y, en 1902, se convirtió en fundador y líder de la sección alemana de la Sociedad Teosófica, a la que fue fiel hasta 1910. Sin embargo, mientras la teosofía ponía la punta del compás esotérico en

Oriente, Steiner opinaba que convenía más desarrollar un misticismo occidental y, cómo no, concluyó que él era la persona indicada para esta labor. A partir de 1910 entró en ruta de colisión con Annie Besant, hasta que ésta disolvió la rama alemana de la teosofía y, a todos los efectos, lo puso en la calle. Steiner procedió entonces a instalar su propia filosofía religiosa. Si la de Blavatsky era la teosofía o «conocimiento de Dios (o divino)», Steiner le dio un giro con la antroposofía o «conocimiento humano».

Ninguna pregunta es difícil si uno puede inventarse la respuesta, y ningún problema es complejo si uno puede inventarse la solución. Esto es cierto aunque la respuesta sea incorrecta o la solución no sirva, algo que para muchos es irrelevante. Y a Steiner el inventarse respuestas y soluciones se le daba extraordinariamente bien en todos los terrenos de lo divino y lo humano. Aunque él no decía —y probablemente no creía— que se las inventara, sino que las obtenía mediante la clarividencia, acudiendo en estado de trance meditativo a un depósito universal de todo el conocimiento e ideas existentes, el «registro akáshico» que había imaginado Blavatsky. Por supuesto, al ser clarividente y no tener que demostrarlo, Rudolf Steiner decidió que estaba capacitado para dictar conferencias sobre las más diversas disciplinas. Nada era un secreto para él: medicina, pedagogía, agricultura, arquitectura… Una hazaña considerable para alguien que jamás practicó ninguna de ellas en el mundo real.

Apoyado en el poder místico de los números 3, 4 y 7, Steiner desarrolló una visión esotérica según la cual el ser humano está compuesto de tres elementos: espíritu, alma y cuerpo. A su vez, este último consta de cuatro miembros: cuerpo físico, cuerpo etérico, cuerpo astral y ego. Y el cuerpo físico lo forman tres áreas funcionales, y así sucesivamente. El desarrollo de los niños, por ejemplo, tenía tres etapas de desarrollo, cada una de siete años, etcétera.

Si la clarividencia era la fuente de todo conocimiento, había que lidiar con la razón. Ya que Madame Blavatsky había asegurado que «la dificultad principal que impide a los hombres de ciencia creer en los espíritus divinos, así como en los de la Naturaleza, es su materialismo», [5] Steiner anunció que la conciencia humana evoluciona a partir de la clarividencia, que se ve aplastada por la razón intelectual, ya que con ella el ser humano «descendía» de un perfecto mundo espiritual a otro de materia repugnante.

Y, en un giro nada sorprendente, Steiner descubrió asombrado que él mismo era la persona más indicada para enseñar a desarrollar nuevas capacidades, de modo que consigamos ser al mismo tiempo clarividentes, imaginativos, intuitivos y hasta capaces de pensar, pero sin exagerar, de modo que, siguiendo sus indicaciones, cualquiera de nosotros pudiera reencarnarse a lo largo de distintas etapas hasta alcanzar la iluminación kármica, una idea que copió del budismo.

Con esas bases, en 1919 inventó de la nada la educación Waldorf —así llamada porque se creó para el dueño de la fábrica de cigarrillos Waldorf-Astoria—, proponiendo que los niños rehúyan la ciencia materialista y desarrollen, entre otras cosas, su clarividencia y sensibilidad. Steiner creía —como las escuelas Waldorf, aunque no lo publiciten— que los espíritus de los niños no se implantan totalmente en sus cuerpos físicos hasta la vida adulta, y que el educador debe ocuparse del desarrollo kármico del niño para que su espíritu se encarne conservando su clarividencia. Para ello hay que superar obstáculos como el pensamiento racional o la lectura, de modo que a los niños de las escuelas Waldorf no se les debe enseñar a leer sino hasta pasados los siete años de su primera etapa. En la segunda, hasta los catorce años de edad, se les enseña mitología, danza, artes y apenas algunos conocimientos académicos. En la tercera fase, el niño atrae a un cuerpo astral, que al introducirse en él provoca la pubertad.

El niño que cae en las garras de una escuela Waldorf corre además el riesgo de que, si enferma, lo atenderán con homeopatía y «medicina antroposófica». Si se lesiona, recibirá lo que las escuelas llaman «el remedio de rescate», una mezcla de cinco esencias florales de Bach que presuntamente curan al olfatearlas. Y el menor y sus padres se verán bombardeados con la posición no oficial, pero muy reiterada, de las escuelas Waldorf contra la vacunación porque, en su creencia, la enfermedad y el dolor son fundamentales para una correcta encarnación del espíritu y el desarrollo kármico. Como dijo su fundador: «Si destruimos la susceptibilidad a la viruela, nos estamos concentrando sólo en el lado externo de la actividad kármica».

Por supuesto, casi un siglo de práctica de estas caprichosas ideas educativas no ha producido un solo niño clarividente, pero a los steineritas esto no parece preocuparles.

En 1924, una vez que ya había reformado la educación según sus creencias, Steiner dictó ocho conferencias para enseñar cómo deberían

llevarse a cabo las tareas agrícolas… sin haber jamás empuñado una azada.

Según él, la agricultura debía regirse por los calendarios astrológicos, la Luna y, por supuesto, lo que Steiner había aprendido sobre el tema consultando el registro akáshico, gracias al cual «descubrió» fertilizantes y pesticidas inesperados (aunque, por desgracia, patentemente inútiles). Por ejemplo, su preparado 501, concebido para evitar infecciones por hongos en los cultivos, consta de cuarzo que se muele, se embute en un cuerno de vaca y se entierra en el campo desde la primavera hasta el otoño. Después, se saca, se mezcla una cucharada de polvo de cuarzo en 250 litros de agua y se rocía sobre el campo. Lo cual sería fenomenal de no ser porque el cuarzo, que no es más que óxido de silicio, es uno de los minerales más inertes de la naturaleza y no tiene efecto alguno en los hongos. Que, si lo tuviera, desaparecería al disolver una cucharada en 250 litros de agua.

El cuerno de vaca reaparece en otra fantástica receta de Steiner, el preparado 500, esta vez relleno de estiércol.

Pero hoy en día, la agricultura biodinámica —basada en las propuestas de Steiner— es un enorme negocio. Para ser certificado como agricultor biodinámico, el aspirante debe presentar su solicitud no a una dependencia pública, sino a una de las empresas del imperio antroposófico, Demeter, que cobra por el registro. Si la agricultura orgánica resulta más cara que la realizada con ayuda de la tecnología y la ciencia,[6] en el caso de la biodinámica es aún peor. En general, sus costes se incrementan entre un diez y un 30 %, debido a su bajísimo rendimiento y al importe que reciben los antroposofistas por certificar que las propuestas de Steiner se han respetado debidamente. Entre otros cargos facturables, Demeter cobra 180 euros más IVA sólo por revisar los documentos de los solicitantes, sin contar los costes de la visita de inspección y el proceso de certificación.[7] Después, los productores deben pagar anualmente a la empresa el 1,9 % de su volumen de negocio total, con un mínimo de 150 euros. Los procesadores de productos agrícolas y los comercializadores biodinámicos abonan a Demeter también el 1,9 % de su valor agregado o utilidad bruta —la diferencia entre el precio de compra y el de venta—, con un mínimo de 300 euros al año.

El prolífico e imaginativo Steiner tuvo tiempo además de crear la «medicina antroposófica», totalmente sacada de la chistera. Por ejemplo,

afirmaba que el cáncer —del que hoy se sabe que no es una enfermedad, sino una categoría de muchas de ellas distintas en sus causas, gravedad y tratamiento— se curaba con muérdago, una creencia que los antroposofistas mantienen pese a que no han logrado sanar a nadie con esta planta. Desde 1917, sin embargo, el remedio antroposófico del muérdago comenzó a venderse bajo la marca registrada Iscador. En España, a principios de 2017, una caja de catorce ampollas inyectables de este extracto de muérdago que nunca ha demostrado ninguna efectividad tiene un precio de entre 75 y 135 euros.

La visión de Steiner de la enfermedad es caprichosa y no se sustenta en los hechos. El médico y antroposofista del siglo XXI Vance Dietz explica:

> La enfermedad le viene a un individuo no por azar, sino como una oportunidad de enfrentarse a su propio karma de encarnaciones anteriores. La enfermedad le da a la persona un mensaje que en última instancia ayuda al autocrecimiento y al autodesarrollo. La responsabilidad del sanador es ayudar al ser humano que sufre la enfermedad a enfrentarla kármicamente.[8]

Quizá como era normal en su época, aunque no como se esperaría de alguien espiritualmente iluminado, clarividente y con toda la sabiduría del universo al alcance de la mano, las enseñanzas de Steiner resultan enormemente racistas. En su conferencia «El color y las razas de la humanidad», de 1923, atribuyó a los negros únicamente una «vida instintiva», que supuestamente realizan con la parte posterior del cerebro; a los asiáticos una «vida emocional», que experimentan con el cerebro intermedio; y a los blancos (¡sorpresa!) una «vida pensante», que disfrutan con el cerebro anterior.[9]

Para promover sus clarividencias médicas, Rudolph Steiner fundó otra empresa que sigue floreciendo: Weleda. En la actualidad, es uno de los principales vendedores de preparados homeopáticos y seudomedicamentos alternativos en Europa, así como de cosmética y cuidado para bebés, y sus ventas alcanzaron los 390 millones de euros en 2015, según su propio y orgulloso informe anual,[10] donde también se puede constatar que su gasto total en investigación y desarrollo es… cero euros con cero céntimos. Steiner creó también la compañía de cosméticos Dr. Hauschka, centros de terapias antroposóficas y varias editoriales, además de diseñar hogares antroposóficos para niños con necesidades especiales y generar la que se conoce como arquitectura antroposófica. Ya encarrilados, sus entusiastas seguidores procedieron a

inventar el habla antroposófica, la dramaturgia antroposófica, el desarrollo organizativo antroposófico y, por supuesto, la banca antroposófica.

Las empresas que nacieron a la sombra de la antroposofía, ya fueran creadas por Steiner o por sus herederos en sus varias fundaciones, requerían su propia banca con la que financiar sus actividades. Para ello, en 1936 fundaron el RSF Social Finance —las siglas RSF, en inglés, corresponden a la Fundación Rudolph Steiner—, que opera como banco desde 1984; a él se sumaron, en 1974, las instituciones financieras GLS, en Bochum (Alemania), y Mercury Provident, en Gran Bretaña. Fueron las tres predecesoras del más conocido Triodos Bank, creado en 1980 y que se fusionó con Mercury Provident en 1995. El objetivo de esta banca es promover sus creencias místicas, apoyar a quienes de alguna manera coinciden con su visión de la «superación del hombre para ulteriores encarnaciones» y, de modo relevante, servir como fuente de financiamiento barato para emprendimientos antroposóficos como las escuelas Waldorf. Y Triodos lo consigue pagando a sus clientes algunas de las tasas de interés más bajas del mercado por sus ahorros: un depósito a un año en Triodos Bank rendía en 2016 un 0,15 % TAE (tasa anual efectiva), frente a una media del 0,35 % del mercado bancario y hasta el 1,5 % que ofrecían algunas entidades. La diferencia no es trivial.

Pero Triodos se define como «banca ética» y esto seduce a mucha gente de elevados ideales que no se ocupa de investigar si está ayudando a financiar los proyectos de una secta o denominación religiosa. En España, por ejemplo, es el caso del partido Podemos y sus diversos nombres y marcas locales, de orígenes leninistas y prácticas populistas, que han canalizado decenas, cientos de miles de euros en donaciones a través de Triodos, donde también tienen o han tenido cuentas su defenestrado fundador Juan Carlos Monedero[11] y varios de sus dirigentes.

La idea de la banca ética se apropia de todas las palabras clave del buen rollo: ecológica, natural, apoyo a discapacitados, integración social, cooperación al desarrollo, sostenibilidad, comercio justo, rechazo de las motivaciones monetarias, respeto al medio ambiente, a la diversidad sexual y un largo etcétera. Todo parece dar al disconforme social una oportunidad de seguir en el sistema bancario pero sin hacer ganar dinero a los bancos tradicionales, a los que ve —en este caso, no

erradamente por completo— como responsables de las desgracias del siglo XXI.

Eso sí, a la hora de desahuciar a quienes no pagan la hipoteca, Triodos no se diferencia en nada de todos los demás bancos, salvo en que sus acciones reciben menos publicidad en los medios.[12]

Lo más curioso es que Triodos intenta ocultar o minimizar sus relaciones con la antroposofía, del mismo modo en que otro banco ético español, Fiare, es tremendamente discreto respecto a que sus fundadores fueron mayormente diócesis católicas, lo que puede no caer muy bien a sus clientes de la izquierda. En ese intento de mantener al público desinformado, Triodos llegó a amenazar con acciones legales en 2013 para pedir a la empresa Blogger que retirara una entrada de mi blog *El retorno de los charlatanes*, en la que analizaba los principios y afirmaciones de la educación Waldorf.[13] Las acciones legales nunca se materializaron, pero la entrada censurada «El ataque a la educación y las escuelas Waldorf» fue reproducida en veinticinco sitios web distintos. En resumen, acabaron promoviendo precisamente lo que pretendían reprimir: la difusión de información incómoda sobre las creencias steineritas. Lo que resultaba llamativo era que Triodos, que niega cualquier relación con la antroposofía, Weleda, Demeter o la educación Waldorf, presionara para censurar un texto precisamente sobre esta última práctica. Alguien comentó, aunque sólo es un rumor, que les había molestado que, a raíz de una entrada anterior titulada «Antroposofía, la secta y su banco (Triodos)»,[14] el muy alternativo Partido Pirata de España les retirara su cuenta bancaria.

Pero los estatutos de la entidad, según la redacción de 2013, establecen que «está, de modo totalmente libre, asociada con la filosofía iniciada por Rudolf Steiner, la antroposofía, cuyo movimiento representa un principio clave para el trabajo de Triodos Bank» (la traducción es mía). La totalidad de los títulos del banco pertenecen a la Fundación para la Administración de las Acciones de Triodos Bank (en holandés, Stichting Administratiekantoor Aandelen Triodos Bank, SAAT), de modo que nadie puede comprarlas y, en su lugar, los inversores adquieren certificados de depósito de acciones, que no les dan voz ni voto, ni les permite asistir a la junta, la cual ya decidirá si paga o no dividendos. Pues bien, el consejo de administración de SAAT está formado por seis personas, cinco de las cuales son fácilmente relacionables con la secta: Max Rutgers Van Rozenburg, miembro del

consejo de la Sociedad Antroposófica en los Países Bajos y presidente del Consejo del Centro de Tratamiento para la Medicina Integrativa (o Antroposófica); Marjatta Van Boeschoten, exdirectora de The Anthroposophical Association Limited en Londres; Luis Espiga, que se atribuía en su biografía del sitio de Triodos Bank el ser miembro del consejo de la Fundación Rudolph Steiner en España; y Josephine de Zwaan, quien en su perfil de LinkedIn se presenta como antigua directiva de Weleda y de la Asociación de Escuelas Libres (Vereniging Van Vrijescholen) y promotora de la educación Waldorf.

Simular así la «independencia» del banco respecto a la estructura del ocultismo antroposofista, sobre todo cuando la mayoría de sus fundadores y directivos han ocupado altos cargos en las instituciones de esta religión, especialmente en su rama de Barcelona, resulta difícil. Hoy en día, en las páginas de la Sociedad Antroposófica de España no hay mención ya de estos antiguos jerarcas, pero el archivo de internet que mantiene Wayback Machine —una base de datos que conserva copias de millones y millones de páginas— guarda, por ejemplo, las invitaciones a los cursos de antroposofía que dictaba en 2011 Joan Antoni Melé, quien fue subdirector general de Triodos Bank en España, miembro de su Comité Ejecutivo y vicepresidente de la Fundación Triodos.[15]

Las creencias disimuladas que Rudolf Steiner tomó de Helena Blavatsky y desarrolló están intensamente presentes sin que muchas personas, ni siquiera sus entusiastas, sean conscientes de su carácter esotérico. Los productores que buscan ser ecológicos u orgánicos, así como los consumidores y promotores de sus productos, dan valor a la agricultura biodinámica y sus prácticas inútiles. Quienes buscan sus alternativas de salud consumen productos steineritas. Quienes desean para sus hijos una educación más libre, más humana, menos encorsetada que la convencional —cuyas deficiencias son evidentes, pero cuyos logros tampoco son despreciables— eligen la educación Waldorf sin saber que a sus hijos se les enseñará una visión mística y desapegada de la realidad, y desconocen por completo la existencia de organizaciones de víctimas de esta práctica que denuncian las enseñanzas antroposóficas en diversos lugares del mundo.

Así, una multinacional de la charlatanería, con un inmenso poder económico y una enorme presencia en varios sectores políticos y

sociales, consigue en general volar bajo los radares de la atención del público, viviendo en gran medida de la izquierda feng-shui.

UN PASTICHE DE MISTERIO Y MISTICISMO

El lanzamiento del libro *El retorno de los brujos* (*Le matin des magiciens*) representó todo un fenómeno editorial en 1960. En poco tiempo vendió más de un millón de ejemplares en francés y se había traducido a varias lenguas, incluidos el inglés, el alemán y el español. La premisa esencial de los autores, los periodistas Louis Pauwels y Jacques Bergier, era muy sencilla y cayó de pie en el caldo de cultivo de la contracultura: el método científico se había agotado. La ciencia, afirmaban, ha bebido de fuentes ancestrales cuya existencia se ha ocultado —como la civilización perdida de la Atlántida o los secretos de las catedrales—, pero ahora toca avanzar con elementos distintos del razonamiento lógico, de la experimentación, de las matemáticas… Hay un «algo más» que los autores esbozan en una abigarrada colección de datos a medio cocinar, muchos de ellos exagerados o imprecisos, pero presentados con la convicción del verdadero creyente. Y ese «algo más» es (¡alerta!) la siguiente etapa de la evolución humana, el paso al verdadero superhombre con habilidades que apenas se podían vislumbrar entonces: telepatía, precognición, telequinesia, intuiciones espectaculares y, por supuesto, hacerse uno con el universo tal y como lo estableció Buda. Para conseguir ese salto maravilloso hay fuerzas en acción, a su vez enfrentadas a la oposición de otras fuerzas. Una guerra oculta que dejaban atisbar si se pagaba por el libro.

Así, *El retorno de los brujos* era una promesa para quienes se habían hartado de la posguerra, del sueño americano —trasladado como ideal más o menos a todo el mundo gracias a la industria del entretenimiento estadounidense—, de la guerra de Vietnam y de la Guerra Fría con su amenaza cotidiana de aniquilación mundial. Había llegado el momento, anunciaba *El retorno de los brujos*, de que la sabiduría y los conocimientos relegados, desterrados, escondidos y reprimidos por las fuerzas de la maldad o de la ignorancia salieran a la luz. Todo lo que fuera extraño, desusado o asombroso, fuera real o una afirmación caprichosa, se presentaba, con escaso rigor, para sustentar esta idea, ya fuesen lluvias de ranas, misteriosas civilizaciones antiguas, las líneas de Nazca o el misticismo de Himmler y otros jerarcas nazis.

El libro se erigió, sin quererlo, en la hoja de ruta del giro al esoterismo que caracterizaría a la contracultura que estaba gestándose, principalmente en Estados Unidos. Lo tenía todo. ¿Misticismo nazi? ¡En grandes cantidades! ¿Astronautas de la Antigüedad? ¡Incluso antes que Erich von Däniken, tanto que muchos afirman que este antiguo preso por desfalco se inspiró bastante en el libro de los dos franceses, por no decir que fue su plataforma de lanzamiento! ¿Admiración por la sabiduría oriental? ¡Claro que sí, fuera hinduismo, budismo, confucianismo, taoísmo, todo! ¿Sociedades secretas? ¡Un amplio elenco de todos los tiempos, malévolas y buscadoras de la verdad, poderosas y aplastadas, incluidos *illuminati*, rosacruces y templarios! ¿Conspiraciones? ¡Las más terribles venían en el paquete, aunque se contradijeran entre sí! ¿Civilizaciones desaparecidas? ¡Sin duda, desde la Atlántida a Lemuria y las demás! ¿Rechazo a la evolución? ¡Claro, es un mito judeocristiano, los seres humanos descienden de gigantes, de dioses, tú eres un dios y la ciencia quiere que creas que eres un simple primate! ¿Parapsicología? ¡La colección más completa hasta el momento, inspiradora de mucha de la investigación que sobrevendría en las décadas siguientes! ¿Magia? ¡Mucha, protagonizada incluso por el propio Aleister Crowley, la Bestia, como solía autonombrarse! En tal pastiche inconexo tenían cabida también dos relatos de ciencia ficción, uno de Arthur C. Clarke (sí, el de *2001: una odisea del espacio*) y otro de Walter M. Miller, creador de una potente distopía posapocalíptica con su novela *Cántico a san Leibowitz*.

Este grueso popurrí —con más de seiscientas páginas en la edición en español que manejo—[16] era el resultado del trabajo de investigación bibliográfica de dos personajes singulares, que buscaban en algún lugar, donde fuera, un sentido de la vida más emocionante, profundo y embriagador que la realidad gris y monótona que los rodeaba.

Louis Pauwels (1920-1997) nació en Bélgica y durante la Segunda Guerra Mundial participó en la Resistencia francesa. Terminada la contienda, desarrolló una importante carrera periodística dirigiendo y escribiendo en numerosas publicaciones, como *Combat* —creada por la Resistencia durante la ocupación nazi y que jugaría un papel importante en la izquierda francesa hasta su desaparición en 1974— y la revista femenina *Marie-Claire*.

En una búsqueda espiritual paralela a su periodismo, Pauwels se integró en 1948 en uno de los grupos parisinos del Instituto para el

Desarrollo Armonioso del Hombre, creado por un gurú ruso-greco-armenio que se hacía llamar George Ivanovich Gurdjieff. Este místico había copiado el historial y las ideas de Madame Blavatsky, a la que a veces decía haber conocido —y conquistado, aunque era 35 años más joven que ella—, mientras que en otras ocasiones rechazaba toda relación con la teósofa. Pero, mientras tanto, aseguraba haber pasado veinte años recorriendo Asia y Oriente Medio, donde había tenido acceso a una sabiduría milenaria que era muy muy parecida a la de Blavatsky, que guardaban unos hombres excepcionales muy muy parecidos también a la Hermandad Blanca de Blavatsky, y que se proponían el mismo objetivo que la teosofía: aunar la tradición ocultista occidental con el misticismo oriental para obtener una especie de teoría unificada de la espiritualidad, la ciencia y la filosofía (todo ello accesible a quien estuviera dispuesto a pagarlo). Este nuevo camino a la iluminación, distinto del de los yoguis, monjes y faquires, era «la cuarta vía».

Nada era demostrable, ni fiable, en las historias que contaba este místico de cabeza rapada y espesos bigotes alacranados. Ni siquiera su nombre, que podría ser George S. Georgiades o bien Ovshe Norzunov, segundo de a bordo de un famoso agente secreto que trabajó como enlace entre el Tíbet y Rusia a finales del siglo XIX y principios del XX, hasta que fue ejecutado por Stalin. Como fuera, durante más de un año las ideas esotéricas de Gurdjieff influyeron directamente en Pauwels, que se consideraba a sí mismo un iniciado bastante eficiente, poniendo así los cimientos de lo que sería el libro que despertó el ocultismo en Occidente. Gurdjieff no era más que otro de los muchos gurús que pululaban por Europa y, de no ser por Pauwels —quien escribió una elogiosa biografía de su maestro y de la «familia de espíritus» que vivía con él, además de mencionarlo insistentemente en *El retorno de los brujos*—, habría caído en el olvido.

En 1954 Pauwels conoció al químico, escritor y autoproclamado alquimista Jacques Bergier (1912-1978), un ruso cuyo nombre real había sido Yákov Mijáilovich Berger, nacido en Odesa y que también había participado con la Resistencia en Lyon. Apresado por los ocupantes nazis, fue llevado al campo de concentración de Mauthausen-Gusen (Austria), y allí concibió, aseguraba, la idea de *El retorno de los brujos*. Ambos personajes, empeñados en búsquedas místicas, acabarían

compartiendo ideas y empezaron a hacer realidad el proyecto de Bergier.

Una vez publicado y bien vendido *El retorno de los brujos*, Pauwels y Bergier fundaron la exitosa revista *Planète* en la que promovían algo que llamaron «realismo fantástico», pero que no tenía que ver nada con el movimiento del realismo mágico de la literatura hispanoamericana. Según explicaban sus creadores, el suyo era el reconocimiento de que todo lo fantástico, lo preternatural, lo esotérico, lo misterioso influye en la realidad. Desde el punto de vista comercial, la revista fue un éxito durante mucho tiempo. Para ser una publicación marginal de ideas estrafalarias, llegó a tener una tirada de más de cien mil ejemplares y fue muy leída por la intelectualidad francesa.

Su influencia en la sociedad estadounidense, a través de la contracultura y el *new age*, sería todavía mucho más duradera y profunda. Un solo ejemplo basta para demostrar el alcance que llegó a tener ese hoy casi olvidado libro. Pauwels y Bergier redescubrieron al británico Aleister Crowley (1875-1947) y le dieron un papel protagonista en la contracultura de la década de 1960, a pesar de que el presunto mago, prolífico escritor y carismático líder del ocultismo hedonista —se autoproclamaba «el hombre más malvado del mundo»— desempeñaba un papel mínimo en el maremágnum de ideas tejido por los dos franceses. A partir de la publicación de *El retorno de los brujos*, las obras de Crowley se empezaron a reimprimir en Estados Unidos y la idea de la magia tal como él la practicaba (con un fuerte componente sexual, drogas y una intensa rebeldía, al menos en apariencia) llamó poderosamente la atención de los forjadores de opinión de la época. Seguidor también de Madame Blavatsky, cuyas enseñanzas promovió, Crowley dio el salto a la popularidad por medio de Timothy Leary —un profesor de Psicología reconvertido en promotor del LSD y la visión *hippy*, que se declaró admirador del presunto brujo británico— y de músicos famosos que sintieron interés, en mayor o menor medida, por él. Entre estos últimos estaban desde los Beatles, que lo incluyeron entre los famosos que pueblan la portada del disco *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band* (1967), hasta el guitarrista y compositor Jimmy Page, del grupo Led Zeppelin, quien llegó a comprar una mansión que había sido de Crowley y escribió la pista musical de una película sobre su vida.

Jacques Bergier dejó la revista en 1968, a raíz de su opinión de que el movimiento del Mayo francés, uno de los pilares del mito de los años sesenta, era «la revuelta de los imbéciles contra la inteligencia», un punto de vista que no compartía el resto de la redacción y que no suele mencionarse cuando se habla con reverencia de su libro. Siguió escribiendo artículos y libros, como su autobiografía *No soy una leyenda*, y murió el 23 de noviembre de 1978 en París.

Después de cerrar *Planète* en 1972 y continuar su carrera editorial, Pauwels decidió volver al catolicismo. Lo hizo en 1982, mientras se hallaba en Acapulco (México), rechazando su época mística, incluidos la revista y el libro que había llevado el ocultismo a un lugar mucho más visible del que había tenido en el pasado y que le habían dejado buenas ganancias. Falleció en Suresnes el 28 de enero de 1997.

3

De Hiroshima a la contracultura

El siglo XX fue, en muchos sentidos, la crisis convulsiva de la Revolución industrial y estuvo marcada por aspectos tanto materiales, dependientes de la ciencia y la tecnología, como sociales, principalmente el surgimiento de una clase obrera. Poco a poco, los trabajadores descubrieron que tenían la fuerza suficiente para, no sin esfuerzos y sacrificios, arrancar derechos y condiciones justas a los patrones, quienes sólo pensaban en sus beneficios y llegaban a sentirse moralmente justificados por el mero hecho de pagar un salario —por mezquino que fuera— a aquellos que de otro modo morirían de hambre o, incluso, se aplaudían por admitir como trabajadores a niños para ayudar, decían, al sostenimiento de sus miserables familias. Una curiosa forma de filantropía patronal que, casi increíblemente, era apenas menos repugnante que la de los señores feudales capaces de dejar fuera de las murallas a sus siervos campesinos para que fueran pasto de las plagas, los invasores o el hambre. Los sindicatos y otras organizaciones y partidos políticos de izquierda lucharon para que esa situación cambiara y, sin ellos, difícilmente lo habría hecho.

Mientras Albert Einstein, Max Planck, Emmy Noether y David Hilbert desentrañaban los misterios del átomo, los movimientos obreros crecían en fuerza y relevancia hasta llegar, en 1917, a la Revolución bolchevique, que llenó de esperanza a los defensores de la justicia y a los socialistas y comunistas de todo el mundo. Era posible crear una nueva sociedad sin explotación, regida por la paz y la concordia, donde se compartían los frutos del trabajo y se vivían plenamente las bases de la libertad, la fraternidad y la igualdad que proponía la Revolución francesa, y en la que se hacían efectivos, una vez ampliados y corregidos para enmendar fallos notables como la omisión de las mujeres, los objetivos de la Declaración de los Derechos del Hombre.

Muy pronto, sin embargo, se demostró que, si tal sociedad podía existir, no sería la de la URSS de Lenin y Stalin. Las críticas de Bertrand Russell, Rosa Luxemburgo o, más adelante, George Orwell ponían en perspectiva los logros soviéticos. El autoritarismo, el desprecio a la ciencia y la grisura que permeaba la vida de los países que vivían supuestamente el sueño comunista de igualdad y desaparición del poder público hacían que resultara menos atractivo en la práctica que en la teoría.

En la década de 1960, inmersa en la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, una parte de la izquierda estadounidense y europea mantuvo su lealtad marxista; otra creó la estructura socialdemócrata como una vía distinta de alcanzar los ideales socialistas; y varias más buscaron otras formas de transformar su sociedad y luchar por la justicia, algunas manteniendo la idea de que sólo la violencia revolucionaria podría cambiar el mundo, otras planteándose caminos diferentes y enfrentando los nuevos retos que los avances del conocimiento, de la actividad económica y de la sociedad ofrecían en los años posteriores a una guerra cuyo impactante final había sacudido las conciencias tanto o más que a las ciudades donde habían estallado las ominosas bombas atómicas.

NO HAGAN UNA OLA: EL NACIMIENTO DE GREENPEACE

El embate contra la ciencia y la modernidad adquirió uno de sus más potentes argumentos al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos lanzó sendas bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki.

«La ciencia» lo había hecho, esa fue la impresión. No era tal. La ciencia, como en el caso de Alfred Nobel, puede inventar los explosivos pensando en la minería para luego ver que los políticos los emplean para la guerra. Y Einstein no buscaba destruir dos ciudades niponas cuando, en 1906, revolucionó al mundo con su relatividad general y particular.

Nadie —excepto Donald Trump o gente similar— puede defender las armas nucleares como tales. Pero, para el caso, tampoco debería hacerse con las llamadas «convencionales». De alguna manera curiosa, somos —todos— más proclives a criticar o denunciar algunos tipos de armas que otros. Las armas químicas nos parecen especialmente aborrecibles, quizá por su insidia, por los estragos que causaron en la Primera Guerra Mundial o cuando han sido excepcionalmente usadas, como en la ciudad kurda de Halabja en 1988 durante la guerra de Irak e Irán. Las armas biológicas también provocan un

rechazo y un miedo especiales. Los drones teledirigidos parecen más amenazantes que los misiles igualmente teledirigidos. Y el armamento nuclear es, por supuesto, el que mayor oposición provoca. Sin embargo, desde el punto de vista de las víctimas, la diferencia entre las armas es nula.

En su momento, la decisión de lanzar las bombas atómicas tenía una lógica bélica que no puede justificar o defender el ataque, pero que conviene tener en cuenta para analizar la complejidad de las decisiones que deben tomarse en ciertos casos. Si nos preguntaran «¿Usted lanzaría una bomba atómica sobre una ciudad?», la respuesta mayoritaria sería un contundente «no» (salvo por algún psicópata de los que nunca faltan). Pero cuando la pregunta es más compleja, cuando la decisión de matar a doscientas mil personas puede salvar a varios millones, el asunto se convierte en un acertijo irresoluble.

Veamos un ejemplo clásico de estos dilemas lógicos, propuesto por la eticista británica Philippa Foot en un artículo sobre la ética del aborto, publicado en 1967.[1] Usted conduce un tranvía desbocado que se dirige hacia cinco personas que no pueden apartarse de las vías. No puede frenar, su única opción es cambiar de vía y llevar a su tranvía a un segundo ramal, donde hay otra persona a la que atropellará. ¿Qué haría usted? ¿Dejar que mueran cinco sin comprometerse o actuar para salvar a cinco y condenar a uno? Además, tiene que tomar la decisión de inmediato y sin información suficiente, sin conocer a esas personas ni sus circunstancias. Este dilema no tiene una respuesta «correcta». La forma en que lo abordamos, en todo caso, dice algo sobre cada uno de nosotros.

Un simple comentario sobre el uso de un arma nuclear puede ser visto como un intento de justificación, de defensa de la decisión. Y precisamente por temor a la terrible acusación de ser favorable a un genocidio, muchas veces se omiten los datos. Y al omitirlos, se oculta la complejidad, la dificultad, el dilema moral.

Así que arriesguémonos a la complejidad.

Cuando se decidió lanzar las bombas atómicas, los Aliados habían perdido cuatro millones de militares y veinticinco millones de vidas civiles. Por su parte, del lado del Eje, principalmente de Japón, habían muerto dos millones de soldados y setecientos cincuenta mil civiles. Los estrategas estadounidenses calcularon —correctamente o no, es irrelevante— que la invasión de Japón y su conquista por métodos tradicionales podría costar las vidas de entre uno y cuatro millones de soldados aliados, por una parte, y entre cinco y diez millones de japoneses, militares y civiles, en una larga y

brutal campaña, pues los informes indicaban que se había preparado a la población japonesa para resistir una invasión de manera decidida.

La pregunta, por tanto, era: «¿Lanzaría usted bombas atómicas sobre dos ciudades, matando a doscientas mil personas inocentes, o preferiría invadir el país y que, entre su propia gente y la del enemigo, mueran de seis a catorce millones de personas?».

Cualquier decisión es incorrecta.

La opción elegida fue aterradora, quizá más, desde una apreciación meramente superficial, de lo que habría sido una invasión convencional, aunque logró el objetivo de que Japón se rindiera. El mundo se estremeció ante la rapidez, la casi facilidad con la que acabaron con tantas vidas humanas dos dispositivos relativamente pequeños: el arma arrojada sobre Hiroshima pesaba 4.400 kg y medía 3 metros de largo, mientras que la que se lanzó sobre Nagasaki la superaba en 30 centímetros y 270 kilogramos. De hecho, a ojos de muchos, las colosales atrocidades y barbaridades cometidas en seis largos años de guerra, con sus millones de muertos y su estela de sufrimiento, quedaron opacadas por esta atrocidad casi instantánea, dos ciudades arrasadas en sólo tres días.

Y la bomba tenía un pecado de origen: la idea de construirla procedía de varios distinguidos físicos. En una carta del 2 de agosto de 1939, Leo Szilard, Edward Teller, Eugene Wigner y Albert Einstein aseguraron al presidente Franklin D. Roosevelt que una reacción nuclear en cadena podría servir para construir bombas extremadamente poderosas. La misiva sugería que se emprendiera un proyecto para estudiar esta posibilidad, ante el temor de que Alemania también iniciara la construcción de una bomba así como parte de su escalada bélica. Cuando el Tercer Reich inició la guerra invadiendo Polonia el 1 de septiembre, menos de un mes después de la fecha de la carta, Estados Unidos emprendió el Proyecto Manhattan que culminaría con las dos bombas atómicas en cuestión. Por esta razón es necesario tener presente que si Hitler hubiera tenido armas atómicas antes que los Aliados, estos habrían perdido la guerra con consecuencias imprevisibles, pero ciertamente atroces.

El propio Einstein se opuso al uso de las nuevas armas después de la rendición de Alemania el 8 de mayo de 1945, condenó el bombardeo y declaró que habría sido preferible conseguir la rendición de Japón de otra forma. Siempre dijo que, aunque firmar la carta había sido un error dado que él se consideraba esencialmente un pacifista, su justificación fue el temor de que Alemania pudiera tener antes esas armas.[2]

En cuanto se conoció el verdadero potencial de las armas nucleares, que posteriormente se desarrollarían incrementando exponencialmente su capacidad destructiva, quedó claro que se había abierto una caja de Pandora que ya no se podía cerrar. Si había la posibilidad de hacer armas nucleares, más países querrían tenerlas. En particular la hoy casi olvidada URSS, inmersa desde entonces, y hasta su desmoronamiento en 1991, en la llamada Guerra Fría contra Estados Unidos. Este enfrentamiento implicó una carrera armamentista delirante que absorbió grandes cantidades de recursos en ambos bandos. Continuamente se hacían y anunciaban armas cada vez más potentes, más mortales, capaces de ser lanzadas por medio de misiles balísticos intercontinentales que viajaban a 1.200 kilómetros de altura para finalmente caer sobre el enemigo. A fin de valorar la capacidad destructiva de sus armas, los países las probaban haciéndolas estallar en desiertos, en alta mar, en el lecho marino, en islas deshabitadas… De las bombas de fisión nuclear se pasó a las de fusión o de hidrógeno, y prácticamente todos los habitantes del planeta tenían claro entonces que bastaba una crisis política, un líder trastornado, un simple malentendido —como en las películas— o un cálculo equivocado para que llovieran cabezas nucleares de un lado al otro, destruyendo la civilización y amenazando con extinguir incluso a la especie humana. Durante unos veinticinco años, la Tierra vivió al borde de la hecatombe nuclear. Era lógico oponerse al armamento nuclear y a la carrera bélica entre las dos superpotencias.

Como consecuencia, se desarrolló un movimiento antinuclear al ritmo que crecía el riesgo de tal destrucción. Los primeros grupos organizados aparecieron en la década de 1950. En julio de 1955, el filósofo y pacifista británico Bertrand Russell daba a conocer un enérgico manifiesto antinuclear y en favor de la resolución pacífica de los conflictos. Se lo conoció como el Manifiesto Einstein-Russell, pues el genial físico, el mismo que había propuesto la investigación para utilizar la energía nuclear en una bomba, lo había suscrito pocos días antes de su muerte, ocurrida tres meses antes de su publicación. Los demás firmantes eran científicos de primer nivel como Max Born, Linus Pauling, Frédéric Joliot-Curie, Hermann J. Muller o Hideki Yukawa.

Todo era lógico, todo era razonable. Las potencias mundiales estaban empeñadas en una carrera hacia el desastre y la preocupación social era sobradamente justificada.

En 1964, un terremoto sacudió Alaska. Es, hasta hoy, el segundo terremoto más poderoso registrado, con una magnitud de 9,2 en la escala de

Richter, y provocó un tsunami que llegó a alcanzar los treinta metros de altura. Fue tan brutal que, cuando la Defensa estadounidense se planteó hacer pruebas nucleares en las islas Aleutianas, situadas al sudoeste del epicentro, algunas personas temieron que la explosión de una bomba pudiera desatar otro terremoto.

Las primeras pruebas nucleares en la isla de Amchitka, a unos 2.000 kilómetros de Anchorage, la mayor ciudad de Alaska, se llevaron a cabo en 1965 y 1969. Pocos días después del segundo ensayo, un matrimonio de activistas cristianos cuáqueros, Irving y Dorothy Stowe, decidió formar un grupo en Canadá para oponerse a las pruebas nucleares y evitar otro tsunami. Entre los primeros reclutas del Comité No Hagan una Ola (Don't Make a Wave Committee) estaban los esposos Marie y Jim Bohlen, el biólogo forestal Patrick Moore, el marinero Paul Watson y Paul Coté, estudiante de Derecho. Cuando se anunció la prueba de un arma nuclear aún más potente en Amchitka para 1971, el comité decidió conseguir un barco y detener con su presencia la prueba nuclear. Emprendieron la expedición, a la que llamaron Greenpeace I —por la combinación de las palabras *green* («verde») y *peace* («paz») que había acuñado otro miembro, Bill Darnell—, pero pronto fueron detenidos por un barco de la Armada estadounidense y obligados a volver a puerto. Consiguieron un segundo barco y regresaron al sitio de la prueba sólo para descubrir que la bomba había sido explosionada un día antes, el 6 de noviembre.

No hubo ola. No podía haberla porque la potencia aterradora de una bomba nuclear es, en realidad, minúscula comparada con las fuerzas existentes en una subducción tectónica, en una falla geológica, y lo habrían averiguado si se hubieran preocupado en saberlo. Pero ese detalle nunca pareció relevante. Lo importante era que el comité había logrado llamar la atención del mundo. Un año después, cambiaba su nombre al mucho más atractivo de Greenpeace sin responder a la gran pregunta: «¿Por qué, si se hizo la prueba nuclear, no se produjo el tsunami?».

En poco tiempo, la preocupación de los fundadores del grupo por las armas nucleares se trasladó extralógicamente al uso de la energía nuclear para la generación de electricidad, los tratamientos médicos, la esterilización (de instrumentos quirúrgicos y material médico, de alimentos, etcétera), la radioterapia, la mutagénesis de cultivos, el diagnóstico con radioisótopos o cualquier otro propósito imaginable. Las preocupaciones por los efectos de un bombardeo nuclear se trasladaron al miedo hacia los problemas que conlleva el uso pacífico de esta energía —especialmente en cuanto a la seguridad y los

residuos— y, muy pronto, los enemigos de las armas nucleares se opusieron a la energía atómica en general, aunque algunos de sus usos fueran razonables y ciertamente pacíficos. La energía nuclear se vio encapsulada en una actitud que, más que temor racional o precaución razonable basada en datos, se convirtió en pánico fanático e irracional.

Greenpeace se distinguió por realizar únicamente acciones de gran visibilidad mediática, lo cual le atrajo la simpatía inmediata de los sectores progresistas. Como parte de ellas, adquirió un arrastrero reconvertido, el *Rainbow Warrior* (Guerrero del Arcoíris), que desde 1977 participó en diversas acciones bien conocidas contra la actividad ballenera, la cacería de focas, el vertido de residuos nucleares y, por supuesto, las pruebas nucleares. En 1985, el barco se trasladó a Nueva Zelanda para protestar contra los ensayos nucleares que Francia llevaba a cabo en el atolón de Mururoa, situado en la Polinesia Francesa. El Gobierno galo, bajo la presidencia de François Mitterrand, demostró que no tenía ninguna paciencia con los activistas antinucleares —de hecho, ya había ordenado a sus comandos que abordasen otras embarcaciones que protestaban contra anteriores ensayos nucleares— y diseñó una operación para detener para siempre al *Rainbow Warrior*. Dos buzos de la Dirección General de Seguridad Exterior francesa fijaron dos minas en el casco del barco, que estallaron el 10 de julio y lo hundieron, causando la muerte del fotógrafo y militante de Greenpeace Fernando Pereira. La implicación oficial francesa se convirtió en un escándalo internacional que llevó a juicio a los dos agentes implicados por homicidio imprudente. El Gobierno, encabezado por Laurent Fabius y Mitterrand, quedó en evidencia ante el mundo entero y Greenpeace obtuvo la mayor visibilidad imaginable. La torpeza y la arrogancia de los dirigentes franceses convirtieron a los miembros de Greenpeace en mártires, y éstos lo aprovecharon eficazmente en los años siguientes.

La fuerza alcanzada por Greenpeace tuvo consecuencias no tan deseables. La oposición al uso pacífico de la energía nuclear ha implicado que no acepten tampoco su empleo para la generación de energía eléctrica. En principio, esto podría ser muy encomiable, de no ser porque, dado que las formas más deseables de obtención de energía eléctrica aún son insuficientes y su tecnología todavía no se ha desarrollado, sin contar con que tienen su propia colección de desventajas —como todo en este mundo, salvo en las fantasías de una utopía espiritual—, esa postura contraria ha obligado en muchos casos a forzar el mantenimiento de plantas generadoras que queman combustibles fósiles, como gas o el muy contaminante carbón mineral, y al

desarrollo de nuevos proyectos hidroeléctricos que tienen efectos permanentes en el medio ambiente. Por supuesto, Greenpeace y el ecologismo político se oponen también a estas formas de generación eléctrica por sus notables desventajas, pero a menos que estemos dispuestos a renunciar por completo a las ventajas de la tecnología, que exige el uso de la electricidad, por el momento no hay otras opciones.

Los paneles solares son contaminantes, costosos y poco eficientes todavía, sin contar el hecho de que sólo funcionan cuando hay sol. Por supuesto se trabaja en tecnologías para almacenar la energía solar, como el uso de sales que conservan el calor con gran eficacia, pero distan mucho de estar listas para utilizarse. Las turbinas eólicas requieren una gran cantidad de energía para su fabricación, transporte e instalación —están hechas, fundamentalmente, de acero y hormigón armado—, por lo que su huella de carbono no es tan favorable como convendría, y no trabajan sin viento.

El suministro de energía eléctrica a una gran población no puede depender de que haya sol o viento, así que mientras se desarrollan estas tecnologías que todo el mundo, aunque no sea militante del ecologismo político, espera que nos den energía limpia, sustentable y no contaminante, debemos vivir con lo que tenemos.

Aunque sea entre protestas.

Greenpeace también se opone a una opción que parece casi utópica: renovable, limpia, segura y casi gratuita. Es la fusión nuclear, el mismo proceso que se lleva a cabo en el Sol para generar energía: al fusionarse los núcleos de los átomos, de hidrógeno en este caso, se forma helio y se libera una gran cantidad de energía. Para ello es necesario tener una gran cantidad de hidrógeno, pero no en forma gaseosa o líquida, sino de plasma, el cuarto estado de la materia, a una enorme presión y temperatura, en torno a los 100.000 ºC, de modo que se produzca y se sostenga una reacción de fusión. Un reactor así podría suministrar grandes cantidades de energía poco costosa. La promesa es enorme y los desafíos, también. Cuando en 2005 se anunció la creación del Reactor Experimental Termonuclear Internacional (ITER, por sus siglas en inglés) para realizar experimentos que buscasen la fusión nuclear, Greenpeace Internacional lo llamó «una estupidez nuclear costosa y sin sentido», y su representante pidió directamente la suspensión de la investigación en este terreno: «Los gobiernos no deberían gastar nuestro dinero en un juguete peligroso que nunca ofrecerá ninguna energía útil».[3] Una afirmación cuando menos aventurada y, según los expertos nucleares,

motivada más por las emociones que por los hechos, los cuales indican que nadie sabe qué puede derivarse de cualquier investigación científica.

La oposición de Greenpeace a toda investigación nuclear se mantiene hasta hoy.

LA PRIMAVERA QUE GRITA

Todo profeta de lo alternativo que se respete, todo antisistema que defienda «lo natural» tiene casi la obligación de incluir entre sus relatos la aleccionadora parábola del terrible DDT. Y para que ésta sea efectiva, la narran más o menos en los mismos términos. Un laboratorio malvado creó un insecticida y, a sabiendas de que tendría efectos secundarios aterradores para el medio ambiente y para la indefensa población, decidió ocultarlos porque, como suele ocurrir con los empresarios, los poderosos y los villanos de los universos del cómic, todos los integrantes del laboratorio —desde el consejero delegado hasta los responsables de la limpieza— eran unos psicópatas que desdeñaban la vida humana, careciendo de toda empatía y respeto por sus congéneres. El insecticida se llamó DDT y empezó a utilizarse, dando como resultado que empezaran a morir seres humanos a un ritmo vertiginoso mientras se desataba un horrendo desastre ecológico. Pese a la gravedad de la situación, lo único que importaba era que la empresa ganara mucho dinero y que los gobernantes se vieran beneficiados por encubrirla inmoral, ilegal e impresentablemente. Tuvo que aparecer una salvadora, Rachel Carson, quien arriesgando su vida y su carrera decidió denunciar los horribles daños del DDT, que amenazaba incluso con extinguir a todas las aves del mundo. Su denuncia fue un libro maravilloso, *Primavera silenciosa* (*Silent Spring*), gracias al cual se prohibió el letal producto. Desde entonces, los laboratorios malvados siguen empeñados en crear sustancias que nos maten, enfermen e incapaciten, al tiempo que destruyen nuestro medio ambiente, con el único objeto de enriquecerse. Ante ellos sólo se yerguen los valerosos ecologistas, aunque muchos lo hacen desde la comodidad de las ciudades, donde los pesticidas y los campos en los que se aplican sólo se ven en fotografía.

¿Hay algo incorrecto en este relato que repiten continuamente los fieles cada vez que se habla de pesticidas?

Casi todo.

Si nos ajustamos a los hechos, el comienzo de este relato se remonta a 1939 y al químico suizo Paul Hermann Müller, que trabajaba en la empresa

Geigy, fundada por Johann Rudolph Geigy en Basilea (Suiza) en 1758. La empresa y su creador se habían dedicado primero a la formulación y venta de tintes o pigmentos y, secundariamente, a la producción de sustancias curativas, con las limitaciones que imponía el hecho de que aún faltaban cien años para que nacieran la medicina científica y la moderna farmacología. Uno de los productos que Geigy llevaba al mercado era la quinina, derivada de la corteza del quino, que ya por entonces era un eficaz remedio contra la malaria.

Al empezar a trabajar en la empresa, Müller se dedicó a los pigmentos, buscando uno que fuera capaz de teñir de blanco el cuero, para luego dedicarse a buscar sustancias que evitaran que las polillas se comieran las telas y, finalmente, ocupó sus capacidades en los insecticidas en general. En 1939, cuando tenía cuarenta años de edad, sintetizó un compuesto que ya había producido en 1874 un estudiante alemán de química, Othmar Zeidler. Ese producto era el dicloro difenil tricloroetano —aunque su fórmula real es algo más compleja: 1,1,1-tricloro-2,2-bis(4-clorofenil)etano—, que sería conocido por las siglas DDT. Müller descubrió que esa sustancia era un excelente insecticida, capaz de acabar con moscas comunes, mosquitos, piojos y otras plagas.

En aquellos años, los piojos causaban verdaderas masacres al ser vectores de enfermedades aterradoras como el tifus —aunque sigue matando a unos cinco millones de personas al año, apenas se oye hablar de él porque casi todas sus víctimas residen en Sudamérica y en ciertas zonas de África, algunas de las cuales sufren añejas guerras— o la hoy menos conocida fiebre de las trincheras, que aquejó a los ejércitos enfrentados en la Primera Guerra Mundial con dolorosos síntomas y una mortalidad que llegó a ser del 90 %. El otro animal letal, el mosquito, es vector de muchas enfermedades, principalmente de la malaria, el dengue, el zika y el chikungunya.

La noticia de que había una sustancia capaz de controlar la población de estos insectos mortíferos era realmente buena para todo el mundo. Por desgracia, por los mismos días en que Müller logró su descubrimiento, las fuerzas de Adolf Hitler invadieron Polonia y se desató la Segunda Guerra Mundial. La patente para el DDT como insecticida se otorgó en 1940 y, dos años después, empezaron a comercializarse productos que se basaban en esta sustancia. Pronto, los Aliados obtuvieron estas fórmulas y fabricaron DDT, entre otras cosas para evitar epidemias entre sus soldados durante el sangriento conflicto.

El DDT salvaba vidas, algo que suele olvidarse de manera sumamente conveniente. Por ejemplo, en la ciudad de Nápoles, ocupada por los Aliados a finales de 1943, en torno a 1,3 millones de personas fueron tratadas con polvo de DDT para atajar una epidemia de tifus que ya se había cobrado varios cientos de vidas. El DDT mataba a los piojos que transmitían la enfermedad y, por tanto, fue recibido como toda una bendición. Adicionalmente, una de sus características más notables era que resultaba totalmente inocuo para los seres humanos. Mataba insectos con eficacia, pero la gente podía ingerirlo sin peligro, a diferencia de otros pesticidas que también se utilizaban en aquella época, como el azufre, el cianuro o el arsénico, venenos que hoy nadie —o casi nadie— esparciría en su jardín.

Otra de sus características, que en ese momento se vio como una gran ventaja, era que no se degradaba fácilmente y permanecía largo tiempo donde se aplicaba, incluso persistía casi sin disolverse en el agua. Esto significaba que si se utilizaba en una zona de cría de mosquitos transmisores de la malaria, su efectividad duraba largo tiempo sin que fuera necesario volver a aplicarlo, una característica muy deseable en las zonas tropicales y pantanosas donde hasta hoy se reproduce el mosquito, especialmente en países pobres y con malas comunicaciones donde resulta costoso volver a ciertos sitios para fumigarlos.

En 1948, terminada la guerra, Müller fue galardonado con el Nobel de Fisiología o Medicina «por su descubrimiento de la alta eficacia del DDT como veneno de contacto contra diversos artrópodos». Al concedérselo y pedirle que lo aceptara, el profesor G. Fischer, miembro del profesorado del Instituto Karolinska, explicó el papel del DDT en la emergencia médica de Nápoles, concluyendo que «por primera vez en la historia, un brote de tifus había sido controlado en invierno», lo que el comité del Nobel consideraba una prueba de fuego para el maravilloso insecticida. El comité destacaba además la utilidad del DDT en la lucha contra la malaria, que era —y sigue siendo— uno de los grandes asesinos de niños en el Tercer Mundo.[4] Y concluía: «Gracias a usted, la medicina preventiva ahora puede combatir muchas enfermedades transmitidas mediante insectos de un modo totalmente diferente al empleado hasta la fecha». En su discurso de aceptación, con una claridad científica que no se corresponde con su caricatura de villano ecológico, Müller advirtió: «Debemos ser claros en este punto, estamos avanzando en territorio desconocido, donde no hay puntos de referencia para empezar, de modo que sólo podemos proceder avanzando a tientas. A esto

también debemos añadirle las graves dificultades de los ensayos biológicos, que requieren controles múltiples de los resultados».

Pese a estas advertencias, el DDT se llegó a aplicar —aunque nunca lo recomendaron los fabricantes, ni menos aún el laboratorio descubridor o el propio Müller— de manera absolutamente descontrolada: se espolvoreaba a la gente con él, se rociaban zonas infestadas de parásitos, pero también campos de cultivo, jardines, patios domésticos, zonas de juegos y deportivas y el interior de los hogares, principalmente en Estados Unidos. Un público poco avisado y una falta de previsión —dos factores lamentables, pero comunes en aquellos años— que llevaron al exceso.

Claro que había entusiasmo por los beneficios que evidentemente aportaba la sustancia. Era el primer insecticida de esas características y sus beneficios se magnificaron sin demasiada precaución. En 1970, tras treinta años de uso del DDT, una evaluación de la Academia Nacional de Ciencias estadounidense señalaba:

> A pocas sustancias químicas debe el hombre una deuda tan grande como al DDT. Ha contribuido al gran aumento de la productividad agrícola al tiempo que ha evitado a incontables seres humanos una multitud de enfermedades, entre las cuales quizá las más notables sean el tifus de los matorrales y la malaria. De hecho, se calcula que, en poco más de dos décadas, el DDT ha evitado quinientos millones de muertes debidas a la malaria que de otra forma habrían sido inevitables. El abandono de este valioso insecticida debe emprenderse sólo en los momentos y lugares en que sea evidente que el beneficio esperado para la humanidad supera las pérdidas consecuentes. En el momento de escribir estas líneas, todos los sustitutos disponibles para el DDT son al mismo tiempo más costosos por año de cultivo y, decididamente, más peligrosos.

Después de todo, gracias al DDT la malaria se había erradicado de Italia en 1949 y de Estados Unidos en 1951, por lo que la Organización Mundial de la Salud preparó en 1955 un plan para hacerla desaparecer en el resto del mundo.

Los estudios sobre el DDT, algo lógico tratándose de una sustancia nueva y dado que los conocimientos acerca de los pesticidas y sus efectos biológicos eran aún muy insuficientes, confirmaban que la sustancia se acumulaba en el medio ambiente y que podía ser dañina para otros animales, además de los insectos a los que iba dirigida.

Y entró en escena la bióloga marina Rachel Carson, apasionada de la conservación del medio ambiente y escritora de varios *best sellers* sobre el mundo natural. En 1962, un año después de que Müller se jubilara, Carson publicó el libro *Primavera silenciosa*.[5] Entonces casi nadie hablaba de contaminación del medio ambiente, de la importancia de conservar el equilibrio ecológico ni de ninguno de los temas afines que hoy están

inevitablemente presentes en el debate social, económico y político. Eran, esencialmente, asuntos que sólo importaban a unos pocos miembros del movimiento conservacionista que, paradójicamente, había nacido entre los colonizadores británicos de la India que buscaban evitar la destrucción de los bosques de ese enclave, considerado, como dijo la reina Victoria, la joya de la corona del Imperio británico. El eje del libro de Carson era la falacia de lo natural y la idea de que se debía temer a las sustancias creadas por el ser humano y «no por la naturaleza». Su ejemplo fue el DDT.

Desde el prólogo mismo, que comienza con un sueño pastoril («Hubo una vez un pueblo en el corazón de Estados Unidos donde toda vida parecía vivir en armonía con lo que la rodeaba»), su apelación es más emocional que intelectual. Según la autora, de repente hubo una extraña plaga que lo cambió todo: «Los pocos pájaros que se veían estaban moribundos; temblaban violentamente y no podían volar. Fue una primavera carente de voces».

La «primavera silenciosa» que daba título al libro era aquella en la que todas las aves habían desaparecido debido a los pesticidas y ya no se podía escuchar su canto. De hecho, en el capítulo octavo de obra, Carson afirma falsamente que las aves ya habían desaparecido de Hinsdale (Illinois), Baton Rouge (Michigan) e incontables poblados en los estados de Misisipi, Luisiana y Alabama, en el Sur Profundo de Estados Unidos. El culpable de este desastre era el ser humano, con sus sustancias químicas novedosas, principalmente el DDT.

Por supuesto, de ser estrictamente cierto, el asunto se habría convertido en una emergencia nacional de primer nivel. El atractivo emocional del libro hizo que muchos plantearan precisamente que existía tal emergencia, lo cual movió al presidente John F. Kennedy a prometer que se investigarían los efectos del DDT. La revista *Time* intentó introducir la razón y los datos en el debate, señalando que «muchas de las generalizaciones espeluznantes [del libro] evidentemente carecen de solidez». Daba igual, la gente había sido seducida por la prosa de Carson, por su pasión, no por sus datos. Si la realidad no se ajustaba a la narración, peor para la realidad.

Carson se basaba en estudios que exploraban el lado negativo del DDT y de otros pesticidas, aunque esos trabajos no se habían hecho todavía cuando se empezaron a producir dichas sustancias. Hoy en día, en cambio, se exige que se practiquen a todos los nuevos productos químicos para conocer sus características, las medidas de seguridad que deben acompañarlos, su toxicidad y sus ventajas e inconvenientes. Tanto la química como el marco regulatorio de las sustancias que se lanzan al mercado han avanzado

enormemente desde 1962, y en parte, sin duda, hay que dar las gracias a Rachel Carson. En el avance por terrenos inexplorados, ella levantó una alarma necesaria. Pero, al igual que el DDT, Carson y su libro fueron también responsables de otros efectos colaterales perjudiciales.

Basándose en datos que, aseguró, la habían asombrado, afirmó que el DDT tenía «la clasificación definitiva» de «carcinógeno químico», una acusación gravísima. Sin embargo, más de medio siglo después de la publicación de *Primavera silenciosa*, no hay datos, estudios o pruebas que permitan asegurar que el DDT es carcinógeno para los animales ni para los seres humanos. De hecho, nunca se ha reportado una muerte humana debida a la exposición a ese producto.

Pero, además, el libro de Carson inauguró un argumentario que hoy es común entre los ecologistas políticos y que suele escucharse con frecuencia: todas las sustancias producidas por el ser humano se acumulan en su cuerpo, son inherentemente peligrosas, hay una epidemia de cáncer debida a tales sustancias, esas sustancias llegan a los recién nacidos a través de la leche materna —pocas amenazas hay más aterradoras que aquellas que afectan a nuestros hijos—, etcétera. En definitiva, que esas sustancias sintéticas o no naturales a las que Carson llamaba «elixires de la muerte» afectan al cuerpo humano «de formas siniestras y, con frecuencia, mortales».

No era cierto, pero sonaba maravillosamente bien. Tenía los elementos del gran mito judeocristiano reciclado por Rousseau: tuvimos el paraíso, lo perdimos por saber demasiado, sólo podremos recuperarlo limpiándonos de pecados y modernidades.

El éxito de esta historia, comoquiera que se cuente, parece garantizado. De hecho, los seguidores de Carson fueron mucho más allá de lo que ella misma proponía. Es decir, leyeron parte de lo que escribió y añadieron su propio imaginario y sus fobias para proponer acciones políticas muy distintas de las que la bióloga sugería apoyándose en los datos que manejaba. Datos que, ya de por sí, no eran muy fiables.

Por ejemplo, Rachel Carson no se oponía a los insecticidas químicos, sino que exigía que se utilizaran con cautela. «No digo que nunca deben usarse insecticidas químicos», aclara al comienzo de su exitoso libro. Y más adelante, refiriéndose al DDT como arma en la lucha contra la malaria, defendía «rociar lo menos que sea posible», pero no su prohibición.

Pese a los errores del libro, a los estudios insuficientes, a la evidente y esperable falta de herramientas eficaces de la ciencia en la década de 1950 para valorar estos asuntos a los que la humanidad nunca antes se había

enfrentado, puede decirse que muchas de las recomendaciones de Carson eran sensatas y resulta difícil criticarlas en su contexto. Hay que ser cuidadosos, utilizar los productos con mesura y analizando sus riesgos y beneficios… ¿Acaso es una posición irracional? Por supuesto que no. Y la ciencia de la toxicología confirma con datos científicos que es la mejor estrategia: debemos ser racionales al usar los pesticidas porque son venenos. Y no existe la quimera de los pesticidas que no sean dañinos, porque su función precisamente es acabar con las plagas, parásitos, vectores de enfermedades y otros seres vivos que perjudican al ser humano.

Es más, la argumentación de *Primavera silenciosa* fue importante para que, en 1970, en Estados Unidos se creara la Agencia de Protección Ambiental, la primera de las oficinas que hoy, en prácticamente todos los países del mundo, se dedican a proteger el medio ambiente. Y eso es bueno por muchos motivos, de salud, económicos, humanos e incluso morales.

Sin embargo, la lírica de Carson, más que su visión científica, capturó los corazones de los estadounidenses y dio alas a un movimiento ecologista político que iba mucho más allá. *Primavera silenciosa* se convirtió en uno de los textos sagrados del hippismo, del *new age*, del movimiento de rechazo a un mundo moderno que resultaba desagradable, del neoprimitivismo y de la anticiencia que adoptó como bandera la izquierda.

En 1972, el debate sereno sobre el tema era imposible. El escándalo público y la difusión de informaciones imprecisas eran tales que el Gobierno estadounidense decidió prohibir terminantemente el uso del DDT, y veintiséis países lo siguieron. Se impuso una prohibición casi universal en esa década y en la siguiente. Una convención internacional de 2004 ratificada por más de ciento setenta países restringió el uso del DDT al control de vectores de enfermedades, aunque su uso agrícola continúa ilegalmente en algunas zonas.

Los estudios posteriores han indicado que el problema no es tanto la sustancia como su uso sin control y en dosis demasiado elevadas, lo cual tampoco es ningún descubrimiento asombroso, ya que esa observación se puede aplicar a prácticamente cualquier sustancia imaginable, incluida el agua. Hasta hoy sigue sin haber estudios que relacionen, por ejemplo, el DDT con el cáncer o con defectos congénitos, y muchos científicos siguen defendiendo el uso de ese producto para controlar problemas como las larvas del mosquito que transmite la malaria y otros virus. Pero si uno pregunta, especialmente entre los sectores «conscientes», se repite la idea fija de que el DDT resulta muchísimo más tóxico de lo que es en realidad. Además, de modo extralógico y sin base en la química, la bioquímica o la toxicología,

insisten en que cualquier pesticida utilizado en la agricultura o la ganadería es «como el DDT» y, por tanto, comparte los peligros, riesgos y daños, reales y exagerados, que denunciaba el libro de Carson. De ahí que muchos se lancen a luchar contra el uso de pesticidas, aunque no existan pruebas que sustenten su sus temores.

En la misma página en que no proponía que se dejaran de utilizar los insecticidas, la autora afirmaba: «Sí sostengo que hemos puesto sustancias químicas venenosas y biológicamente potentes en manos de personas ignorantes, en gran parte o en todo, de sus potenciales para causar daños».

Era cierto.

Como también lo era que, con su lírica pastoril, Carson y sus seguidores estaban poniendo una causa política potente y capaz de influir en la vida de todos los seres humanos en manos de personas ignorantes, total o parcialmente, del potencial perjudicial de un activismo desinformado y ciego.

Pero muy apasionado.

MARX EN LSD

«El Verano del Amor» fue el nombre que se dio al encuentro multitudinario de decenas de miles de jóvenes *hippies* que, desde todo el territorio estadounidense e incluso de otros países, principalmente el Reino Unido, confluyeron en el barrio de Haight-Ashbury, en San Francisco (California) durante las vacaciones estivales de 1967. Esta concentración se convirtió en el resumen, el destilado y el símbolo de la rebeldía de la época, de la contracultura que se oponía al orden establecido y a los valores del pasado. Querían rechazar el sistema capitalista, consumir drogas y encontrar la iluminación (espiritual, se entiende) y una alternativa al *American Dream*. Pero, sobre todo, querían oponerse a la guerra de Vietnam y a la posibilidad de que ellos, sus amigos, conocidos, familiares o parejas fueran enviados, con apenas seis semanas de entrenamiento básico y un fusil, a las junglas de aquel extraño país al otro lado del Pacífico para pelear en una guerra feroz que nadie sabía muy bien por qué había comenzado. El Verano del Amor fue la presentación mundial del hippismo y de la nueva rebeldía, que se mantuvo como referente hasta 1975. Podría decirse que exactamente hasta el 30 de abril de ese año, cuando Estados Unidos salió de Vietnam dando por terminada su participación en esa guerra.

A rebufo de los jóvenes nobles, ingenuos, idealistas sin mancha y, en general, con el juicio algo trastornado por el LSD, la marihuana, los hongos

alucinógenos, la psilocibina, la mescalina y demás armas del arsenal psicodélico —un neologismo, del griego *psykhe*, «mente», y *deloun*, «hacer visible», que nació de las drogas que supuestamente «revelaban» verdades profundas—, llegaron otros personajes menos inocentes. Los evangelistas sinceros que tenían, o creían tener, un mensaje trascendente que dar. Los comerciantes que buscaban en la zona a músicos, actores y modelos que pudieran generar ingresos. Los artistas que buscaban inspiración o marchantes, y los marchantes que buscaban artistas. Los traficantes de drogas. Los diseñadores de ropa. Los veteranos de la guerra de Vietnam que querían contar su historia. Y todos aquellos, muchos más, con motivos legítimos para ser parte de «la escena».

Pero llegaron también los depredadores, los aprovechados del «amor libre» (bastante más sexo que amor), los psicópatas como Charles Manson —quien llegó ese año directamente desde la cárcel para establecerse en el barrio como heraldo del hippismo y la espiritualidad del futuro— y un numeroso batallón de gurús, quizá menos psicópatas que Manson pero con enormes ambiciones más allá de lo espiritual. Era «la escena *hippie* de Haight-Ashbury», condimentada con la presencia de los grupos de rock que se habían mudado al barrio porque era el lugar donde había que estar.

Esa explosión *hippie* no fue, en modo alguno, estéril. Junto a las más pintorescas chifladuras ofreció también la plataforma de lanzamiento para multitud de transformaciones, de movimientos tanto nuevos como renovados o que adquirieron una fuerza que antes no habían disfrutado: el feminismo de la segunda ola, que abordaba la igualdad social, sexual y jurídica total de las mujeres con los hombres más allá del derecho al voto; la liberación y reconocimiento de la dignidad de los homosexuales, y, en última instancia, de toda la gente sexualmente diversa (a los que llamaremos «altersexuales», simplemente por no enredar con una marabunta de siglas y listas); los derechos de los ancianos; el derecho a votar a los 18 años de edad; el movimiento ecologista; la igualdad racial efectiva; el pacifismo crítico intenso, etcétera. Todas las causas identificables con el progresismo, la izquierda social y económica, tenían su lugar en el mundo de lo que se llamó «la contracultura» y se emprendieron muchos avances. Y también nació formalmente la izquierda kumbayá, alternativa y diferente de la que había estado dominada por el marxismo: la izquierda feng-shui.

La parte más académicamente formal de la izquierda la aportaron los universitarios, especialmente a través de la organización Estudiantes por una Sociedad Democrática (Students for a Democratic Society, SDS). De raíces

socialistas, buscaba ser más transversal que otras agrupaciones estudiantiles para atraer y ser la voz de gente distinta, por lo que decidieron no adoptar el marxismo como su ideología oficial, aunque sí aceptaran la participación de comunistas, lo cual aportó su buena dosis de contradicciones.

Junto con la SDS, otras formaciones, como los *yippies* del Partido Internacional de la Juventud (Youth International Party) de Abbie Hoffman y el Partido de los Panteras Negras para la Autodefensa (Black Panther Party for Self-Defense) —que pronto perdería sus tres últimas palabras— de Huey Newton, conformaron la Nueva Izquierda (New Left). Algunos mantenían la idea de que la acción violenta y armada era la mejor herramienta para la transformación de la sociedad, mientras que otros simplemente se reservaban el derecho a utilizar la violencia en su momento, pero en general se trataba de movimientos pacíficos. «Paz y amor» era la consigna.

¿Qué era novedoso en la Nueva Izquierda? Básicamente su rechazo a la vieja izquierda marxista. Ésta no sólo había fracasado en general en Estados Unidos, pese a su importante participación en organizaciones sociales y, sobre todo, en el movimiento sindicalista, sino que también se había mostrado bastante menos que utópica en países como China, la Unión Soviética y sus países subalternos. La conclusión no explícita, pero evidente en la práctica, que extraía la Nueva Izquierda era que las bases filosóficas del marxismo eran endebles. La revolución por motivos económicos no parecía viable en los países opulentos, donde, de hecho, ocurría lo contrario: los jóvenes hijos del sueño americano posterior a la Segunda Guerra Mundial tenían sus necesidades materiales satisfechas —alimentos, ropa, vehículos, televisión, educación, buena salud…— y disponían de tiempo libre como colectivo, quizá como nunca antes en la historia humana, para ocuparse de los problemas de la justicia social, que hasta entonces solían ser asunto sólo de grupos pequeños o de activistas dedicados. Si otros no tenían la misma opulencia, había que ayudarlos, eran el Tercer Mundo, aunque eso diese lugar a acciones solidarias pero terriblemente paternalistas. Y al mismo tiempo, en su medio, perduraban y se hacían visibles suficientes injusticias como para ocuparse de ellas y hacer otro tipo de revolución, oponiéndose a sus propios países, gobiernos y sistemas.

Y no sería una revolución materialista como la que preconizaba el marxismo, que dejaba de lado esa espiritualidad que los jóvenes encontraban tan importante como reacción al materialismo de coche, casa, nevera y lavadora esenciales para el *American Dream* de sus padres. Esos jóvenes eran, precisamente, la generación del *Baby Boom*, el aumento súbito y temporal de

la tasa de natalidad en la posguerra, entre 1946 y 1964, más o menos. La Nueva Izquierda de esos *baby boomers* buscaba orientación en un mundo que no les correspondía, aunque los mimaba en algunos sentidos, y encontró a sus héroes en los lugares más contradictorios, desde Herbert Marcuse hasta los gurús orientales, desde Pauwels y Bergier con el mundo maravilloso que relataban, pletórico de misterios que el *establishment* despreciaba, hasta los libros de Lobsang Rampa, un fontanero británico llamado Cyril Henry Hoskin cuyos lectores creyeron que era un monje tibetano reencarnado que había decidido revelar los secretos de los siempre populares lamas.

La agitación en torno a la contracultura era tan intensa en la década de 1960, ocupaba tanto espacio, afectaba a tantos miles de personas en mayor o menor medida, que tenía que ser el principio de un mundo nuevo. La sensación la ejemplifican bien muchas canciones de la época, aunque quizá ninguna mejor que *The Times They Are A-Changin'* («Los tiempos están cambiando») de Bob Dylan:

> Venid y reuníos, gente,
> por donde quiera que vaguéis,
> y admitid que las aguas
> a vuestro alrededor han subido,
> y aceptad que pronto
> estaréis empapados hasta los huesos.
> Si creéis que vuestro tiempo
> merece ser salvado,
> entonces mejor que empecéis a nadar
> u os hundiréis como una piedra
> porque los tiempos están cambiando.

La promesa era enorme. Daba igual que la hicieran Mohandas Gandhi, el Che Guevara, Martin Luther King o los escritores J. D. Salinger y Herman Hesse, como que fuesen Aldous Huxley o el yogui francés Serge Raynaud de la Ferrière. Todo lo que implicara hermandad universal, amor, solidaridad o espiritualidad se agregaba a esa mezcla de rebeldía y búsqueda de sentido, que resultaba incoherente en ciertos aspectos, como el de la violencia, donde se glorificaba a los revolucionarios armados y a los independentistas excluyentes al tiempo que se cantaba a la paz y la unión de todos los seres humanos sin fronteras ni odios.

Y la más cósmica —y por tanto, la más apasionante— de las promesas para ese nuevo tiempo provenía de una de las más antiguas disciplinas de la magia: la astrología. A través de ella se interpretaba que las convulsiones planetarias eran las contracciones para el parto de un período totalmente nuevo: la Era de Acuario.

En el exitoso espectáculo *Hair*, anunciado como «un musical tribal estadounidense de amor y rock» y que, en la paradoja de la época, fue un éxito atronador en Broadway que llenó de dólares a sus creadores y productores durante cuatro años, se definía así:

> Cuando la Luna esté en la séptima casa
> y Júpiter se alinee con Marte,
> entonces la paz guiará a los planetas
> y el amor conducirá a las estrellas.
> Es el amanecer de la Era de Acuario…

El que no fuera tal amanecer no impidió que se convirtiera en otro de los símbolos de la contracultura. Las eras astrológicas ni siquiera tienen una forma estándar de calcularse, de modo que distintos astrólogos ofrecen distintas versiones: según unos, la Era de Acuario comenzó a mediados del siglo XV e. c.; para Helena Blavatsky, coincidía con el año 1900; y Rudolf Steiner la situó en el siglo XXXVI.

La llegada de esta era astrológica —cuando el equinoccio de marzo se traslade a la zona de la constelación de Acuario— podía adaptarse de muchas formas. Si se aducía, desde un punto de vista estrictamente astronómico, con la delimitación de las constelaciones tal como las ven los científicos, que no comenzaría sino hasta el año 2597, siempre se explicaba que el mundo vivía «un momento de transición», «bastaba ver las convulsiones a nuestro alrededor para saber que la Era de Acuario ya comenzaba», es decir, que los hechos confirmaban la fantasía que predecía los hechos en un bucle absurdo. ¿Y qué era esta nueva era? También dependía de a quién se le preguntara. Podía ser el tiempo de lo femenino —en contraposición a lo masculino de la era anterior, la de Piscis—, del agua, de la electricidad, de la paz, de la unión universal, del salto a la conciencia universal, del autodesarrollo, de la autorrealización, del gobierno mundial…

Si Blavatsky preparó el camino y Gurdjieff había instalado las bases para el nuevo ocultismo, el tercer padre de la Era de Acuario fue —según el sociólogo Paul Heelas, especializado en el estudio de la espiritualidad de este nuevo tiempo— el psicoanalista Carl Jung (1875-1961), quien rechazaba las religiones tradicionales y proponía una nueva espiritualidad.**[6]** Jung creía, por ejemplo, que las coincidencias no eran tales, sino expresiones de una «sincronicidad» que revelaba misteriosamente una serie de relaciones causales fuera del dominio de la física. Creía también en un inconsciente colectivo, un místico y preternatural depositario común de los arquetipos, que, sin más base que sus especulaciones, definía como ciertas estructuras o

símbolos reales y místicos compartidos por todos los seres humanos, muy evocador del «registro akáshico» de Steiner. Es fácil oír hablar de ese inconsciente colectivo como una forma de empatía mágica entre todos los miembros de una población, sin saber que el concepto procede de este médico y ensayista suizo. Finalmente, proponía que, en lugar de las dicotomías o dualidades en las que piensa el ser humano, se buscara un enfoque más completo, más integral, que hoy en día se llamaría «holístico».

Pero, sobre todo, Jung creía en la llegada de la Era de Acuario, apoyado en sus propias convicciones ocultistas y astrológicas. En una carta al padre Lucas Menz fechada el 22 de febrero de 1955, Jung afirmaba:

> El equinoccio de primavera está saliendo del signo de Piscis al signo de Acuario, tal como lo hizo saliendo de Tauro (los antiguos dioses toros) a Aries (el dios con cuernos de carnero) y después fuera de Aries (el cordero sacrificado) a Piscis. […] Nuestra época apocalíptica también contiene las semillas de un futuro diferente, sin precedentes y todavía inconcebible que podría cubrirse del espíritu cristiano si éste sólo se renovara a sí mismo, como ocurrió con las semillas que brotaron de la descomposición de la cultura clásica.

Jung no era un extraño gurú de túnica blanca, barba vaporosa y acento indostano, sino un respetado psicoanalista suizo, relacionado estrechamente con Sigmund Freud, que usaba traje y corbata, llevaba gafas de montura de alambre y fumaba en pipa. El vivo retrato de la respetabilidad en esa época. Si estaba de acuerdo con los ocultistas más estrafalarios, quizá eso indicaba que había algo de cierto en todas esas ideas nuevas.

Conviene anotar que las especulaciones de Jung, como las de todo el psicoanálisis, incluido cuanto predicó Freud, nunca se han podido demostrar científicamente. De hecho, muchas evidencias obtenidas por la psicología científica en el último medio siglo indican que los psicoanalistas estaban simple y llanamente equivocados en muchos conceptos.[7] Algo que de por sí suena tremendamente herético. Pero las ideas —y la respetabilidad— del psicoanálisis permanecen inamovibles en el mundo de la filosofía y las conjeturas. Y en muchos espacios de la cultura no científica.

La Nueva Izquierda se encontraba así conviviendo con la idea de la nueva era, el *new age* que preconizarían y comercializarían muchos otros, una mezcla que añadía conceptos a la visión teosófica y antroposófica. Una amplia variedad de piezas ideológicas y espirituales, de creencias, sensaciones y emociones, de ideas y de ideales, que se conjuntaron para impulsar nuevas formas de activismo político que, al mismo tiempo, transformarían el *new age* en una nueva religión.

Y los evangelistas de esta nueva religión serían los maestros espirituales indostanos, para quienes habían preparado el camino los esotéricos anteriores.

GURÚS PARA COLOREAR

La contracultura y el esoterismo trajeron consigo un interés renovado por la sabiduría de las religiones orientales. No sólo había una fascinación por los místicos orientales que parecían estar «en comunión con la naturaleza», sino también la creencia de que tenían capacidades asombrosas.

La creencia común y aceptable de que realmente podía haber fenómenos paranormales —telepatía, telequinesis, visión a distancia, precognición, etcétera— se veía sustentada en las investigaciones que algunos científicos serios —y otros no tanto— llevaban a cabo. Se pensaba que la parapsicología podía ser un campo legítimo de estudio, de modo que los experimentos del parapsicólogo estadounidense J. B. Rhine en la Universidad de Duke durante las décadas de 1930 y 1940 se comentaban como un poderoso indicio de la existencia de tales poderes. Todavía se desconocía que nadie había logrado reproducir sus resultados, que probablemente hubo mala praxis —desde descuido o un intenso autoengaño hasta posibles fraudes— en su metodología y en la presentación de sus resultados, y que toda la promesa no era más que humo esotérico.

No hay que olvidar que en el imaginario occidental siempre habían estado presentes las historias sobre místicos de la India, sobre todo los faquires, que poseían capacidades asombrosas: controlar el pulso y la respiración para sobrevivir largos períodos enterrados, levitar, producir objetos mágicamente, perforarse la piel sin sangrar, etcétera. Sin embargo, todavía no era conocido el trabajo de personajes como el escéptico y racionalista indio Basava Premanand (1930-2009), quien demostró una y otra vez que esos espectáculos no eran sino trucos de magia de escenario, salvo los que eran simples exageraciones como la capacidad de caminar sobre brasas, una «hazaña mística» que cualquiera puede llevar a cabo sin necesidad de hacer ningún emocionante preparativo espiritual.

Estos presuntos poderes místicos que trascendían a la grosera realidad, ya cuestionada por el posmodernismo (véase el capítulo 4), convertían a los *sadhus* u hombres santos de la India en personajes aún más atractivos para muchos que rechazaban los valores, las estructuras, el conocimiento y la historia surgidos de la Ilustración.

Querían un sentido espiritual para sus vidas. Y los gurús atendieron a su llamada. Los jóvenes rebeldes de Occidente clamaban por una visión más rica del universo y la vida. Esos hombres santos se apresuraron a ofrecerles la ilusión de que tal cosa existía, a cambio de módicas cuotas.

Y, en ocasiones, de su voto.

EL SONRIENTE EMPRESARIO

El 19 de enero de 1968, el popular *talk-show* nocturno de Johnny Carson recibía al Maharishi Mahesh Yogi para que explicara la «técnica» de la Meditación Trascendental® practicada en sus cincuenta centros repartidos por todo el mundo. El 9 de febrero siguiente, la entonces muy popular revista de gran formato *Life*, famosa por sus reportajes ilustrados, publicaba un artículo que proclamaba que 1968 era «El Año del Gurú», que estaría dedicado a explorar la personalidad y la popularidad de un personaje que aparecía sonriente, sentado en la posición del loto sobre un sillón occidental forrado de terciopelo mientras sostenía un ramillete de flores. El 4 de mayo de ese mismo año, el influyente *Saturday Evening Post* anunciaba que había enviado a un reportero a meditar con Mia Farrow y los Beatles bajo la dirección del Maharishi.

El mundo se convencía de que, al «meditar» —fuera lo que fuere eso—, uno podía mejorar personalmente, resolver sus conflictos internos y arreglar el mundo sin moverse de la incómoda posición del loto. Después de todo, lo que traía el barbudo y desaliñado gurú de la túnica blanca era sabiduría oriental. Desde el exitoso libro de viajes de Marco Polo, aparecido hacia el año 1300, Occidente redescubre periódicamente Oriente y queda encandilado por su exotismo, se apunta —a medias— a sus tradiciones filosóficas y a sus prácticas espirituales, a su música y a sus gurús, y da lugar a una también recurrente industria de consumismo espiritual y folclórico. Meditar, alinear los chakras, entrar en comunión con la naturaleza, hacer yoga, ser vegetariano, tocar los cuencos tibetanos y una multitud de prácticas actuales son préstamos de las religiones orientales, principalmente del budismo y del hinduismo, aunque ya en el siglo XXI el misticismo japonés ha asumido su lugar junto a ellas de la mano del reiki, el manga, el anime, el sushi y los videojuegos.

Sobre los precedentes de Madame Blavatsky y sus seguidores de la Sociedad Teosófica, además de las poderosas imágenes de Krishnamurti y del escritor bengalí Rabindranath Tagore, el renacimiento del interés por las filosofías orientales fue aprovechado, sobre todo en Estados Unidos, por diversos personajes que provenían directamente del lugar emblemático para el *new age*, la India.

El gurú de gurús, el hombre que en 1968 marcaba las tendencias de la moda espiritual en todo el revolucionado planeta del Mayo francés, fue precisamente el Maharishi Mahesh Yogi. Este «maestro espiritual» de la India se había lanzado a una fulgurante carrera como gurú independiente en 1955, como parte de una historia que nadie sabe bien dónde ni cuándo comienza. Hay datos contradictorios sobre la fecha de nacimiento de este singular *swami* («señor, maestro»), su verdadero nombre e incluso la identidad de sus padres. Sus biógrafos cercanos —los adeptos que contaron la historia oficial— le atribuyen haber nacido el 12 de enero de 1917 con el nombre de Mahesh Prasad Varma, en el seno de una familia de casta segundona, es decir, ni brahmán divino ni intocable repugnante. Se cuenta también que tuvo una buena educación e incluso que estudió física y matemáticas en la Universidad de Allahabad, aunque los investigadores no han hallado ninguna referencia de ningún Mahesh Prashad Varma en sus registros. Los gurús siempre tienen una explicación para todo, y la versión oficial proporcionada por el interesado es que se inscribió en ella con el nombre de M. C. Srivastava, sin explicar por qué ni si hacerlo implicó la falsificación de algún documento, fue parte de un milagro como los que afirmaba hacer de vez en cuando o, sencillamente, se inventó la historia (algo que, se sabe con certeza, hacía con alarmante frecuencia).

Como las matemáticas y la física, si es que las estudió, no le parecieron un camino apetecible, hacia 1943 se hizo devoto discípulo del gurú Swāmī Brahmānanda Saraswatī, un maestro espiritual tan convincente que abandonó el título de «Su Santidad», que le quedaba pequeño, para adoptar el de «Su Divinidad». Por desgracia, cuando Su Divinidad pasó a mejor vida en 1953, cometió el error de no nombrar como sucesor al frente de su floreciente monasterio de Jyotir Math, en la ciudad de Varanasi, a su entregado discípulo. Mahesh decidió entonces hacer las maletas y establecerse por su cuenta como *sadhu* («hombre santo») en la localidad de Uttar Kashi, donde estos santos varones hasta hoy abundan y viven razonablemente bien sin trabajar gracias al fervor religioso popular y a la generosa caridad de quienes creen en los dioses vivientes que afirman ser.

Es legítimo pensar que el Maharishi Mahesh Yogui no acumuló ni un solo día de trabajo honrado y real en toda su existencia. Su labor consistía en ser la abeja reina de una colmena poco informada, y lo que producía, a falta de huevos, eran sentencias simplonas pero de apariencia profunda, algo que sigue siendo del agrado de las multitudes incluso hoy en día, cuando personajes como Paulo Coelho deben su sólido bienestar económico a dichas

sentencias. Un ejemplo basta para conocer la sabiduría que repartía abundantemente Mahesh: «Cuando la mente consciente se expande para abarcar niveles de pensamiento más profundos, la onda de pensamiento se vuelve más poderosa y da como resultado energía e inteligencia añadidos». Esto no significa absolutamente nada, pero suena maravilloso y da al espectador la impresión de que es profundo y, si no lo entiende, es por su incuria espiritual, que puede resolver acudiendo al gurú y pagando algunos cursos, conferencias y prácticas de meditación.

Hacia 1955-1956, el Maharishi empezó a impartir «conferencias» en el sur de la India con este tipo de afirmaciones. Descubrió que tenía un enorme éxito y que resultaba convincente para las multitudes dijera lo que dijese gracias a su carisma, de modo que las «invitaciones» (pagadas) para que hablara se multiplicaron. Allí surgió su idea de que no hay que ser monje ni actuar como tal para alcanzar las más altas metas espirituales, de modo que no tenía necesidad de que el *establishment* del hinduismo lo certificara o le entregara la dirección de tal o cual monasterio para sobrevivir cómodamente.

En noviembre de 1957, Mahesh alcanzó la fama internacional cuando intervino en el Congreso Vegetariano Mundial, donde explicó que la meditación podía convertir a todos los humanos en vegetarianos. Esto entusiasmó enormemente a los asistentes, pues no hay misión más sagrada para un vegetariano que conseguir que su vecino deje de servirse chuletones y pollos asados. Pero casi nadie se fijó en que, por mucho que meditara, la gente no se convertía en vegetariana. A continuación, el gurú formó el Movimiento de la Regeneración Espiritual, que se dedicó a abrir centros de meditación por toda la India para después lanzarse a conquistar el mundo con más sucursales: Birmania, Malasia, Singapur, Hong Kong y, en enero de 1959, Estados Unidos, concretamente en California.

No pasó mucho tiempo antes de que el Maharishi tuviera a su disposición los choferes y las casas lujosas de sus adeptos occidentales. La prensa empezó a llamarlo «el gurú de las risitas» (*The Giggling Guru*) por su inquietante costumbre de reírse agudamente en las entrevistas, quizá divertido porque tantas personas en todo el mundo se tragaran sus historias.

Las enseñanzas del Maharishi eran bastante sencillas y provenían, cómo no, de una vieja tradición hinduista, según la cual se debe meditar recitando repetitivamente una palabra en sánscrito, un mantra, para ayudar a la iluminación. Esta técnica, de ser cierta, sería uno de los grandes descubrimientos de la historia, porque alivia el estrés, retrasa el envejecimiento y ofrece la felicidad espiritual absoluta. A cada persona se le

entregaba un mantra que supuestamente era único y personal, y que no debía revelar a nadie. Todas estas enseñanzas tenían un coste, por supuesto, y éste crecía a medida que se avanzaba en el aprendizaje de la Meditación Trascendental®, con la promesa de que se podrían desarrollar poderes paranormales o sobrenaturales. Estos poderes o *sidhis*, como se les conoce en el hinduismo, no son minucias: la invisibilidad, la capacidad de ver cosas ocultas, atravesar paredes y volar. El «vuelo yóguico» era el nombre con el que se anunciaba la maravillosa oportunidad de volar, que la gente pagaba con entusiasmo sin fijarse en que el buen Mahesh seguía trasladándose de un lugar a otro en automóvil o en avión y nunca levitando mientras reía.

Todo costaba dinero, pues los gustos del Maharishi eran propios de un verdadero *bon vivant*. ¿Cuáles eran los caprichos del Maharishi? Su biógrafo oficial, Paul Mason, relata, entre otros, su gusto por el zumo de uva. No tendría nada especial de no ser porque el espiritual personaje exigía que cada uva se pelara individualmente para exprimirla, evitando así el amargor de la piel.

Mason también cuenta que la necesidad de recaudar fondos para satisfacer los deseos del Maharishi los llevó a cobrar simplemente por tener el privilegio de ver al rechoncho *swami* para iniciarse en sus secretos:

> […] se acordó que el pago por la iniciación se relacionaría con los ingresos. En octubre de 1955, Bal Brahmachari Mahesh había declarado: «El camino es recto y la entrada es gratuita». Pero en 1959 se llegó a establecer una cuota del salario de una semana, al parecer según el principio de «allí donde fueres, haz lo que vieres».**[8]**

Los privilegiados, los ricos y famosos, eran los llamados a iniciarse, pues su salario de una semana era muchísimo más atractivo para las finanzas del imperio del Maharishi que el de un obrero de la construcción, y al mismo tiempo hallaban más fácil desprenderse de él, cosa que al obrero le podía representar quitarles el plato de la mesa a sus hijos unos días. Incalculables eran los ingresos del millonario Henry Nyburg, fundador del Movimiento de Regeneración Espiritual en Europa, quien en 1959 recibió al Maharishi y lo llevó en un Rolls-Royce a recorrer Austria, Francia y Alemania, visitando de paso a su cada vez más oronda fortuna en Suiza, donde se concentraban los ingresos de sus varios negocios.

Las afirmaciones del Maharishi se tornaron cada vez más extravagantes. Habló, como Helena Blavatsky, de unir la ciencia y la mística creando un pastiche entre la física cuántica y los escritos védicos. Al igual que la mística rusa, aseguró que sus enseñanzas eran las mismas que habían ofrecido Cristo y Buda, y afirmó que había logrado «el cumplimiento» (¿?) de la teoría de la

relatividad de Albert Einstein, de modo similar a como Blavatsky había identificado el darwinismo con los vedas. Y, de nuevo como ella, aseguraba que había un plan divino para la humanidad y que él mismo, el humilde Maharishi, había sido encargado por las fuerzas espirituales del universo para convertirlo en realidad.

Si el Maharishi leyó a doña Helena, no lo sabemos.

Pero su llegada a las revistas populares se debió sobre todo al mundo de la música y el cine. En 1965, el Maharishi se hizo con dos adeptos que adquirirían gran importancia poco después: el baterista John Densmore y el tecladista Ray Manzarek. En esos días, ambos comenzaban su andadura con un grupo de rock, que incluía también al cantante Jim Morrison, al que llamaron The Doors en honor al libro *Las puertas de la percepción* (*The Doors of Perception*, 1954) de Aldous Huxley, una apasionada defensa temprana del uso de las drogas psicodislépticas, inspirado en un «viaje» de mescalina que experimentó el autor británico. Los dictados del Maharishi sobre la «conciencia cósmica» y la «liberación espiritual» eran un complemento ideal a la idea de que las drogas «expandían la conciencia» y «liberaban la mente». Se configuraba así la respuesta a la pregunta de jóvenes artistas rebeldes, ambiciosos, consumidores de drogas, insatisfechos y solitarios, sobre todo cuando alcanzaban el soñado éxito.

Y nadie en todo el mundo tenía más éxito que los Beatles en el momento en que se asociaron con el gurú en agosto de 1967, de modo que éste entendió de inmediato que los cuatro desorientados genios musicales eran la puerta a una mayor fama y riqueza. Los Beatles no eran sólo un fenómeno musical o de moda, de pelo largo y audacias crecientes. Eran considerados la voz de su generación y de las siguientes. Los activistas políticos de la Nueva Izquierda (y de su revista, la británica *New Left Review*) y los de la izquierda psicodélica, menos comprometidos y analíticos, buscaban en las letras y actitudes del grupo, y especialmente en la figura de John Lennon, mensajes y significados. Las letras se valoraban de acuerdo a su potencia política o a la falta de ella. La unión de los Beatles con el Maharishi convirtió a éste en una figura importante para el activismo político.

Para febrero de 1968, el Maharishi tenía a los Beatles «estudiando» su misticismo a tiempo completo en su *ashram*[9] de Rishikesh, al norte de la India. De paso, utilizaba el nombre de la banda con total desparpajo, según cuenta Peter Brown, quien hizo labores de representación para los Beatles y les ayudó en sus negocios hasta que se disolvieron.[10] El Maharishi empezó a anunciar que los Beatles irían a sus programas de televisión y les exigió que

le «donaran» entre el 10 y el 25 % de sus ingresos anuales, depositados en la famosa cuenta suiza. La banda lo aceptaba porque, en palabras de Brown, «les ofreció una versión de alivio y salvación instantáneos, como una venda psicológica». Pero los jóvenes músicos pronto se aburrieron y se pusieron en guardia. El ídolo se derrumbó cuando, en Rishikesh, el Maharishi fue demasiado afectuoso con Mia Farrow. La actriz afirma en su autobiografía, pese a los intentos de los adeptos del Maharishi de negar el incidente, que salió huyendo aterrorizada de las instalaciones tras el suceso. El 15 de junio de 1968, apenas dieciséis meses después de su encuentro, los Beatles anunciaron su ruptura con el Maharishi haciendo referencia a «un error público».[11] No importaba. Hasta el final, el Maharishi aprovecharía la percepción popular de que había sido, o era, quizá, «el gurú de los Beatles».

Sus travesuras sexuales (de las que hay más de un testimonio) fueron uno de sus pocos errores. Otro tuvo lugar cuando le preguntaron si estaba a favor o en contra del reclutamiento forzoso de jóvenes para enviarlos a Vietnam. Imprudente, pero sincero en esta ocasión, el Maharishi —que siempre tuvo vínculos con la derecha de la India— respondió que era obligación de toda persona servir a su país. El poeta Allen Ginsberg se lanzó enfurecido contra el rechoncho líder espiritual y se enzarzó en una discusión con él. Cuando Ginsberg le preguntó qué había que hacer respecto a los chicos que eran mandados a la guerra para asesinar y destruir, el Maharishi soltó una de sus risitas y respondió: «Meditar».[12]

Su carrera de fama y fortuna haría palidecer toda su popularidad anterior. Su Movimiento para la Meditación Transcendental se convirtió en un auténtico filón, que en 2016 tenía, según algunos cálculos, un valor de 3.500 millones de dólares. El gurú se instaló definitivamente en Estados Unidos. Compró una universidad. Fundó el Partido de la Ley Natural, una formación de centro-izquierda que llegó a tener presencia en unos ochenta países, incluida España (1992-2000), y cuyos principios derivaban de la Meditación Trascendental®, donde la ley natural era el orden misterioso pero inteligente del universo. Creó una constructora, Maharishi Global Construction, dedicada a levantar edificios que creasen «felicidad, armonía y prosperidad». La acompañó de una empresa de arquitectura, Maharishi Vedic Architecture. Añadió restaurantes que ofrecían comida ayurvédica adaptada a las necesidades del comensal. Creó el Servicio de Consultoría Corporativa Astrológica, que ahora parece estar inactivo, pero en el que podían hacerse consultas al módico precio de 150 euros. Estaciones de radio y televisión, sociedades y fundaciones a destajo y corporaciones diversas, incluida una de

energía solar en la India que produce paneles solares y otros productos para la industria. Y en el centro de todo, sus escuelas de enseñanza de Meditación Trascendental® y el Programa Sidhi, que incluyen todavía superpoderes como el Yogic Flying o vuelo yóguico. En ellas se cobra a la gente por enseñarla a levitar. Aunque nunca nadie levitó realmente como anunciaba el Maharishi, así que el *swami* cambió la promesa del vuelo autónomo por un entrenamiento para dar saltitos en la posición del loto, algo que los muy convencidos confunden con despegar. Tal publicidad engañosa le costó sólo 138.000 dólares en 1987, cuando perdió un juicio contra un cliente no tan convencido que lo demandó por no haber volado.

A pesar de esos tropiezos, el Maharishi siguió haciendo afirmaciones que gustaban a los místicos holísticos políticos y posmodernos. Por ejemplo, si muchas personas meditan pueden cambiar la realidad, pues la meditación colectiva puede controlar huracanes, mejorar la salud de la comunidad y otros muchos beneficios. Esto se debía a algo que modestamente llamó «el efecto Maharishi», cuya existencia, como es de esperar, nadie ha podido probar. Incluso organizó maratones de meditación que, según aseguró alegremente, disminuyeron los niveles de criminalidad en algunas ciudades estadounidenses (aunque los estudios y las instituciones policiales lo contradijeran señalando que tales indicadores no habían variado).

En 2001 puso en marcha su máximo proyecto de control total de la vida de sus adeptos: la Ciudad Védica Maharishi, en el estado de Iowa, donde actualmente residen unos 1.250 habitantes, mil de ellos maestros védicos de la India. En el poblado está prohibido vender productos no orgánicos y utilizar pesticidas y fertilizantes «sintéticos». Gracias a esta postura política, este enclave se beneficia de grandes subsidios gubernamentales, además de ser un centro turístico para suspirantes místicos.

Cuando murió el 5 de febrero de 2008, en Holanda, el Maharishi tenía presuntamente noventa y un años de edad, y todos los achaques y alifafes de la edad que su Meditación Trascendental® no había podido evitar.

El negocio, en cambio, siguió adelante.

ROLLS-ROYCES Y SALMONELOSIS

A grupas del Maharishi y de todo el movimiento neoorientalista que arrasó entre los inconformistas occidentales, se presentó en escena una serie de gurús, cada uno con un producto ligeramente distinto, un sendero propio para alcanzar la iluminación, el nirvana, la unidad con el todo, el bienestar,

superpoderes, salud, dinero, amor, la paz universal… Todo con su respectiva etiqueta de precio.

Los mantras del Maharishi

Cuando alguien recibía su mantra, era considerado un iniciado en los misterios de la Meditación Trascendental®. Su mantra era personal y debía mantenerlo en secreto, porque en caso contrario perdería su «fuerza mística». Lo asombroso para el cliente era que, si se mudaba de ciudad o quería practicar la meditación durante un viaje en alguno de los bazares místicos del Maharishi, el «maestro» que lo atendía tenía la capacidad mágica de saber cuál era ese mantra único, singular, personal e intransferible.

El truco, como se descubrió con el tiempo ante los tribunales en que se ventilaron las acusaciones de fraude contra el gurú y su organización, era muy sencillo: tan sólo había dieciséis mantras en realidad, que se asignaban a los «iniciados» según su edad: Em (12-13 años), Enga (14-15), Ema (16-17), Aing (18-19), Aim (20-21), Ainga (22-23), Aima (2425), Shiring (26-29), Shirim (30-34), Hiring (35-39), Hirim (40-44), Kiring (45-49), Kirim (50-54), Sham (55-59) y Shama (60 o más).

Un truco de magia bastante elemental, pero eficaz.

Entre todos ellos destacó uno cuyo nombre sigue vendiendo libros y autosuperación, pero que rechazó precisamente la espiritualidad, la visión mística y natural en favor del más absoluto hedonismo, que en su persona asumió la forma de una asombrosa colección de lujosos Rolls-Royces, sin contar su entretenida vida sexual. Chandra Mohan Jain nació en Bhopal (India) en 1931 y, disconforme con el nombre que le pusieron sus padres, en su dilatada carrera como *swami* profesional se hizo llamar Acharya Rajneesh, Bhagwan Shree Rajneesh, Rajneesh Gautaman el Buda —cuando reveló que era la reencarnación de Buda— y, finalmente, Osho. Rajneesh, por cierto, significa «el señor de la noche», mientras que la palabra japonesa *osho* designa a un venerado monje budista, aunque él afirmaba que la había inventado a partir de «oceánico», vocablo que atribuía al filósofo y educador estadounidense William James. En sus años de poco publicitado éxito en la India fue llamado «el gurú del sexo», pero durante su época de mayor presencia en los medios, sin embargo, era más conocido como «el gurú de los Rolls-Royces». Esa etapa terminó a mediados de la década de 1980,

cuando fue encarcelado como probable corresponsable del primer ataque bioterrorista en territorio estadounidense.

Pero antes de llegar a ese episodio, inmortalizado en una placa de bronce que puede verse en el diminuto poblado de Antelope, Oregón, conviene repasar la trayectoria de Chandra.

Hijo de un comerciante de telas y un ama de casa, ambos de religión jainista, no hindú, Chandra llegó al mundo al parecer en 1931 en el estado indio de Madhya Pradesh. En 1953, mientras estudiaba en Jabalpur, se convirtió en «iluminado», según informó él mismo. Tras licenciarse en Filosofía y mientras estudiaba un doctorado, empezó a dar conferencias en las que criticaba a Gandhi, al socialismo y a las religiones tradicionales, un paso imprescindible para fundar la propia. Así, sin trabajar tampoco ni un solo día en su vida, en 1970 tenía ya los suficientes recursos y adeptos como para fundar su propio *ashram* en la ciudad de Pune, un importante centro místico, y anunciar su propio producto, la Meditación Dinámica, que oponía sobre todo a la Meditación Trascendental® propagada por el Maharishi.

En Pune siguió predicando su hedonismo místico y atrajo el interés de los occidentales inconformistas. Éstos empezaron a mudarse a sus instalaciones pagando, tal y como hacen hasta hoy, alojamiento, alimentos y asistencia a las conferencias, que Chandra dictaba repantigado en un sillón, pues la postura del loto preferida por sus competidores le resultaba, al parecer, muy fatigosa. A Rajneesh le costaba trabajo fingir el ascetismo, pues le gustaban las mujeres bellas —creó una versión propia y aumentada del tantrismo hinduista que permitía todo tipo de actos sexuales a gusto del maestro—, el dinero a espuertas y los automóviles lujosos. Había llegado un gurú diferente, que no pedía pobreza, celibato ni renuncias incómodas, que proclamaba el placer y predicaba que la ambición era una virtud, lo cual tenía su atractivo.

Aunque Rajneesh solía afirmar que vivía de las regalías de los libros que había escrito, no es exacto. Sus libros, los mismos que hoy comercializan sus herederos, son recopilaciones de sus conferencias. Fiel a su rechazo al trabajo, jamás se sentó con una pluma o ante la máquina de escribir —esto ocurría antes de la revolución informática— a escribir sus ocurrencias. Tenía a su servicio ayudantes y secretarias que transcribían, ordenaban y editaban las conferencias que dictaba continuamente. Estas enseñanzas eran muy flexibles: lo que enseñaba

ayer, podía negarlo hoy si convenía. Igual afirmaba que «en el año 2000 se habrán terminado todas las guerras» que, como hizo cuando le dijeron que las profecías apocalípticas tenían gran impacto entre los seguidores profesionales, predecía guerras y atrocidades o rechazaba la aplicación de la tecnología en la India. Y cuando lo atrapaban cometiendo alguna barbaridad sexual o de otro tipo (varios exseguidores aseguraban que era adicto al diazepam y al óxido nitroso), se justificaba amparándose en el tantrismo o en algún ente espiritual inventado *ad hoc*.

Más problemático es que, según sus críticos, sus ideas fueran recicladas de otros autores y que algunos de sus libros, según confesaron ciertos seguidores, los escribieran mujeres de su entorno más cercano que actuaban como su harén. Tampoco tiene alta puntuación de honestidad no pagar impuestos o defender el sexo incestuoso y su práctica con menores de edad, cosas que, según testimonios, Rajneesh hallaba naturales y recomendables.

A finales de la década de 1970, las huestes de sus seguidores ya no cabían en Pune, así que decidió ir a la meca de la creencia en chifladuras que ya empezaban a conocerse como *new age*: Estados Unidos. Sus adeptos más acaudalados adquirieron, a petición del gurú, un terreno de 26.000 hectáreas en los condados de Wasco y Jefferson, en el estado de Oregón. Para dimensionar el lugar, que con su característica modestia llamó Rancho Rajneesh, basta compararlo con la ciudad de París, que tiene una extensión de sólo 10.540 hectáreas. Allí llegaron a vivir tres mil de los seguidores de Rajneesh, los llamados *sannyasins*. Esta mudanza tuvo lugar (seguramente por coincidencia) justo cuando el Gobierno indio parecía empeñado en cobrarle a Rajneesh unos seis millones de dólares en impuestos pendientes.

Un año después, la avalancha de *sannyasins* era tal que lograron cambiar por votación el nombre del poblado de Antelope por el de Rajneesh, y que se concediera al rancho también la categoría de pueblo, llamado desde entonces Rajneeshpuram, lo que les permitió exigir información y dinero público para sus actividades. En 1983, según visitantes como el sociólogo Lewis F. Carter,[13] Rajneesh regía una secta autoritaria que controlaba a sus adeptos incluso con escuchas telefónicas orquestadas por el «círculo interior» del gurú. Los creyentes vivían y trabajaban al servicio de los caprichos del «dios viviente» que creían que era Rajneesh, quien se paseaba rodeado de un grupo de guardias armados o en uno de sus Rolls-Royces, de los que llegó a tener

la friolera de 93 unidades, la mayor colección del mundo. Una de sus típicas predicciones apocalípticas para afianzar su control sobre sus adeptos era que el sida mataría a todas las personas del mundo excepto a los *sannyasins*, lo que justificó que acumularan un importante arsenal para defenderse. Las tensiones con los vecinos se desarrollaron con presuntos intentos de asesinato y de incendio, varios actos de violencia y, finalmente, el envenenamiento masivo. En el proceso, hubo una enorme cantidad de bodas que, a ojos de los vecinos de los sectarios, eran simples matrimonios de conveniencia para legitimar la estancia en Estados Unidos de los seguidores llegados de la India.

La crisis final estalló durante las elecciones al consejo del condado de Wasco en noviembre de 1984. Para conseguir que una de las adeptas fuera elegida como miembro del consejo, del que Rajneesh y sus agentes más cercanos querían apoderarse, la segunda de a bordo del *swami*, Ma Anand Sheela, diseñó un doble plan: inscribir en el censo a la mayor cantidad posible de *sannyasins* y disminuir el número de votantes locales… envenenándolos con una cepa de salmonela que había desarrollado la responsable médica de la comuna. El envenenamiento masivo se llevó a cabo visitando los restaurantes de la ciudad The Dalles, en Wasco, y esparciendo en las barras de ensaladas un líquido que contenía la salmonela. Más de setecientas personas sufrieron los síntomas propios de la salmonelosis: diarrea, fiebre y dolor estomacal agudo. Las autoridades pronto descubrieron que la infección era provocada y pusieron la mira en la conflictiva comuna.

Para controlar el escándalo, Rajneesh culpó de todo a Sheela y, buscando congraciarse con los locales, devolvió su nombre original al pueblo de Antelope. No fue suficiente, así que intentó huir en su *jet* privado. Detenido y devuelto a Oregón, llegó a un acuerdo para que no lo condenaran a prisión a cambio de abandonar el país de inmediato y declararse culpable de violar las leyes de inmigración. Fiel a su imagen, mientras estaba en prisión Rajneesh exigió una atención adecuada a su estatus superior: comida especial y un trono.

Rajneesh volvió a la India mientras sus seguidores eran enjuiciados y condenados por varios intentos de asesinato, especialmente el ataque con salmonela, y el fraude migratorio de los matrimonios falsos. Mientras pasaban a ocupar una celda en Oregón (Sheela, en concreto, fue condenada a veinte años de prisión en 1986), Rajneesh empezó un peregrinaje por veintiún países en su avión privado. Expulsado de

Grecia, pasó por España, recaló en Uruguay —donde adoptó el nombre de Osho—, visitó Jamaica y volvió a Pune, donde finalmente murió en 1990.

Su obra, sus centros de meditación, sus derechos de autor y toda su jamás detallada fortuna quedaron en manos de veintiún herederos que formaban su círculo más cercano. Eran occidentales rebautizados con nombres indostanos entre los que estaban Michael O'Byrne (Anand Jayesh), John Andrews (Prem Amrito), D'Arcy O'Byrne (Yogendra) y Klaus Steeg (Pramod), que hoy manejan la marca registrada Osho y mantienen un fructífero negocio que incluye los libros de Rajneesh, centros vacacionales de meditación, ocho métodos de meditación y diversos productos y servicios adicionales, incluido un alucinante tarot zen Osho y una multiversidad —una institución más allá de cualquier universidad, afirman— en Pune que enseña a meditar y ciertas ciencias esotéricas.

En el lugar de sus peores acciones, apenas queda una placa conmemorativa de la resistencia del pueblo de Antelope contra «la invasión y ocupación de Rajneesh de 1981-1985», mientras que los terrenos que fueron la ciudad soñada sobre la que reinaría este gurú se vendieron a una organización juvenil cristiana.

Los actores secundarios

Además del Maharishi y Rajneesh, ha habido una enorme cantidad de comerciantes del orientalismo seductor, algunos de los cuales fueron o son bien conocidos. Ninguno de ellos era pobre al poco de iniciar su viaje espiritual.

- Deepak Chopra (1946). Médico y asociado del Maharishi, rompió con éste y fundó su propio negocio mezclando palabras relacionadas con la ciencia, como «mecánica cuántica», con el antiguo curanderismo védico de la India. De este modo, pasó a ser uno de los terapeutas alternativos y gurús *new age* más conocidos de California, y ha llegado a amasar una fortuna que el sitio web *The Richest* («Los más ricos») calcula en unos setenta y cinco millones de euros.
- Sathya Sai Baba (1926-2011). Este gurú era conocido por realizar trucos de ilusionismo en los que hacía «aparecer» objetos diversos, entre ellos huevos de oro, cenizas y, para los adeptos más generosos, relojes Rolex que sus seguidores adquirían previamente en tiendas cercanas a su *ashram*. Denunciado como acosador sexual y pederasta, nunca se enfrentó a la Justicia gracias a su influencia política en la India. Según revelaba el diario electrónico *Hindustan Times*, uno de sus fieles seguidores era Nicolás Maduro Moros, sucesor de Hugo Chávez al frente de la República Bolivariana de Venezuela, quien incluso visitó el *ashram* del gurú en 2005, siendo ministro de Relaciones Exteriores, con su

esposa, la también política Cilia Flores.[14] Su fortuna al morir se calculaba entre 8.500 y 30.000 millones de euros.

- Su Divina Gracia Swami Bhaktivedanta Prabhupada (1896-1977). Fundó la Sociedad Internacional de la Conciencia de Krishna (ISKCON, por sus siglas en inglés), o Movimiento Hare Krishna, que llevó a Estados Unidos en 1965. Aunque su autoritario líder buscaba siempre mostrar la cara más amable de los Hare Krishna, cuando su exseguidor y crítico Steve Bryant apareció asesinado se sugirió otra cara más oscura, así como denuncias de maltratos y abusos físicos y sexuales en sus escuelas provenientes de adeptos que incluso tenían puestos de relevancia en la secta. La sociedad tiene una fortuna de varios cientos de millones de euros.
- Swami Satchidananda (1914-2002). Creó el Instituto de Yoga Internacional, o Yogaville, que predica el yoga integral. Gracias a él, reunió una colección de automóviles de lujo —con el imprescindible Rolls-Royce y un Cadillac rosa— y un helicóptero. Aterrizó en Estados Unidos en 1966 y su acción más conocida fue dirigirse al público el 15 de agosto de 1969, como segundo acto del Festival de Woodstock, tras la actuación del cantante y guitarrista Ritchie Havens. Por ese motivo, se anunció el resto de su vida como «el gurú de Woodstock».
- Gurú Maharaj Ji (1957). Actualmente llamado Prem Rawat, empezó a predicar a los seis años en el *ashram* de su padre, que heredó a los ocho para proclamarse «dios» sin más rodeos. A los trece años de edad fue recibido en Nueva York por una multitud de seguidores enloquecidos. Hoy, además de contar con el indispensable avión privado y casas en varios países, encabeza Elan Vital y otras organizaciones que manejan su fortuna, valorada en más de ochenta millones de euros.

INSTRUCCIONES PARA MONTAR EL *NEW AGE*

Uno de los místicos que bebió en las fuentes de la contracultura fue el nativo de Minnesota Joseph Anthony Argüelles, o José Argüelles, como prefería que lo llamaran para dar a entender que tenía relación con las culturas mexicanas. Historiador del arte y pintor, fue uno de los promotores de la idea del Día de la Tierra (véase «Bricolaje indigenista» en el capítulo 5) e inició su propia celebración, el Festival de la Tierra Entera (Whole Earth Festival), en 1970. Astrólogo, místico y alumno de uno de los gurús de la época, el budista tibetano Chögyam Trungpa, fue uno de los más eficaces negociantes del nuevo esoterismo y, entre otras cosas, fuente de un mito que en 2012 inquietó enormemente a las almas cándidas del planeta. Sin el menor conocimiento de la lengua de los mayas, Argüelles interpretó —a partir de una estela— que esa antigua cultura precolombina había predicho que el mundo se acabaría el 21 de diciembre de 2012. Esa fecha marcaba simplemente el final de uno de los muchos ciclos de los varios calendarios mayas y el comienzo de un nuevo período. Lo que había hecho Argüelles podría compararse a

dictaminar que el 31 de diciembre se acababa el universo, sin pensar que al día siguiente volvería a ser 1 de enero.

Sus ideas místicas, que mezclaban lo —poco— que sabía de la cultura maya con los lamas tibetanos y diversas interpretaciones astrológicas, fueron fundamentales para la consolidación de la creencia en la nueva era, o *new age*, un fenómeno nacido en Estados Unidos y que después se desbordaría a todo el mundo.

La escritora y teosofista Alice Bailey, quien, como Madame Blavatsky, afirmaba que escribía lo que le dictaba telepáticamente un maestro tibetano, fue la base del *new age* como movimiento de la contracultura que tomó forma hacia 1970-1971, junto con Argüelles y con David Spangler, otro místico estadounidense que se creía clarividente y que aportó al *new age* una de sus ideas principales: la canalización. Spangler afirmaba que el clarividente era un canal a través del cual varias entidades no físicas, como los espíritus de los muertos, se comunicaban con los seres humanos. Si esto recuerda mucho a los médiums —los «medios» a través de los cuales hablaban los espíritus— del siglo XIX, es porque se trata exactamente de la misma estafa.

El *new age* repasado por éstos y otros místicos, empaquetado y comercializado de manera mucho más adecuada a las inquietudes de las décadas de 1960 y 1970, ofrecía lo que hasta ese momento el marxismo había prometido sin capacidad de cumplir: una utopía realizable. En lugar de partir del materialismo, el *new age* surgía de la convicción de que, gracias al mero movimiento de los astros —es decir, sin que el ser humano tuviera que ocuparse demasiado—, se desarrollaría una conciencia espiritual enorme entre todos los seres humanos, o al menos entre los iniciados que buscaban su transformación y crecimiento espiritual por medio de los procedimientos traídos por los gurús, particularmente la meditación y el yoga. Esta transformación haría que desaparecieran finalmente el hambre, las enfermedades, la pobreza, el racismo, la destrucción del medio ambiente, el sexismo, la guerra, el capitalismo, la ambición y los intereses económicos, sustituidos por una hermandad cósmica que se parecería mucho al Edén perdido de los contrailustrados.

Y todo ello estaría presidido por el karma, basado en la creencia de que existe una ley de causa y efecto en el mundo espiritual según la cual las acciones e intenciones de una persona se reflejan en su futuro. Así, alguien que se porta mal se reencarnará en un ser inferior, mientras que

si su comportamiento y acciones son los correctos, según la religión de que se trate (budismo, hinduismo, jainismo y otras), se reencarnará en un ser superior.

Por supuesto que, en la apología de estas religiones, los estudiosos pueden explicar y matizar este concepto para desproveerlo de toda implicación negativa, pero esto no funciona para la mayoría de la gente. Los creyentes en el *new age* asumieron y asumen el karma como la coartada perfecta para responsabilizar al individuo de todo lo que le ocurre. Si ganas en la lotería, tienes buen karma (saldo místico a favor, diría uno). Si enfermas o mueres de cáncer, algo malo hiciste.

El *new age*, la crítica a la tecnología y la ciencia, la rebeldía ante la patente imperfección del mundo, dieron lugar a la contracultura que además hacía la crítica a las religiones institucionalizadas. En un movimiento centrado en la lucha contra una guerra brutal, convivía la admiración por revolucionarios clásicos: los latinoamericanos, la Fracción del Ejército Rojo de lo que entonces era la República Federal Alemana, la Weather Underground Organization, que declaró la guerra al Gobierno estadounidense en 1970 y realizó numerosos atentados con bombas, el Black Panther Party, las luchas por la liberación nacional de viejas colonias como Argelia, Angola y Kenia; la lucha contra el Apartheid en Sudáfrica, y, en general, por quien se opusiera al «Sistema» pacífica o violentamente. A ello se añadió la solidaridad con quienes no habían sido integrados en los beneficios del *American Way of Life*: mujeres, altersexuales, ancianos, discapacitados, etc.

Parte del movimiento era ideológica. Pero la contaminación mística, esotérica e irracional se convertiría en integrante inseparable de una parte él. La confusión acabaría pasando factura.

A veces, incluso, mortal.

4

La malvada modernidad

Probablemente Ned Ludd nunca existió y este presunto trabajador británico no rompió dos primitivos telares mecánicos en 1779, en los albores de la Revolución industrial.

Pero la idea de Ned Ludd sí existió. Luditas se llamó a los trabajadores textiles que en la Inglaterra del siglo siguiente, el XIX, destruían telares como protesta, temerosos de que la maquinaria se utilizara para eludir las prácticas de contratación de la época y para sustituirlos a ellos, artesanos que habían aprendido su labor después de años de práctica, por trabajadores no cualificados, que simplemente pusieran y quitaran bobinas de hilo de grandes tejedoras mecánicas. Lo cual finalmente, por cierto, ocurrió.

Con el tiempo, se ha dado en denominar luditas a todos los que se oponen al progreso científico y tecnológico, a los que temen más los perjuicios del cambio que sus posibles beneficios. A los que destruyen campos de cultivo transgénicos, los que incendian laboratorios, los que denuncian cualquier avance como un aviso del Apocalipsis inminente.

Son los que decían que la velocidad a la que podían avanzar los trenes era tal que mataría a sus pasajeros. Los que afirmaron que la anestesia en el parto violentaba la disposición bíblica que ordenaba a las mujeres parir a sus hijos con dolor. Los que predicaban que el cine, la radio, la televisión, el rock, los videojuegos, la clonación, los ordenadores, los teléfonos móviles, las redes sociales y otros muchos avances traerían consigo la degradación final de la moral, las buenas costumbres, la salud y, para acabar pronto, la mente y el cuerpo de sus infelices víctimas.

Y antes de ellos estuvieron los que condenaron a muerte a Sócrates por corromper a los jóvenes con sus preguntas político-filosóficas, los que no quisieron ver por el telescopio de Galileo y lo condenaron a prisión domiciliaria hasta su muerte nueve años después, los que quemaron a Giordano Bruno, los que se horrorizaban ante los dirigibles y aviones, los que

predecían todo género de catástrofes por las autopsias o la aparición de los antibióticos.

Su lema es sencillo: «Todo tiempo pasado fue mejor». Y de poco sirve que se les demuestre contundentemente que, en realidad, todo tiempo pasado fue peor (además de que, como dice el grupo musical Les Luthiers, «Todo tiempo pasado fue anterior»).

Algo tiene que ver el cerebro humano en esta actitud. Los estudiosos de la psicología han demostrado que todos tendemos a experimentar un desvanecimiento de los malos recuerdos al tiempo que damos brillo a los buenos. De ahí que creamos que nuestra infancia o adolescencia fueron mucho más felices que los años posteriores, aunque un ejercicio honesto fácilmente nos haga ver que hemos dejado de lado momentos amargos, inciertos, de sufrimiento e inquietudes. Antes todo era mejor, nos parece. Y si así lo vemos en nuestra vida, no es difícil suponerlo —y justificarlo— a nivel social. La vida de antes era menos complicada, su ritmo más pausado, nuestros abuelos vivían más tranquilos.

No es más que una ilusión, pero puede llevar a una militancia sólida en contra de los cambios, que siempre dan miedo, y a pensar en el recurrente tema de que el regreso al pasado promete una mayor felicidad de la que puede dar el presente e, incluso, el futuro. Lo que se conoce como las «utopías regresivas».

LO NATURAL ES BUENO

En la percepción de muchos, la naturaleza ha adquirido la calidad de una deidad, de una situación enormemente deseable de la que nos separamos para nuestra desgracia. Es una recreación del mito del paraíso perdido, una más de nuestra historia. En ese pasado impreciso, vivíamos una situación idílica y perfecta, en estado de gracia, en armonía con el mundo a nuestro alrededor y sin pasar penurias, escaseces ni sufrimientos. Pero, en algún momento, nuestros ancestros hicieron algo malvado y fueron apartados de ese paraíso, castigados por su propia culpa.

En la Biblia, el paraíso se perdió debido al pecado original, por comer del árbol del bien y del mal, aunque luego Agustín de Hipona lo achacaría a la concupiscencia, es decir, al deseo desmedido de bienes materiales y, sobre todo, de sexo. Para el poeta griego Hesíodo, que vivió en el siglo VII a. e. c. y fue el autor del libro *Los trabajos y los días*, el ser humano había vivido una Edad de Oro en la que disfrutaba de abundancia, paz y ocio:

> Igual que dioses vivían, con el corazón libre de cuidados, lejos y a salvo de penas y aflicción. La mísera vejez no les oprimía, sino que, pies y manos siempre inalterables, se gozaban en festines, exentos de todos los males. Morían como vencidos del sueño. Bienes de toda índole estaban a su alcance: la fecunda tierra, por sí sola, producía rica y copiosa cosecha: ellos, contentos y tranquilos, vivían de sus campos entre bienes sin tasa.

La mitología griega situó esa época maravillosa en la Arcadia, una región del Peloponeso donde se adoraba a Pan, el dios de lo natural, de los pastores y sus rebaños, de la música rústica y las montañas, acompañado de hermosas ninfas, espíritus de la naturaleza, en un entorno de florecillas, arroyuelos y la fresca y maternal sombra de frondosos árboles.

Esa idea de la Arcadia pastoril y perfecta en una Edad de Oro persistió entre los romanos gracias a autores como Virgilio, que se inspiró en Hesíodo, y Ovidio, quien describió en sus *Metamorfosis* una época donde el hombre era naturalmente bueno. También entre los hindúes se desarrolló la idea de una edad perfecta, la Krita Yuga, que se detalla en el *Mahabharata*, largo poema mitológico fechado hacia el siglo III a. e. c.

A lo largo de los años, los artistas y filósofos perpetuaron la fascinación por ese pasado mítico, maravilloso, una especie de nostalgia falsificada por algo que nunca fue, pero que hubiera sido maravilloso que existiera. Uno de los más influyentes, como hemos visto, fue Jean-Jacques Rousseau, que afirmó que los salvajes, esos seres humanos que ya no eran animales brutos ni seres similares a monos, vivían en la etapa ideal del desarrollo humano. «Nada es más amable que el hombre en su estado primitivo», proclamaba entusiasmado en su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1754). Para Rousseau, convencido de que el alejamiento del estado de la naturaleza sólo podía conllevar la ruina del ser humano, todo degenera cuando lo tocan las manos del hombre, la cultura resulta despreciable y maligna, y el progreso es una ilusión. No deja de ser curioso que esta postura ideológica, conocida como «neoprimitivismo», sea similar a la que mantienen los ecologistas políticos en la actualidad.

Por supuesto, el comunismo primitivo que imaginaron Karl Marx y Friedrich Engels discurre por los mismos caminos. En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels intentó analizar la historia de la humanidad con los pocos datos antropológicos e históricos que se tenían en 1884. Su base fue el trabajo del historiador estadounidense Lewis H. Morgan, quien consideraba que la historia de los pueblos iroqueses, una de las naciones indígenas norteamericanas, era el modelo exacto de todas las sociedades del pasado. La lucha por la implantación del comunismo, en esa

lógica, no era sino un esfuerzo por volver a ese pasado ideal, lo que sin duda le otorgaba una mayor legitimidad.

Y ciertas formas del indigenismo actual —como ocurre con la ecología política— que defienden muchos no indígenas, generalmente de ambiente urbano y universitario, asumen exactamente la misma posición. Donde hoy la historia revela un pasado de enfermedades, privación, ignorancia, superstición, guerras y hambre frecuente, ellos ven a un indígena física, mental y espiritualmente perfecto que vivía en comunión con la naturaleza —la Madre Tierra, la Pacha Mama a la que el presidente boliviano Evo Morales concedió derechos iguales a los de un ciudadano en la más reciente Constitución de su país—, un ser tan ideal e idílico como los hombres de la Edad de Oro que inmortalizó Hesíodo. E igualmente fantasioso.

Una característica de quienes militan en esas visiones es que no están dispuestos a escuchar ninguna razón, ningún dato, ningún argumento que ponga en duda lo que han asumido como un dogma de certeza absoluta. Nuevamente, se prescinde de la ciencia. De acuerdo con los datos de la paleoantropología, por ejemplo, se sabe que la esperanza media de vida en el Neolítico era de unos treinta y tres años para los hombres y de treinta para las mujeres. Esto no quiere decir que no hubiese ancianos en sus sociedades, sólo que la proporción no era tan elevada como en la actualidad, mientras que muchísimos niños morían en la infancia —entre el nacimiento y los cinco años de edad—, y la población adulta rendía sacrificio también a la enfermedad, la guerra, la desnutrición y la violencia. Por tanto, había que crecer, hacerse adulto y criar a los hijos antes de llegar a la treintena. Quizá parezca inaceptable en la actualidad, cuando se espera razonablemente gozar de vidas prolongadas que permitan tener varios proyectos: personales, familiares, profesionales, de ocio, etcétera. Y, de modo similar, aunque los grupos indígenas del pasado hayan sido terribles guerreros expansionistas de imperios que se alzaban sobre el sometimiento y la humillación de sus adversarios, como los aztecas y los incas, ese hecho se dejará de lado como una simple fruslería que no afecta lo pastorilmente relevante.

Y lo relevante es, según los contrailustrados de ayer, de hoy y de siempre, volver al mundo natural, al ideal perdido.

El mundo ideal es ecológico, bio —signifique lo que signifique—, sin «químicos», sin insecticidas, sin herbicidas, sin fertilizantes, sin ningún aditivo que no sea cien por cien natural, sean conservantes, saborizantes, colorantes o aromatizantes. O al menos eso nos dicen los más diversos

instrumentos comerciales destinados a satisfacer la idea de que todo lo artificial es dañino, cuando no directamente malvado.

Porque, si es natural, es bueno.

Un detalle curioso es que lo «natural» que seduce hoy a los alternativistas se relacione con la idea contrailustrada de una naturaleza impoluta que se ve contaminada por el ser humano. Originalmente, las objeciones a lo antinatural no tenían nada que ver con la diferencia entre lo que se encuentra en el universo y lo hecho por la mano humana, sino con la idea cristiana del orden natural creado por Dios con un propósito que revela a través de las Escrituras, es decir, de la Biblia. Desde ese punto de vista, lo inmoral o incorrecto es interferir con el orden del universo, como se hace con los anticonceptivos, el aborto y otras prácticas que la religión considera opuestas a lo natural.

El orden natural y la ley natural a las que hacen referencia las religiones es, por tanto, distinto de la naturaleza a la que se hace referencia en las páginas web, en las etiquetas de alimentos y en las proclamas de los neoprimitivistas, aunque, ignorándolo, lo identifiquen echando mano de textos antiguos.

Y una vez que se declara que algo es natural, sea en un sentido o en otro, resulta muy difícil defender otra cosa. ¿Cómo se determina, cómo se define lo natural? Al igual que otros conceptos que no tienen un referente concreto (como sí lo tienen «silla» o «río»), la definición de lo natural depende de quien utiliza la palabra. Un lingüista podría resumir su posición en que «natural es todo lo que no es cultural», una sentencia que quizá no sea muy clara pero al menos tiene el valor de la rima. Para la ciencia, lo natural es todo lo contenido en el universo por contraposición a lo sobrenatural, como hadas, dioses, unicornios o poderes mágicos. Los componentes de los elementos —neutrones, electrones y protones—, sus subcomponentes —los quarks y leptones— y las demás partículas que forman lo que los físicos llaman «el zoológico» de la teoría física más certera hasta el momento son naturales. Todas las fuerzas son naturales. Lo es la vida y lo es el ser humano, y por consecuencia todo lo que éste hace. Aunque algunos listos como Uri Geller o los videntes de la televisión nocturna afirmen disponer de poderes que trascienden el universo natural.

Para los alternativistas, por contra, lo natural es un concepto fluido y cambiante que depende principalmente de sus percepciones, de su idea vaga de lo bueno y lo malo. En ocasiones, puede ser cualquier cosa vegetal o que se relacione con aire fresco, aguas cristalinas y paisajes de postal. Mientras tanto, lo no natural se identifica con lo artificial, lo hecho por el ser humano,

lo que ha sido resultado de su comprensión del universo. Este concepto resulta enormemente caprichoso pero, al mismo tiempo, es profundamente evocador, pastoril y rousseauniano. Es el paraíso perdido donde reina la tranquilidad, el susurro de un arroyuelo desplazándose por un aromático bosque de abetos en el que se escucha el canto de las aves y se ve a las ardillas subiendo presurosas el tronco de un árbol llevando en la boca una bellota. En definitiva, un largometraje animado de Disney.

En esa naturaleza de fantasía no figura el cangrejo que en el arroyuelo está despedazando una lombriz para merendársela, ni se toma en consideración que la ardilla, junto con toda su familia de elegante cola peluda, está en el menú de águilas, halcones, serpientes, felinos varios —incluidos los domésticos—, perros, osos, coyotes, lobos, zorros, comadrejas, mapaches, cuervos y búhos; no se enfoca a la mantis religiosa almorzándose al macho que será el ausente padre de sus huevos, ni a las hormigas que despedazan a un saltamontes, ni la elegante tela de araña adornada con gotas de rocío cuya dueña atrapará a sus presas para manducárselas vaciándolas vivas. Ausentes de ese mundo, digno de *My Little Pony* y series de dibujos animados similares, están también las hiedras venenosas, las setas tóxicas, los zarzales y las serpientes que pueden convertir a alguien en protagonista de un funeral si se acerca a ellas inopinadamente, así como los ácaros, pulgones y orugas que parasitan a los hermosos pinos, insectos que además están entre los alimentos de los pajarillos cantores, los cuales a su vez son candidatos a formar parte de la cena de otros tantos depredadores.

Sí, la visión de la naturaleza únicamente como un campo de batalla feroz sería injusta y extremista, sin duda. Pero no menos que la visión que la pinta como un paraíso de *hippies* animales y vegetales donde la única maldad es la que introduce el ser humano a modo de serpiente del Edén.

Sin embargo, pocos reclamos publicitarios más eficaces de un tiempo acá que afirmar que un producto es «natural», «bio», «eco» o está «libre» de cualquier cosa que, por una u otra razón, se ha decretado malévola, perjudicial, antinatural y puesta a nuestro alcance por fuerzas satánicas de una villanía inconmensurable: plásticos, conservantes, colorantes, sustancias químicas malvadas, transgénicos e incluso algunos productos perfectamente naturales, como el gluten, el arroz y, por supuesto, todo lo que provenga de fuentes animales.

Lo natural es bueno, lo no natural es malo. Ésa es la muletilla que repiten los primitivistas y la izquierda política que ha decidido ser su pareja en este tango cósmico. Y ya se les puede argumentar que muchas setas del género

Amanita son tremendamente tóxicas y que, por naturales que sean, no resultan un desayuno recomendable, o que el propofol es una sustancia que, pese a no estar presente en la naturaleza, resulta enormemente beneficiosa por sus propiedades anestésicas y sedantes, y operarse sin él será natural pero es mala idea. Lo mirarán a uno con el desprecio que se dedica a los cientificistas (véase el capítulo 5).

El viejo Rousseau sonríe. Si todos éramos buenos en estado natural, sea desde el punto de vista religioso o desde una posición más relacionada con la ecología, y lo malo fue la razón, es evidente qué debemos hacer: volver a lo natural. Y abandonar la razón.

Y la frase «volver a lo natural» tiene, quizá por ese motivo, casi medio millón de resultados en Google, en los que se promueve desde la cosmética y el turismo rural hasta unos prácticos colchones para nuestra cama.

LA UTOPÍA DEL BOMBARDERO

En julio de 2016, Ted Kaczynski reapareció en los medios con motivo de la publicación de su libro *Anti-Tech Revolution: Why and How* (*La revolución antitecnológica, por qué y cómo*). Esta obra se convirtió rápidamente en tema de algunos de los espacios marginales de la derecha y de la izquierda, lo cual no es poca hazaña para un personaje semiolvidado por el público en general, encarcelado desde 1996 y condenado a ocho cadenas perpetuas por colocar, a lo largo de una campaña de diecisiete años de duración, dieciséis bombas que en total mataron a tres personas e hirieron a otras veintitrés. Theodore John «Ted» Kaczynski, nacido en Chicago el 22 de mayo de 1942, es más conocido por el nombre que le dieron los medios de comunicación: Unabomber (es decir, *University and Airline Bomber*, «bombardeador de universidades y aviones»). Se le recuerda especialmente por la delirante variedad y aparente falta de lógica que aplicaba al elegir a sus víctimas, que podían ser desde un agente de la seguridad universitaria, hasta un avión repleto de inocentes, dos dueños de tiendas de informática, un ejecutivo publicitario, investigadores en genética, un alumno de posgrado o el presidente de una aerolínea.

Pero detrás de la locura de Kaczynski sí había una lógica, quizá retorcida y desusada: la de su lucha contra la modernidad, contra la tecnología y contra la Revolución industrial, tema al que dedicó el libro publicado en 2016. Muchos, enterados de sus acciones, lo identificaron de inmediato como un dedicado ecologista. El que sus bombas estuvieran disimuladas como cajas de

madera y que entre los materiales que contenían a modo de metralla hubiera astillas de madera y trozos de corteza de árbol colaboraban a la imagen de un ecologista que había perdido los papeles pero que, en el fondo, luchaba por una buena causa: el regreso a una vida más primitiva y más cercana a la naturaleza. Que varias de sus víctimas fuesen elegidas, al parecer, por tener nombres relacionados con su obsesión por la naturaleza —dos personas apellidadas Wood, que significa «madera», y una Mosser, «con, o de, musgo»)— revela parte de la locura camuflada en la lucha del terrorista.

Kaczynski, considerado un genio de las matemáticas, consiguió entrar en Harvard en 1958, a los dieciséis años de edad, y se graduó al cumplir los veinte. Procedió a estudiar un doctorado en la Universidad de Michigan, al tiempo que recibía diversos premios y becas, lo que le ganó un puesto como profesor de matemáticas en la Universidad de California en Berkeley. Sin embargo, en 1969 abandonó su carrera y su trabajo para mudarse a la casa paterna en Illinois. Dos años después, se instaló en una cabaña de madera sin agua y sin electricidad que se construyó en Lincoln, Montana, manteniéndose gracias a pequeños trabajos y a la ayuda económica de sus padres. Su sueño era vivir de modo autónomo, cazando y recogiendo plantas comestibles. Al parecer, fue tan feliz que concibió la necesidad de que todo el mundo viviera como él. Después de todo, era autosuficiente y, cuando lo necesitaba, tenía apoyo del exterior civilizado. Pero la civilización se acercó demasiado a su pequeño paraíso. Cuando encontró que habían construido una carretera en una meseta que él apreciaba especialmente, empezó a sabotear a las empresas de construcción de caminos. En sus propias palabras, lo único que quería era «venganza». Tras fracasar en sus intentos por detener el progreso alrededor de su cabaña atacando a las máquinas, decidió pasar a construir bombas y enviarlas por correo.

Viendo que su éxito como revolucionario era bastante escaso después de invertir diecisiete años en su campaña de terrorismo, en la que se presentaba como «un grupo» llamado Freedom Club (FC, Club de la Libertad), Kaczynski decidió ofrecer un trato a través de cartas a diarios y al FBI: dejaría de poner bombas si los principales diarios publicaban su ensayo *La sociedad industrial y su futuro*, más conocido como el «Manifiesto del Unabomber». El contenido de las cincuenta páginas de este documento se resume con bastante claridad en su párrafo introductorio:

> La Revolución industrial y sus consecuencias han sido un desastre para la raza humana. Ha aumentado enormemente la expectativa de vida de aquellos de nosotros que vivimos en países «avanzados», pero ha desestabilizado la sociedad, ha hecho la vida imposible, ha sometido a los seres humanos a indignidades, ha conducido a extender el sufrimiento psicológico (en el

Tercer Mundo también el sufrimiento físico) y ha infligido un daño severo en el mundo natural. El continuo desarrollo de la tecnología empeorará la situación. Ciertamente someterá a los seres humanos a grandes indignidades e infligirá gran daño en el mundo natural, probablemente conducirá a un gran colapso social y al sufrimiento psicológico, y puede que conduzca al incremento del sufrimiento físico incluso en países «avanzados».

¿Lo que dice sobre la Revolución industrial no es aplicable a cualquier cambio social y político? Sí, todos los grandes cambios han desestabilizado a la sociedad, pero ¿hacer imposible la vida? Es una acusación demasiado amplia, aunque válida. La Revolución industrial no es sólo la industrialización, la mecanización y el montaje en línea espléndidamente caricaturizado por Charles Chaplin en la película *Tiempos modernos* (1936), es también una mejor medicina, que además de aumentar la expectativa de vida (y no sólo en los países opulentos) puede mejorar la calidad de la misma. La Revolución industrial también implicó la posibilidad de que los trabajadores, facultados como nunca lo estuvieron los siervos feudales o los campesinos, lucharan por salarios distintos de los que habrían preferido pagar los patrones —con alguna excepción razonable o bondadosa—, por obtener horarios de trabajo que dejaran tiempo al ocio, por derechos que nunca antes disfrutaron las mayorías: educación, sanidad, vacaciones pagadas, seguridad en el trabajo, guarderías, pensiones, trato más justo. El obrero de hoy —y en modo alguno se puede decir que su situación es ideal, que no merece muchas mejoras en numerosos aspectos o que es totalmente justa— vive infinitamente mejor que cualquier miembro de las clases bajas, la gleba, los esclavos de los refinados filósofos griegos o los patricios romanos, los mineros medievales, los campesinos de Francia en el siglo XVIII antes de la Revolución o, incluso, los trabajadores de principios del siglo XX. Y en cuanto a indignidades, cualquier comparación es favorable a la situación actual pese a sus enormes deficiencias. De hecho, hay quien asegura, a partir de datos sobre la calidad de vida, que actualmente los obreros de los países opulentos viven mejor que los reyes de antaño e infinitamente mejor que sus súbditos:

El estadounidense medio con ingresos bajos que gana 25.000 dólares al año vive en una casa con aire acondicionado, un televisor en color y un lavaplatos, tiene un automóvil y come más calorías de las que debería procedentes de una inmensa variedad de alimentos.

Luis XIV vivía con el miedo constante a morir de viruela y de muchas otras enfermedades que hoy se curan rápidamente con antibióticos. Su palacio en Versalles tenía setecientas habitaciones pero ningún baño (por tanto, se bañaba muy infrecuentemente) y no contaba con calefacción o aire acondicionado central.[1]

El avance resulta innegable, por insatisfactorio o insuficiente que sea aún. Y ese avance marca rumbos, ninguno de ellos hacia un pasado peor. Es difícil pensar en un obrero que quiera una vida peor para su familia, sin electricidad,

sin agua, expuestos a enfermedades. Ése es el tipo de vida que Unabomber no sólo defendía, sino en la que se sentía tan cómodo que consideró —y sigue considerando— que es indispensable imponérselo a todos los seres humanos.

Sobra hacer una defensa de la tecnología para señalar precisamente que las desventajas y problemas observables con mayor facilidad no son el único elemento en juego, que hay matices, contextos, que desde *Los miserables* de Víctor Hugo ha habido grandes cambios, que los defectos conviven con las virtudes y que las cosas, en general, van a mejor. Incluida la alfabetización de las grandes masas: en 1975, según datos de la Unesco, un tercio de la humanidad era analfabeta; en 2015, esa cifra había caído al 15 %.

Pero Ted Kaczynski no quería saber nada de eso. Ni siquiera era consciente de la contradicción que implicaba que, en su lucha contra la tecnología, hiciera uso únicamente de ella: desde todos los elementos de sus explosivos —salvo las cajas de madera, de baja calidad artesanal, como observó algún experto carpintero— hasta los grandes medios de comunicación, que fueron posibles gracias a la imprenta rotativa y al papel barato de las papeleras, por no mencionar la electricidad de la que él se enorgullecía de carecer pero que necesitaba para sus propósitos.

El neoprimitivista de las bombas, sin embargo, era incapaz de ver la mitad de la realidad. Como otros muchos, percibía claramente todo lo que estaba mal en la sociedad a su alrededor —lo que tampoco es ninguna hazaña intelectual, por cierto—; luego, lo interpretó de acuerdo con su visión sesgada y no muy cuerda; y, finalmente, emprendió acciones para alcanzar la perfección en el mundo de acuerdo con el Principio de la Purísima Concepción. Si la tecnología había hecho mal, eso le bastaba para ni siquiera rebajarse a tomar en cuenta todo lo bueno y deseable que procedía de ella. En la más estricta tradición religiosa del judeocristianismo, si algo se ha vuelto impuro, sus virtudes no se tienen en cuenta y debe ser eliminado:

> Además, la persona que tocare alguna cosa inmunda, inmundicia de hombre, o animal inmundo, o cualquier abominación inmunda, y comiere la carne del sacrificio de paz, el cual es de Jehová, aquella persona será cortada de entre su pueblo. (Levítico 7:21)

Es cierto, siguiendo con la introducción del manifiesto, que se han infligido daños al mundo natural. Pero en primer lugar hay que aceptar que no siempre ha sido fruto de la malevolencia. Los empresarios de la Revolución industrial no tenían ni la más remota idea del funcionamiento ecológico del planeta, de los equilibrios y cadenas de interdependencia entre las distintas especies, de los daños que hoy sabemos que provocan algunos contaminantes. Actuaban movidos por su ambición sin tener en cuenta asuntos que, por otro lado, y no

hay que olvidarlo, nadie sabía entonces. Cuando se empezaron a hacer evidentes los daños que el paisaje industrial incontrolado causaba en su entorno, empezó un movimiento político ambientalista y se aprobaron leyes como la Alkali Act («Ley del Álcali») británica de 1863, que regulaba las emisiones de ácido clorhídrico gaseoso, un peligroso subproducto de la fabricación de carbonato de sodio. Una ley para algo que apenas era una fracción mínima del problema industrial.

En segundo lugar, la ciencia no existía. La información sólida sobre la constitución del medio ambiente y los daños que podía causar el ser humano datan de finales del siglo XIX, cuando se empezaron a poner límites a las empresas.

Y, en tercer lugar, la conciencia ambientalista que estalló en Estados Unidos en la década de 1970, para extenderse luego a todo el mundo, ha tenido efectos positivos reales y demostrables. Además de ser el animal que destruye su medio ambiente, el ser humano se ha convertido también en el animal que lo cuida. El único que se preocupa por otras especies, por el bienestar de las redes ecológicas, por su entorno. Todas las empresas, voluntariamente o no, es irrelevante, tienen políticas de protección del medio ambiente y la legislación al respecto avanza no sólo en los países opulentos, sino también entre las naciones pobres. Con defectos, con imprecisiones, con excepciones, con deficiencias, pero a despecho del Principio de la Purísima Concepción, la situación es mejor hoy que en 1950 e infinitamente más que en 1900.

El Manifiesto del Unabomber procede a aceptar como reales varios mitos caros al pensamiento de la izquierda feng-shui. El primero, la idea de que los medios y los poderosos nos controlan psicológicamente. Para algunos, este control se da, por ejemplo, mediante la publicidad, aunque si esto fuera tan preciso como lo pretenden, todos compraríamos las mismas marcas, y las empresas nunca se hundirían por no prever los cambios en las preferencias del público (como se hundieron Kodak y Nokia, por ejemplo). Para los sectores más conspiracionistas, el control mental se ejerce por medio de todo tipo de estrategias y artilugios aterradores, como los *chemtrails* (véase el capítulo 8). Además, asume como realidad la amenaza de la sobrepoblación, un dogma que suele ser compartido con la derecha racista cuando expresa su angustia por estar perdiendo la «guerra de la fertilidad» frente a gente de países y culturas de color distinto y costumbres dudosas. Lo que no se suele tener en cuenta es que, cuando se ha contrastado, el mito de la sobrepoblación no se sostiene. El mundo tiende al equilibrio demográfico, y las expectativas

actuales de la ONU y de otros expertos es que la población se puede estabilizar alrededor de los diez mil u once mil millones de habitantes en el siglo XXI. La fertilidad ha bajado en todas las regiones y, en la actualidad, la mitad del planeta vive en zonas donde sus tasas están por debajo de las necesarias para mantener la población.[2] Y con la tecnología adecuada, es posible mantener a una población así. O eso creen los expertos. Son datos que, en general, no maneja la izquierda feng-shui, si es que siquiera se ha visto expuesta a ellos.

Ted Kaczynski tuvo una influencia mucho mayor de la que se le reconoce abiertamente a un terrorista y asesino con una visión paranoica y sesgada de la realidad. Para muchos, Unabomber es casi un héroe de la lucha contra «la máquina», un defensor de la naturaleza y, más aún, un teórico razonable.

La pregunta es qué ocurriría si todos volviéramos a un modelo preindustrial. La respuesta es muy sencilla: sería necesario retornar a los niveles de población preindustriales. En 1800 había mil millones de habitantes en el mundo, así que habría que matar a seis de cada siete personas. Por alguna causa, los defensores de la solución antitecnológica casi siempre suponen que ellos estarán entre los supervivientes. Pero esa solución también implicaría volver a los niveles de educación, salud, superstición, guerra, fragmentación política y falta de satisfacciones que padecía la enorme mayoría de esos mil millones de personas.

La utopía de Ted Kaczynski, compartida por muchos, implica volver a las condiciones previas a la Revolución científica y a la Ilustración. Esa época tiene un nombre: Edad Media. Como objetivo, no es una opción muy astuta, y parece que quienes manejan ideas próximas al Manifiesto del Unabomber no lo han pensado muy a fondo.

MIEDO, S. A.

Decía el maestro de la literatura de terror Howard Phillips Lovecraft, en su ensayo *El horror en la literatura*:

> El miedo es una de las emociones más antiguas y poderosas de la humanidad, y el miedo más antiguo y poderoso es el temor a lo desconocido.[3]

«Lo desconocido» puede ser casi cualquier cosa. Incluso lo bien conocido se puede presentar como algo que encierra en sí características desconocidas y, por tanto, amenazantes. Los extranjeros —los inmigrantes, por ejemplo— son un blanco frecuente cuando las economías renquean: tienen costumbres

extrañas, no se comportan «como nosotros», hablan raro, probablemente tienen un color de piel o cabello distintos del «nuestro» y no sabemos si planean alguna barbaridad «contra nosotros». Aunque hayan vivido entre «nosotros» durante años, décadas o siglos, si se los presenta como una incógnita, un factor desconocido, es fácil provocar el miedo contra «ellos».

El miedo, por desgracia, es una de las grandes palancas políticas de la historia humana, y los demagogos —o populistas, como se los llama ahora— deben tener la capacidad de manejarlo astutamente para conseguir que la gente se mueva no de acuerdo con su razón, sino empujada por sus emociones. Ésa es precisamente la definición de demagogia o populismo. Si usted tiene miedo, no le importarán los estudios de los científicos, no le interesarán los hechos, actuará irracionalmente pensando que su vida y la de los suyos están en peligro y que hay que destruir al enemigo, que debemos aceptar consuelo en quienes ofrecen soluciones sin dolor y rehuir a quienes proponen complejidad e incertidumbres.

Quienes manejan el miedo, en política, en publicidad, en economía, lo emplean para conseguir que se exijan a los gobiernos prohibiciones a modo de solución, como la adquisición de algún producto, por descabellado que sea, o bien para incentivar o desincentivar las inversiones, el empleo o el comercio. El miedo permite señalar a enemigos claros, a los causantes de todos los males, desde el gluten hasta los refugiados políticos, desde la aspirina hasta las ondas electromagnéticas.

Aunque, claro, no es lo mismo el miedo razonable que el miedo irracional. El miedo razonable nos lleva a mirar a ambos lados de la calle antes de cruzarla, aunque seamos posmodernistas y pensemos que la realidad no existe, mientras que el irracional nos paraliza. El razonable nos da poder, de varias formas, e impide que suframos daños evitables. El miedo irracional nos desprotege y nos pone en manos de quienes aseguran que nos liberarán de los peligros que ellos mismos han inventado o magnificado.

EL MIEDO A LO NUEVO

El ser humano es un animal que provoca el cambio, un revolucionario, un especialista en alterarlo todo. Jacob Bronowski, cuya monumental serie de televisión *El ascenso del hombre* inspiró a Carl Sagan para hacer la suya, la legendaria *Cosmos*, afirmó: «Todos los animales dejan rastros de lo que fueron; sólo el hombre deja rastros de lo que creó».[4] Y lo que crea el ser

humano evoluciona con el tiempo, como evolucionan su conocimiento, su refinamiento artístico, su habilidad técnica y su visión del universo.

Pero junto con ello, el ser humano encierra una contradicción: es también un animal conservador, reaccionario, temeroso del cambio. El que las cosas a nuestro alrededor se transformen, y generalmente lo hagan fuera de nuestro control, desafía nuestro sentido de la seguridad. Basta con pensar en lo que sentimos cuando cierra una tienda que ha estado allí «toda la vida». Nos hacemos sensibles al paso del tiempo y sus efectos. Sentimos nostalgia, incluso si no éramos clientes habituales del establecimiento.

Quizá el problema es que ni siquiera estamos preparados para el cambio. En la historia de la humanidad, el cambio ha sido un proceso lento, apenas puntuado por alguna catástrofe inesperada, de origen natural o humano. Para la gran mayoría de los que han pasado por el planeta, la expectativa era vivir igual que sus padres y abuelos, y que sus hijos y nietos vivieran exactamente igual que ellos, con apenas variaciones. Incluso las guerras podían significar, si uno sobrevivía a ellas, seguir igual que antes, ya fuera bajo el mando del anterior señor, si éste ganaba, o bajo uno nuevo, más magnánimo o quizá más brutal. Nuestros antepasados no conocieron ni las emociones de lo continuamente nuevo ni, menos aún, la esperanza de la transformación profunda. Hoy vivimos conscientes de que mañana puede encontrarse, por ejemplo, un procedimiento eficaz para prevenir el cáncer, e incluso una vacuna para el sida, o bien aparecer en el mercado un nuevo adminículo que cambie nuestra realidad como lo hicieron la radio, el teléfono, la televisión, los ordenadores o los *smartphones*. Esperamos lo nuevo y deseamos lo inesperado, sabemos que nuestra vida es muy distinta a la de nuestros padres, casi incomparable con la de nuestros abuelos, y es claro que lo más probable es que nuestros descendientes vivan una realidad que nos resultará profundamente ajena a menos que sigamos cuidadosamente, casi con dedicación, el ritmo del cambio.

El cambio ilusiona, pero al mismo tiempo representa una de las sensaciones que al parecer más tememos: la incertidumbre.

Los que adoptan el cambio y los que se oponen a él están presentes en toda la historia humana. De hecho, son los bandos clave de la política desde la Ilustración: los que defienden y promueven el progreso, que buscan el cambio, que miran al futuro, y los que prefieren mantener las tradiciones, conservar lo antiguo, los que reaccionan a las transformaciones. Cierto es que no hay un solo caso en el que a la larga los reaccionarios hayan ganado y conseguido detener el cambio, la evolución, lo nuevo. Generalmente se

adaptan para seguir siendo conservadores respecto de los nuevos cambios, pero adoptan de manera encubierta, silenciosamente resignada, los cambios a los que ya no pudieron oponerse con éxito en el pasado.

El miedo al cambio tiene un nombre: neofobia. Al darle nombre no avanzamos mucho en su conocimiento, pero al menos ahorramos sílabas. Esta neofobia se puede percibir a lo largo de la historia, frecuentemente generando una enorme cantidad de dolor, tristeza e injusticias. La Inquisición, que perseguía a quienes practicaban el pensamiento diverso y original en la persona de herejes, científicos y filósofos, con profusión de libros perseguidos en el infame *Index Librorum Prohibitorum*, era neofóbica. Tanto como los que anunciaron que el rock era la música del diablo y traería la perdición de los jóvenes. O los que dijeron que el cine nos volvería imbéciles. Los que advirtieron que el tendido eléctrico en las ciudades provocaría la muerte de millones de personas a causa de enfermedades diversas y atroces. Los que se opusieron a la hibridación de cultivos de Norman Borlaug, que salvó al mundo de una hambruna en la década de 1960. Los que dijeron que la televisión nos manipularía tan eficazmente que en pocos años nadie se atrevería a cuestionar la autoridad (basta con echar una ojeada al descontento popular existente en el planeta para comprobar que la manipulación de los medios, si existe, es de una ineficacia cómica). Los que se oponen a los transgénicos sin atender a ninguna razón ni evidencia y sin importarles cuántos mueran por no tenerlos. Los que anunciaron que los videojuegos matarían todas las neuronas de los jugadores y además empujarían a la juventud —esa eterna coartada de los mesías del inmovilismo— a la delincuencia, la drogadicción, el sexo y la falta de respeto a la autoridad, rasgos que siempre han caracterizado a la juventud, fuera en la Grecia clásica (donde el rock era, más o menos, Sócrates), La Habana de Fidel Castro, la Edad Media en Francia o el shogunato japonés. Neófobos todos. Los que se oponen a las vacunas. Los ecologistas luditas y anticientíficos. Los ascetas disfrazados de salvadores. Los que dicen que la tecnología nos deshumaniza, cuando en realidad nos ha humanizado. Los que utilizan internet para quejarse de la tecnología. Los que se benefician de todo lo que llamamos «progreso», desde la comida barata, los libros, los reproductores MP3 y cualquier otro adminículo electrónico hasta las libertades formales producto de la Ilustración, para negar exactamente esos mismos beneficios a otros seres humanos, especialmente en el Tercer Mundo.

Los niveles de esquizofrenia de todos ellos quizá resulten cómicos, pero también pueden ser enormemente trágicos, como demuestran los atentados

del Unabomber, los ataques de los animalistas violentos o los promotores de la autoextinción humana.

LOS «QUÍMICOS»

El universo está hecho de materia y energía en una cantidad inmutable. La energía se puede convertir en materia, y la materia en energía, en las proporciones definidas por la famosa ecuación de Einstein: $E = mc^2$, en la que la energía de un fragmento de materia es igual a la masa de ese fragmento multiplicada por la velocidad de la luz al cuadrado. La materia es energía altamente concentrada. Para hacerse una idea, la energía liberada en la explosión de la bomba atómica de Hiroshima, equivalente al estallido de veinte mil toneladas de TNT, fue producto de la conversión violenta en energía de sólo 600-700 miligramos de los 64 kilogramos de uranio que formaban la bomba.

Toda la materia que conocemos está presente en forma de alguno de los elementos químicos de la tabla periódica, o bien de compuestos formados con ellos.

Usted está hecho de elementos químicos, igual que sus familiares y amigos, sus alimentos, los perritos, el sol, los gatitos de internet, las plantas, el agua y… todo.

Por eso suena especialmente raro que alguien advierta contra los «químicos» en nuestro entorno. Este término, así utilizado, no es más que una pésima traducción del término inglés *chemicals*, que significa «sustancias químicas», mientras que los químicos son los profesionales de esta disciplina, que en inglés se llaman *chemists*. Pero como todas las modas de la izquierda feng-shui provienen de Estados Unidos, el error de traducción se ha generalizado (y se mantiene en este libro para no complicar el asunto).

«Estar contra los químicos» significa estrictamente rechazar toda la materia conocida del universo, lo cual no deja de ser raro. El miedo a las sustancias químicas y a sus efectos, sobre todo en los seres vivos, se conoce como quimiofobia. Los creadores de este neologismo señalan que es una fobia por ser totalmente irracional, aunque se racionalice *a posteriori*, como cualquier otro temor enfermizo.

El mejor ejemplo de la irracionalidad de la quimiofobia han sido las campañas emprendidas contra el monóxido de dihidrógeno desde 1983. Sobre esta sustancia se ha informado, entre otras muchas cosas, de lo siguiente, todo ello rigurosamente cierto:

- Contribuye de manera importante al efecto invernadero responsable del calentamiento global.
- Puede ocasionar fallos eléctricos y un rendimiento insatisfactorio de los frenos de los vehículos, con el consiguiente riesgo de accidentes y muertes.
- Es una sustancia fundamental en las plantas de energía nuclear.
- Se emplea como retardante del fuego.
- Se administra a los animales utilizados como sujetos de investigación.
- Es responsable de miles de muertes al año.
- Está presente en mayor o menor medida en todos nuestros alimentos y bebidas, e incluso en el aire, sin que nadie haga nada por evitarlo.

Detengámonos a pensar un momento. La sustancia en cuestión, el monóxido (una molécula de oxígeno) de dihidrógeno (dos moléculas de hidrógeno), no es otra cosa que H_2O, es decir, agua, aunque presentada con un nombre desusado pero no inexacto. De hecho, también se lo puede llamar, siguiendo las reglas de nomenclatura consensuadas por los profesionales de la química (los verdaderos «químicos») óxido de hidrógeno, hidróxido de hidrógeno, ácido hidroxílico, ácido hidróxico y oxidano.

Pues bien, en 1997, Nathan Zohner —un joven estudiante de la escuela de secundaria Eagle Rock en Idaho Falls, en el noroeste de Estados Unidos— diseñó un proyecto para la feria de ciencias. Decidió presentar a cincuenta alumnos de su escuela una petición para que se prohibiera el monóxido de dihidrógeno. En la petición se detallaban algunos efectos asociados a este compuesto químico además de los señalados antes, como que su inhalación mata a miles de personas cada año, que puede causar quemaduras y acelerar la corrosión de muchos metales, que contribuye a la erosión del suelo y que, además, está presente en los tumores que se extraen de pacientes con cáncer. Igualmente, señalaba Zohner, era un contaminante presente en todos los lagos, vías de agua y depósitos existentes, ocasionaba pérdidas millonarias cada año, se utilizaba como solvente y refrigerante industrial, era común en las plantas nucleares, era empleado como aditivo en la comida basura y en otros alimentos, y además era desechado sin ningún control por todo tipo de industrias. El documento abundaba en otros muchos aspectos negativos, destacando que el Gobierno estadounidense, acaso aliado con oscuros intereses, se negaba a prohibir la producción, distribución y utilización de este dañino producto químico.

De los cincuenta alumnos a los que se les presentó la petición para prohibir la sustancia, cuarenta y tres la apoyaron, seis no se decidieron y sólo

uno de ellos dijo saber que se trataba, simplemente, de agua.

Zohner —que hoy trabaja como evaluador del Instituto de Operaciones de Energía Nuclear en Atlanta (Georgia)— no era original en cuanto al engaño, pero sí en su idea de medir hasta qué punto la gente realmente podía tomar partido en un asunto así sin corroborarlo, sin aplicar el pensamiento crítico, por eso su proyecto se titulaba, precisamente, «¿Somos tan crédulos?».

El bulo original nació a principios de la década de 1990, cuando algunos alumnos de la Universidad de California en Santa Cruz elaboraron y repartieron un folleto casi idéntico al utilizado por Zohner. En 1994, uno de esos alumnos universitarios, Craig Jackson, creó la página web de una organización ficticia llamada Coalición para Prohibir el Monóxido de Dihidrógeno (www.bandhmo.org), que sigue activa y a la que se han sumado varias otras que mantienen viva tan educativa fantasía.

¿Qué había pasado? El bulo se presentó con todos los elementos de una buena teoría de la conspiración: evocaba miedo a lo desconocido, proponía un enemigo poderoso al cual se oponían algunos rebeldes solitarios con el heroísmo de los caballeros Jedi en defensa de la República, utilizaba el lenguaje con autoridad, mencionaba vagos «estudios» nada precisos y apalancaba el temor que los científicos han bautizado como quimiofobia. Al recurrir a un nombre desusado pero químicamente preciso para el agua, se aprovechaba la desconfianza hacia la ciencia promovida, es lamentable decirlo, incluso por grupos ecologistas o que, al menos, afirman serlo. Incluso se ha llegado a convencer a legisladores de varios países para que soliciten que se tomen medidas contra esta sustancia, lo cual revela los alcances de su ignorancia y la urgencia de que los políticos estén mejor educados científicamente.

Algunos alternativistas, sin embargo, dándose cuenta de que hacen el ridículo al escandalizarse cuando una sustancia recibe su nombre químico, han tratado de reorientar sus esfuerzos hacia el rechazo únicamente de los «productos químicos de síntesis», lo que de todos modos también es poco claro. Sin embargo, la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada y el Consejo Estadounidense de Ciencia y Salud han definido la quimiofobia como «el miedo irracional a las sustancias sintéticas debido a las historias amarillistas y afirmaciones exageradas sobre sus peligros que prevalecen en los medios de comunicación».

Se refieren a esas historias y afirmaciones de las cuales usted seguramente ha oído hablar, quizá hoy mismo, en algún informativo o diario.

LA COARTADA DE LA PRECAUCIÓN

No existe nada sin riesgos. La vida es un riesgo constante. Salir a la calle comporta una enorme cantidad de riesgos que parecerían suficientes como para que nunca lo hiciéramos. Podemos tropezarnos en los escalones que nos separan del mundo exterior y rompernos la base del cráneo provocándonos la muerte o, cuando menos, una cuadriplejía permanente. La vecina del sexto puede tener un descuido y dejarnos caer encima la maceta de sus geranios, con los mismos efectos. Podemos resbalar en el primer charco que encontremos. Algún enloquecido puede pasar y cortarnos el cuello o dispararnos. Un conductor puede desmayarse y su vehículo descontrolado estamparnos contra la pared de la tienda del barrio. Los niños que juegan pueden darnos un balonazo que nos mande —otra vez— de cabeza al duro suelo. Nos puede caer un relámpago o un meteorito. Puede haberse escapado un tigre de un circo y hacernos jirones para merendarnos. Podemos caer descuidadamente por un registro de drenaje que haya dejado abierto un operario imprudente.

Todas estas cosas pasan. Han pasado. No son peligros imaginarios, son absolutamente reales y cosas así se han cobrado la vida de algunos de nuestros congéneres a lo largo del tiempo, con la humillación adicional de ser pasto de las publicaciones de sucesos y —ahora— de vídeos virales, memes y comentarios mordaces en redes sociales.

Visto esto, ¿por qué vamos a salir de casa?

No podemos decir que ignoremos estos riesgos, por supuesto. Sabemos que existen, incluso tomamos precauciones específicas contra algunos de ellos, como no ponernos, en días lluviosos, esos zapatos que sabemos que se comportan como patines de hielo en cuanto hay humedad en las calles.

Pero salimos de casa porque sabemos que es altamente improbable que esos peligros se conviertan en realidad para nosotros, que aunque esas cosas ocurren, su incidencia es tan enormemente baja que sería absurdo, incluso poco cuerdo, que viviéramos temerosos de ellas. Nos arriesgamos miles de veces a sabiendas de que lo más probable es que nunca se realicen, y sobre todo porque valoramos claramente que los beneficios de correr esos altamente improbables riesgos son mucho mayores: comprar pan, visitar a la tía Remedios, acudir a trabajar para ganarnos la vida, ir al cine, dar un paseo… De manera más o menos consciente, valoramos que preferimos correr esos riesgos y otros porque lo pasaremos peor si no lo hacemos.

(Todo ello sin mencionar los graves riesgos que corremos al quedarnos en casa, que tampoco son despreciables.)

El riesgo es uno de los argumentos en contra de los más diversos elementos satanizados por el alternativismo, sean vacunas, pesticidas, medicamentos, cultivos biotecnológicos u otros productos, frecuentemente confundiéndolo con el peligro.

El peligro se refiere a la posibilidad de sufrir un daño, a la capacidad que tiene de causar perjuicios un ser, un objeto, una acción, una situación. Conducir a 300 kilómetros por hora, un tigre, un resbalón, la caída de una maceta o un automóvil descontrolado son, por supuesto, peligrosos. El riesgo, en cambio, es la probabilidad de que ese peligro nos cause efectivamente ese perjuicio. Un león resulta igual de peligroso en todo el mundo, pero el riesgo de que nos ataque uno de estos felinos es mucho más alto en las zonas de África cercanas a las reservas donde viven que en una tranquila aldea extremeña. Conducir a gran velocidad es un riesgo mucho mayor para nosotros, con un automóvil de serie, en una vía pública y sin la preparación adecuada, que para los corredores profesionales de Fórmula 1.

Así, muchas veces los que padecen alguna fobia a lo nuevo, a la química, a la tecnología o a cualquier otra cosa utilizan el peligro como sinónimo de riesgo para argumentar su oposición y, de paso, buscar adeptos a su causa. Esto es especialmente cierto en el caso de los alimentos, sustancias y medicamentos que se denuncian como graves peligros cuando su riesgo es, en realidad, escaso o prácticamente nulo.

A lo largo de la historia, ciertos productos, sustancias o prácticas no estudiados en profundidad han resultado ser peligrosos y un riesgo importante para muchas personas. Por ejemplo, la electricidad es una forma de energía con muchos peligros, y tal como se usaba a principios del siglo XX, cuando llegó a los hogares de la naciente clase media, era un riesgo enorme. Los alambres eléctricos que se instalaban en las casas, por ejemplo, muchas veces no tenían cubierta aislante, simplemente el cable de fase y el neutro se colocaban separados entre sí unos 6,3 centímetros. Una persona podía tocar inadvertidamente los cables y recibir una violenta descarga, además de que en ciertas condiciones podían crearse arcos eléctricos entre ambos hilos, provocando incendios. Las instalaciones no tenían fusibles o automáticos, de modo que un cortocircuito se mantenía hasta que se quemaban los alambres, haciendo a menudo que el fuego destruyese la edificación y atrapase a las personas en su interior.

Los riesgos reales fueron atajados mientras algunas personas clamaban que la electricidad podía tener influencias desconocidas y alevosas sobre la salud humana. Como escribía un reportero de Portsmouth (Nueva Hampshire) en 1900, derrochando ignorancia y neofobia: «El fluido eléctrico sin utilizar que se fuga de esos enchufes y alambres, nos dicen, puede causar graves daños corporales y —con una exposición prolongada— posiblemente la muerte».

Las historias de lo que ha salido mal en el pasado —y, sobre todo, de la forma en que la ciencia, la tecnología, el conocimiento y el activismo social han conseguido que deje de ser la norma— han desembocado en una buena idea que, llevada al extremo, puede ser tan paralizante como el miedo a salir de casa por los riesgos mencionados: el principio de precaución.

La persona o empresa que propone o presenta una novedad debe demostrar que es razonablemente segura, sobre todo cuando hay motivos lógicos para temer que presenta riesgos para sus usuarios o consumidores, para quienes trabajan con ella, para los propios operarios que la producen, para la población en general o para cualquier otro colectivo. Si no se dispone de suficientes datos científicos sobre su seguridad, el principio de precaución dicta que su autorización o rechazo deben ser una decisión política, suponiendo que estas últimas se tomen siempre pensando en el bienestar de la gente. Así al menos lo define la Unión Europea, en la *Comunicación de la Comisión sobre el recurso al principio de precaución*,[5] y se trata de una disposición enormemente razonable. Por ejemplo, la UE establece que «el recurso al principio de precaución presupone que se han identificado los efectos potencialmente peligrosos derivados de un fenómeno, un producto o un proceso, y que la evaluación científica no permite determinar el riesgo con la certeza suficiente».

Ahí tenemos ambos conceptos bien definidos: que se haya identificado algún peligro, pero que la ciencia no permita determinar el riesgo con suficiente certeza.

Pero ¿qué es identificar los peligros y, sobre todo, qué significa «suficiente certeza»?

Una y otra vez, la militancia *antiloquesea* afirma que hay ciertos peligros (y demuestre usted lo contrario), pero que no existe la suficiente certeza de que no presentan un riesgo terrible y mortal. Y se invoca el principio de precaución para presionar a gobiernos y organismos reguladores de modo que no autoricen lo que, por motivos ideológicos, que no científicos, desagrada a los activistas.

Piden algo virtualmente imposible: que se demuestre que eso que no les gusta tiene riesgo cero. Pero el riesgo nulo no existe, de modo que demostrarlo utilizando los métodos de la ciencia es imposible.

En una ocasión empleé como ejemplo del riesgo cero extremo la idea de que, sin importar cuán peligroso sea el más feroz tiburón del mundo, si alguien está tomándose un café orgánico con leche de soja en un café *hipster* de Milán, el riesgo de que el hambriento escualo se lo meriende es cero. Alguien, de inmediato, me citó *Sharknado*, una infinitamente mala película de serie Z en la que un ciclón atípico ataca Los Ángeles y una manga de agua saca a los tiburones del mar y los deposita en la ciudad, de modo que los pacíficos angelinos se ven de pronto atacados por ellos. ¿Puede usted demostrar que eso no podría pasar en Milán bajo ninguna circunstancia, nunca jamás? Quizá no. No estricta y rigurosamente. Siempre se puede imaginar una situación excepcional donde eso podría ocurrir.

El riesgo cero, pues, es una entelequia en términos estrictos. Y ésa es la coartada. Para los activistas, nunca habrá estudios suficientes. Puede haber cientos o, literalmente, miles de estudios, con literalmente cientos de miles de participantes, pero si los resultados no son ideológicamente correctos, serán rechazados. Y denunciados.

Un excelente ejemplo al respecto es el de las ondas electromagnéticas.

EL TELÉFONO ASESINO

Existe gente muy preocupada con las radiaciones utilizadas en la telefonía móvil y en el acceso inalámbrico a internet, el wifi (que en español pronunciamos «güifi» aunque en inglés sea «guaifai»). De hecho, hay organizaciones, plataformas, sitios web y agrupaciones dedicadas de manera decidida, seria y comprometida a luchar contra la instalación de antenas de telefonía móvil o *routers* wifi, pensando que con ello están salvando la vida de muchísimas personas.

Si fuera cierto, serían héroes.

Así, el 8 de abril de 2009, la agrupación de Izquierda Unida (IU) en Benavente (Zamora) denunciaba que la ubicación de una antena base de telefonía móvil no era la correcta por estar cerca de viviendas, un centro de educación de adultos, un centro de salud, un asilo de ancianos y los juzgados de la localidad.

Dos años más tarde, el 28 de marzo de 2011, el grupo parlamentario de IU, ERC e ICV presentaba una Proposición no de Ley sobre Protección de la

salud frente a la exposición a campos electromagnéticos, que exigía que se reconociera explícitamente por ley la existencia de un «Riesgo Sanitario por Contaminación Electromagnética o Electropolución» (así, con mayúsculas inexplicables). Además, proponía sustituir el wifi por conexiones de cables afirmando que eran «más seguros sanitariamente»; reconocer legalmente la ElectroHiperSensibilidad (más mayúsculas) como una enfermedad causante de discapacidad; regular el uso del teléfono móvil, el wifi y otras tecnologías inalámbricas por parte de los menores de edad, y otras ideas sin ninguna base en la realidad, en los hechos, en datos o en estudios científicos.

En mayo de 2012, otra agrupación de IU, esta vez la de Rota (Cádiz), pedía que no se instalaran antenas de telefonía móvil en el núcleo urbano. Y en 2016, IU de Jerez de la Frontera, también en Cádiz, rechazaba la Ley General de Telecomunicaciones y justificaba su apoyo a una plataforma vecinal antiantenas: «Cada día se dispone de más documentación sobre los efectos perniciosos a medio y largo plazo de un tipo de contaminación electromagnética sin control efectivo sobre su radiación. Y existe abundante literatura científica independiente que señala inequívocamente que los niveles de contaminación electromagnética a los que está expuesta hoy la población son inaceptables y suponen un riesgo grave para su salud o la seguridad de las generaciones actuales y futuras, así como para el medio ambiente».[6] Ni tal documentación ni tal literatura existen, por cierto.

El partido Podemos también promueve la idea de que las antenas de telefonía móvil y el wifi implican peligros para la población, y la formación ecologista Equo —fundada en 2011 e integrada en el Partido Verde Europeo — la tiene como una de sus banderas ecologistas. Y lo mismo ocurre en todo el mundo.

El problema es que no existe ninguna evidencia de ningún peligro que justifique la alarma social producida por estas manifestaciones. La documentación a la que se refiere IU, la evidencia científica que se invoca para justificar el rechazo, simplemente no están allí. El uso de la palabra *radiación* ayuda a generar el temor entre la ciudadanía, sobre todo cuando no se le informa de que se trata de radiación electromagnética, la que se utiliza en la radio. Porque tanto la telefonía móvil y el wifi como una pequeña radio o transistor funcionan en las mismas frecuencias de onda.

La historia de este pánico tan rentable se remonta, como tantas otras piedras angulares del activismo poco informado de cierta izquierda, a Estados Unidos, en la década de 1990, cuando un inconsolable viudo decidió que podía comercializar la muerte de su joven esposa. La señora Reynard había

muerto trágicamente de un cáncer cerebral en la zona situada detrás de la oreja.

Una mínima observación habría bastado a los Reynard para darse cuenta de que los usuarios de móvil a su alrededor no parecían estar desarrollando tumores cerebrales, y una investigación un poco más a fondo les hubiese mostrado que los cánceres del cerebro pueden tener muchos orígenes y afectaban a muchísimas personas que aún no habían adoptado la nueva tecnología inalámbrica. Quizá eso los hubiera hecho dudar. Pero la señora Reynard, que demandó al fabricante del teléfono, a la compañía prestadora del servicio y a la tienda que le vendió el aparato a su marido, murió convencida de que esta nueva forma de comunicación había acabado con su vida. Y el viudo decidió proseguir con la reclamación judicial, lo que anunció a bombo y platillo en la televisión.

Fue la noche del 21 de enero de 1993. El popular Larry King, experimentado entrevistador que se movía entre la seriedad y el más basto sensacionalismo, tenía como invitado en su programa de la CNN a un absoluto desconocido, David Reynard, residente en Saint Petersburg (Florida), que se presentaba para relatar una historia conmovedora. En agosto de 1988 le había regalado a su esposa un teléfono móvil. Tan sólo ocho meses después, los médicos le detectaron a Susan un tipo de tumor cerebral, un astrocitoma maligno. Ella pensó que la radiación del teléfono móvil había causado el tumor o había acelerado su crecimiento, sobre todo porque el tumor estaba en la zona situada detrás y por encima de la oreja izquierda, donde solía usar el aparato. En abril de 1992, ante el avance del cáncer, emprendió la demanda que llevaría a David al plató de Larry King. Susan murió un mes después, sin haber cumplido los 34 años de edad.

Las bases de la demanda eran bastante endebles: los teléfonos móviles emiten un tipo de radiación, algunos tipos de radiación provocan cáncer, por tanto la radiación del teléfono móvil había provocado la enfermedad y trágica muerte de Susan. Según la transcripción de la entrevista, Reynard afirmó que la primera vez que pensó que había una correlación entre el teléfono y el cáncer fue cuando vio el tumor en la primera resonancia magnética del cerebro de su mujer: «Parecía estar situado exactamente junto a la antena y el tumor parecía estar creciendo hacia adentro en esa dirección».[7] Para ser justo, Larry King también invitó al programa a una experta en el tema, la doctora Eleanor R. Adair (1926-2013), una científica que había pasado nueve años en un comité dedicado a revisar los posibles efectos sobre la salud de los dispositivos que funcionan con radiación no ionizante, es decir, menos

energética que la luz visible… sin encontrar nada. King le preguntó si Susan Reynard era una víctima de esa radiación. Adair negó cualquier conexión «porque la emisión de energía de un teléfono móvil es demasiado baja. No puede causarle ese tipo de daños a un tejido». King preguntó si había estudios suficientes, y la estudiosa explicó que «las frecuencias a las que operan estos dispositivos han sido probadas en experimentos de laboratorio durante muchos muchos años», entre otros por ella misma. (Adair volvería a los medios poco después, cuando se desató la paranoia de que el radar de la policía causaba cáncer, y en 2001, a raíz de un caso fantasioso que disparó el pánico contra los hornos microondas.)

Pero la historia de Adair tenía un problema: pese a ser cierta y sustentada en hechos, datos, estudios y evidencias, no era tan emocionante como la lucha de un pobre viudo contra una poderosa industria malévola. Las personas que entraban con llamadas en directo al programa de King apoyaron y ampliaron la idea de Reynard: uno afirmó que se mareaba al hablar por teléfono móvil, otro dijo que los datos de la doctora Adair eran falsos —sin especificar en qué se basaba— y alguno preguntó si los teléfonos inalámbricos domésticos también causaban cáncer.

En los días siguientes, el rumor se extendió: «Esos nuevos aparatos pueden causar cáncer, lo han dicho en el programa de Larry King». El 26 de enero, menos de una semana después, el periódico *Chicago Tribune* anotaba que aunque los científicos no daban credibilidad a la acusación de Reynard, la industria entera estaba bajo asedio, y al descubrirse que dos ejecutivos de compañías de telefonía móvil habían sufrido algún tipo de cáncer cerebral, el valor de sus acciones se desplomó. Nadie estaba interesado en saber si era el mismo tipo de cáncer, ni dónde estaba localizado, ni mucho menos que, con seis casos de cáncer cerebral por cada cien mil habitantes, las probabilidades de que algunos ejecutivos de la industria lo padecieran eran las mismas que para un granjero de canguros o un obrero de la industria metalúrgica, y que dos de ellos sufriesen tumores era estadísticamente esperable. Las diversas entrevistas realizadas por el diario a científicos que explicaban por qué la afirmación misma era implausible hicieron poco por detener la avalancha de la historia, que —como se dice ahora— se viralizó rápidamente.[8] Lo tenía todo: amor, muerte, su toque de David contra Goliat, la confirmación de que toda empresa es malvada y el inquietante misterio de unas radiaciones que nadie ve pero que están allí, amenazándonos.

El pánico se desató. Algunos devolvieron sus teléfonos, otros emprendieron sus propias demandas, incluso con bases más frágiles que la de

Reynard. Se hicieron audiencias en el Congreso. El Instituto Nacional del Cáncer estadounidense emprendió estudios más ambiciosos y, mientras tanto, David Reynard hacía la ronda por los *talk-shows* de la televisión estadounidense (*20/20*, *Nightline*, *The Today Show*, *Donahue*, etc.), cobrando sumas nada despreciables y repitiendo su historia. Pero, sobre todo, las empresas de telefonía móvil a todos los niveles perdieron valor durante largo tiempo. Los medios poco rigurosos se lanzaron a hablar de un «nuevo villano causante de cáncer». Al cáncer provocado supuestamente por los teléfonos móviles se lo llegó a llamar «la versión *yuppie* del sida» (los *yuppies* eran los jóvenes profesionales, urbanos y universitarios, con trabajos muy bien pagados que despuntaban en aquellos años, mientras que el sida seguía siendo una enfermedad mortal que evocaba un enorme temor en la sociedad). La metáfora, publicada en el diario británico *The Independent* el 3 de febrero de 1993, era sin duda poderosa y aumentaba la ansiedad con respecto a los peligros desconocidos del progreso.

La historia quedó relegada a la memoria colectiva. Y allí sigue, tanto que casi nadie recuerda que, en mayo de 1995, el juez Ralph Nimmons del Tribunal Federal de Florida desestimó la demanda de Reynard, afirmando que el caso estaba basado en «ciencia basura» y que las demandas de este tipo debían sustentarse en «ciencia sólida». Eso sí, el 9 de agosto de 2000, y no sería la única ocasión, Larry King volvió al tema «¿Causan cáncer los teléfonos móviles?» e invitó de nuevo a David Reynard, que contó otra vez su triste historia pese a que la demanda había sido sobreseída. Ambos debían pensar: «Nunca permitas que la realidad te estropee una buena historia».

Desde que Reynard le regaló a Susan su novedoso teléfono móvil, el número de usuarios de telefonía móvil se ha multiplicado. En 1988 había, en Estados Unidos, 2.069.441 suscriptores al servicio. Las estadísticas del censo estadounidense indicaban que en 2014, por ejemplo, los teléfonos móviles superaban a los habitantes: 327.577.529 aparatos y suscripciones frente a 317.874.628 personas. La diferencia se debía a que muchas personas tenían dos o más teléfonos móviles por distintos motivos, especialmente de trabajo, ya que se calculaba que el 9 % de los estadounidenses, unos veintiocho millones, aún no tenían un dispositivo. Los casos de cáncer cerebral (en sus distintos tipos) siguen manteniendo una incidencia de seis casos por cada cien mil habitantes, independientemente del número de personas que utilizan teléfonos móviles y de si lo hacen poco o mucho.

Pero la historia había comenzado a rodar y, como tantas otras, tenía los ingredientes necesarios para integrarse en la vasta lucha contra «el sistema»:

empresas, científicos, negocio, peligros misteriosos para la salud, un bando de malvados, unas víctimas que siempre somos nosotros, y los inevitables salvadores, los héroes sin capa de la rebeldía simplista y desinformada.

La inexistencia de una epidemia de tumores cerebrales, por ejemplo, no ha cambiado la percepción subjetiva generalizada de que «algo habrá». Ni el recurso al principio de precaución como barrera de contención contra cualquier cosa que se le ocurra a una persona o un movimiento espontáneo o bien dirigido.

EL MIEDO VENDE

Aprovechándose del temor al wifi, la telefonía móvil, los microondas y otros aparatos y sistemas relacionados, diversas organizaciones se dedican directamente a la promoción del miedo electromagnético —o electrofobia, como la llamaba la doctora Eleanor Adair— para vender diversos productos y servicios.

Los síntomas que atribuyen a ese «océano invisible de ondas y radiaciones» («ondas» y «radiaciones» son lo mismo, pero este último término suena mucho más amenazante) son variopintos y vagos. Una fundación, parte de un amplio conglomerado comercial, lanza el siguiente anzuelo para atraer clientes:

> ¿Te levantas cansado por las mañanas y no sabes por qué?
>
> ¿Te cuesta concentrarte? ¿Te sientes deprimido sin motivo justificado?
>
> ¿Tienes algún tipo de malestar y no consigues aliviarlo con medicamentos?
>
> ¿Notas que te sientes peor (o mejor) desde que cambiaste de vivienda o lugar de trabajo?

Estas sensaciones o percepciones son vagas y no pueden medirse de manera objetiva, y algunas de ellas son francamente ofensivas para la inteligencia. Tener «algún tipo de malestar» que no se alivie con medicamentos es tremendamente común, una simple gripe responde a esa descripción. Y cuando aseguran que las responsables de que nos sintamos «peor» o incluso «mejor» por una mudanza o cambio de trabajo son las malvadas ondas electromagnéticas, y no otro de los muchísimos factores que intervienen, se demuestra que los promotores del miedo están apuntándole a todo el monte. Seguro que cualquiera de nosotros ha experimentado una de las incomodidades mencionadas en esta lista. Así que todos, si estamos lo bastante desinformados, somos clientes potenciales de la empresa.

Este conglomerado, como otros muchos en todo el mundo, ya no se centra únicamente en el temor a las ondas de radio que utilizan los teléfonos móviles, y al que recurren con frecuencia algunos grupos ecologistas políticos para emprender causas que unan a la población, por ejemplo, contra las antenas de telefonía móvil. También atribuyen estos males a las ondas de radio del wifi con el que se conectan a internet diversos dispositivos, desde *smartphones* hasta ordenadores, y de los hornos microondas. E incluso a la luz visible, con una reciente estafa seudocientífica según la cual la luz azul es especialmente maligna y tenemos que defendernos de ella… con la protección que unos señores muy listos venden, en forma de filtros, lentes o aplicaciones informáticas, sin demostrar que sea necesaria.

Los gánsteres estadounidenses de principios del siglo XX obtenían abundantes ingresos por «proteger» a los comerciantes de cualquier posible accidente, que ellos mismos se encargaban de que ocurriera (incendios, rotura de escaparates, palizas al dueño o su familia, vandalismo y lo que diera la imaginación de los delincuentes) si no se pagaba la suma exigida. Los gánsteres de la conspiranoia son mucho más astutos, pues obtienen abundantes ingresos por «proteger» a la gente, a toda la gente, de amenazas inexistentes y fantasiosas.

Y la izquierda feng-shui les cree. Emocionada y sinceramente. «Ellos», sean quienes sean, están dañando a la población y es responsabilidad de todo activista defenderla. Como las plataformas antiantenas, da igual en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) que en Mieres (Asturias), con el apoyo sin titubeos de Ecologistas en Acción, las Coordinadoras de Afectados y Víctimas de las Radiaciones Electromagnéticas, e incluso la Plataforma Estatal contra la Contaminación Electromagnética.

Pero ¿existe la contaminación electromagnética? Los científicos dicen que no. Los estudios dicen que no. La experiencia dice que no. Sin embargo, los militantes aseguran que todo es una mentira interesada.

Es imposible convencerlos de lo contrario, incluso aunque alguien les argumente que las ondas electromagnéticas de los teléfonos móviles, del wifi, de la radio FM con la que escuchan el fútbol, de la televisión y de muchos otros aparatos cotidianos son menos energéticas que las de la luz visible. Es decir, que si esas formas de la energía electromagnética fueran dañinas para los tejidos humanos, la luz lo sería mucho más, y no lo es. Y aunque se les explique que las ondas electromagnéticas más energéticas que la luz visible son las que deben preocuparnos. Por eso utilizamos filtros solares contra los rayos ultravioleta (más allá del violeta, el límite de la luz visible); por eso

debemos moderar las radiografías y los técnicos radiológicos se protegen contra la exposición excesiva, que puede producir cáncer; y por eso tenemos una gran suerte de que el campo magnético de nuestro planeta nos proteja de los rayos cósmicos, que son aún más energéticos y por tanto tienen más probabilidades de causarnos terribles tumores. Todas esas ondas electromagnéticas por encima de la luz visible sí tienen la energía necesaria para provocar mutaciones.

Cuando termine su argumentación, esos mismos militantes le comentarán que alrededor de tal antena hay más casos de leucemia que en la media de la población. Y uno podrá explicar que la media precisamente es eso, una cifra ideal que indica que habrá más o menos casos en cada zona, sobre todo cuando ésta se divide. Como si uno lanzara mil granos de arroz al azar sobre un metro cuadrado de suelo. De media deberíamos encontrar un grano de arroz en cada diez centímetros cuadrados, pero veremos que hay zonas donde se concentran varios granos y otras donde no hay ninguno o están muy espaciados. La distribución al azar, habremos descubierto, no es uniforme, sino, sencillamente, impredecible.

Entonces dirán que eso es un invento de los científicos para obligarnos a utilizar el móvil porque es buen negocio. Y en ese momento aparecerán los salvadores, generalmente apoyados por la izquierda feng-shui.

En España, durante los últimos años han tenido gran presencia en los medios ciertas organizaciones como la Fundación para la Salud Geoambiental, Geosanix, Escuela Sin WiFi, Natursanix, la Fundación Vivo Sano, el blog *Vivo en un lugar sano*, la Escuela de Medicina Integrativa o la Clínica Medicina Integrativa, entre otras muchas. En coordinación con distintos grupos sociales, incluidos partidos como Podemos o Izquierda Unida, realizan charlas que buscan inquietar a la población señalando, por ejemplo, que es inaceptable que haya una antena de telefonía móvil en un hospital, o cerca de un parque infantil, o en las inmediaciones de una escuela (es decir, prácticamente en cualquier lugar). El miedo a los peligros a la salud y la denuncia de las empresas basta para ocultar el hecho de que no hay evidencias de los males que anuncian.

Entre sus más intensos militantes se encuentran personajes como Fernando Pérez Fernández, director técnico de Geosanix, vicepresidente de la Fundación para la Salud Medioambiental y autor de su propio blog, *Vivo en un lugar sano*, donde promueve las marcas de la red. Él mismo dice que está «formado en Salud geoambiental por el Instituto Forschungskreis für Geobiologie». Lo cual es muy impresionante (el alemán tiende a dejarnos un

regusto a ingeniería de precisión y científicos adustos) hasta que se descubre que esas palabras significan «Grupo de Investigación sobre Geobiología», y que realmente es un pequeño negocio iniciado por el médico alemán Ernst Hartmann para la difusión no de la medicina, sino de la radiestesia. Es decir, del zahorismo, un ritual mágico que pretende dar a sus practicantes la capacidad de encontrar cosas empuñando un palito, generalmente en forma de horquilla, o un péndulo. El grupo imparte algunos cursillos de uno o tres días sobre zahorismo, feng-shui y otras afirmaciones sin ningún sustento en datos, y no tiene nada que ver con la auténtica geobiología, que estudia la interacción entre el planeta y la biosfera, principalmente la forma en que los microorganismos alteran las características químicas y físicas de la superficie terrestre. Algo que no se hace con un palito en forma de horquilla ni con un péndulo para determinar cómo colocar el sofá de la tía Angustias.

La sincera militancia de los grupos de izquierda, incluso sindicatos, en las acciones de promoción del pánico electromagnético es, desafortunadamente, del todo acrítica. Si simplemente se ocuparan de saber quiénes forman esas organizaciones, de dónde salen, habrían descubierto que todas las mencionadas, y alguna más, son parte de una misma red, llamada SilverSalud, situada en una céntrica calle de Madrid. Su objetivo final, dentro de todo un entramado de campañas de promoción del pánico electromagnético tituladas, por ejemplo, Salud Ambiental en la Escuela, Hogar sin Tóxicos o Semana sin Pesticidas, es la venta de distintos productos de «protección» contra los más extravagantes y fantasiosos efectos de las radiaciones electromagnéticas: desde mantas de setenta euros para que las mujeres embarazadas «protejan» a sus bebés en gestación, cielos de cama (es decir, mosquiteras) supuestamente antirradiaciones con precios que superan los mil euros y pinturas «apantallantes» para muros (a precios cuatro y cinco veces superiores a los productos tradicionales) hasta telas —a noventa euros el metro y que ofrecen «protección frente a los campos electromagnéticos de alta frecuencia y eléctricos de baja frecuencia (con toma de tierra)»— para la confección de ropa.

La promoción de una preocupación legítima, que podría resolverse claramente acudiendo a los estudios realizados desde que empezó a usarse la electricidad o la radio, desde que se hicieron comunes los teléfonos móviles o se implantaron las redes wifi, se convierte así en un negocio bastante más dudoso que el de las propias compañías de telefonía móvil, sean los prestadores del servicio o los fabricantes de los dispositivos.

Es la izquierda disparándose nuevamente en un pie, promoviendo un negocio dudoso con la mejor voluntad del mundo y presta a ser engañada por cualquiera que diga lo correcto, que toque los botones precisos, que mencione las palabras mágicas. Aunque utilice el miedo para vender.

5

La política de lo personal

La política hace referencia, etimológicamente, a «lo referente a los asuntos del Estado», siguiendo la idea del filósofo griego Aristóteles (siglo IV a. C.) sobre la *ta politika*, un concepto que a su vez deriva de *polis*, «ciudad», que tradicionalmente se ha considerado el espacio de lo público frente al espacio de lo privado, lo íntimo, lo personal, en el que el Estado y la política no deberían influir. Por ejemplo, el comportamiento o los gustos sexuales de una persona son asuntos en los que la injerencia del Estado o de la comunidad no es bienvenida. A nadie le importa, ni debería importarle, si alguien se siente de una manera o de otra o le gusta practicar sexo con tales o cuales personas, o formar pareja, trío o comuna en la intimidad. Toda legislación al respecto ha sido, en general, repugnante para la izquierda que, bajo la idea esencial de la igualdad, rechaza que se hagan distinciones y, peor aún, se legisle de manera distinta para grupos concretos, de modo que si usted resulta ser heterosexual, homosexual, transexual, poliamoroso o autor de su propia definición sexual tuviera menos o más derechos que quienes son diferentes de usted.

Lo mismo vale para los gustos musicales, las preferencias futbolísticas, las opciones dietéticas, el vestido, la longitud del cabello, el maquillaje, las convicciones religiosas o las creencias políticas. A nadie se debería discriminar por nada de esto, ni impedirle el acceso a la educación, el empleo, los servicios públicos, la dignidad, el respeto social o las oportunidades de todo tipo.

O así solía ser.

No, así es, en general. Así sigue siendo. La vida privada mantiene su calidad de sagrada mientras, por supuesto, no afecte a terceros que no pueden decidir si quieren o no verse afectados, momento en el cual la conducta se convierte en asunto de convivencia social, en tema público, y por tanto queda sujeta a reglamentación. Si usted quiere beber hasta conversar con el dios-elefante hindú Ganesh, debería estar en libertad de hacerlo aunque,

inevitablemente, la gente junto a la que se sienta en el autobús con su tufo a destilería pondrá mala cara y cambiará de asiento mudándose al fondo del vehículo. Pero cuando usted decide empuñar el volante, entonces su comportamiento líquido deja de ser privado y tiene que ser legislado.

Todo esto es una obviedad. Es tan terriblemente obvio que uno se pregunta cómo ha sido que, de pronto, los asuntos de la sociedad deban depender del color, la sexualidad, la estatura, el peso corporal u otras características y comportamientos que pertenecen al espacio de lo privado o bien deberían estar sujetos a la idea de igualdad. Pero eso es lo que ha ocurrido.

EL MISMO POSMODERNISMO

Más vale no emplear el adjetivo *posmoderno* en los alrededores de los filósofos, ya que no es una categoría que reconozcan como propia y, de hecho, pueden hacer amplias argumentaciones si se imponen como objetivo demostrar que alguien, algún texto o alguna idea no son «posmodernos». La definición de la palabra, como ocurre con el término *natural*, depende de quién la maneje y, siendo justos, es bastante vaga y está sujeta a debate entre los profesionales de la filosofía. Pero para la gente común y corriente, sin las sutilezas que lo deshilachan todo hasta que desaparece como una paloma en manos de un hábil prestidigitador (sí, el ave está en realidad oculta en algún bolsillo disimulado del chaleco del mago) y sin la pretensión de entrar extensivamente en el tema, el pensamiento posmoderno se identifica como una tendencia filosófica relacionada con el posestructuralismo que rechaza, esencialmente, los valores de la Ilustración y de la Revolución científica. Más o menos como hizo el abate Barruel, pero con más pompa y boato.

Una de las ideas centrales que el pensamiento posmoderno propone es que la realidad objetiva no existe, sino que es producto del «discurso». En términos muy resumidos, la palabra crea la realidad. Cuando usted recibe un balonazo y sufre dolor, no está recibiendo un golpe ni sufriendo dolor medible o real, sino que es víctima del discurso con el que lo han adoctrinado de modo que crea en los balones, en la fuerza de los golpes y en la necesidad de sentir dolor cuando recibe un balonazo. Igualmente, por tanto, se le podría enseñar otro discurso distinto según el cual los balones no son duros y tienen la textura del algodón de azúcar, de modo que cuando lo golpeen apenas sentirá nada.

Suena absurdo y se me podría acusar de caracterizar este aspecto del pensamiento posmoderno con una enorme mala fe. Así que acudamos a uno de sus máximos exponentes, el galardonado filósofo francés Bruno Latour. En uno de sus más celebrados ensayos, titulado *Sobre la existencia parcial de objetos existentes y no existentes*, Latour afirma que no es razonable decir que Ramsés II murió de tuberculosis, porque el bacilo responsable de esta enfermedad no fue descubierto hasta el siglo XIX, precisamente por Robert Koch, el creador, junto con Louis Pasteur, de la teoría de los gérmenes patógenos, la primera explicación científica de la enfermedad que se consiguió en la historia humana. Para Latour, decir que a Ramsés lo mató ese bacilo exigiría creer que el bichillo viajó en el tiempo hasta el verano del año 1213 a. C. para dar cuenta del poderoso emperador egipcio. Latour deja la duda de si Koch descubrió o inventó el bacilo en cuestión. En definitiva, que antes de que se le diera nombre, se lo caracterizara, no se puede decir que el bacilo de Koch existiera.

Ese razonamiento equivale a decir, por supuesto, que los rayos no estuvieron formados por electricidad hasta junio de 1752, cuando Benjamin Franklin descubrió (o inventó) que los relámpagos constaban de la misma energía a la que William Gilbert puso nombre. O que el agua no estaba hecha de dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno hasta que Henry Cavendish la descompuso. Y así, cuantos ejemplos se deseen.

Fuera como fuere, la idea es ésa. El pensamiento humano o la narrativa del pensamiento, las palabras, el discurso, son los que crean la realidad. De hecho, la realidad no tiene por qué ser lógica ni poder analizarse con la razón, pues éstos son inventos que no tienen validez universal. Del mismo modo, para el posmodernismo la naturaleza humana no existe, no hay determinantes ni condicionantes genéticos, evolutivos o fisiológicos, sino que somos lo que somos porque nos han convencido (la sociedad nos ha convencido) de que lo seamos. Y, por lo mismo, no hay ni valores morales objetivos ni nada más que el poder de implantar una ideología que da forma a nuestro pensamiento. Todo es relativo.

Esto sonará conocido a quienes escuchan a algunos pensadores de izquierda presuntamente nuevos que siguen la escuela de pensamiento posmoderno del filósofo, teórico político y escritor argentino Ernesto Laclau (1925-2014), y que continuamente hablan de «construir» el pueblo y el antipueblo, por ejemplo, por medio del discurso. El pueblo, a sus ojos, no es un grupo humano identificable por ciertas características que el antropólogo, el sociólogo, el economista o el político definirían, sino un concepto que se

puede construir mediante la narrativa. No depende de la situación económica, social, política, de representación o de desigualdad e injusticia que sufra un grupo humano, sino de la identidad, una identidad que se «construye» también mediante el «discurso», es decir, mediante la racionalización y la consigna transmitida por los medios de comunicación, sin atender en lo más mínimo a si es objetiva, racional o se justifica incluso moralmente, eso da igual.

El pensamiento posmoderno cayó de pie en el mundo de la nueva era, al justificar filosóficamente el rechazo al materialismo científico que había caracterizado al pensamiento progresista en gran medida, al quitarle a la realidad el valor que tenía como sustento de un pensamiento científico transformador real. Porque la realidad como tal no existe o, al menos, resulta imposible conocerla y no es más que nuestra percepción condicionada por el discurso, por la palabra.

Si todo es relativo, si todo tiene el mismo valor, no hay diferencia real entre la medicina desarrollada a partir de evidencias e hipótesis científicas y el curanderismo o las «medicinas» alternativas que hablan de fuerzas vitales, humores, malos espíritus y brujas. Un trasplante de corazón realizado en un centro médico de vanguardia tecnológica a cargo de un equipo de profesionales altamente calificados y con enorme experiencia es un recurso terapéutico tan válido entonces como una infusión y un baile para apaciguar a los dioses de la montaña por parte de un brujo que lo ignora todo sobre el cuerpo humano.

Si todo es relativo, si no hay una moral objetiva, entonces la libertad entendida de acuerdo con la Ilustración es equiparable a las obligaciones estrictas que impone una creencia religiosa. Ambas son cultura, y por tanto ninguna puede proponerse como mejor que otra.

Si todo es relativo, es posible rechazar la ciencia occidental en aras de la espiritualidad oriental porque ambas son constructos sociales, discursos, formas de ver la realidad. Y desde esa posición, resulta totalmente irrelevante el hecho de que la ciencia (a la que se denigra con el epíteto de «occidental») nos permita volar en aviones y la espiritualidad (a la que se celebra llamándola «oriental») no consiga que una alfombra voladora se alce un milímetro del suelo, ya no digamos hacer levitar a un gurú sonriente y muy bien alimentado como el Maharishi.

Pero, de modo muy preocupante, si todo es relativo, el chamán y el cirujano de trasplantes cardíacos son, según la narrativa posmoderna, indistinguibles, capaces de ser igualmente eficaces porque su utilidad no la da

la objetividad de sus acciones reales sobre un corazón con afecciones reales, objetivas, físicas, sino su estructura cultural, su posición en la sociedad, la credibilidad de la que gozan. Esto quizá parezca un intento de justicia con las sociedades chamánicas, pero lo que en realidad consigue es que se justifique el negarle a los indígenas los avances de la cirugía de trasplantes bajo las condiciones de la máxima seguridad lograda por la técnica médica de la sociedad científica, reservándolos únicamente para los blancos del Occidente opulento.

La visión posmoderna, relativista y que utiliza términos de la ciencia de modo ilegítimo —del mismo modo en que algunos curanderos ofrecen acupuntura cuántica sin tener idea de qué es la mecánica cuántica— tuvo su primera gran crisis en 1996. Alan Sokal, profesor de Física de la Universidad de Nueva York, presentó a una de las principales revistas académicas de estudios sociales posmodernos, *Social Text*, un artículo con el pomposo nombre de «Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica». El artículo, como Sokal confesó después, era un pastiche de citas de filósofos posmodernos, ideas absurdas sobre la cuántica como si fuera un elemento de la política de izquierdas, conceptos del *new age*, ataques vagos a la ciencia y confirmación del relativismo que gusta tanto a los *posmos*. Los responsables de la revista, en lugar de disculparse por publicar, sin consultar con ningún experto, un texto claramente absurdo y contradictorio, que cualquier físico o estudiante de la materia habría identificado como un bulo, prefirieron atacar a su autor por «engañarlos».[1]

Y ésa era la verdadera intención de Sokal: dejar en evidencia a los filósofos posmodernos que, como también piensan muchos otros científicos, llevan muchas décadas engañando al público y a los académicos. Sokal lanzó el bulo y su posterior revelación en su calidad de hombre de izquierda harto de la invasión del pensamiento posmoderno en los espacios de la razón:

> Mi meta no es defender a la ciencia de las hordas bárbaras de la crítica literaria (sobreviviremos sin problema, muchas gracias), sino defender a la izquierda de un segmento vanguardista de ella misma. Como muchos otros de diversas procedencias y disciplinas, llamo a la izquierda a que reclame sus raíces en la Ilustración. Nos preocupan sobre todo las ciencias sociales y las humanidades, no las ciencias naturales.[2]

La crítica de Sokal dio como resultado un imprescindible análisis de las proposiciones más destacadas del pensamiento posmoderno en forma de libro, *Imposturas intelectuales*, coescrito por el propio Sokal con el físico y filósofo de la ciencia Jean Bricmont.[3] Pero la izquierda a la que pretendía alertar, la que se ha divorciado de la ciencia y la razón considerándolas aliadas de la

injusticia, la explotación y la desigualdad, incluso idénticas a ellas, no ha hecho sino defenderse desde ese momento, sin asumir la validez de su crítica.

Después de todo, ¿quién se creerá que es un científico para hablar con más autoridad sobre ciencia que unos filósofos que nunca la estudiaron?

El extremo del pensamiento posmoderno es la acusación constante de que quienes defienden la razón como forma privilegiada de conocer el universo asumen una posición cientificista. El término *cientificismo* fue acuñado por un pensador influyente en el posmodernismo, el economista austríaco Friedrich Hayek (1899-1992), fundador de la Escuela Austríaca del pensamiento económico neoliberal (lo que le valió ser premiado tanto por Margaret Thatcher como por George Bush padre). El objetivo de Hayek era denigrar a quienes pretendían aplicar a la economía, la sociología, la pedagogía y otras disciplinas sociales los métodos de las ciencias naturales. Que tales métodos hubieran sido asombrosamente exitosos, más que todo intento en la historia humana previa, para explicar desde el movimiento de los planetas hasta la composición de la materia, desde la herencia hasta las infecciones, desde la simpleza de un ser unicelular hasta la complejidad de un ecosistema dinámico, era irrelevante. Por decisión de Hayek —de la que se han hecho eco muchos pensadores, filósofos y practicantes de las disciplinas sociales y humanísticas—, era imposible, absurdo y rechazable emplear tales métodos en ciertas disciplinas. Por ejemplo, especular en el vacío sobre los errores de la educación y proponer inspiradamente nuevos métodos pedagógicos que los resuelvan es una aproximación aceptable (aunque el resultado se concrete, entre otros, en las escuelas Waldorf del ocultista Steiner). En cambio, hacer experimentos para determinar qué métodos de enseñanza son más demostrablemente eficaces a la hora de transmitir ciertos conocimientos o habilidades, cuáles son menos violentos hacia los educandos y qué condiciones consiguen los resultados más apetecibles es mero cientificismo.

Pero la palabra *cientificismo* se volvió piedra de toque para todos los relativistas. Según la definición del *Diccionario* de la Real Academia Española, se trata de la «teoría según la cual los únicos conocimientos válidos son los que se adquieren mediante las ciencias positivas». Para comenzar, no es una teoría (en términos científicos), sino una hipótesis o una postura. Pero la definición es enormemente tramposa. Cualquier científico puede aceptar que conocer la historia de Tailandia, las reglas de la rima, el derecho mercantil de Suiza, la escala musical o las obras de Shakespeare son conocimientos reales, aunque no procedan de la ciencia. Y, siendo un poco crueles, no hay forma de saber siquiera a qué se refieren los poco científicos

académicos de la RAE porque su diccionario omite informarnos de qué entienden ellos como «ciencias positivas». Uno puede suponer que hablan de las ciencias naturales o exactas, pero el misterio permanece.

La acusación de «cientificista», sin embargo, es parte del arsenal de cierta izquierda. Si el sistema utiliza la ciencia como parte de su explotación para contaminar (así lo dicen, como si ése fuera el objetivo), si las máquinas quitan el trabajo a los obreros (como si no fuesen otros obreros los que diseñan y fabrican esas máquinas), si los productos de la tecnología distinguen a quienes los tienen de los desposeídos, la ciencia es por tanto patrimonio del enemigo. Y, como los telares de Ned Ludd, debe ser destruida para implantar una visión más igualitaria en la que, recordando las palabras de Isaac Asimov, la ignorancia sea celebrada como una forma de conocimiento.

Finalmente, la exaltación filosófico-política de los hechos alternativos desde la izquierda ha acabado ayudando a que Donald Trump entre triunfal en la historia como cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos. El relativismo promovido desde la izquierda autoproclamada revolucionaria, posmoderna, posmarxista y nueva es, de pronto, fagocitado y adoptado por la derecha alternativa, la *alt-right*. Aunque los nombres nuevos son engañosos: los hechos alternativos no son sino las viejas mentiras, y la derecha alternativa no ha dejado de ser la vieja ultraderecha.

Y el rechazo de la realidad es, simplemente, la promoción de la magia y la seudociencia, háganla la derecha alternativa o la izquierda relativista y esotérica.

IDENTIDADES E INTERSECCIONES

El periodista y crítico Christopher Hitchens hace una prevención importante al hipotético muchacho al que va dirigido su libro *Cartas a un joven disidente*:

> Cuídate de las políticas identitarias. Lo repito de otro modo: no te involucres en políticas identitarias. Recuerdo muy bien la primera vez que oí el dicho «Lo personal es político». Comenzó como una especie de reacción contra las derrotas y adversidades que siguieron a 1968: un premio de consolación, podría decirse, para los que se habían perdido aquel año. Supe íntimamente que una idea pésima se había infiltrado en el discurso. No me equivocaba. La gente empezó a levantarse en las reuniones y a disertar sobre sus sentimientos, no sobre qué o cómo pensaban, y sobre lo que eran en lugar de sobre lo que habían hecho o defendido (si tal era el caso). Llegó a ser la reproducción, en una forma menos interesante, del narcisismo de la pequeña diferencia, porque cada grupo de identidad engendró sus subgrupos y «especificidades».[4]

Para ser justos, la idea de «lo personal es político» nació como una observación bastante razonable en un ensayo publicado en 1969 por la activista feminista Carol Hanisch con ese mismo título. Pero sus implicaciones no eran las que esta frase adoptó más tarde en la política identitaria. Concretamente, Hanisch dice: «Los problemas personales son problemas políticos», algo que es cierto en muchos casos, aunque no siempre. El problema personal de no poder acceder a una buena educación por ser de origen hispanoamericano u homosexual tiene, claramente, una dimensión política, es la expresión de un problema social profundo. Cuando Rosa Parks, como militante de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés), fue seleccionada en 1955 para realizar una acción de desobediencia civil como no dejarle el asiento del autobús a un viajero blanco, estaba tomando el problema de los negros como ciudadanos individuales en su real dimensión política y asumiéndola como ejemplo y llamada a la acción. Pero el hecho de ser negro, mujer, descendiente de holandeses, coreano o heterosexual no es político en sí mismo. Y asumirlo así tiene el peligro de llevar a las mismas actitudes que se combaten.

El paso del tiempo dio a la frase otro significado (en 1996 Hanisch se quejaba de esos usos distintos, contrarios a la forma en que ella veía su propio radicalismo), el que lamentaba Hitchens, como grito de guerra de la política de identidades.

La política identitaria se desarrolló en la década de 1960, también en Estados Unidos, como la idea razonable de que grupos distintos —los negros, los altersexuales, las mujeres, ciertos grupos indígenas— pueden tener reivindicaciones distintas debido al tipo de desventajas o discriminación que sufren. En la medida en que esas demandas eran, con frecuencia, específicas del grupo al que pertenecían, era lógico formar organizaciones basadas en la pertenencia a éste como punto de partida. Lógico, pero no imprescindible. No hay que pertenecer a un grupo para defender sus reivindicaciones. La solidaridad —uno de los principios que parecen inherentes al pensamiento de izquierda— se dirige a cualquier víctima de injusticias, como una expresión de humanidad esencial, sobre la inquietante idea de la Ilustración de que todos somos iguales.

La política identitaria, sin embargo, pronto tuvo sus grupos radicales. Mientras unos luchan por la integración social, en condiciones de absoluta igualdad, de las mujeres, los altersexuales y las minorías raciales o religiosas, por ejemplo, hay colectivos que buscan una separación de esa sociedad,

llegando a proponer lo mismo que los grupos discriminatorios. Así, en un giro alucinante, la Nación del Islam, el grupo musulmán negro fundado por Elijah Muhammad, liderado por Malcolm X y con el boxeador Mohammed Alí como figura más conocida, deseaba la separación de negros y blancos de manera radical. Su propuesta era que se entregara a los negros estadounidenses una parte del territorio de Estados Unidos para fundar una nación exclusivamente negra. Además, la Nación del Islam compartía otra cosa con los nazis: un feroz antisemitismo. Sobre estas bases, el líder y fundador del Partido Nazi estadounidense, George Lincoln Rockwell, fue invitado por la Nación del Islam a un mitin en Washington D. C. el 25 de junio de 1961. Asistió con otros nueve nazis, todos ataviados con su característica indumentaria, y escuchó atentamente el discurso de Malcolm X, titulado «Separación o muerte».

Evidentemente, esto no significa en modo alguno que la Nación del Islam fuera nazi. El que en esa ocasión, la única, estuvieran juntos y compartieran ciertas posturas simplemente subraya lo absurda que llega a ser la idea de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», y cómo la idea de las identidades excluyentes entre sí puede llevar a situaciones profundamente esperpénticas.

La ideología identitaria, en una definición razonable, sitúa las identidades personales basadas en características por lo general poco mutables (origen étnico, cultura de nacimiento, sexo, género, preferencia sexual, composición corporal, religión en la que uno fue criado) por encima de las identidades compartidas, de las reivindicaciones de toda una sociedad.

La persona, como señalaba Christopher Hitchens, es definida no por lo que piensa, su aportación a la sociedad, su moral personal, sus conocimientos, su sentido de la justicia, su solidaridad (o los atributos opuestos a todos estos rasgos), sino por lo que es, como si «ser» fuera lo más importante, lo definitorio. Si eres negro, debes comportarte como negro, debes asumir los valores negros, debes defender a todos los negros, debes mantener tu identidad y no mezclarla con otras o renunciar a ella. Debes sentirte negro porque para todos a tu alrededor no serás otra cosa.

Si esto suena como el viejo racismo de siempre, casi al nivel de «un negro debe conocer su lugar y permanecer en él», es únicamente porque el desarrollo irracional de la idea de las identidades cae en estas contradicciones.

La idea de la política identitaria experimentó un giro importante en la década de 1980 con las ideas de la profesora estadounidense Kimberlé Williams Crenshaw, quien básicamente afirmaba que las divisiones en grupos identitarios promovidas por la izquierda estadounidense era insuficiente. Es

decir, no basta con reconocer la diferencia de ciertos grupos entre sí, sino que también hay diferencias dentro de los propios grupos. La identidad femenina debía separarse en la de las mujeres negras y blancas, en la de las heterosexuales y las homosexuales, en la de las que se asumían como mujeres y las que se sentían miembros de otro género. Crenshaw fundó así la llamada «teoría interseccional», según la cual estas identidades sociales sobrepuestas y sus problemas concretos (de opresión, dominación o discriminación) se entrecruzan y crean situaciones singulares.

De nuevo, la idea central no era del todo descabellada. Así como todos los trabajadores enfrentan dificultades como clase social, los trabajadores negros tienen desventajas adicionales a las que enfrentan los trabajadores blancos (en general, esta afirmación no es aplicable acríticamente en cada caso particular), y las mujeres negras trabajadoras tienen otras desventajas y enfrentan otros problemas, y lo mismo vale para las trabajadoras negras lesbianas y para las que además tienen alguna discapacidad, y así sucesivamente. Reconocer esta diversidad dentro de una identidad compartida seguramente es útil para que los trabajadores no perpetúen desventajas y luchen unidos solidariamente por todos sus miembros en sus peculiares condiciones, para que todos consigan avanzar igualmente hacia una vida mejor, sin dejar a nadie atrás.

Pero no fue eso lo que ocurrió. Lo que sucedió fue que, en las zonas de la sociedad que asumieron la identidad y la interseccionalidad como sus creencias fundamentales, sobre todo en espacios académicos y universitarios, se formó una jerarquía que considera que quien tiene más identidades oprimidas está más victimizado por la sociedad. Y dado que la victimización es la virtud principal cuando el mundo se entiende sólo como una red de opresiones, quien se sienta oprimido por sus identidades tiene el derecho a reclamarle su situación a cualquiera menos victimizado, que por tanto es considerado un privilegiado y, en cierto modo, el responsable de toda situación de desventaja, de opresión, dominio o discriminación, reales o percibidos.

El trabajador blanco explotado podía así ser considerado no un compañero de luchas por los derechos laborales de todos los trabajadores, fuesen negros, transexuales o guatemaltecos, sino un opresor más. La lectura de todas las relaciones sociales entre grupos identitarios identificados con mayor o mejor rigor se empezó a dar en términos bélicos, de lucha entre enemigos. La idea de la guerra de clases —o de la guerra de razas que habían promovido los extremistas racistas como el Ku Klux Klan en su fantasía de que estaban

«amenazados» por los derechos civiles y el reconocimiento de la dignidad de los descendientes de los esclavos africanos— fue adoptada para todo: guerra entre sexos y géneros, entre razas, entre culturas, entre delgados y obesos, entre altos y bajos. Se apoderó de grandes sectores de la sociedad estadounidense una forma especialmente tóxica de maniqueísmo donde los malvados, los opresores, eran cada vez más y más, y los más oprimidos se volvían una minoría cada vez más pequeña y, al sentirse bajo asedio —real en ocasiones, en otras absolutamente fantasioso—, reaccionaron con virulencia.

Los críticos lo han llamado «las olimpíadas de la opresión», una especie de competición de los «oprimidos» por acumular más rasgos que los identificasen como tales.

¿Cómo se puede medir este pastiche de percepciones subjetivas para crear una visión social coherente? No parece posible. Y, por supuesto, someter siquiera esta visión a una crítica racional es visto como otra forma de opresión. Además, quienes están en el extremo de una reivindicación suelen ser mucho más estridentes que el resto, y a menudo se los identifica —sobre todo por la derecha— con todos los que luchan por ella, con el fin de desprestigiarla.

Como señala la estudiosa española Nuria Varela en su libro *Feminismo para principiantes*, el feminismo se dividió en numerosas corrientes a partir de la aceptación de la política de identidades en muchos grupos. En una clasificación esquemática y seguramente no del todo precisa, pero útil para entendernos, la «primera ola» del movimiento feminista fue esencialmente sufragista y por el derecho de la mujer a la educación, a trabajar no sólo en profesiones femeninas, a votar y ser votadas, al reconocimiento básico de derechos en un mundo occidental donde eran claramente seres humanos de segunda clase. La «segunda ola» habría sido la también llamada «liberación femenina», que surgió en las décadas de 1960 y 1970 para abordar otros problemas que no quedaban resueltos por la igualdad ante las leyes o el acceso, no siempre pleno, al mundo del empleo y la educación: igualdad de salarios, los derechos de la mujer —a decidir sobre su cuerpo (la lucha por el derecho a la anticoncepción y al aborto), al disfrute y ejercicio libres de su sexualidad, al divorcio— y los debates sobre distintas situaciones que involucraban a las mujeres y su sexualidad, desde la pornografía hasta la prostitución. Por su parte, la «tercera ola» se desarrolló a partir de la década de 1990 y asumió el debate de la política de identidades, de la interseccionalidad y del pensamiento posmoderno.

En la diversidad de un pensamiento relativista como el posmoderno se encuentran, inevitablemente, los extremos. Quienes consideran que el rechazo del papel secundario de la mujer en sus sociedades exige romper, por ejemplo, con la monogamia, la heterosexualidad, la maternidad y todo cuanto pudiera identificarse con la situación de subordinación. Algunos grupos pretenden ir mucho más allá de quemar el sujetador como símbolo de la opresión o de la liberación sexual, y se muestran dispuestos a destruir todo lo que interpretan como símbolo de la opresión. (Por cierto, las feministas estadounidenses nunca quemaron tal prenda; fue otro mito a partir de una metáfora de la reportera Lindsy Van Gelder en una crónica, publicada en 1969 en el *New York Post*, sobre una protesta contra el concurso de Miss América.) No se trata de que la interpretación resulte correcta o no, o de que cada expresión de la opresión sea más o menos real, grave o sujeto de hipérboles y mitos, la idea de que nada en el comportamiento sexual y reproductivo humano tiene base biológica alguna no deja de ser un rechazo a un conocimiento que parece razonablemente certero.

Pero la militancia intensa lleva a posiciones radicales que pueden resultar no sólo contrarias a los hechos y los datos, sino también lesivas para las corrientes principales de movimientos por lo demás totalmente legítimos. Los activistas homosexuales que hacen gala de su heterofobia, los activistas negros antirracistas que dicen desear matar a los blancos o considerarlos subhumanos, o los pacifistas que defienden sus ideas violentamente son el sueño húmedo de la derecha, al darle armas para un desprestigio de brocha gorda contra toda reivindicación de avanzada.

Un ejemplo es el de la activista feminista y lesbiana Beatriz Gimeno, diputada de Podemos en la Asamblea de Madrid desde 2015 y, además, responsable del área de Igualdad de ese partido en esa comunidad autónoma. Gimeno es conocida por sus declaraciones en el extremo del feminismo lésbico, como la idea de que podría producirse un cambio en las relaciones de poder si las mujeres penetraran analmente a los hombres de alguna manera. Su pensamiento rechaza la heterosexualidad, niega que la preferencia por el sexo heterosexual tenga algún componente biológico, y en cambio asegura, con sólido pensamiento posmoderno, que la heterosexualidad es una imposición del patriarcado para dominar a la mujer, entre otras ideas singulares y fácilmente objeto de burla y ataque. Quedémonos con una frase suya que han repetido, sobre todo, los medios de derecha: «El feminismo lucha con denuedo para limitar los daños que la heterosexualidad provoca en

las mujeres», que aparece en su ponencia «Una aproximación política al lesbianismo».[5]

Aunque la evidencia biológica parece indicar que la tendencia mayoritaria a la heterosexualidad no es cultural, sino que tiene una función de supervivencia, vinculada a la selección positiva de las especies, y por bases biológicas, no discutiré las afirmaciones de Gimeno sobre ella. Sin embargo, ¿es verdad que el feminismo lucha «para limitar los daños que la heterosexualidad provoca en las mujeres»? Parece que no. Al menos no todo el feminismo. Sus distintas expresiones luchan por muchas cosas, por muchas reivindicaciones, pero fuera del espacio bastante reducido en cuanto a representatividad en el que se desarrolla Gimeno, no parece que esa lucha esté entre sus prioridades. De hecho, al parecer (y aun a riesgo de equivocarme), la mayoría de las mujeres feministas son heterosexuales y no pretenden dejar de serlo, sino que buscan reafirmar sus derechos, sus libertades, su posición en la sociedad, su reivindicación de vivir sin humillaciones, sin miedo y sin agresiones. Ante esto, se suelen oponer dos críticas: que las mujeres heterosexuales no lo son libremente, porque las determina el discurso de su sociedad, y que «lo natural» (hace su aparición la falacia de lo natural) es la homosexualidad.

Habrá posiciones encontradas, no hay duda, pero se puede afirmar claramente que no existen pruebas científicas que demuestren que la visión de Beatriz Gimeno es algo más que una creencia, por firme y sincera que sea. No hay indicios fácticos de que su descripción de la heterosexualidad corresponda al universo real. Pero cuando una afirmación con tal estridencia la hace una destacada activista, a la que además un partido de izquierda le da la responsabilidad de ser diputada y su representante de igualdad, la derecha tiene un arma de oro para descalificar al conjunto del movimiento feminista y todas sus expresiones: la lucha por el derecho a decidir sobre sus cuerpos, la reivindicación del derecho básico de salario igual para trabajo igual, la oposición a la violencia machista, la consideración social, la igualdad de oportunidades y estímulos para seguir cualquier carrera, etcétera. Todo queda subsumido al ridículo percibido de las afirmaciones extremas, a altísimo volumen, de gente que tiene muy poca representatividad numérica, pero que encuentra resonancia en los medios de izquierda (Gimeno es editorialista de *eldiario.es*, un periódico digital identificado cercanamente con las ideas de Podemos, y propiedad del periodista Ignacio Escolar y de otros miembros de su redacción).

Y, por consecuencia, también en los medios de la derecha.

MULTICULTI

La derecha utiliza a menudo la expresión despectiva «multiculti» en su intento por defender su visión del mundo frente a otra más incluyente y universal. A esa perspectiva más amplia y abierta era a la que se refería originalmente el odiado concepto del multiculturalismo, visto como la coexistencia en el tiempo y el espacio, en un mismo país, por ejemplo, de distintas tradiciones culturales. Esta idea no parece tener nada de peculiar. Todos los países tienen diversidad cultural, y no es infrecuente que en su seno convivan y se desarrollen varios idiomas, tradiciones históricas, tipos de música o estilos de arquitectura. No existe el país homogéneo soñado por el fascismo, donde todos comparten exactamente los mismos rasgos culturales y valores, como clones físicos y mentales al estilo de *The Wall* de Pink Floyd. Y se puede afirmar que siempre será culturalmente más rica la sociedad que haga suyas todas las tradiciones, lenguas y expresiones existentes en su seno que aquella que pretenda imponer la homogeneidad.

Pero el multiculturalismo pasado por las manos de algunos promotores de la política identitaria y el posmodernismo adquiere con frecuencia otras características, principalmente la equidistancia y el relativismo respecto de valores que consideramos universales. Si desde un punto de vista posmoderno todo es relativo, si el astrólogo y el astrónomo son iguales, se concluye lógicamente que todas las ideas o prácticas culturales son igualmente morales y tienen la misma validez. La oposición a la esclavitud es un constructo occidental que no debería ser aplicable a otras culturas, donde la esclavitud puede ser perfectamente moral, como lo argumenta el doctor Jonathan A. C. Brown, profesor de estudios islámicos en la Universidad de Georgetown. Brown ha afirmado que la esclavitud no es «inherente, absoluta y categóricamente inmoral en todo tiempo o lugar, ya que la permitieron el Corán y el Profeta», de modo que «no es inmoral que un ser humano posea a otro ser humano». Y como lo ha dicho un estudioso del islamismo, un converso académico estadounidense, parece de lo más normal.

De modo similar, la opresión de la mujer en los países musulmanes no es tal, sino un valor cultural respetable, lo que incluye desde el velo hasta las limitaciones de la vida social o las palizas propinadas por los maridos. «Es su cultura.» Las guerras entre tribus amazónicas o su trato hacia otras etnias son costumbres sagradas. «Es su cultura.» No se acepta la idea de que haya valores que no dependan del discurso, de la estructura social. El

multiculturalismo cambia así de significado para representar la aceptación acrítica de cualquier acción o costumbre considerada un legado cultural.

Las ideas de la Declaración Universal de los Derechos Humanos no se consideran, desde esa perspectiva, realmente universales. El derecho a la vida, a no ser esclavo, a no ser torturado, a la igualdad ante la ley, a no ser detenido arbitrariamente, a un juicio justo, a la presunción de inocencia, a la vida privada, a la libre circulación, al derecho de asilo, a no ser casado contra su voluntad, a la libertad —de religión, de opinión, de expresión, de reunión, de participar en la elección de su Gobierno, a la igualdad salarial, a la educación, a los frutos de la ciencia, recibe una sola respuesta: depende.

Depende de la cultura. Si tu cultura está regida por la *sharía*, la ley islámica, el concepto de juicio justo de otra cultura no debe aplicarse. Si en ella se acostumbran los matrimonios arreglados, no tienes derecho a decirles a las mujeres que son libres. Si tu cultura separa a los seres humanos en castas, es perfectamente respetable. Si tiene como práctica la mutilación genital femenina, ésta no debe reprimirse. Y así sucesivamente.

Algunos de estos ejemplos, seamos justos, sólo los sostienen algunos grupos marginales. Pero no se trata precisamente de locuras o de malevolencia, sino del resultado de una reflexión basada en una serie de ideas claras y que gozan de respetabilidad en círculos académicos. El tema de la oposición a la mutilación genital femenina —incluida la oposición a llamarla así, sustituyéndola por eufemismos más neutros como «circuncisión femenina» o «ritos de paso femeninos»— ha sido ampliamente discutido en el mundo académico. Y en ese ámbito hay sectores que apoyan claramente esta práctica como un derecho cultural —que están negando a las jóvenes africanas las feministas occidentales que se oponen a ella— y por ello defienden que se permita su práctica a quienes se adscriben a esa cultura y son inmigrantes en países cuyas leyes la condenan. Leyes distintas para identidades distintas.

La cultura se convierte así en una identidad de la que no se puede escapar, definitoria y decidida para toda la vida, y cualquiera que rechace la que le corresponde por nacimiento puede ser considerado un traidor a los suyos. Un contrasentido en el que se espera que quienes viven en países donde gozan de plenos derechos y de la libertad de luchar por su dignidad digan a los oprimidos del Tercer Mundo que no tendrán esos mismos derechos ni deben luchar contra los preceptos de su cultura. Como si los sindicalistas que han obtenido jornadas de ocho horas, vacaciones pagadas, pensiones y protección contra riesgos en el lugar de trabajo dijeran a los trabajadores de culturas que

no aceptan la negociación colectiva, o que trabajan sesenta horas a la semana en condiciones insalubres, que la situación de ambos es equivalente. Porque «es su cultura».

La enorme irracionalidad que implica aceptar estas premisas ha desembocado, como último absurdo, en el concepto de «apropiación cultural», que desde Estados Unidos llegó al Reino Unido y, poco a poco, se ha extendido por el resto de Europa. La idea básica es que, una vez definido que cada persona debe ser valorada por su pertenencia inmutable y permanente a una identidad cultural, sólo ella tiene derecho a realizar prácticas pertenecientes a su cultura; si alguien más las realiza, se trata de una intromisión, una terrible falta de respeto y delicadeza hacia ella. Esto puede aplicarse por igual a preparar comida japonesa (y comerla con *hashi* o palillos) y disfrazarse de bávaro con *lederhosen* o pantalones cortos de piel que a interpretar música boliviana con instrumentos típicos como la quena o el charango. Según esa línea de pensamiento, eso sólo deberían hacerlo japoneses, bávaros y bolivianos «genuinos». La apropiación cultural es especialmente rechazada por un sector de la izquierda cuando una cultura «dominante» utiliza elementos de una «oprimida». Así, por ejemplo, la interpretación del *blues* por parte de cualquiera que no sea negro se consideraría una forma de colonialismo cultural y de violación de los derechos de propiedad intelectual de la cultura que le dio origen.

No es necesario profundizar demasiado en la idea de que resulta irracional dividir a personas y grupos en identidades estancas que los determinan de modo absoluto (cuando muchas identidades ni siquiera pueden delimitarse con exactitud), y más aún poner fronteras a ciertas expresiones culturales para reservarlas a un grupo determinado. Si la pasta proviene de Oriente pero adquiere ciertas características en Italia (y muy variadas, por cierto), luego se vende en Buenos Aires y un estadounidense pide un plato de espagueti a la marinara, ¿sería razonable pensar que el hambriento comensal está colonizando a los antiguos chinos? Las culturas son tan fluidas como las identidades étnicas. La gaita hitita llega a Asturias y las islas británicas de la mano de los romanos, que a su vez la tomaron de los griegos, ¿tocar la gaita hoy en Europa sería un insulto y un robo a los sirios herederos de los hititas de hace tres mil años? O el banjo, ese instrumento desarrollado por los esclavos negros en Estados Unidos a partir de instrumentos africanos de cuerda con caja de calabaza, ¿debería ser abandonado por la música irlandesa que lo ha adoptado como parte de su folclore? ¿Los japoneses no deben interpretar a Beethoven? La música estadounidense no existiría como tal sin

la presencia de los esclavos afroamericanos, tanto como la música popular actual de todo Occidente no existiría sin la guitarra española y sus evoluciones.

La política identitaria e ideas como la de la apropiación cultural niegan, probablemente sin darse cuenta, que el mestizaje es un valor supremo. Que la mezcla de seres humanos sin importar sus diferencias superficiales resulta deseable, y que la cultura humana puede tener muchas expresiones, pero es una sola, y su diversidad es patrimonio de todos. Dividir a los seres humanos en tribus cada vez más pequeñas y luego encerrarlos detrás de un muro trumpiano, abrazados a los jirones de la cultura que se les conceden en propiedad mientras se les niega el acceso a toda la gloriosa experiencia humana artística, histórica, de avances del conocimiento y de la moral social, parece lo contrario a una posición de izquierda. Si no se asume que la experiencia intelectual y emocional humana es patrimonio de todos, se corre el riesgo de asumir el discurso más oscuro del aislacionismo, del racismo, de la injusticia como ley natural y de la desigualdad como destino. Sobre todo cuando parte de esa negación de «lo no propio» implica la negación posmoderna de la ciencia y la tecnología.

La idea de que hay una ciencia occidental distinta de una africana o andina es, por supuesto, absurda. No se sostiene porque el universo y sus leyes son los mismos en todas partes: a la fuerza de gravedad o a la electricidad les tiene sin cuidado que en donde actúan vivan descendientes de los vikingos, los aymarás, los jemeres o los nubios, ellas siempre funcionan igual. Y resulta que los mejores modelos de ese universo y esas leyes surgen del uso de los métodos de la ciencia, úselos quien los use, un británico como Richard J. Roberts, un turco como Aziz Sancar, el mexicano Mario Molina, el brasileño Peter Medawar, el chino Tsung-Dao Lee, el egipcio Ahmed Zewail, el indostano Venkatraman Ramakrishnan o el español Severo Ochoa, todos premios Nobel.

El hecho de que la Revolución científica se haya desarrollado en la Europa occidental es un suceso tan superficial y aleatorio como que la imprenta y la brújula lo hiciesen en China o que la Revolución agrícola aconteciera en el Creciente Fértil que iba de Egipto a Mesopotamia.

La ciencia no se define por el lugar donde se desarrolla ni por el color, edad, sexo o raíces étnicas de quien la elabora, sino por la universalidad de sus resultados.

Y es una parte indivisible de la cultura, que resulta incomprensible subdividir, fragmentar y rodear de fronteras, muros o vallas de alambre.

Aunque sean simplemente metafóricas.

BRICOLAJE INDIGENISTA

Si al militar estadounidense Philip Sheridan (1831-1888) se le atribuye la frase «el único indio bueno es el indio muerto» —aunque no hay ninguna prueba de que tal cita fuera cierta, y él negó haber dicho jamás tamaña barbaridad—, para la izquierda feng-shui el único indio bueno es el que se comporta como los de sus más febriles fantasías rousseaunianas: espiritual, ecologista, pacífico, eterna víctima de todo cuanto le rodea, infantil, noble, desprendido, amable, profundísimo, poético e incapaz de todo mal.

Pero, sobre todo, el indio es un ser satisfecho con su destino. Más le vale serlo, al menos a ojos de quienes se dedican invariablemente a salvarlo de aquellos que le rodean e, incluso, de sí mismo. El indio no tiene aspiraciones sospechosamente materiales en el mundo de los indigenistas de asfalto. No es una persona que quiera electricidad, agua potable, educación, medicina, casas bonitas, pantalones vaqueros o reproductores MP3 para escuchar música decadente y electrónica. Le basta su territorio virgen, por el que pasa la límpida mirada y luego sentencia algo conmovedor como «el águila habla con las alas para que entiendas con el alma el mensaje del gran espíritu».

En resumidas cuentas, el único indio bueno para la izquierda feng-shui no es humano, sino la misma continuada idealización de un pasado inexistente que se proyecta como ejemplo del futuro que sueña el *new age*. Si seguimos la senda del indio que fantasean los exoindigenistas, es decir, los que son indigenistas sin ser indígenas, inevitablemente pasarán cosas maravillosas: salvaremos la naturaleza, nos volveremos veganos, se acabarán las guerras, terminará el capitalismo y la propiedad privada, comulgaremos místicamente con la Madre Tierra, seremos rabiosamente felices por los siglos de los siglos… Y los indios conservarán, cosa que es buena y admirable, su identidad.

Cuando los indios no se comportan como deben, la culpa debe ser de alguien que deconstruye su identidad. Ahí es donde, con enorme frecuencia, intervienen quienes tienen una inclinación más mística y misionera para viajar hasta esos lugares extraños pero maravillosos donde viven los indios a fin de ayudarles a mantener el rumbo, conservando «sus tradiciones ancestrales», sus «usos y costumbres milenarios» y, de paso, sus enfermedades endémicas, su ignorancia, sus vidas breves, sus formas de violencia institucional, la degradación de la mujer en la mayoría de los casos y la única perspectiva de

mantenerse así por los siglos de los siglos, en una especie de burbuja temporal, fosilizados socialmente en una vitrina para que el militante concienciado los pueda ver de cuando en cuando, suspire por el paraíso perdido y sueñe en vivir como «ellos», aunque sin arriesgarse nunca a pasar unos años en el Amazonas sin los pertrechos de la horrible modernidad.

A nivel personal, siempre recuerdo cuando, con apenas veinte años de edad, empecé a estudiar antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México. Entonces el debate sobre los indígenas se centraba en el hecho de que los compañeros más militantes (fundamentalmente trotskistas de la Cuarta Internacional que dominaban, por decirlo con suavidad, el centro) rechazaban toda influencia externa que «aculturara» a los indígenas, que sustituyera «su modo de vida» y «su cosmovisión» por otros que ofrecieran nuevas perspectivas, datos, información, mejoras —en medicina, alimentación, vivienda, etcétera— y, sobre todo, aspiraciones. La antropología rural en México, país que cuenta con sesenta y ocho grupos etnolingüísticos indígenas con los que se identifican al menos doce millones de personas, debía servir —según su visión, que también influía en el rumbo académico de la Escuela— para registrar, guardar y mantener los «usos y costumbres» de esas personas lo más puros posible, lo más cercano a lo que quizá fueron antes de la conquista europea. Pero ésos que defendían a los indígenas sí disfrutaban, claramente y de buen talante, de las comodidades, atención médica, lujos y bienestar que despreciaban. Claro que si uno había vivido algún tiempo en comunidades indígenas, con amigos y compañeros que se identificaran como indígenas, comprendía que la visión de los activistas de estrella roja era insoportablemente bucólica, pastoril y fantasiosa. Y, finalmente, no era difícil llegar a la conclusión de que le estaban haciendo el juego a quienes dominaban a los pueblos indígenas aprovechándose de su miseria, su ignorancia, sus enfermedades (como consecuencia de la falta de atención médica) y su indefensión tanto legal como tecnológica. La conclusión era que en el proceso de defenderlos se acababa negándoles derechos fundamentales.

Y esto sigue ocurriendo. El indígena —de cualquier lugar del mundo— es un personaje mítico al que un europeo bien alimentado, con las vacunas en regla, ropa adecuada, mochila y tableta puede visitar ocasionalmente para sentir que respira al ritmo de la Madre Tierra, que comparte esa «comunión con la naturaleza» y la «sabiduría milenaria», la cual puede incluir desde una visión poética rescatable hasta una serie de supersticiones enormemente dañinas. Por ejemplo, los indígenas yanomani, un grupo amazónico de unos

treinta y cinco mil individuos divididos en más de doscientas cincuenta aldeas, y que suelen ser visitados, fotografiados y defendidos a distancia, tienen una expectativa de vida de unos treinta y siete años, además de sufrir de parásitos intestinales crónicos y malaria recurrente. Sus mujeres son obligadas a casarse cuando tienen apenas diez años de edad, en matrimonios arreglados por conveniencia de sus padres, y se les exige una sumisión absoluta a su marido. Se espera que empiecen a parir muy jóvenes y que tengan cinco o seis hijos antes de que sufran la menopausia, lo que suele ocurrir hacia los veinticinco años de edad. La guerra entre los yanomani es frecuente, y no por hacerse con lanzas es más amable. Sin mucho recurso a conocimientos o ideas como las de los derechos y la Ilustración, han sido víctimas de todo tipo de explotadores. Ninguno de quienes creen defenderlos o hacen ocasionalmente turismo solidario para verlos como a fósiles en una vitrina aceptaría vivir como ellos. En el choque de culturas, los indígenas siempre parten con desventaja, pero no importa mientras se adapten a vivir la fantasía de quienes los idealizan.

Pero el indígena es además la gran oportunidad para que la izquierda feng-shui europea ejercite la culpa a toro pasado. Usted, seguramente, tiene entre sus antepasados a algún ciudadano menos que ilustre, por no decir a algún pillo redomado. Pasa en las mejores familias. De hecho, en ocasiones parece que ocurre más en éstas que en las de los aldeanos comunes y corrientes, que somos la mayoría. Pero ése es otro tema. El caso es que usted no puede responsabilizarse, razonablemente, de un tatarabuelo poco respetuoso de las leyes que robó un reloj o un millón de maravedíes, quizá fue pirata o incluso mató a alguno de sus vecinos por cualquier motivo. La culpa no es, no debería ser, una enfermedad de transmisión genética. Como decía una joven periodista alemana en algún aniversario señalado de la Segunda Guerra Mundial, cuando le preguntaban una y otra vez sobre las acciones de la Alemania nazi entre 1939 y 1945, «no fuimos nosotros, no tenemos la culpa».

Y es que la culpa por relaciones de sangre fue un principio legal medieval que rescataron los nazis: el *sippenhaft*, o responsabilidad familiar, implicaba sobre todo que la familia tenía que pagar las multas o compensaciones que se le impusieran a alguno de sus miembros. Los nazis lo llevaron al extremo de ejecutar a la familia de quienes cometieran alguna falta grave, en especial respecto a la raza, el partido y el Führer. Por ejemplo, las familias de quienes participaron en la conspiración del fallido intento de asesinato de Hitler en

julio de 1944 fueron asesinadas o enviadas a campos de concentración. El principio es, como resulta evidente, bastante brutal y profundamente injusto.

Así, año tras año, en los espacios de la izquierda española se oye cada 12 de octubre una lamentación porque «nosotros conquistamos América», lo que resulta del todo esperpéntico porque ya se imagina uno a los jóvenes militantes de peto y yelmo sitiando la Gran Tenochtitlán o secuestrando a Atahualpa. Por supuesto, esto elude el hecho de que otros muchos elementos han incidido en la situación lamentable de los indígenas americanos, incluso desde antes de la llegada de los europeos, y entre ellos se incluyen sus vecinos, los otros colonialistas, sus lamentables gobernantes, el expansionismo estadounidense, la Guerra Fría y muchas otras cosas que nuevamente (y parece que la repetición es inevitable) resultan complejas, difíciles de desentrañar y presentan desafíos que deben abordarse desde muchos puntos de vista para dar solución a la injusticia patente. Sin embargo, se impone el simplismo de que «la culpa la tenemos nosotros porque nacimos donde nació Hernán Cortés» y la idea de que la solución es «devolver a los indígenas al punto en el que estaban antes de que Cristóbal Colón pusiera pie en Guanahani».

Asunto que algunos piensan que debería consultarse primero con los indígenas.

Y bastante poco moral parece, la verdad, sentirse mal por la situación lamentable que viven muchos pueblos indígenas porque sus ancestros tuvieron un papel protagónico en su situación hace quinientos, doscientos o cien años. Es como si al pensar que si los antepasados, o unas personas que antes tuvieron la misma nacionalidad, o nacieron más o menos en el mismo continente, no hubieran sido conquistadores, ladrones, violadores, esclavizadores, asesinos y destructores de todo lo que encontraban a su paso, uno mismo podría desentenderse del asunto con un suspiro de alivio.

Es decir, que la preocupación por los pueblos indígenas, en esta lectura lacrimosa, no proviene de un elevado sentido de la justicia, de la convicción de que todos somos iguales ante la ley y merecemos iguales oportunidades, de que la solidaridad es el valor más alto del pensamiento de izquierda, sino del hecho de que sus victimarios eran «como nosotros». Vamos, que el problema ya no es la injusticia, la desnutrición, la enfermedad, la falta de oportunidades, el abuso y la ignorancia de los indígenas, sino «nuestra culpa».

Como para volvérselo a pensar.

LO QUE NO DIJO EL JEFE SEATTLE

El mejor ejemplo de esa idealización en el choque cultural, de esa visión primitivista idílica y edénica, se expresa de manera clarísima en la carta que el jefe Seattle legó a la posteridad, el documento más preciado de los ecologistas, dicen, cuando no aseguran con contundencia que es el testimonio admirable del primer ecologista de la historia.

¿Quién no ha oído hablar de la carta del jefe Seattle?

Este texto es una de las más citadas denuncias de todo lo malo que tiene el progreso, de los efectos terribles de la colonización europea en América, y en particular en Estados Unidos, del casi exterminio de los bisontes, de la tragedia innegable de los indígenas y de la necesidad de cuidar y proteger nuestro medio ambiente. Puede leerse en libros de texto, materiales de consulta universitarios y carteles que se comercializan en mercadillos, además de figurar prominentemente en numerosas páginas de grupos ecologistas e indigenistas.

Suele presentarse contando que el presidente de Estados Unidos, Franklin Pierce, envió en 1854 una oferta al jefe Seattle, de la tribu duwamish, para comprarle los territorios que ocupaba en el noroeste de Estados Unidos, donde hoy se encuentra el estado de Washington. A cambio, prometía crear una «reserva» para ese pueblo indígena. El jefe Seattle supuestamente respondió a Franklin Pierce un año después con la famosa carta.

Sin duda alguna, es un texto poderoso, elocuente y poético.

Pero, al analizarlo con detenimiento, algunos puntos parecen demasiado buenos, como si desde un pasado lejano el jefe Seattle hubiera tenido la clarividencia necesaria para saber cuáles serían las preocupaciones de los blancos ecologistas políticos de clase media de los siglos XX y XXI, y para abordarlas todas con una precisión absolutamente asombrosa. De hecho, la extinción de especies por la acción humana no era conocida por entonces. La casi extinción del bisonte se debió, sobre todo, a la construcción del ferrocarril transcontinental, iniciada en 1862 y concluida el 10 de mayo de 1869, años después de la supuesta carta. ¿Y cómo es que la palabra *contaminación* (*pollution*, en inglés) se menciona si su acepción actual no se popularizó hasta 1955?

Y es que, para sorpresa de muchos bienintencionados, ingenuos y despistados, esta carta no la escribió el jefe indio que da su nombre a la conocida ciudad del estado de Washington. En todo caso, Si'ahl, que es como lo llama su tribu, merece ser recordado por otras cosas.[6]

Carta del jefe Seattle al presidente de Estados Unidos

El Gran Jefe de Washington envió palabra de que desea comprar nuestra tierra. El Gran Jefe nos envía también palabras de amistad y buena voluntad. Apreciamos mucho esta delicadeza porque sabemos la poca falta que le hace nuestra amistad. Vamos a considerar su oferta, pues sabemos que, de no hacerlo, el hombre blanco vendrá con sus armas de fuego y tomará nuestras tierras. El Gran Jefe de Washington puede confiar en la palabra del Gran Jefe Seattle, con la misma certeza que confía en el retorno de las estaciones. Mis palabras son inmutables como las estrellas del firmamento.

¿Cómo se puede comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Esta idea nos parece extraña.

Si no somos dueños de la frescura del aire, ni del brillo del agua, ¿cómo podrán ustedes comprarlos?

Cada pedazo de esta tierra es sagrado para mi pueblo, cada aguja brillante de pino, cada grano de arena de las riberas de los ríos, cada gota de rocío entre las sombras de los bosques, cada claro en la arboleda y el zumbido de cada insecto son sagrados en la memoria y tradiciones de mi pueblo. La savia que recorre el cuerpo de los árboles lleva consigo los recuerdos del hombre piel roja.

Los muertos del hombre blanco olvidan la tierra donde nacieron cuando emprenden su paseo por entre las estrellas; en cambio, nuestros muertos, nunca pueden olvidar esta bondadosa tierra, pues ella es la madre del hombre piel roja. Somos parte de la tierra y ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas; el venado, el caballo, el gran águila, todos son nuestros hermanos. Las escarpadas montañas, los húmedos prados, el calor de la piel del potro y el hombre, todos pertenecemos a la misma familia.

Por esto, cuando el Gran Jefe Blanco de Washington manda decir que desea comprar nuestra tierra, pide mucho de nosotros. El Gran Jefe Blanco nos dice que nos reservará un lugar donde podamos vivir cómodamente. Él se convertirá en nuestro padre y nosotros en sus hijos.

Por lo tanto, nosotros vamos a considerar su oferta de comprar nuestra tierra. Pero eso no es fácil, ya que esta tierra es sagrada para nosotros. Esta agua cristalina que escurre por los riachuelos y corre por los ríos no es solamente agua, sino también la sangre de nuestros antepasados. Si les vendemos la tierra, ustedes deberán recordar que ella es sagrada, y deberán enseñar a sus hijos que ella es sagrada y que los reflejos misteriosos sobre las aguas claras de los lagos hablan de acontecimientos y recuerdos de la vida de mi pueblo. El murmullo del agua de los ríos es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son nuestros hermanos, ellos calman nuestra sed. Los ríos llevan a nuestras canoas y nos dan peces para alimentar a nuestros hijos. Si les vendemos nuestras tierras, ustedes deberán recordar y enseñar a sus hijos que los ríos son nuestros hermanos y también los suyos, y por tanto deberéis tratar a los ríos con la misma dulzura con que se trata a un hermano.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. Tanto le importa un trozo de nuestra tierra como otro cualquiera, pues es un extraño que llega en la noche a arrancar de la tierra aquello que necesita. La tierra no es su hermana, sino su enemiga y una vez conquistada la abandona, y prosigue su camino dejando atrás la tumba de sus padres sin importarle nada. Roba a la tierra aquello que pertenece a sus hijos y no le importa nada.

Tanto la tumba de sus padres como los derechos de sus hijos son olvidados. Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el cielo, como cosas que se pueden comprar, saquear y vender, como si fuesen corderos o collares que intercambian por otros objetos. Su hambre insaciable devorará todo lo que hay en la tierra y detrás de sí dejaran tan sólo un desierto.

Yo no entiendo, nuestro modo de vida es muy diferente al de ustedes. La sola vista de sus ciudades apena los ojos del piel roja. Tal vez sea porque el hombre piel roja es un salvaje y no comprende nada.

No existe un lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ni hay sitio donde escuchar como se abren las flores de los árboles en primavera, o el movimiento de las alas de un insecto. Pero quizá también esto se deba a que soy un salvaje que no comprende bien las cosas. El ruido de las ciudades parece insultar los oídos.

Y yo me pregunto, ¿qué tipo de vida tiene el hombre si no puede escuchar el canto solitario del chotacabras, ni las discusiones nocturnas de las ranas al borde de un lago? Soy un piel roja y nada entiendo. Nosotros preferimos el suave susurro del viento sobre la superficie del lago, así como el olor de ese mismo viento purificado por la lluvia del mediodía, o perfumado por la fragancia de los pinos.

El aire es algo precioso para el piel roja, ya que todos los seres comparten el mismo aliento, el animal, el árbol, el hombre, todos respiramos el mismo aire. El hombre blanco no siente el aire que respira, como un moribundo que agoniza durante muchos días es insensible al hedor. Si les vendemos nuestras tierras deben recordar que el aire es precioso para nosotros, que el aire comparte su espíritu con la vida que sostiene. El viento que dio a nuestros antepasados el primer soplo de vida, también recibió de ellos su último suspiro. Si les vendemos nuestras tierras, ustedes deberán conservarlas sagradas, como un lugar en donde hasta el hombre blanco pueda saborear el viento perfumado por las flores de las praderas.

Queremos considerar su oferta de comprar nuestras tierras. Si decidimos aceptarla, yo pondré una condición: el hombre blanco debe tratar a los animales de esta tierra como a sus hermanos. Soy un salvaje y no comprendo otro modo de vida. He visto miles de búfalos pudriéndose en las praderas, abandonados allí por el hombre blanco que les disparó desde el caballo de hierro sin ni tan sólo pararlo. Yo soy un salvaje y no comprendo como el humeante caballo de hierro pueda importar más que el búfalo al que nosotros sólo matamos para poder vivir. ¿Qué sería del hombre sin los animales? Si todos los animales fuesen exterminados, el hombre también perecería de una gran soledad de espíritu, pues lo que ocurra a los animales pronto habrá de ocurrirle también al hombre.

Todas las cosas están relacionadas entre sí.

Deben de enseñarle a sus hijos que el suelo que pisan son las cenizas de nuestros antepasados. Digan a sus hijos que la tierra está enriquecida con las vidas de nuestro pueblo, a fin de que sepan respetarla.

Es necesario que enseñen a sus hijos, lo que nuestros hijos ya saben, que la tierra es nuestra madre. Todo lo que ocurra a la tierra le ocurrirá también a los hijos de la tierra. Cuando los hombres escupen en el suelo, se están escupiendo a sí mismos. Esto es lo que sabemos: la tierra no pertenece al hombre, es el hombre el que pertenece a la tierra.

Esto es lo que sabemos: todas las cosas están ligadas como la sangre que une a una familia. El sufrimiento de la tierra se convertirá en sufrimiento para los hijos de la tierra. El hombre no ha tejido la red que es la vida, sólo es un hilo más de la trama. Lo que hace con la trama se lo está haciendo a sí mismo.

Nuestros hijos ha visto como sus padres eran humillados mientras defendían su tierra. Nuestros guerreros han sentido vergüenza, y ahora pasan sus días ociosos, mientras contaminan sus cuerpos con comida dulce y agua de fuego. Importa poco donde pasaremos el resto de nuestros días, no son demasiados. Unas pocas horas, unos pocos inviernos y ninguno de los descendientes de las grandes tribus que alguna vez vivieron sobre esta Tierra estarán aquí para lamentarse sobre las tumbas de una gente que un día tuvo poder y esperanza.

Ni siquiera el hombre blanco, cuyo Dios pasea y habla con él de amigo a amigo, quedará exento del destino común. Quizá seamos hermanos a pesar de todo, ya se verá algún día. Sabemos una cosa que quizá el hombre blanco tal vez descubra algún día, el Dios nuestro y el de ustedes es el mismo Dios. Ustedes creen que Dios les pertenece, de la misma manera que desean que nuestras tierras les pertenezcan, pero no es así. Él es el Dios de todos los hombres y su compasión se extiende por igual entre los pieles rojas y los caras pálidas.

Esta tierra es preciosa, y despreciarla es despreciar a su Creador y se provocaría su ira. También los blancos se extinguirán, quizá antes que todas las otras tribus. Contaminan sus lechos y una noche perecerán ahogados en sus propios desechos. Ustedes caminan hacia su destrucción rodeados de gloria, inspirados por la fuerza del Dios que los trajo a esta tierra y que por algún designio especial les dio dominio sobre ella y sobre el piel roja. Ese destino es un misterio para nosotros, pues no entendemos por qué se exterminan los búfalos, se doman los caballos salvajes, se impregnan los rincones secretos de los densos bosques con el olor de tantos hombres y se obstruye la visión del paisaje de las verdes colinas con un enjambre de alambres de hablar.

¿Dónde está el matorral? Destruido.

¿Dónde esta el águila? Desapareció.

Es el final de la vida y el inicio de la supervivencia.

La historia del jefe Seattle

Si'ahl fue un indio duwamish nacido alrededor de 1780, que llegó a ser jefe de su tribu y de la de los suquamish que encabezaba su padre. Su leyenda como guerrero y líder se forjó no en las guerras contra los colonizadores blancos, sino contra otras tribus indias, como los chemakum y los s'klallam, con los que estaban en permanente conflicto por los recursos naturales de la zona.

Si'ahl era un hombre de su tiempo y de su pueblo, es decir, representante de su cultura y no de lo que se ha fantaseado después. De acuerdo con las costumbres vigentes, poseía y explotaba a esclavos que había capturado como producto de sus victorias en la guerra. Además, como correspondía a un jefe de su categoría, tomó varias esposas y tuvo varios hijos con ellas. Nada de esto es criticable, pues juzgar el pasado con las normas de nuestro tiempo es, cuando menos, jugar sucio (aunque se haga con enorme frecuencia).

Y también es jugar sucio ajustar el pasado para que responda a las ideas propias.

Las tribus que lideraba Si'ahl eran mariscadoras y se dedicaban principalmente a la recogida de almejas. No, no cazaban bisontes. Estos mamíferos sólo se encontraban en las grandes llanuras, una franja que recorre el centro de Estados Unidos desde México hasta buena parte de Canadá, mientras que Si'ahl y su gente vivían frente al estrecho de Puget, en la bahía de Eliot, en lo que hoy es el extremo noroccidental del país, precisamente donde está la ciudad de Seattle. Y lo más seguro es que Si'ahl y los suyos no vieran un bisonte en su vida. «He visto mil búfalos pudriéndose en la pradera» es una frase que, literalmente, era imposible para Si'ahl, que tampoco podía haber visto un tren, ya que el ferrocarril llegó a Seattle catorce años después de su muerte. Sin contar con que, cuando falleció en 1866, todavía no era evidente el desastre que la cacería había ocasionado en la población del bisonte americano. La preocupación por este animal no surgió hasta 1889, cuando William T. Hornady, superintendente del Parque Zoológico Nacional, escribió un libro sobre su exterminio, una obra que fue esencial en el surgimiento del movimiento conservacionista que daría lugar al ecologista.

Expulsado de sus tierras por las guerras con sus vecinos, Si'ahl conoció al médico y pionero David Swinson «Doc» Maynard, quien llegó buscando la riqueza maderera de la zona y en 1852 construyó una cabaña que sería la piedra fundacional de la ciudad de Seattle. Se hicieron buenos amigos y Maynard influyó para que el asentamiento

recibiese el nombre del jefe Seattle, a cambio de un oportuno pago anual para éste como compensación por las incomodidades que, según sus creencias, sufriría su espíritu cuando se pronunciara su nombre después de muerto. Cuando otras tribus atacaron a los colonos blancos, Si'ahl optó por la neutralidad suiza. A cambio, cuando se les asignó una reserva por primera vez, el jefe se opuso a trasladarse a ella porque los estaban situando junto a sus enemigos jurados, los sonohomish, lo que presagiaba el derramamiento de sangre.

La historia registra que el jefe de los duwamish y los suquamish era desusadamente alto (se habla de 1,80 metros, por lo que lo apodaban «el Grande») y un excelente orador, lo cual demostró en el discurso que las ideologías y el azar convertirían en la famosa carta. En una fecha no determinada, se cree que el 11 de marzo de 1854, el primer gobernador del recién creado territorio de Washington, Isaac Ingalls Stevens, convocó a una reunión para debatir la rendición o venta de la tierra de los indios a los colonos blancos. Después de que Stevens explicara su misión, habló Si'ahl. Al parecer, puso la mano sobre la cabeza del mucho más pequeño gobernador y habló con gran dignidad durante largo rato.

Pero nadie sabe exactamente qué dijo.

Si'ahl habló en lushootseed; alguien cuyo nombre se ha perdido tradujo sus palabras a la jerga chinook, una *lingua franca* o creole del oeste de Estados Unidos formada por diversas lenguas amerindias, inglés y francés; y otra persona más tradujo estas palabras al inglés para que Stevens se enterara de lo que se había dicho.

Nadie más volvió a hablar del discurso del jefe. En 1855, sabiendo que Stevens era un personaje bastante brutal en su trato con los indios, Si'ahl optó por firmar junto con otras tribus locales el Tratado de Point Elliott con el Gobierno estadounidense, representado por Stevens, y aceptó trasladarse a la reserva de Port Madison, donde hoy siguen viviendo los duwamish y los suquamish, tras renunciar al resto de sus tierras. A cambio, recibieron atención a la salud, educación y el reconocimiento de sus derechos de pesca y caza. Ni qué decir que hasta 1979 el Gobierno heredero de aquel que firmó esos tratados no reconoció finalmente todos los derechos de estas tribus.

Si'ahl siguió visitando la ciudad que llevaba su nombre. Allí se le tomó en 1865 la única fotografía que se conoce de él: un hombre de largo cabello, camisa blanca, pantalones amplios, sosteniendo lo que

podría ser una cesta o un sombrero de palma y un bastón. Salió, como es frecuente, con los ojos cerrados, aunque algunos retoques un tanto siniestros se los abren antinaturalmente. Ni rastro, claro, de los tocados de plumas con los que la imaginación viste a todos los indios. Esos penachos, por cierto, son tocados de guerra propios de las tribus indias de las llanuras interiores, los que sí cazaban bisontes, como los cheyennes, los comanches, los piesnegros o los sioux. El *marketing* ecoingenuo no suele ilustrar la carta con esa única fotografía del jefe, sino con la foto de algún otro indio ataviado con un impresionante penacho de plumas. Total, parecen pensar quienes difunden la carta, los indios son todos iguales. Así, junto a la carta del jefe Seattle suelen aparecer algunas famosas fotografías del imponente jefe Nube Roja, que regía una banda de oglala lakota y llegó a liderar su tribu en 1868, o una de Caballo Loco, jefe de otra banda oglala lakota y que fue feroz rival del anterior, molesto porque tenía más éxito con los fotógrafos de los rostros pálidos. No suele importar que los oglala, los sioux y otras tribus vivieran a cientos —incluso miles— de kilómetros de los duwamish y que no tuviesen noticias unos de otros.

Si’ahl murió el 7 de junio de 1866, en torno a los ochenta años de edad, y fue enterrado en el cementerio suquamish, donde aún se conserva su tumba con una cruz, ya que hacia 1848 se había convertido al catolicismo con el nombre de Noé.

Durante los siguientes veintiún años siguió sin hablarse del discurso pronunciado por Si’ahl. Pero el 29 de octubre de 1887, un excéntrico médico, poeta, legislador, colono y simpatizante de la tragedia de los indios americanos, Henry A. Smith, publicó en el periódico *Seattle Sunday Star* una pieza titulada «Retazos de un diario», supuestamente basada en sus notas sobre el discurso del jefe Seattle. Afirmaba que se trataba sólo de un fragmento, en el cual el jefe Si’ahl agradecía a los blancos su generosidad, exigía que cualquier tratado garantizara el acceso de los indios a sus antiguos cementerios y hacía un contraste entre el dios de los blancos y sus dioses.

La carta de Smith la rescata tal cual el sitio web de la tribu suquamish,[7] mientras que el de los duwamish hace su apología del jefe Si’ahl sin mencionar el discurso ni el debate en torno a este.[8]

Si Henry Smith estuvo allí y tomó notas resumidas de lo que dijo el traductor al inglés que dijo el traductor al chinook que dijo Si’ahl, nadie lo sabe y nadie lo corroboró nunca. Se sabía que Smith fue amigo del

jefe en años posteriores y que lo admiraba sinceramente. También era conocido que tenía cierta capacidad poética, así que no es fantasioso imaginar que adornara la historia del discurso o la recreara sobre la base de unas memorias fragmentarias, sobre todo tres décadas después, para engrandecer la figura de un amigo querido.

Lo que no puede negarse es que, en esa versión, el discurso es bonito.

Aunque no lo suficiente para alcanzar el éxito del que goza hoy.

El discurso escrito por Smith se reprodujo en varias ocasiones en los años siguientes, a finales del siglo XIX y principios del XX, a veces con algún agregado, hasta que llegaron la era del *new age* y el hippismo, el verano del amor y los inicios de la izquierda feng-shui para dar forma a la carta tal y como hoy la conocemos y padecemos por la vía de un político demócrata, un académico contradictorio y la mayor empresa de medios religiosa de Estados Unidos.

EL DÍA DE LA TIERRA

En 1969, el político demócrata Gaylord Nelson —entonces senador por el estado de Wisconsin—, conocido ecologista, defensor del consumidor y de los derechos y libertades civiles, además de opositor a la guerra de Vietnam, concibió la idea del Día de la Tierra y encargó su organización a otro activista medioambiental y pacifista, Dennis Hayes. Éste logró movilizar a dos mil instituciones de educación superior, diez mil escuelas primarias y de bachillerato y varios cientos de municipios para celebrar esa festividad, que buscaba promover una mayor conciencia ecológica frente a problemas que comenzaban a hacerse evidentes, como la contaminación del aire y la tierra, los vertederos tóxicos o los derrames de petróleo. Se eligió el 22 de abril porque en esa fecha se celebraba tradicionalmente el Día del Árbol, una festividad estadounidense que se remonta a finales del siglo XIX.

En el invierno de ese mismo año, la revista *Arion* publicó una versión libre del discurso que había popularizado Smith, esta vez a cargo del profesor William Arrowsmith, de la Universidad de Texas en Austin, conocido por sus traducciones del griego clásico. Hombre de la Nueva Izquierda estadounidense, Arrowsmith, que vivió toda su vida como investigador y docente, era popular por sus discursos en contra de la educación universitaria, especialmente lo que llamaba, con gran desprecio, el «culto a los hechos». En este contexto, decidió escribir una

versión actualizada de la carta del jefe Seattle para adaptarla al estilo combativo y las preocupaciones de su tiempo.[9]

En la muy acartonada publicación académica en cuestión, Arrowsmith daba como fecha del discurso de Si'ahl el 9 de enero de 1855, aunque muy probablemente sea imprecisa. Quizá la fecha y el contenido reciclado para ajustarse a su visión ecológica y filosófica personal eran parte de su lucha contra el «culto a los hechos»; siempre es mejor manipular la realidad que arruinar una buena historia.

La Universidad de Texas en Austin participó en el primer Día de la Tierra de 1970 y, como parte de la celebración, Arrowsmith leyó en público el discurso que había imaginado y que impactó a los asistentes por su emocionalidad, un tanto ramplona quizá. Uno de los asistentes a la celebración era un colega de la misma universidad, el joven profesor de cine Ted Perry, quien quedó gratamente impresionado.

La Comisión de Radio y Televisión Bautista del Sur, una empresa perteneciente a la mayor iglesia protestante de Estados Unidos, la Convención Bautista del Sur, contrató por esos días a Perry para que escribiera el guion de *Home* («Hogar»), una película sobre los temas de moda: la contaminación y la ecología. El discurso de Si'ahl-Smith-Arrowsmith le venía como anillo al dedo al proyecto, de modo que Perry pidió permiso a este último para utilizar su pieza como base de su trabajo.

Perry entregó el guion y los jerarcas de la Convención Bautista del Sur procedieron a adaptarlo, editarlo, añadirle muchas referencias a Dios, darle un sesgo más cristiano y acorde a los principios de su Iglesia, e ilustrarlo con contrastantes escenas de bosques y playas prístinos e impolutos entremezclados con feas imágenes de contaminación, modernidad y tecnología. Así nació, ciento dieciocho años después de que Si'ahl pronunciara su pieza oratoria, lo que hoy se conoce como la carta del jefe Seattle, rápidamente popularizada cuando el documental fue emitido en 1972 por la cadena de televisión American Broadcasting Company (ABC).

Perry había hecho sólo un guion. «No comprobé la exactitud histórica de lo que escribí», explicó. El guionista se planteó trasladar al jefe Seattle al mundo de 1970 e imaginarse lo que diría, utilizando la misma legítima licencia dramática con la cual Shakespeare nos cuenta un Macbeth muy distinto de aquél que históricamente fue rey de los escoceses en la Edad Media. La cuestión empeoraba porque, en lugar de

señalar en los créditos que el guion había sido «escrito por Ted Perry», los expertos de *marketing* de la Convención Bautista del Sur prefirieron dejar «investigado por Ted Perry» porque daba más credibilidad al discurso-carta.

Desde entonces, Ted Perry, además de seguir dando clases de cine en diversas universidades, ha dedicado muchos esfuerzos a intentar que los entusiastas de la falsa carta se enteren de que están siendo engañados y de que las palabras de preocupación ecológica y de destrucción del medio ambiente no proceden de un indio —en el guion de Perry se autonombra «salvaje», cuando ciertamente no lo era—, sino de un guionista estadounidense preocupado por el medio ambiente.

No lo ha logrado.

El cuento adquirió su forma final cuando la revista *Environmental Action Magazine* publicó su número del 11 de noviembre de 1972, donde el discurso de Seattle se había convertido en una versión reducida del guion de Perry y era presentado como una carta de Si’ahl al presidente Franklin Pierce. Esta es la versión más difundida por el ecologismo y el neoprimitivismo militantes.

Que la carta era producto de la imaginación de Ted Perry ya había sido avisado en 1984 por el doctor Rudolf Kaiser, un historiador alemán especializado en indígenas norteamericanos que fue lo suficientemente sagaz como para darse cuenta de que expresiones como «ciudades del hombre blanco», «alambres de hablar», «miles de búfalos pudriéndose en la pradera» y «humeante caballo de hierro» eran expresiones que no podían haber surgido de la boca de Si’ahl. Kaiser llevó a cabo la investigación correspondiente hasta llegar a Perry, quien simplemente le escribió en una carta: «Escribí un guion que era ficción».[10] En 1991, *The New York Times* publicó un amplio artículo relatando lo esencial del embuste.

No importó.

Ese año, la pintora Susan Jeffers publicó un libro para niños con sus ilustraciones para la famosa carta, que llegó a estar en el quinto lugar de la reseña de libros del mismo periódico. En 1992, la organización del Día de la Tierra en Estados Unidos envió por correo la espuria carta a 6.500 líderes religiosos. Poco después, Al Gore la citó en su libro *La Tierra en juego*. Y así, año tras año, este texto apócrifo se ha perpetuado en todos los lugares y formatos que puedan imaginarse, ilustrado,

comentado, recitado, editado para que sea más acorde a tales o cuales intereses e incluso usado como inspiración de canciones lamentables.

La omnipresente carta del jefe Seattle se hizo viral cuando internet apenas nacía, y así ha tenido más éxito que falsificaciones cuidadosamente pergeñadas como las de los diarios de Hitler, y además nada parece indicar que algún día los adeptos a este texto vayan a admitir que, en realidad, son las palabras de un joven guionista blanco «verde». En palabras del propio Ted Perry, que por lo demás no suele hablar del tema: «¿Por qué estamos tan dispuestos a aceptar un texto como éste si se le atribuye a un nativo americano? Es otro caso de colocar a los nativos americanos en un pedestal y no responsabilizarnos de nuestras propias acciones».

6

Con las cosas de comer…

¿Qué tienen en común el Imperio acadio, el antiguo reino egipcio, la cultura micénica, los hititas, los mayas, las dinastías Tang y Ming en China, el imperio de Tiahuanaco en Bolivia, el imperio jemer en Camboya y los anasazi del suroeste estadounidense? Todas esas culturas colapsaron, según los expertos, porque perdieron la capacidad de alimentarse como consecuencia de las sequías y otros desastres, naturales o debidos a la acción humana.

Alimentarse es una de las preocupaciones básicas de sociedades y estados, y el hambre, una de las amenazas más aterradoras. Al mismo tiempo, la alimentación ha supuesto un misterio, y sus efectos en el cuerpo humano han despertado las especulaciones más diversas, por lo que todo lo relativo al comer ha sido campo libre para supersticiones, consejas, creencias y estafas desde que el hombre domesticó a las primeras plantas hasta la actualidad.

La llegada de la ciencia al campo lo cambió todo en relativamente poco tiempo. Lo primero que se hizo evidente fue un aumento continuado en la productividad de la agricultura que ha ocurrido desde finales del siglo XVII, con el conocimiento de la biología y los procesos de cultivo, fertilización y técnicas diversas que dieron alguna certeza mayor a los campesinos sobre los frutos de su trabajo. Uno de los puntos de inflexión en este cambio fue el comienzo del estudio serio de la genética, con los trabajos de Gregor Mendel y Charles Darwin en el siglo XIX, que permitirían sistematizar los avances de la agricultura, entender cómo se realizaba desde la polinización hasta el crecimiento de la semilla a la planta adulta, sus necesidades, sus nutrientes, sus enemigos y cómo conseguir más alimentos para alimentar mejor a una población que crecía en número al haber individuos que empezaban a vivir mucho más tiempo.

LYSENKO Y LA GENÉTICA FICCIÓN

Si la genética botánica era, y así lo entendían científicos y gobernantes, un camino prometedor a la seguridad alimentaria de los pueblos, no podía ser ajena a la Revolución soviética, el audaz y enorme experimento de Lenin y sus sucesores por llevar a la práctica las teorías de Marx, Engels y otros filósofos, y eso pese a que las ciencias relacionadas con la agricultura no tendrían por qué ser una cuestión de izquierda o derecha, sino de hechos y fantasía. Con las cosas de comer no se juega.

El forjador y líder de la Revolución bolchevique y después cabeza del Estado soviético, Vladímir Ilich Uliánov, más conocido como Lenin, ya había dedicado un largo estudio a la cuestión agraria en 1901. Más tarde, una gran parte de los debates en el país se refirieron a cómo se conseguiría una más eficaz labor agrícola, en lo político y en lo técnico. El Partido Comunista, que ahora lo controlaba todo, debía decidir sabiamente si lo oportuno era promover la existencia de granjas pequeñas o si eran mejores las explotaciones extensas, si los campesinos tenían que ser agentes económicamente independientes o si bien se los debía transformar en obreros agrícolas de grandes latifundios dirigidos por el Estado. Y, sobre todo, qué técnicas —como la mecanización, que Lenin defendía con entusiasmo— debía emplear el nuevo sistema para alimentar a los ciento cuarenta millones de nuevos ciudadanos soviéticos.

Antes de la revolución, el genetista Nikolái Ivánovich Vavílov (1887-1943) ya había empezado a recorrer el mundo estudiando la inmunidad de las plantas desde el punto de vista genético, buscando combatir las plagas que podían acabar con una cosecha y provocar el hambre. Decidido a aprovechar las oportunidades que ofrecía la Revolución bolchevique, incluso había conminado a sus colegas que huían para que se quedaran y sirvieran a su país.

Ya instalado el gobierno comunista, Vavílov conoció al ucraniano Trofim Denisovich Lysenko (1898-1976), un hijo de campesinos pobrísimos que había estudiado agronomía en el Instituto de Agricultura de Kiev. Al bien formado biólogo, Lysenko le parecía un simple agrónomo práctico, en modo alguno un teórico preparado, y como tal le prestó su apoyo sin saber que ambos se encontrarían en el centro de una lucha feroz por decidir si la genética se comportaba de acuerdo con la realidad o según la ideología. Lo que se jugaba no era sólo el hambre y la supervivencia de los soviéticos, sino también el futuro de los participantes en la confrontación. El monto de la apuesta aumentó enormemente en 1922, cuando murió Lenin y quedó al mando del enorme país Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, el implacable Stalin.

Sin más que algunas experiencias interpretadas un tanto libremente, en 1927 Lysenko anunció que disponía de un método para cultivar sin fertilizantes y que podía conseguir una cosecha invernal de guisantes. El diario oficial soviético *Pravda* elogió a este «científico campesino», prototipo del héroe soviético. Aunque Lysenko no tenía formación científica, creía que los organismos cambiaban su genética de acuerdo al medio ambiente, siguiendo las ideas del naturalista francés Jean-Baptiste Lamarck, pionero de la evolución, quien afirmaba que los cambios del individuo se transmitían genéticamente. Así, por ejemplo, las jirafas tenían el cuello largo porque cada generación lo estiraba un poco más para llegar más alto que la anterior, y ese rasgo se heredaba. Su hipótesis fue abandonada ante las evidencias que sustentaban la teoría de Charles Darwin, según la cual la variación de los individuos al reproducirse permite que algunos tengan una pequeña ventaja al competir por los recursos y, por tanto, tengan mayores oportunidades de reproducirse. Según Darwin, este fenómeno, al acumularse a lo largo de grandes períodos de tiempo, se convierte en una modificación común a toda la población: variación natural y selección natural.

Lysenko y el estudiante de filosofía Isai Prezent desarrollaron, sin hacer observaciones ni investigaciones, pero bien anclados en la ideología, un modelo genético que rechazaba el de Gregor Mendel, Charles Darwin, August Weismann —el descubridor de que la herencia se lleva a cabo sólo mediante las células reproductoras— y Thomas Hunt Morgan —quien demostró el papel del cromosoma en la herencia— por considerarlo una expresión «capitalista y burguesa», mientras que la genética que ellos estaban creando de la nada era marxista, revolucionaria y proletaria. Para ello no tuvieron reparos en falsear y reinterpretar el trabajo del biólogo ruso Iván Michurin a fin de darle un nombre ruso a su modelo: michurinismo. A esto se unieron las afirmaciones exageradas de Lysenko sobre su capacidad de obtener cultivos abundantes y en clima adverso, y sus promesas de milagros fantásticos, como que las plantas de trigo produjeran semillas de centeno y cebada o que una planta injertada en otra formara una nueva especie que se reproducía a través de semillas con características de las dos. Los científicos denunciaban que tales hazañas eran imposibles, pero Stalin decidió que Lysenko debía tener razón y, en 1929, declaró públicamente que en la Unión Soviética la visión del Partido era más importante que la «ciencia», y que ir al campo y actuar de cualquier forma era mejor que hacer teoría.[1]

Vavílov prosiguió con su trabajo. Consiguió analizar la genética de las plantas y determinar en qué zona geográfica había comenzado la

domesticación de cada cultivo histórico, el llamado «centro de Vavílov de diversidad genética» (hoy se conocen doce, como el de Oriente Medio, donde se domesticaron, entre otros, el trigo candeal o duro, el centeno, el lino, la aceituna, la col, el espárrago y el anís). Descubrió además la ley de las series homólogas de variación: si hay variaciones genéticas en una especie, también aparecerán en cualquier otra genéticamente próxima, es decir, que la probabilidad de mutación de genes similares es la misma.

Su otra misión, desde 1916, era recorrer el mundo para obtener muestras de cuantos cultivos pudiera, reuniendo el que fue el mayor banco de semillas del mundo, ubicado en Leningrado (hoy San Petersburgo), con más de 220.000 especies obtenidas en viajes a sesenta y cuatro países de todo el planeta. Mientras tanto, Lysenko se dedicaba a asegurarle a Stalin que no era necesario mejorar los cultivos soviéticos con semillas traídas de otros países como hacía Vavílov, ya que la semilla soviética era naturalmente superior.

En 1934, Vavílov fue uno de quienes recomendaron que se admitiera a Lysenko en la Academia de Ciencias. Un año después, Lysenko quedó al frente de una de sus ramas, la Academia de Ciencias Agrícolas de la URSS, y empezó una profunda purga entre los científicos con ideas «incorrectas», «perjudiciales» y «contrarrevolucionarias». «Esté en el mundo académico o no, un enemigo de clase siempre es un enemigo de clase», sentenció Lysenko en 1935, señalando el rumbo que asumiría la investigación botánica y genética. Todos aquellos genetistas científicos que no cedieron acabaron expulsados de sus puestos académicos, encarcelados o fusilados.

Vavílov logró sobrevivir a las purgas durante 5 años, aunque sabía lo que le esperaba. En una reunión del instituto de cría vegetal en marzo de 1939, dijo: «Iremos a la pira, seremos quemados, pero no nos retractaremos de nuestras convicciones. Os digo, con toda franqueza, que creo e insisto en lo que pienso que es correcto, y no sólo creo —porque asumir las cosas a partir de la fe es absurdo en la ciencia— sino también digo lo que sé sobre la base de una amplia experiencia. Esto es un hecho, y retractarse de él porque alguien que ocupa elevados puestos lo desea, es imposible».[2]

En 1940, fue detenido durante una expedición a Ucrania y enjuiciado por acusaciones imaginarias: instigar a la contrarrevolución, sabotear a los trabajadores y espiar para Inglaterra. En julio del año siguiente, se lo condenó a muerte y a la confiscación de todos sus bienes. En 1942 la pena se le conmutó por veinte años de trabajos forzados y se lo envió al gulag de Sarátov, donde dio conferencias sobre ciencia a otros presos y redactó una *Historia de la agricultura mundial* que permanece inédita. El científico que

había soñado con alimentar a todo el planeta murió de desnutrición aguda en el hospital de la prisión el 26 de enero de 1943.

Lysenko, mientras, siguió cosechando el favor del poder, aunque realmente nunca entregó los resultados que con tanto bombo solía anunciar. La genética de Lysenko y Prezent se convirtió en ciencia oficial, y los libros de texto se reescribieron para denunciar que los genes eran una parte «mítica» de las estructuras vivientes promovida por teorías reaccionarias. La verdad oficial quedaba consagrada. Y, para confirmarlo, en 1948 el filósofo Isai Prezent, quien jamás había estudiado biología, se convertía al mismo tiempo en decano de las facultades de Moscú y Leningrado dedicadas a esta ciencia.

China, que tuvo su propia revolución comunista en 1949, estaba ideológicamente muy cerca de la URSS y de Stalin en esa época. Ante la necesidad de alimentar a su dilatada población (más de 541 millones de personas ese año), los científicos chinos miraron hacia su vecino y a su agrónomo más reconocido, el camarada Lysenko, al que consideraban infalible hasta tal punto que la educación de los agrónomos de la República Popular China se basó durante mucho tiempo en sus afirmaciones.

Sería injusto decir que la gran hambruna china de 1959-1961, que provocó la muerte de entre quince y cuarenta millones de personas, fue culpa sólo de Lysenko, pero sin duda jugó un papel en ella. Mao Zedong, el líder de la China comunista, decidió modernizar de un golpe el país avanzando rápidamente en la industria y la agricultura en pocos años. Lo llamó El Gran Salto Adelante. Para ello, se echó mano de las ideas de Lysenko y de sus cortesanos, como la de que se podían plantar las semillas mucho más cerca unas de otras si eran de la misma especie, por lo que no competirían entre sí (pero sí lo hicieron, y las cosechas resultaron menos productivas y con plantas más pequeñas y débiles, como por otra parte ya sabían los campesinos). Otra decisión de profunda ignorancia ecológica fue la campaña para deshacerse de los gorriones, acusados de comerse las semillas plantadas y atacar los cultivos. Millones de campesinos salieron a matar tantos gorriones y otras aves como pudieron, con el resultado de que todas las plagas de las que estas especies eran depredadoras se vieron libres para atacar los débiles campos lysenkificados.

Añádase a esto una colectivización del campo, organizado en comunas de modo más bien improvisado, y una sequía inesperada. El desastre fue inmenso. Poco después, la genética mendeliana y la agricultura basada en conocimientos científicos fueron readmitidas en China, aunque la visión de Lysenko aún tuvo presencia durante años.

El lysenkoísmo (o lysenkismo) se mantuvo como la ciencia genética oficial de la URSS y de los países que quedaron bajo la influencia soviética después de la Segunda Guerra Mundial. Además de una productividad siempre en descenso del campo soviético, su legado fueron más de tres mil biólogos y genetistas despedidos, encarcelados o ejecutados. Esto siguió hasta que, a raíz del desarrollo de las bombas y la energía nucleares, los físicos se interesaron en la genética. La radioactividad provocaba mutaciones, desarreglos en el ADN y deformidades congénitas, así que resultaba importante saber qué mecanismos entraban en juego. Los físicos soviéticos descubrieron así con horror la influencia de Lysenko y su divorcio absoluto de toda práctica científica.

En 1964, después de que Nikita Jruschov, el último valedor de Lysenko, fuera destituido como primer ministro, el científico Andréi Sájarov, padre de la bomba de hidrógeno soviética y luego pacifista (el mismo camino que antes había seguido Einstein), denunció a Lysenko en un discurso ante la Academia de Ciencias por ser el «responsable del vergonzoso atraso de la biología soviética y de la genética en particular, por la diseminación de puntos de vista seudocientíficos, por aventurerismo, por la degradación de la enseñanza y por la difamación, despido, arresto e incluso muerte de muchos científicos genuinos».

Un año después, en 1965, Lysenko fue destituido como director del Instituto de Genética de la Academia de Ciencias, después de una investigación. No obstante, mantuvo su puesto como investigador hasta su muerte, el 20 de noviembre de 1976, en Ucrania, entonces una de las repúblicas de la Unión Soviética.

Entretanto, en 1955 había comenzado la rehabilitación de Vavílov, quizá la más ilustre víctima de Lysenko. En los años siguientes, una investigación lo declaró inocente de todos los cargos que le habían llevado a la cárcel y a la muerte y, en 1968, el centro donde había realizado su trabajo en Leningrado (hoy San Petersburgo) fue rebautizado como Instituto N. I. Vavílov de la Industria Vegetal, y hoy su nombre es parte del de numerosas instituciones científicas. Como colofón, el centenario de su nacimiento se celebró en 1987 con todo fasto.

El asalto de Lysenko a la genética soviética fue más allá de los intentos místicos de la magia por ocupar un lugar junto a la ciencia. Se trató de un intento de usurpar directamente los métodos y prestigio de la ciencia. Al llamar «seudociencia» al lysenkoísmo, Sájarov destacaba que no estábamos ante una mentira o una estafa comunes, ante la idea de la magia como una

forma de afectar el mundo natural desde los espacios de lo sobrenatural, sino ante una puesta en escena de ciencia falsificada, que fácilmente resultaría indistinguible de la ciencia legítima para un lego. Esta confusión se da continuamente entre la gente y entre los responsables de los gobiernos, que suelen aceptar como ciencia o como práctica equivalente a ésta cualquier afirmación revestida de un lenguaje y un atrezo de apariencia seria, dándoles una entidad que nunca le otorgarían a la magia que se presenta como tal.

LA AMENAZA EN EL PLATO

En 2008, el activista, periodista y escritor sobre comida Michael Pollan publicó el libro *In Defense of Food: An Eater's Manifesto* (*En defensa de la comida: manifiesto de un comensal*) donde popularizó esta frase: «Si no puedes pronunciarlo, no te lo comas». Pollan se convirtió en consejero alimentario de una buena parte de la población estadounidense simplemente con una serie de frases contundentes.

«No comas nada que tu abuela no reconocería como comida», por ejemplo, es una recomendación que tiene ese sabor de falacia natural y rousseaunismo reposados al sol: las abuelas son sabias, el pasado era mejor, la comida de antaño tenía más sabor y más nutrientes, los villanos nos han quitado «nuestra» comida para sustituirla por productos sospechosos, tóxicos y que sólo sirven para ganar dinero. Pero olvida que nuestras queridísimas abuelas (de las que nunca diré nada malo) jamás habrían considerado «comida» el sushi, la fruta de la pasión, el kiwi o cientos de productos que no estaban en el mercado en sus años, sin que esto signifique nada en concreto. Y que, por supuesto, la seguridad alimentaria de la que disfrutamos hoy es mucho mayor que la de nuestros ancestros, para quienes los envenenamientos e intoxicaciones eran asunto cotidiano. La leche «directa de la vaca» que muchos abuelos consideraban un verdadero manjar era un caldo de cultivo de bacterias peligrosas, como la salmonela, y podía causar enfermedades como la listeriosis, la fiebre tifoidea, la tuberculosis, la difteria y la brucelosis. Aunque cualquier abuela vería con sospecha la leche ultrapasteurizada en envase de cartón, ésta es indudablemente más segura.

Pero toda la popularidad y los beneficios económicos que disfruta gente como Pollan se sustentan en causar miedo y luego allanarlo mediante falacias y frases fáciles de digerir. «No coma nada que tenga más de cinco ingredientes», otra de las máximas de Pollan, se desmorona en el momento en que uno entra en el terreno de las paellas, los cocidos, la fabada y miles de

sabrosos alimentos que no tienen nada de malo si se consumen con la moderación que pueden indicar los conocimientos actuales sobre nutrición y medicina. De los que gente como Pollan claramente carece.

Como tantas otras cosas, la alimentación es un proceso enormemente complejo. Sin embargo, para poder someter la alimentación a la visión del *new age*, es necesario aplicarle el milenario y potente proceso de simplificación e hipersimplificación. La parte ideológica está fácilmente dada por el hecho de que la alimentación es un negocio y, además, la tecnología interviene en ella, sobre todo cuando hay procesos industriales en los cultivos, la ganadería, el procesamiento de los alimentos y, por supuesto, su comercialización. En el prejuicio de que el comercio es malévolo de origen, ya hay una condena antes de empezar el análisis.

Y las empresas alimentarias han asumido el reto como una gran oportunidad de *marketing*. En vez de emprender campañas de concienciación, de educación, de explicación de la realidad de las sustancias químicas satanizadas por el primitivismo, han aprovechado esta irracionalidad para vender «lo que quiere la gente»: alimentos sin conservantes, sin colorantes, sin aditivos, sin transgénicos, sin gluten, sin esto y sin lo otro. Un gran ejemplo de la comercialización cómplice con los delirios del *new age* es la llamada «sal de los Himalayas» que, para empezar, no proviene de allí, sino de una mina paquistaní situada a más de trescientos kilómetros de esa cordillera. Su color rosado se debe a que contiene polihalita, una mezcla natural de sulfato hidratado de potasio, calcio y magnesio que, en su forma pura, se utiliza como fertilizante. Si el letrero pusiera que se está vendiendo «sal de Pakistán con sulfato de potasio, sulfato de calcio y sulfato de magnesio», su desastre comercial estaría asegurado. Pero todo ese despropósito comercial e informativo palidece ante el hecho de que muchas marcas anuncian esta sal como «natural», «vegana», «libre de transgénicos» y, para colmo, «sin gluten». Conviene saber que un mineral no es vegano al carecer de componentes vegetales, no puede tener transgénicos ni gluten y que, además, esta sal de bonito color carece de beneficios para la salud, no hace más sabrosos los platos cocinados con ella ni tiene otras propiedades mágicas, como las que se le atribuyen cuando se vende en forma de bloques convertidos en lámparas, con una bombilla en su interior, y se sugiere que su luz es capaz de alguna hazaña *new age* como, por ejemplo, alinear los chakras.

Entre ese extremo y una publicidad racional y basada sólo en hechos, está lo que ofrece hoy en día el estante de cualquier supermercado. Numerosos

científicos se han preocupado por esos productos, entre ellos José López Nicolás, divulgador contra los «alimentos funcionales» que prometen beneficios mucho más allá de los nutritivos. En su libro *Vamos a comprar mentiras*, López Nicolás estudia en detalle cómo las industrias alimentaria y cosmética utilizan las ideas más extravagantes del alternativismo para promover sus mercancías. No deja de ser curioso que haya tanta preocupación por los peligros imaginarios que pueden representar quienes, grandes o pequeños, comercializan alimentos y tan poca, en general, por los chanchullos reales, naturales, orgánicos, libres de tales y cuales sustancias que explotan la ignorancia, el sensacionalismo y la visión primitivista para su negocio. Así, se vende pan que se anuncia sin transgénicos a pesar de que aún no hay trigo transgénico en el mercado, o yogures que pretenden sustituir a un cardiólogo y, además, los alternativistas se muestran encantados con ese giro de mercado y suelen ser buenos clientes de tales productos.

VIVA LA INTOLERANCIA (ALIMENTARIA)

Hoy, todo el mundo nos ofrece productos libres de gluten. Parece como si los seres humanos fuéramos tan vulnerables a él como a la estricnina y al cianuro de potasio. Esta angustia existencial relacionada con el gluten habría sido recibida probablemente con carcajadas por los ancestros de todos nosotros que se han alimentado de él durante los últimos doce mil años, como poco, desde que domesticaron y empezaron a cultivar el trigo en el Creciente Fértil de Oriente Medio. Un trigo que, con sus proteínas, permitió abandonar el nomadismo, crear asentamientos permanentes y fundar las civilizaciones humanas hasta llegar a los reproductores MP3 y las sondas espaciales.

Las proteínas son los elementos que nuestro cuerpo utiliza para construirse: toma las que comemos, las disgrega en sus componentes básicos, los aminoácidos, y aprovecha éstos para crear las suyas propias, las que forman nuestros músculos, órganos y demás tejidos. Pues bien, el gluten es una de esas proteínas. Presente en grandes cantidades en cereales como el trigo, el centeno, la cebada y la escanda, está compuesto a su vez por dos familias de proteínas: las gliadinas y las gluteninas. De las primeras, hay cuatro tipos que se designan con las letras alfa, beta, gamma y omega. Al unirse las gliadinas y las gluteninas, adquieren elasticidad y atrapan las burbujas de aire de las levaduras para que la masa se esponje.

Sin embargo, entre el 0,5 y el 1 % de los seres humanos sí tienen un problema con el gluten: tres de los tipos de gliadinas, alfa, gamma y omega,

provocan una reacción autoinmune en su cuerpo que daña el revestimiento del intestino delgado, las vellosidades aterciopeladas responsables de la absorción de los nutrientes contenidos en los alimentos. Este trastorno, la celiaquía, puede causar desde dolor, gases y estreñimiento a diarrea, hematomas y convulsiones.

Suena terrible, en efecto, pero como ocurre con muchos trastornos, hay varios grados de celiaquía. No todos los celíacos presentan estos síntomas ni los sufren con la misma gravedad, además de que otras manifestaciones más subjetivas, como la fatiga o la depresión, no pueden ser cuantificadas. Y el problema es que todos estos síntomas pueden tener muchos orígenes, de modo que su presencia no basta para diagnosticar celiaquía. El diagnóstico certero de esta enfermedad requiere, primero, un análisis de sangre destinado a detectar ciertos anticuerpos específicos que actúan contra la enzima responsable de la respuesta autoinmune en la celiaquía, la transglutaminasa tisular. Aunque estos anticuerpos se hallen presentes, el diagnóstico aún no es firme y debe verificarse con una biopsia, es decir, tomando una muestra de tejido del intestino delgado para ver si las vellosidades están aplanadas y tienen muestras de los daños que provoca la celiaquía. Sólo entonces el médico puede dictaminar que el paciente debe abandonar el gluten. Una dieta sin esta proteína permite que se normalice el tejido del intestino, lo que se confirma, nuevamente, con análisis de sangre y biopsias. Si los análisis determinan que se han reducido los anticuerpos y la biopsia muestra un intestino delgado más sano, lo más probable es que se padezca celiaquía y que dejar de comer gluten haya mejorado el resultado de los análisis. Sin embargo, los productos sin gluten no se orientan sólo a los celíacos, sino a la población en general. Como señala José López Nicolás, la estrategia comercial es clara: «Siembro el pánico al gluten y luego digo que mi producto no lo tiene».

Pero los investigadores no sólo ponen en duda que exista una «intolerancia al gluten» que no sea la enfermedad celíaca, sino que sugieren que algunas reacciones atribuidas a esta proteína lo son, en realidad, a otros componentes presentes en alimentos con gluten, como los azúcares y carbohidratos fermentables.

La fobia al gluten surgió en 2011 cuando el cardiólogo estadounidense William Davis decidió que esta proteína era la causa de todos los males de la humanidad y presentó sus ideas en el libro *Wheat Belly* («barriga de trigo»). Convertido en un *best seller* instantáneo, en él afirmaba que la mitad de los estadounidenses estaban enfermos por comer trigo, que era la causa principal

de la obesidad. Y, lo más asombroso, para llegar a esa conclusión no hizo ningún estudio científico, ningún experimento, ninguna observación sistemática de grupos controlados de personas. No importaba, ninguno de sus clientes los pidió. La gente tiende a confiar en los médicos (siempre que éstos cortejen sus creencias y miedos) sin pensar en que, desde un punto de vista estricto, no son científicos. Sí, algunos de ellos hacen trabajo científico, pero es una labor para la cual se educan independientemente de la medicina.

En poco tiempo, Davis tenía un imperio económico y su historia había cambiado. Ahora proponía que se dejara de comer todo tipo de cereales, siguiendo las creencias sin fundamento de otros comerciantes del miedo y las dietas milagro —los promotores de la paleodieta, «comamos como en el Paleolítico»— y comercializaba nuevos libros, cursos, productos e incluso cruceros al Caribe con él como anfitrión.[3]

DEPURÉMONOS TODOS EN LA LUCHA FINAL

El villano más temible es el que no podemos ver, el que no sabemos qué es ni de dónde viene, ni cómo evitarlo, pero que acecha en todo momento nuestra vida, que nos ha invadido y controla lo que hacemos. Con él, lo único que podemos hacer es un ritual para expulsarlo.

No, no es necesario un exorcismo para expulsar al demonio de nuestro interior, basta con su expresión moderna, una «limpieza de toxinas». Por ejemplo, un sitio que depreda las preocupaciones de salud de los mayores de cincuenta años (a quienes se insiste en tratar como ancianos, sin tener en cuenta que los avances de la medicina les han dado calidad de vida, actividad, energía y bienestar) anuncia de modo ominoso:

> Cuando se produce una acumulación de toxinas en el organismo, el cuerpo dispone de señales propias de aviso. Así, en forma de síntomas, nos avisa de que algo no va bien, de que sobran toxinas y hay que eliminarlas. El cuadro sintomático es variado pero, de forma generalizada, puede incluirse en él un cansancio injustificado, una mala digestión, un dolor de cabeza, insomnio, retención de líquidos o pérdida de concentración.

Como siempre, esto se cura «depurándose», lo que puede significar todo aquello el vendedor de miedo quiera: zumos de verduras especialmente amargos (como el concentrado de brócoli), frutas, sesiones de reiki, sesiones de spa, masajes, ejercicios, prácticas descabelladas y caprichosas, la compra de libros, la asistencia a conferencias y cualquier otra mercancía.

Pero ¿qué son las toxinas?

Depende de a quién le pregunte usted. Si acude a un médico de verdad o a un biólogo, éste le dirá, en resumen, que «las toxinas son venenos de origen orgánico, es decir, producidos por animales, plantas o bacterias». No son asunto de broma, por supuesto. Basta inhalar un microgramo (una millonésima de gramo) de toxina botulínica para morir. Pero estamos familiarizados con muchas otras toxinas, más o menos potentes: los venenos de las abejas, las avispas, las arañas, las serpientes y otros animales son toxinas, igual que las que producen distintos tipos de setas venenosas.

Así, para un científico, las toxinas se distinguen de otros venenos o sustancias dañinas porque se producen en el interior de un organismo vivo, y sólo pueden ser de tres tipos: moléculas pequeñas (nombre de unos compuestos orgánicos, no se aplica a todas las moléculas de tamaño pequeño), péptidos (cadenas de aminoácidos unidas por un tipo de enlace orgánico) y proteínas.

Si no lo produjo un ser vivo, no es una toxina. No lo son, por tanto, el humo del escape de los automóviles, el mercurio que se puede acumular en los peces (y en nosotros), el aluminio, el cloro, la aspirina, el plomo, el amianto, la luz ultravioleta ni ninguno de los cientos de sustancias o fenómenos que forman el vasto imaginario de las «toxinas» del mundo conspiranoico (que entrecomillaré para diferenciarlas de las verdaderas).

Esto no quiere decir que muchas de esas sustancias no sean venenosas, que lo son, pero quienes se dedican al negocio de las «toxinas» (y de la desintoxicación, la depuración y los detox) no diferencian entre los venenos en general y las toxinas de origen orgánico. Esto podría deberse a simple ignorancia o bien a que la carga emocional de la palabra y sus derivados es mucho más potente. ¿Se puede uno «desenvenenar»? El término no es común, quizá ni exista, y como mucho se pueden tomar antídotos de algunos venenos. En cambio, «desintoxicar» suena a algo que todos querríamos hacer.

La mitología sobre las «toxinas» incluye una larga serie de conceptos e ideas erróneos:

1. Las «toxinas» son productos del mundo industrial, moderno, contaminador. Se trata de sustancias antinaturales, químicas y producidas por irresponsabilidad o maldad. Una mezcla perfecta de neofobia, quimiofobia y conspiranoia.
2. Es imposible huir de ellas. Las «toxinas» están en el aire y en los alimentos, en la ropa y en el agua, en los medicamentos y en todo lo que tocamos.

3. Las «toxinas» se acumulan en el cuerpo insidiosamente, y cuantas más hayamos reunido en nuestro interior por vivir en el mundo moderno, ser consumistas y estar sometidos a los sospechosos habituales, peor nos sentiremos.
4. Hay una serie de procedimientos o rituales más o menos mágicos que, según los depredadores de estos miedos, tienen por objeto «limpiar», «desintoxicar», «depurar» y «armonizar» nuestro cuerpo eliminando las «toxinas».
5. Las «toxinas» son las responsables de todas las enfermedades. Entre ellas, y de modo muy especial, por supuesto, el cáncer.

En cuanto a los dos primeros puntos, las toxinas reales son productos naturales al cien por cien, pero debemos evitarlas porque han evolucionado justo para ser ferozmente dañinas, en muchos casos mortales. Por ejemplo, para matar a un ser humano bastan dos millonésimas de gramo de una de las más potentes toxinas conocidas, la de la rana dardo dorada del Amazonas (*Phyllobates terribilis*).

El punto tercero, sin embargo, puede ser uno de los más aterradores: las «toxinas» se acumulan en nuestro cuerpo. ¿Es cierto?

No. O al menos no de modo común.

Las sustancias que sí lo hacen son algunas muy concretas. Los finos polvos del carbón y el amianto (o asbesto) se fijan en los pulmones y pueden causar enfermedades como la silicosis, endémica para los mineros del carbón hasta hace poco tiempo, o la asbestosis y un cáncer llamado mesotelioma. Algunas vitaminas —las que se disuelven en grasa y no en agua (liposolubles), como la vitamina A— también pueden acumularse y causarnos trastornos graves y, en ocasiones, irreversibles. La hipervitaminosis A, por ejemplo, provoca aumento en la presión intracraneal, mareos, náuseas, dolor de cabeza, irritación de la piel, dolores articulares, daños perdurables al hígado y, en casos graves, el coma y la muerte. Algunos pesticidas y metales pesados, como el plomo y el mercurio, sí pueden «acumularse en el cuerpo» —los expertos lo llaman «bioacumulación»—, pero la idea de que tal acumulación es un fenómeno generalizado con numerosas sustancias y que debe inquietarnos tiene su origen en la historia del DDT (véase capítulo 3) y en la del mercurio acumulado en los peces y después en los seres humanos que causó una tragedia en la ciudad de Minamata, en el sudoeste de Japón, que marcó uno de los puntos de inflexión del movimiento ecologista.

Durante más de treinta años, una fábrica de productos químicos de la empresa japonesa Chisso vertió en la bahía de Minamata aguas residuales que

contenían metilmercurio, un subproducto de la fabricación del acetaldehído. En aquellos tiempos, el acetaldehído, una sustancia orgánica, era muy importante para la industria química, aunque ahora su relevancia ha disminuido considerablemente. El metilmercurio es un compuesto altamente perjudicial que tiene la característica de que sí se acumula en los tejidos vivos (no todos los compuestos de mercurio lo hacen). Con los años, fue absorbido por las formas de vida de la bahía subiendo a lo largo de toda la cadena alimenticia, desde los animales unicelulares hasta los peces y mariscos, en los cuales llegó a haber muy altos niveles de mercurio. Comer esos peces y mariscos provocó el envenenamiento de varios miles de personas, así como de animales domésticos en los alrededores de la bahía. El escándalo, que estalló en 1956, costó a la empresa millones de euros en indemnizaciones.

En la década de 1970, la difusión mundial del caso de Minamata a través de reportajes y ensayos fotográficos llevó a la conciencia mundial el peligro de la acumulación de mercurio en el cuerpo humano y sus aterradores efectos neurológicos, desde la descoordinación muscular a la parálisis y la muerte.

Sin embargo, no es sencillo condenar simplemente a la empresa, al menos durante los primeros años, porque nadie sabía siquiera que sus vertidos industriales eran peligrosos, mucho menos que eran los causantes de la misteriosa enfermedad. De hecho, el investigador Masazumi Harada dedicó varios años de trabajo a encontrar la causa de la «enfermedad de Minamata» e identificarla como un envenenamiento por mercurio, para luego determinar que tenía su origen en la fábrica química. Su labor científica fue tan relevante que obtuvo varios reconocimientos dentro y fuera de su país.

Eran tiempos en los que la conciencia ecológica apenas existía. Nadie se había dado cuenta de que todos los vertidos debían ser controlados ni estaba alerta sobre sus posibles daños, y todas las empresas actuaban de la misma manera, con más ignorancia que maldad. Sí es relevante, en cambio, que una vez que todo apuntaba a los vertidos de Chisso como los responsables de la enfermedad, la empresa intentara disimular, cambiar el lugar de sus vertidos, negarlo todo, reducir las repercusiones mediáticas del caso y defenderse en lugar de reaccionar rápidamente para evitar seguir causando daños. La actitud indolente, incluso criminal, de Chisso al seguir con los vertidos durante varios años más fue una importante motivación para la lucha y las denuncias, que se sucedieron hasta que, en 1968, la empresa cambió su proceso químico para producir el acetaldehído y dejó de utilizar el catalizador de mercurio que se convertía en metilmercurio. Ese mismo año, el Gobierno japonés dio a conocer las conclusiones que condenaban a Chisso por verter en torno a

ochenta y una toneladas de mercurio a la bahía desde 1932. Llegó a realizarse un juicio que demostraba la negligencia corporativa de la empresa y desde entonces se han sucedido las acciones legales. También resulta notable que por esos años hubo ataques contra los medios y los investigadores por parte de los propios habitantes de Minamata, muchos de los cuales eran trabajadores de la empresa responsable que veían en peligro sus empleos, sus medios de vida, el bienestar de su familia y su futuro si la fábrica se veía obligada a cerrar como consecuencia del escándalo. La empresa, finalmente, ha pagado indemnizaciones a todos los afectados, desde los pacientes de la enfermedad hasta las cooperativas pesqueras que tuvieron que abandonar su actividad y perdieron su medio de ganarse la vida.

Volvamos a los mitos sobre las «toxinas». Es muy dudoso que toda sustancia química cause enfermedades, pero eso no importa a quienes, por negocio o militancia, recomiendan todo tipo de desintoxicaciones o depuraciones contra toxinas de las que no nos suelen decir ni cómo se llaman ni qué fórmula química tienen. Si vamos a morir por culpa de las «toxinas», necesitamos salvadores. Éstos sobran, y están dispuestos a ayudarnos a «desintoxicarnos» con amables consejos o con algún procedimiento que puede costar unos cuantos euros o verdaderas fortunas. Es la industria del detox, de la depuración, un negocio enorme que también ha llegado a las estanterías de cualquier supermercado.

Resulta difícil explicar a quien está convencido de los peligros de esas «toxinas» que no hay pruebas de esas acumulaciones ni es posible hacer demasiado con las sustancias que realmente son peligrosas. Nuestros riñones e hígado se encargan —con admirable eficiencia, hay que decirlo— de lidiar con toxinas, venenos y sustancias dañinas. Cuando nuestros órganos no bastan, más vale tener a mano productos médicos, desde un buen anticrotálico como antídoto para la mordedura de una serpiente de cascabel hasta un medicamento para la quelación, la captura de metales pesados como el plomo, el arsénico o el mercurio (no, por mucho que algunos insistan, el aluminio no es un metal pesado venenoso), por ejemplo, el ácido etilendiaminotetraacético (EDTA). Sudar, que tanto se recomienda como forma de desintoxicación, no expulsa ninguna «toxina» imaginable. El sudor es 99 % agua, más un poco de sal, minerales y urea. En su composición, por enfermo que esté uno, no se encuentran las misteriosas toxinas.

¿TE MATA MATAR LAS PLAGAS?

Cualquier campo de cultivo es un proveedor de alimentos para todo tipo de plagas, animales y vegetales. Si no se las controla, se acaban apoderando del trabajo de los agricultores y provocando hambrunas, aumentos del precio de los alimentos y desperdicio de recursos.

Las plagas pueden tener efectos verdaderamente aterradores. Un ejemplo revelador fue la infestación de los cultivos de patata europeos por un microorganismo similar a los hongos, el *Phytophthora infestans*, que provoca la enfermedad llamada tizón tardío. En Irlanda y por distintos motivos, el 40 % de la población, es decir, los más pobres del país, dependía para su alimentación únicamente de este tubérculo, cuyo cultivo había llegado a Europa desde América en la segunda mitad del siglo XVI. Además, la mayor parte de los cultivos eran únicamente de una variedad de patata blanca, llamada Irish Lumper, con lo que los campos irlandeses no disponían de una variabilidad genética que permitiera que al menos una parte de sus cultivos resistiera a la plaga. En 1844, cuando el tizón tardío llegó a Europa procedente también de América, ocasionó una grave crisis alimentaria por la caída en el rendimiento de las cosechas en todo el continente. Pero la peor parte se la llevó Irlanda, donde el desplome fue catastrófico. Entre 1845 y 1852, más de un millón de irlandeses murió de hambre o de enfermedades relacionadas con ella y causadas por la predisposición a padecerlas que provocaba la mala nutrición, como la disentería y el cólera. Al menos doscientos mil irlandeses emigraron a países cercanos, principalmente a Gran Bretaña, y al menos otro millón se expatrió a tierras lejanas, sobre todo a suelo estadounidense. La Gran Hambruna de las Patatas irlandesa se convirtió así en un punto de inflexión en la historia de ese país, de todo el Reino Unido y, por supuesto, de Estados Unidos.

Las enfermedades de los cultivos pueden llegar a ser graves, no sólo por la pérdida parcial o total de la cosecha. Por ejemplo, una infestación de cornezuelo (*Claviceps purpurea*), un hongo que ataca al centeno, reduce la productividad de la cosecha y da como resultado un grano de mala calidad que se paga a bajo precio en el mercado. Pero, además, cuando se elabora pan u otro producto con ese centeno contaminado, las personas que los consumen pueden sufrir ergotismo, una enfermedad que provoca desde abortos en las mujeres embarazadas hasta la muerte en todos los que lo consumen, además de causar alucinaciones, convulsiones, gangrena en una o más extremidades, dolores intensos y otros graves trastornos de salud. La causa está en algunas de las sustancias que el cornezuelo produce como parte de su metabolismo y que son potentes drogas alcaloides; de hecho, de una de ellas se derivó la

dietilamida del ácido lisérgico (LSD, por sus siglas en inglés) y algunos historiadores atribuyen al cornezuelo algunos episodios de aparente histeria colectiva durante la Edad Media.

Frente a las plagas que atacan su campo o su huerto, usted sólo tiene dos opciones: o deja que se hagan con los frutos de su esfuerzo total o parcialmente, o bien las combate con el riesgo de que algún defensor de los animales y la ecología entendida a la violeta lo tache de asesino desalmado, considerando que, para la mayoría de los habitantes urbanos, hoy en día la agricultura es algo que ocurre lejos de ellos y en condiciones que les resultan un misterio mientras los estantes de sus supermercados estén bien abastecidos, y su comprensión de los mecanismos, esfuerzos y condiciones de la producción agrícola es esquemática y altamente desinformada. Lo cual no les impide tener opiniones contundentes.

Al menos los antiguos agricultores, tan sufridos, no tuvieron que lidiar con esto.

El primer pesticida que registra la historia, aunque probablemente se utilizaron otros en los milenios precedentes, fue el azufre, utilizado por los sumerios para controlar insectos y ácaros en sus cultivos ya hace unos cuatro mil quinientos años. De hecho, sigue usándose en algunos cultivos, y se lo considera «ecológico». Los chinos, por su parte, empezaron a utilizar el mercurio, mientras que diversas sociedades antiguas emplearon cenizas, sales comunes y sustancias amargas o desagradables que suponían efectivas contra las plagas, como los humos producidos por la quema de distintos materiales, desde paja, cangrejos y excrementos de vaca a cuernos de animales, esperando que su olor repugnante alejara a las plagas. El éxito de estos procedimientos era, por así decirlo, escaso. Cualquier sustancia que se identificara como veneno era utilizada también, con éxito o sin él, para la protección de los cultivos. Un ejemplo es el arsénico, que ya recomendaba el naturalista romano Plinio el Viejo en el siglo I y que fue también común en China hasta no hace mucho. Hace dos mil años se consiguió obtener un insecticida, el piretro, triturando y secando las flores del piretro o pelitre de Dalmacia (*Chrysanthemum cinerariaefolium*), semejantes a las margaritas, un método que aún sigue siendo bastante más eficaz que la mayoría de los remedios improvisados.

Para las malezas, el principal herbicida era el trabajo manual de arrancarlas y alejarlas del campo de cultivo, aunque también se probaron remedios como el agua de mar y la sal, de nuevo con poco éxito. Hasta la década de 1940 se usaban también sustancias como el ácido sulfúrico, el

clorato de sodio y subproductos de la industria del petróleo y el gas, como el naftaleno, la creosota, los nitrofenoles y diversos aceites que, aunque con frecuencia eran efectivos, también eran altamente tóxicos para otras plantas, lo cual no era precisamente deseable.

Es importante tener muy presente que los pesticidas son, en última instancia, venenos, sustancias diseñadas para matar plantas, hongos o animales, impedir su reproducción (por ejemplo, esterilizándolos) o bien inhabilitarlos de otras formas, como defoliándolos. Y, puesto que son venenos, resultan parte de un juego de equilibrios donde se busca tener la máxima efectividad para salvar la cosecha afectando lo menos posible al ser humano y al entorno. Algo que no es tan fácil.

Pero, sin pesticidas eficaces, todas las cosechas de las que dependemos, de cereales, de frutas, de verduras, estarían en peligro por culpa de las plagas como lo estuvieron a lo largo de toda la historia humana hasta la aparición y desarrollo de la química. O como lo están en muchos lugares todavía, especialmente en el Tercer Mundo.

Aun con los pesticidas disponibles hoy en día, las plagas acaban con entre el 10 y el 90 % de los cultivos según el país, el porcentaje mayor en las zonas donde los agricultores no tienen acceso a sustancias que salven sus cultivos. En 2016, por ejemplo, Uganda perdió el 40 % de su cosecha. Cada año, según cálculos de la FAO, las plagas y enfermedades acaban con entre el 20 y el 40 % de todos los cultivos de alimentos del mundo. Si pudiéramos controlar las plagas y desarrollar cultivos resistentes a desastres naturales, como inundaciones, vientos o sequías, el problema del hambre no existiría.

Desde la década de 1980, la investigación en pesticidas se ha orientado a tener sustancias más selectivas —atacan específicamente a una plaga en lugar de ser tóxicas para muchas especies—, que después de actuar se descompongan sin dejar residuos dañinos, que sean más ecológicas y que resulten menos perjudiciales para el ser humano. Se ha ampliado también la investigación en biopesticidas, es decir, de origen vegetal o animal.

La aparición de especies modificadas genéticamente para producir sus propios pesticidas naturales, como la toxina de la bacteria *Bacillus thuringiensis* o Bt (véase más adelante), ofrece un nuevo frente en el combate a las especies que amenazan los cultivos, con mayor seguridad para el personal agrícola y para los consumidores.

Aunque las nuevas armas en el arsenal contra las plagas son las más efectivas y menos dañinas para el ser humano y el medio ambiente de la historia, no parece así si se atiende a la propaganda y las creencias de

personas como la activista Esther Vivas, que exige una «agricultura libre de pesticidas», algo sencillamente inimaginable. Porque la llamada «agricultura ecológica» u «orgánica» también emplea pesticidas, incluso algunos más venenosos que los diseñados para tener la mejor relación posible riesgo-beneficio. Pero, eso sí, los llaman «naturales».

DELIRIOS EN CONSERVA

Aún recuerdo la primera ocasión en que escuché a una traductora europea hablar con horror de los conservantes como «esos horribles números E», que veía como venenos peligrosísimos. El resultado de esta variante de la quimiofobia son todas las etiquetas que nos ofrecen alimentos «sin aditivos» o «sin conservantes», lo cual no es muy preciso, pero desde el punto de vista del *marketing* es una jugada sumamente hábil y de gran éxito. Hay incluso «mermeladas sin conservantes», que rozan el surrealismo más acabado de André Breton porque contienen azúcar, uno de los más antiguos y eficaces conservantes descubiertos por el ser humano.

«Los conservantes» son otro de los demonios del imaginario feng-shui, del alternativismo quimiofóbico. De nuevo, se exige —desde las ciudades, desde las facultades de sociales, desde algunos partidos y movimientos generalmente urbanitas— que los productores de alimentos nos proporcionen únicamente productos «sin conservantes»… como si eso fuera inherentemente bueno.

Los alimentos, tal como se obtienen en primera instancia, al matar un animal o al recolectar o cosechar un producto agrícola, no suelen resultarnos demasiado atractivos para el paladar y necesitamos «mejorarlos», con la salvedad de algunas frutas que podemos consumir tal como se obtienen. Hasta al tomate, cuyo sabor celebramos aunque siempre sentimos que los de hoy no tienen el gusto maravilloso de los que guardamos en nuestros recuerdos, le hace falta siempre un poco de sal, quizá de aceite de oliva, un poco de vinagre e incluso un toque de orégano seco finamente pulverizado. Todos ellos son aditivos alimentarios.

Y los más importantes aditivos fueron, al menos en nuestros inicios, los que permiten conservar los alimentos. Imaginémonos en la prehistoria, cuando ocasionalmente había la posibilidad de obtener una gran cantidad de comida. Seamos fantasiosos y pensemos en la cacería de un mamut, que podía pesar unas diez toneladas. Quitando piel, huesos y vísceras, nos queda todavía una cantidad respetable de carne. Supongamos que ese mamut que nuestros

ancestros cazaban rinde cuatro o cinco mil kilogramos de carne. Una verdadera fortuna en proteínas que, sin embargo, debe consumirse lo más pronto posible o se echará a perder a menos que la cacería haya ocurrido en un clima lo bastante frío como para retrasar la descomposición. A 17 °C, la carne puede conservarse cuatro o cinco días. Congelada, llega a durar entre cuatro y doce meses. Esa misma carne, ahumada, puede mantenerse comestible durante varios meses, pero salada y seca durará varios años.

La diferencia entre tener un método de conservación o carecer de él podía marcar la diferencia entre aprovechar los alimentos y almacenarlos para cualquier eventualidad, o verlos estropearse y no poderlos comer.

Lo mismo vale para las cosechas o las recolecciones de ciertos productos en temporada. Conservarlos era —y es— de fundamental importancia. Aprender a preservar los alimentos fue un logro esencial para que la especie humana pasara del nomadismo al sedentarismo y permitió el comercio de alimentos llevándolos a grandes distancias, lo que hacía aumentar de manera exponencial su valor. Pensemos en las especias, de fácil acceso en Oriente pero que, al ser llevadas a Europa, podían venderse a precios realmente exorbitantes. Y una de las razones de que fuesen tan apreciadas era que podían conservar algunos alimentos, pero también enmascarar el sabor de otros que, por su mala conservación, se echaban a perder pero aun así eran consumidos, porque ni los reyes gozaban de la abundancia a la que estamos acostumbrados hoy en día. La conservación permitió, además, que más personas tuvieran acceso a mejores alimentos, ayudó a reducir las enfermedades transmitidas por éstos y, por supuesto, garantizó la supervivencia entre ciclos agrícolas, en invierno, en tiempos de mala cacería o de bajos rendimientos agrícolas por distintas causas.

La batalla por la conservación de los alimentos se da en dos frentes. El primero busca combatir, inhibir o dejar fuera a las bacterias que producen su descomposición. El segundo busca mantener, o incluso aumentar, las características que percibimos de los alimentos —su color, sabor, aspecto, aroma—, es decir, sus propiedades organolépticas.

En las sociedades prehistóricas, el método más común para preservar los alimentos era cocinarlos de diversas formas. Este proceso mata a los microorganismos responsables de la descomposición y los mantiene a raya más tiempo. Además, nuestros ancestros crearon procedimientos para conservar la carne que seguimos usando, como el ahumado, un método antimicrobiano y antioxidante; el curado con distintas sales, empezando con el cloruro de sodio, la sal de mesa, que impide la proliferación de bacterias al

deshidratarlas cuando entran en contacto con ella en el alimento; y el secado mediante el sol, que al eliminar la humedad del alimento dificulta igualmente la proliferación bacteriana.

Otro procedimiento tradicional para conservar los alimentos es la fermentación, como la del vino, los quesos o la cerveza, en la que el alimento se somete a la acción de levaduras, mohos y otros microorganismos que ocupan el lugar que, de otro modo, abordarían otros microorganismos perjudiciales. Precisamente este medio ambiente tóxico es el que crean —al producir la penicilina, un potente antibiótico— los hongos del género *Penicillium* responsables de la preservación de los quesos azules, el camembert o el brie.

Las conservas en salmuera, vinagre, alcohol o aceites vegetales, todos ellos líquidos comestibles, funcionan inhibiendo el crecimiento de las bacterias o matándolas, mientras que la conserva de productos cocinados en líquidos con alto contenido de azúcar, como las mermeladas, evita las bacterias porque el resultado tiene una presión osmótica tan elevada que no permite que vivan casi microbios en su interior.

Estos sistemas para la conservación de alimentos fueron los básicos hasta el siglo XVIII, cuando la tecnología empezó a desarrollar nuevas opciones. En 1810, el confitero francés Nicholas Appert dio a conocer un método de su invención para la conservación hermética de los alimentos, que introducía en frascos de vidrio que luego sellaba con corcho y lacre, para posteriormente meterlos en agua hirviendo. Cambiando los frascos de vidrio por latas metálicas se obtiene el moderno sistema de enlatado. Después vino el enfriamiento o congelación de los alimentos, que empezó a llegar a los hogares en forma de neveras mecánicas en 1911. Y más recientemente, la irradiación de los alimentos —con rayos X, gamma o electrones de gran energía—, la aplicación de pulsos de un potentísimo campo eléctrico y el envasado al vacío o en una atmósfera baja en oxígeno.

¿Y los terribles números «E» que preocupaban tanto a la traductora? Son la denominación de todos los aditivos alimentarios autorizados en la Unión Europea, es decir, que han pasado las rigurosas exigencias de seguridad en las dosis utilizadas. Y no son, como creen algunos, «productos sintéticos» o algo igualmente terrible. La «E» es por «Europa», para diferenciar la reglamentación de la australiana o la estadounidense, aunque utilicen los mismos números. Así, la sustancia E-160a es el betacaroteno en sus distintas formas, autorizado en Europa como colorante y provitamina A (véase más adelante), mientras que en Australia se lo llama A-160a. El ácido ascórbico o

vitamina C se denomina E-300, el ácido cítrico —que distingue a las frutas así llamadas— es el E-360, el E-901 corresponde a la cera de abeja y la vitamina B_2, o riboflavina, se identifica como E-101.

Si usted quiere saber qué es cada ingrediente señalado en una etiqueta como «E-XXX», no es necesario que consulte los sitios de ecologismo político, basta con buscar la sustancia en el Codex Alimentarius (pese a su nombre en latín, está disponible en español), que encontrará en la página web de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).[4] Un vistazo rápido le permitirá saber qué es ese aditivo, cuánta cantidad puede consumir, de dónde proviene y qué efectos nutritivos ofrece. Esta información no es, como plantean los especialistas en vender conspiraciones, secreta ni mucho menos.

¿Es necesario añadir que las normativas en vigor impiden el uso de conservantes que se haya demostrado que son dañinos para la salud humana?

VEGANIMALISMO

El vegetarianismo es, fundamentalmente, la decisión de dejar de consumir carne como alimento. Esto parece en principio bastante sencillo y una opción válida por muchos motivos: de salud, religiosos, políticos, morales o de cualquier otra índole. Pero el panorama dietético es bastante más complicado que «ser omnívoro o no consumir carne».

Hay ovolactovegetarianos, que consumen huevos y productos lácteos; piscetarianos, que se alimentan de pescado y mariscos sin mayores problemas; veganos, que rehúsan consumir cualquier producto de origen animal, y crudiveganos, que además se niegan a cocinar sus alimentos. Y están también los *freegans* —palabra que aún no tiene versión en español—, como se autonombran quienes sólo comen comida gratis, ya sea rescatada de contenedores de basura, regalada o conseguida a saber con qué procedimiento. Hay otras opciones dietéticas, muchas de ellas producto de modas, promovidas por gurús alimentarios más o menos famosos que tienen éxito incluso cuando médicos, fisiólogos, nutricionistas y otros expertos advierten de sus problemas o indican que no cumplen las características de una dieta equilibrada porque no incluyen todos los nutrientes necesarios o aportan dosis excesivas de algunos alimentos que, pasado cierto límite, pueden ser dañinos, como el azúcar, las carnes rojas o las grasas trans.

Cuando se presenta la opción vegetariana en general, suele dejarse caer la idea de que constituía la alimentación de nuestros antepasados en el pasado

ideal, el paraíso perdido en el que los seres humanos vivían en armonía con la naturaleza, y eso implicaba que sólo mataban plantas para alimentarse.

Pero no es así.

Desde que apareció sobre la tierra el género *Homo* hace unos 2,8 millones de años, la carne fue parte de su menú. El *Homo sapiens* inventó el vegetarianismo como práctica cultural apenas en el siglo VII a. C., en el valle del Indo, donde hoy se encuentra Pakistán. Y lo hizo por un motivo religioso: la idea de que toda la vida era sagrada (al menos la animal). El budismo, el jainismo y otras creencias promovían la abstención de la carne como una cuestión moral. Pitágoras ofreció otra motivación para el vegetarianismo, siendo su primer proponente serio: el matemático griego afirmaba que los animales, como los humanos, tenían un alma, y que la reencarnación podía ser en cualquier dirección, es decir, que un hombre podía reencarnarse en un animal o al contrario, de modo que siempre existía el peligro de que, al zamparnos un pollo, estuviéramos merendándonos a algún pariente, amigo o antecesor fallecido antes del nacimiento del ave.

Pero la abstención de la carne no fue jamás un fenómeno generalizado en ninguna cultura. Incluso en la India, el país «más vegetariano del mundo», hoy en día sólo el 29 % de su población asume esta práctica. Es decir, el 71 % restante consume carne sin ningún problema. No fue hasta 1842, como parte de la fascinación con Oriente, y en particular con la India, que los británicos experimentaron en los tiempos coloniales, cuando comenzó el auge de la militancia vegetariana. Ese año, el místico, utopista, «socialista sagrado» y reformador educativo inglés James Pierrepont Greaves utilizó por primera vez la palabra «vegetariano» en su revista *The Healthian* (algo así como «El saludabilista»). Cinco años después, el 30 de septiembre de 1847, Pierrepont y otros entusiastas fundaron la Sociedad Vegetariana Británica.

Pero para que el vegetarianismo se extendiera tenía que llegar a Estados Unidos y conseguir difusión allí, hazaña que finalmente consiguió como parte de la contracultura y del *new age* en 1971, cuando Frances Moore Lappé publicó el libro *Diet for a Small Planet* («Dieta para un planeta pequeño»), donde argumentaba por primera vez que la cría de ganado tenía un efecto ecológico importante y contribuía a la escasez mundial de alimentos. Eran tiempos en los que anunciar el fin del mundo era tan popular como ahora: ya el gran profeta del desastre, Paul R. Ehrlich, había advertido en 1968 que, debido a la sobrepoblación, las décadas de 1970 y 1980 verían hambrunas masivas que matarían a millones de personas. Frances Moore tomó la profecía y le dio un giro optimista: si todos los habitantes de la Tierra se volvían

vegetarianos, lo cual era «mejor» para el planeta y para la salud, ayudarían a resolver el problema del hambre. Serían héroes. Para lograrlo, y dado que la autora no tenía otro modo de sustentar sus afirmaciones, el libro incluía cientos de recetas vegetarianas.

(Mientras tanto, el agrónomo estadounidense Norman Borlaug trabajaba para crear variedades de cultivos más productivos y resistentes a plagas y sequías. Sus investigaciones se convirtieron en la «Revolución Verde» que en la década de 1960 transformó la agricultura mundial y evitó que predicciones como las de Ehrlich se hicieran realidad. Se calcula que Borlaug salvó, con su trabajo científico, más de mil millones de vidas. Hoy, los activistas como Esther Vivas afirman alegremente que la labor de Borlaug no aumentó la producción de alimentos. Y pueden hacerlo porque nadie entre su público revisará los datos para formarse una opinión propia.)

En 1944, el activista por los derechos animales Donald Watson había acuñado la palabra *veganismo* para denunciar a los vegetarianos que comían productos animales, y para diferenciarse de ellos. Su posición era fundamentalmente moral: la emancipación de los animales de la explotación por el ser humano.

Más o menos al mismo tiempo que Pierrepont Greaves fundaba el veganismo, y también en Gran Bretaña, nacía el movimiento antiviviseccionista. Según cuenta la antropóloga cultural y defensora de los derechos de los animales Margo DeMello,[5] este movimiento estaba animado sobre todo por feministas que se habían involucrado en el sufragismo británico, primero en Inglaterra y luego en Estados Unidos, líderes religiosos y autoproclamados humanistas. Su primer libro influyente, su «primavera silenciosa» fue *Belleza negra*, una novela que relataba la dura vida y los maltratos sufridos por un caballo en la Inglaterra del siglo XIX. La autora, Anna Sewell, era miembro del grupo religioso de los cuáqueros, y tales grupos no veían qué beneficio podrían dar a la humanidad los experimentos y estudios en animales, y en aquellos tiempos esta práctica podía ser bastante desagradable, lo cual hace incluso comprensible su inquietud. Tanto, de hecho, que Inglaterra aprobó en 1876 la primera ley contra la crueldad hacia los animales, que se desarrollaría hasta conformar el marco ético que regula hoy en día todos los experimentos con ellos.

También fueron las sufragistas y defensoras de la protección infantil las iniciadoras del movimiento antivivisección en Estados Unidos. Consideraban necesario que los experimentos fueran éticos y humanitarios, lo que influyó para que desde entonces, y hasta la fecha, se instauraran normas que

garantizan el uso humanitario de los sujetos animales. Los científicos, en su gran mayoría, afirman que sería deseable dejar de hacer experimentos con animales, pero hoy éstos siguen siendo necesarios para que avancen ciertas ramas de la ciencia, especialmente en cuanto a la medicina y la biología.

La idea de que la protección a los animales no debería fundarse en la visión moral humana que busca reducir al máximo el sufrimiento, sino en que los animales también tienen derechos, fue la base para que el filósofo Peter Singer escribiera, en 1975, *Liberación animal*, que se convirtió de inmediato en la biblia del veganismo. Por supuesto, la idea de que los animales deben tener los mismos derechos que los seres humanos es, desde un punto de vista de ideas personales, totalmente respetable. Y el deseo de no hacerles daño, de provocarles el menor sufrimiento aparente posible, también lo es. El problema es que el veganismo y el animalismo, como dos posiciones que rápidamente se encontraron y se fusionaron, al menos en la mente y la práctica de muchos en Estados Unidos, convirtieron la convicción en una misión sagrada. Ya no se trataba de que uno, personalmente, decidiera no ser el causante de algo que veía como un daño terrible, sino que había que impedir que otros lo hicieran. Presumiendo una absoluta superioridad moral, los veganimalistas acusaban (y acusan) a quienes no siguen sus enseñanzas de ser inmorales, crueles, brutales, desalmados, asesinos y torturadores. Mantener una colmena de abejas y comerse algo de miel se convierte en «esclavitud», mientras que pisar una hormiga puede llegar a ser denunciado a gritos como «asesinato». No es el caso de la mayoría de los veganos, pero hay una pequeña y ruidosa minoría que se ha radicalizado hasta niveles de fanatismo. Por ejemplo, en diciembre de 2010 la página web *Igualdad animal* anunciaba con orgullo:

> Once gallinas han sido rescatadas por activistas de Igualdad Animal con motivo del Día Internacional de los Derechos Animales. El presente rescate es el décimo realizado por el Equipo de Rescates Abiertos y el cuarto rescate de gallinas hasta la fecha. Con estas once, ya han sido rescatadas treinta gallinas, de granjas intensivas o extensivas de producción de huevos, en estos dos últimos años, es decir, treinta personas con las mismas ganas y el derecho de vivir en libertad que cualquiera de nosotros mismos.

Igualar a las gallinas con personas puede ser muy poético, pero ciertamente presenta problemas morales, jurídicos y sociales de consideración. Más allá, grupos como Igualdad Animal o el más famoso Frente de Liberación Animal (ALF, por sus siglas en inglés) actúan directamente, incluso con violencia, para conseguir sus objetivos. Por su parte, los responsables de Gente por el Tratamiento Ético a los Animales (PETA, también por sus siglas en inglés), en una actitud tristemente conocida en España, suelen «lamentar pero no condenar» los actos del terrorismo animalista. Por ejemplo, cuando Rodney

Coronado, militante del ALF, confesó haber incendiado en 1995 un laboratorio de la Universidad Estatal de Michigan donde se experimentaba con animales, por lo que pasó casi cinco años en una cárcel federal estadounidense, recibió un «donativo» de PETA por un importe superior a los setenta mil dólares.

PETA es una de esas organizaciones que dejan la impresión de que algunos activistas son misántropos, que prefieren los animales a los humanos, a los que desprecian. La idea subyacente es que el ser humano es una plaga que debería ser anulada, e incluso eliminada, para que la Tierra viva «naturalmente». Antes de pensar que se trata de una afirmación caricaturesca, conviene saber que, en 1991, un antiguo activista ecológico, oculto bajo el seudónimo Les U. Knight (que se pronuncia igual que «unámonos» en inglés), fundó el Movimiento para la Extinción Humana Voluntaria,[6] que propone que la gente deje de reproducirse para que la especie desaparezca y se detenga la degradación del medio ambiente.

Pero quienes pretenden no causar sufrimiento alguno a su alrededor, se enfrentan a un problema consustancial a todas las posiciones extremistas: su objetivo es imposible. Defender que «todos los animales» tienen los mismos derechos es decir que un gusano *Loa loa* que parasita el ojo de un niño en Guinea Ecuatorial no puede ser extraído y eliminado porque debe ser considerado igual que el niño. Al negar la diferencia entre animales, al rechazar la idea de que una vida pueda tener más valor que otra, se sitúan en un problema moral insoluble.

La agricultura en sí y por sí deja tras de sí una estela de muerte animal aterradora: el solo paso del arado aplasta insectos, secciona gusanos, hiere de muerte a roedores y destroza reptiles varios. La lucha contra las plagas implica la muerte de los seres que se quieren alimentar del cultivo. Lavar la lechuga es matar a muchos otros animales.

Si siempre se causa daño según el veganimalismo radical, lo racional sería buscar hacer el menor daño, reducir el sufrimiento, dar a los animales que utilizamos la mejor vida posible y sacrificarlos de un modo que nos parezca el más humanitario. El debate razonable entonces sería dónde se ponen las fronteras y bajo qué principios comunes. Fijar una línea práctica más allá del radicalismo que se autoderrota.

FALSIFICACIONES Y SACRIFICIOS

Las investigaciones con animales han sido fundamentales en el avance de la ciencia, en particular de las disciplinas biomédicas, y lo siguen siendo. Hoy mismo, siempre que es posible los científicos utilizan simulaciones informáticas o tejidos cultivados en laboratorio para muchas investigaciones que antes requerían el uso de animales. Pero a la hora de estudiar la genética, el comportamiento, la reacción a algunos medicamentos o sustancias, las enfermedades y la fisiología, todavía es necesario el uso de animales. Un uso altamente regulado por leyes y normas éticas.

Y están, por supuesto, las investigaciones veterinarias que no sólo mejoran la vida de los animales domésticos o el ganado, sino también las que están orientadas a salvaguardar a los animales salvajes sujetos a epidemias y enfermedades que pueden ponerlos en peligro. ¿Cómo estudiar la forma de curar la sarna sarcóptica que amenaza a zorros rojos y linces en Europa y a los lobos norteamericanos si no es estudiando a estas especies?

Un ejemplo de los beneficios de la investigación con animales fue el descubrimiento de la insulina y de su uso para tratar la diabetes, conseguido en 1922 por Frederick Grant Banting y John James McLeod, quienes trabajaron con perros antes de aplicarla en humanos. Aunque PETA rechaza la aplicación de los resultados de esas investigaciones, negándoles toda validez, la contradicción los persigue. La que fue vicepresidenta ejecutiva de PETA y activista de la Sociedad Humanitaria de Estados Unidos, Mary Beth Sweetland, se opone radicalmente y sin excepciones a la investigación animal, pero diariamente utiliza insulina para sobrevivir porque es diabética. Su respuesta cuando se le recriminó este hecho es una muestra muy representativa de las contradicciones de PETA: «Necesito mi vida para luchar por los derechos de los animales». La idea es que un diabético que no luche por los derechos de los animales debería rechazar la insulina y dejarse morir en el lento proceso destructivo de la enfermedad.

Esta contradicción se hizo patente en el hecho que dio origen a PETA. En 1980 Alex Pacheco, el cofundador de esta organización de derechos animales —junto con su hoy presidenta vitalicia, Ingrid Newkirk—, se hizo pasar por voluntario en el laboratorio de Silver Spring (Maryland) donde el doctor Edward Taub realizaba trabajos de investigación utilizando monos macacos. Taub buscaba formas de enseñar a personas que presentaban un tipo de parálisis a utilizar sus miembros carentes de sensibilidad. En estos casos, como consecuencia de alguna lesión, la persona puede perder la capacidad de percibir el tacto, la temperatura o la posición de uno o más miembros, pero no

la capacidad de moverlos utilizando la plasticidad neuronal, que por entonces era un concepto nuevo.

Aprovechando una ausencia de Taub, Pacheco colocó del modo más incómodo e incorrecto que pudo a los monos en las sillas que se empleaban para los estudios, con el fin de provocar en los animales gestos de angustia y desesperación que fotografió diligentemente. Al falsificar y hacer mucho más sensacionalista el escenario del experimento y la forma en que se utilizaba a los monos, Pacheco buscaba dar un golpe mediático contra la, para él, odiosa investigación con animales.

Sus fotografías y acusaciones se tradujeron en ciento diecinueve causas judiciales contra Taub, tanto por crueldad animal como por no dar a sus animales un tratamiento veterinario adecuado. Todas fueron finalmente desestimadas. Y pese a la ordalía que representa verse sometido a acusaciones falsas bajo los reflectores de los medios, después de derrotar a PETA en los tribunales Taub continuó sus investigaciones. Finalmente, desarrolló la terapia de movimiento inducido por restricción (CIMT, por sus siglas en inglés) que ha ayudado a muchas víctimas de accidentes cerebrovasculares y otros pacientes a recuperar el movimiento de miembros paralizados. En el proceso consiguió demostrar que la neuroplasticidad, la capacidad del encéfalo para regenerar neuronas y crear nuevas conexiones, es cierta; su hallazgo revolucionó las neurociencias, donde hasta entonces prevalecía la idea de que las neuronas no podían reproducirse.

Increíblemente, PETA aún insiste en la veracidad de sus afirmaciones y señala la condena que sufrió Taub, mas no el hecho de que fue después retirada. Hasta hoy, la organización no reconoce haber actuado incorrectamente, lo cual es, cuando menos, inquietante en un grupo que se presenta como faro moral de toda su sociedad.

Como ocurre con Greenpeace, si PETA dedicara parte de sus cuantiosos recursos a investigar opciones a los estudios con animales, haría realmente mucho para reducir esta práctica. Su posición, sin embargo, es de prohibición total, sin matices, de modo que no financia esos estudios. PETA ha dedicado, en sus ya casi cuatro décadas de historia, sólo un millón de dólares a la investigación, es decir, la trigésima parte de su presupuesto en 2012. Por las manos de esta organización han pasado cientos de millones de dólares que no se han destinado a estudios sobre cómo eliminar el uso de animales en experimentos, sino únicamente a hacer publicidad prohibicionista y a financiar a Pacheco, Coronado y otras personas. O que han ido a parar a un grupo engañosamente llamado Comité de Médicos para una Medicina

Responsable, formado principalmente por personas sin esa titulación y cuya labor es promover el vegetarianismo y el veganismo.

Los recursos de PETA se aplican, por ejemplo, a protestar contra ciertos experimentos con gatos de la Universidad de Wisconsin, advirtiendo que un gato —uno— podría morir en los experimentos. Sin embargo, entre 1998 y 2016, los albergues de animales regentados por PETA en el estado de Virginia recibieron un total de 42.401 animales, de los que se dio muerte a 36.381. Paradójicamente —o quizá no—, varios empleados de PETA han sido acusados de crueldad animal después de matar a decenas de animales e intentar deshacerse subrepticiamente de sus cuerpos. Esto va contra la práctica de las protectoras de animales que, en España, por ejemplo, luchan por acabar con los sacrificios, consiguiendo hogares para la mayoría de los animales abandonados en un activismo continuado, menos mediático, pero ciertamente más eficaz. Y con recursos minúsculos comparados con los de PETA.

¿Hay misantropía detrás de algunos de los activistas veganimalistas? Sin duda. Como ejemplo, Gary Yourofsky, quien fue portavoz pagado de PETA entre 2002 y 2005, condenado por terrorismo y que tiene prohibida la entrada en varios países, dijo en 2005 en una entrevista con Claudette Vaughan para la revista web *The Abolitionist*:[7]

> ¡En el fondo, espero de verdad que la opresión, la tortura y el asesinato vuelvan multiplicados por diez a cada ser humano insensible! Espero que los padres disparen accidentalmente a sus hijos en excursiones de caza, mientras que los carnívoros sufren ataques al corazón que los maten lentamente. Todas las mujeres envueltas en pieles deberían sufrir una violación tan brutal que les dejara cicatrices para siempre. Mientras que todos los hombres envueltos en piel deberían sufrir una violación anal tan horrible que les arranque las entrañas. Cada vaquero de rodeo y torero deben ser corneados a muerte, mientras que los abusadores de los circos deberían ser pisoteados por elefantes y despedazados por tigres. Y, por último, deseo que la ironía lance la luz de su cabeza esotérica en la forma de investigadores de animales que contraigan enfermedades debilitantes y que se marchiten dolorosamente porque el dinero para investigación que podría haberse utilizado para su tratamiento se hubiera desperdiciado en la práctica bárbara y anticientífica de la vivisección.[8]

Ciertamente algo difícil de encuadrar en la izquierda social.

GEN O NO GEN

El 3 de enero de 2013, el conocido activista ambiental británico Mark Lynas decía al Foro de Granjeros de Oxford:

> Quiero empezar con algunas disculpas. Para que conste, aquí y por adelantado, me disculpo por haber pasado varios años destrozando cultivos transgénicos. También lamento que ayudé a

comenzar el movimiento antitransgénicos a mediados de la década de 1990, y que con ello ayudé a demonizar a una importante opción tecnológica que puede utilizarse en beneficio del medio ambiente.

Como ecologista, y alguien que cree que todos en este mundo tenemos derecho a una alimentación sana y nutritiva de su elección, no podría haber elegido un camino más contraproducente. Ahora me arrepiento totalmente.

Así que supongo se estarán preguntando: ¿qué pasó entre 1995 y ahora que me hizo no sólo cambiar de opinión, sino venir aquí y admitirlo? Bueno, la respuesta es bastante simple: he descubierto la ciencia, y en el proceso, espero, me convertí en un mejor ambientalista.

El escándalo que provocaron sus palabras, por supuesto, fue mayúsculo. Se le acusó de «venderse» a la industria biotecnológica y se le condenó sin debatir, y eso es lo grave, la validez de sus palabras en cuanto a su precisión científica.

Y esa precisión científica siempre ha estado ausente de un lado del debate de los transgénicos, también llamados imprecisamente organismos genéticamente modificados (OGM). La confrontación partió de las ideas del economista y experto en relaciones internacionales Jeremy Rifkin, que se integró en el movimiento contra la guerra de Vietnam en 1967, a los veintidós años de edad. Rifkin fue uno de los primeros ejemplos de un nuevo tipo de profesionales: los activistas de carrera. Diez años después, publicó un libro sensacionalista cuya principal premisa era que la raza humana estaba al borde de «crear vida artificial».[9] Esta obra amarillista tomaba la ciencia ficción como previsión de la realidad y advertía que el mundo estaba amenazado por un monstruo de Frankenstein en forma de investigación genética. Algo verdaderamente asombroso considerando que ni él ni su coautor, Ted Howard, tenían ninguna formación en biología o en genética.

En la página web de Jeremy Rifkin, dentro del sitio de la Fundación de Tendencias Económicas que él y Howard fundaron, se resume así el libro:

Con el descubrimiento en 1973 del ADN recombinante, una técnica de laboratorio para editar y pegar material genético de organismos sin relación unos con otros para manufacturar formas de vida nuevas y sin precedentes, los ingenieros genéticos pueden crear monstruosidades más allá de la imaginación. En unos pocos años, podrán propagar una superraza de seres tan fácilmente como podrán crear una cepa dócil y subhumana de sirvientes y esclavos. Los científicos afirman que en diez años podrán clonar un número ilimitado de réplicas exactas de cualquier organismo viviente a partir de una única célula de su cuerpo. Su investigación podría ya haber creado nuevas bacterias y virus rebeldes que podrían destruir toda la vida en este planeta.[10]

La descripción podría provenir de cualquier sitio de conspiranoicos enloquecidos tocados con gorritos de papel de aluminio, pero fue recibida como una brillante advertencia contra los científicos. Sólo tiene algunos problemas. Hablar de organismos sin relación entre ellos es absurdo, cuando sabemos que el ADN y gran cantidad de nuestros genes son exactamente

iguales porque, a diferencia del relato bíblico que lleva al Apocalipsis de Rifkin, todos los seres vivos están relacionados entre sí. A Jeremy Rifkin le asombrará saber, si se preocupa por averiguarlo, que comparte el 88 % de sus genes con los ratones, el 65 % con la gallina de corral, el 44 % con la abeja y hasta el 18 % con la levadura con la que se produce el pan. Y cualquier genetista bisoño le podía haber contado que no se pueden cortar y pegar genes como quien ensarta cuentas en un hilo, que hay reglas y limitaciones, la menor de las cuales no es la rigurosa ética que rige el trabajo científico que tan poco conoce Rifkin. Las razas de superhumanos y subhumanos no son asunto tan sencillo, y no resulta creíble que ningún científico pensase con seriedad que la clonación sería algo que alguien podría hacer en su cocina con cualquier ser vivo. Por algo pasaron todavía diecinueve años más para que se clonara el primer mamífero avanzado, la oveja *Dolly*, que pronto demostró los problemas enormes que conllevaba la clonación. La hipersimplificación paranoica de Rifkin, que llegaba a postular el fin del mundo, carecía de cualquier base científica. Pero aún hoy se oye a personas poco informadas asegurar que algún virus o bacteria, da igual que sea el VIH o el ébola, la gripe o una infección, fueron «hechos en laboratorio». Como si no fuera más fácil utilizar patógenos ya existentes, como el ántrax, para cualquier fin malvado.

Jeremy Rifkin siguió escribiendo libros, muchas veces sobre asuntos de los que al parecer sabía poco, y haciendo predicciones que se autodestruían en poco tiempo. En su obra *Entropy: A New World View* («Entropía, una nueva visión del mundo»), coescrita con Howard y publicada en 1980, intentó aplicar la segunda ley de la termodinámica, como él la entendía, al consumo de recursos del planeta, y nuevamente advertía del Apocalipsis (como los Testigos de Jehová, que han cambiado la fecha del Juicio Final a medida que sus predicciones fallan). Pese a que sus predicciones han sido erróneas, algunas observaciones agudas que hizo cimentaron su prestigio profesional, que no ha parado de crecer. Es asesor de la Unión Europea —y, por tanto, uno de los arquitectos de la política antitransgénicos de la federación— y lo ha sido de Romano Prodi, José Manuel Durão Barroso y Jean-Claude Juncker en el Europarlamento, y de Angela Merkel, Nicolas Sarkozy, José Luis Rodríguez Zapatero, José Sócrates y Janez Jansša cuando fueron presidentes del Consejo Europeo.

Para analizar el movimiento antitransgénico, tan exitoso en Europa, conviene saber que todos los alimentos están «genéticamente modificados» de una u otra forma, de modo que la denominación OGM es engañosa. De

hecho, nosotros mismos estamos genéticamente modificados. La evolución por selección natural o artificial provoca modificaciones genéticas, en eso consiste precisamente, en que los genes de los seres vivos varíen al azar al paso del tiempo y que las presiones del medio ambiente favorezcan que unos u otros tengan más probabilidades de ser legados a las siguientes generaciones. Desde que el ser humano domesticó los primeros cultivos, los fue transformando, cruzando, hibridando, seleccionando y reproduciendo selectivamente hasta conseguir lo que hoy habita nuestros platos. Nada de lo que comemos es parecido a como era antes de que el ser humano le echara el ojo para meterle el diente. Los tomates eran pequeños y amarillentos; los plátanos, verdes, chatos y tenían más semillas que pulpa —los actuales, por cierto, son todos clones—; las zanahorias iban del blanco al morado casi negro (las anaranjadas datan del siglo XVII, cuando los agricultores holandeses las seleccionaron para hacerle la pelota a la casa real de Orange, que quiere decir «naranja»); el trigo tenía semillas como las del sésamo en enormes tallos.

El ejemplo más claro de la modificación genética se encuentra en algunas de nuestras plantas más comunes. En casos como el de la mostaza silvestre (*Brassica oleracea*), las pequeñas sutilezas en la selección artificial han llevado a cambios verdaderamente notables en el organismo final. El brécol chino, la coliflor, el romanesco, las distintas coles (repollo, lombarda, medular, tronchada, de Bruselas, de Jersey, de mil cabezas, de Saboya, rizada, morada), el colirrábano, el brécol y la berza son todas la misma especie, *Brassica oleracea*, modesta planta que los agricultores han modificado de distintas formas para obtener esta enorme variedad.

Pero los antitransgénicos replicarán: «Ese proceso de modificación genética es natural, pero lo que hace la ingeniería genética es introducir genes de unas especies en otras distintas, y eso es artificial».

Estamos de nuevo frente a la falacia de lo natural. Sin embargo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial se utilizan sin ningún escándalo los procedimientos de mutagénesis, en los que se somete a las semillas a diversos procedimientos (radiación, virus, sustancias diversas) para provocar mutaciones en su ADN. Es un procedimiento azaroso, donde se juega a la lotería para que el agente mutágeno provoque que aparezca o se acentúe una característica, como la resistencia a la sequía, sin causar de paso otras mutaciones lesivas para la planta, el medio ambiente o los consumidores. Sin que se los someta al escrutinio reservado a los transgénicos, hoy miles de

cultivos en el mundo son producto de procedimientos mutagénicos patentados y distribuidos sin ningún escándalo mediático.

Pero sin siquiera refutar la falacia natural, lo que el valeroso activista ignora (entre otras muchas cosas) es que él mismo tiene genes de especies distintas. Casi ciento cincuenta de sus alrededor de veinticuatro mil genes, hasta donde sabemos. Esto se debe a un proceso natural de la evolución que consiste en el traspaso de genes entre organismos distintos, lo que los biólogos llaman «transferencia horizontal». Usted, ser humano común y corriente, lleva como parte de su herencia genes obtenidos de bacterias, virus y otros organismos. Entre las bacterias, por ejemplo, esa trasferencia horizontal permite que la resistencia a un antibiótico se difunda rápidamente entre una colonia infecciosa.

Así que pasar genes de una especie a otra es parte de la forma natural en que la vida se ha desarrollado desde sus inicios hace 5.800 millones de años, de modo que parece un proceso de eficacia probada. No sólo somos organismos genéticamente modificados porque la modificación genética es la base misma de la evolución de la vida. Somos transgénicos.

Y eso es lo que hace la ingeniería genética. Toma un gen que produce una proteína útil y lo inserta en otro organismo que lo necesita o que nos puede beneficiar. Por ejemplo, se puede tomar el gen humano que tiene la capacidad de producir insulina e insertarlo en el código genético de un organismo unicelular. Este organismo y sus descendientes ya no sólo producirán las proteínas necesarias para su vida normal, sino que invertirán parte de su energía en la producción de insulina. Este paso se dio en 1978, produciendo por primera vez una insulina totalmente adecuada para el ser humano. Desde 1922, cuando se descubrió la insulina y su utilidad para tratar la diabetes, las personas afectadas consumieron insulina de vaca o de cerdo, que los aliviaba pero tenía efectos secundarios importantes pues no era exactamente igual a la humana. Hoy en día, prácticamente toda la que utilizan los diabéticos para manejar su enfermedad es insulina humana producida por bacterias transgénicas.

PRINCIPALES CRÍTICAS A LOS TRANSGÉNICOS

Mientras Rifkin anunciaba el Apocalipsis de diversas formas, otros debates se desarrollaron alrededor de la modificación genética, generalmente más allá de los datos y la razón, pero siempre aduciendo el bienestar general en contra de

lo que se describía como una amenaza al medio ambiente, a los agricultores, a la salud del consumidor y al futuro de la vida sobre el planeta.

El desprecio a los hechos y al conocimiento es similar al que exhiben la derecha y la industria petrolera respecto del calentamiento global. Simultáneamente, la izquierda feng-shui, preocupada y alejada de la información, se situaba en una sólida militancia antitransgénicos, ya fuera en Bolivia, Francia, España o México. Desde ambas posturas, los ataques contra los transgénicos se sucedieron acríticamente. Los diez argumentos más comunes son los siguientes.

1. *Los cultivos transgénicos están patentados*

Sí, muchos lo están, pero las patentes de semillas no tienen nada que ver con que sean transgénicas o no, pues también se patentan las semillas híbridas. En 1930 se promulgó en Estados Unidos la Ley de Patentes de Plantas, que establecía los derechos de patentes para nuevas variedades de plantas que se reprodujeran asexualmente, es decir, mediante esquejes o injertos, como se hace comúnmente con manzanos y rosales. Por ejemplo, todas las famosas manzanas verdes Granny Smith proceden de un único manzano híbrido que cultivó en Australia en 1868 la amable ancianita y agricultora Maria Ann Smith. Todas las manzanas Granny Smith son esquejes, injertos o clones del árbol original de Maria. Si hubiera producido sus manzanas en Estados Unidos después de 1930 (o en Europa pocos años después, cuando se generalizó la legislación), se habría hecho millonaria con la patente.

En 1970, una nueva legislación protegió también a los criadores de plantas propagadas mediante semillas, sobre todo a las empresas especializadas en cruzar y seleccionar distintas variedades de un cultivo para obtener semillas resistentes, por ejemplo, a las inundaciones o a ciertas plagas. Esta ley se amplió en 1980 y en 1994. Entretanto, sobre esta base legislativa, en 1985 el Tribunal Supremo de Estados Unidos determinó que las patentes «utilitarias» que se concedían a los inventores desde 1790 podían aplicarse a plantas totalmente nuevas, como las transgénicas. En pocas palabras, la gran mayoría de las semillas híbridas o «mejoradas» que los agricultores compran para cada ciclo agrícola están muy probablemente tan protegidas por patentes como las odiadas transgénicas. Las patentes no son un problema, si así se las considera, exclusivo de los cultivos transgénicos.

2. *Los transgénicos aumentan el uso de pesticidas*

Todos los estudios realizados sobre cultivos transgénicos indican que en ellos se utilizan menos pesticidas. Lo cual es lógico si se tiene en cuenta que un número importante de variedades transgénicas son Bt, es decir, que producen su propia defensa contra las plagas.

3. *Algunos transgénicos contienen glifosato*

El glifosato es uno de los pesticidas más seguros que se han producido, pero no deja de ser un veneno. Este defoliante se utiliza para matar la maleza y la mala hierba desde 1974, cuando Monsanto lo lanzó al mercado bajo la marca Roundup. En 2007 era ya el herbicida más utilizado por los agricultores estadounidenses, entre otras cosas porque Monsanto había creado las primeras semillas Roundup Ready, inmunes al herbicida, de modo que al aplicarlo se puede matar selectivamente las plantas invasoras sin afectar al cultivo. La patente del glifosato que tenía Monsanto caducó en 2000 y, desde entonces, muchas otras empresas también lo ofrecen en el mercado.

Todas las investigaciones realizadas indican que el glifosato es razonablemente seguro, mucho más que otros herbicidas utilizados en agricultura y en jardinería. Aun así, está rodeado de una leyenda negra que, curiosamente, no se ha demostrado. No hay pruebas de que cause cáncer, ni ningún otro daño al ser humano si se aplica según las instrucciones y los protocolos indicados, en las cantidades y momentos recomendados y con todos los cuidados que implica el uso de una sustancia que es venenosa, no por tratarse del producto de la maldad, sino porque los agricultores necesitan ese veneno para proteger sus cosechas.

Los pocos estudios que afirman que es enormemente peligroso han sido llevados a cabo por un biólogo francés, Gilles-Éric Séralini, cuyas investigaciones han sido ampliamente criticadas y, además, no han podido ser reproducidas por investigadores independientes.

Pero nada de eso ha importado. El glifosato ha sido objeto de una campaña tal que ha sido sustituido, incluso en municipios enteros como Madrid o Castellón, por vinagre, una sustancia mucho más tóxica para los mamíferos. Y aquí entran en juego las complejidades: la toxicidad se mide como LD50, es decir, la dosis letal que mata al 50 % de los seres de una muestra representativa. Así, para matar al 50 % de las ratas de un grupo que consuma glifosato por vía oral se requiere una dosis de 5.600 miligramos por kilogramo de peso del animal (mg/kg), mientras que para matar a la misma cantidad de ratas de un grupo bastan 3.310 mg/kg de vinagre, según informa la Universidad de Ohio.[11]

Por supuesto, nada de esto es un secreto guardado en las bóvedas de la CIA. Los datos de toxicidad, como todos los demás de todas las sustancias químicas que se venden en el mercado, constan en su Hoja de Datos de Seguridad, un resumen de las características conocidas del material que debe acompañarlo siempre que se vende.

4. *Su consumo es inseguro*

Pues no. No lo es. Desde que se introdujo el primer cultivo transgénico comercial en 1994 —un tomate en el que la descomposición o putrefacción se había retardado—, no se ha registrado ni un caso en el que los alimentos transgénicos resultaran nocivos para los consumidores. Existen requisitos muy estrictos para la autorización de cada nuevo cultivo y, desde ese año, se han realizado cientos —incluso miles— de estudios sobre estos cultivos y su consumo por parte de animales y seres humanos. La conclusión es que no hay diferencias peligrosas respecto de sus parientes no modificados.

Desde el punto de vista científico, es poco plausible que un problema sea generalizado. Por eso, los cultivos transgénicos se estudian caso a caso. Si alguno llegara a presentar algún inconveniente, eso no invalidaría la evaluación del resto.

5. *Promueven los monocultivos*

La agricultura en general promueve los monocultivos, lo cual puede convertirse en un problema que es muy necesario abordar. Pero los monocultivos no han sido creados por los transgénicos, son una realidad surgida de la agricultura industrializada necesaria para obtener máxima productividad y reducir los precios de los productos alimentarios. ¿La solución? Que los agricultores administren mejor la tierra y cuiden de su calidad, que roten sus cultivos de manera que no se agoten los nutrientes y que desarrollen otras acciones que no tienen nada que ver con que el monocultivo sea transgénico, híbrido u obtenido de otra forma.

6. *Se obliga a los agricultores a utilizarlos*

Nunca ha ocurrido. El mercado es enormemente diverso y los agricultores tienen a su alcance muy distintos tipos de semillas procedentes de cientos de empresas que se dedican a su producción y comercialización. La realidad ha sido que los agricultores suelen querer esas semillas porque resultan un mejor negocio para ellos. Y los agricultores, al igual que las empresas de semillas, las de fertilizantes, los transportistas de alimentos, los comercializadores y los

detallistas, están en esto para ganar dinero. El sueño de alimentar a la humanidad lo pueden tener científicos, agrónomos, activistas políticos y soñadores de muy buena voluntad, pero no es el objetivo de quien trabaja duramente la tierra para mantener a su familia.

7. *«Contaminan» a otros cultivos por polinización cruzada*

No hay más riesgo de que los cultivos transgénicos polinicen a otros cercanos de que lo haga cualquier otra planta. Para evitarlo, los agricultores conocen y desarrollan procedimientos. En algunos casos, como el de la soja, la planta se autopoliniza y el riesgo es mínimo. En otros, los misteriosos agricultores saben que, por ejemplo, el período de polinización del maíz es de siete a diez días durante todo su ciclo de vida (desde que se planta hasta la cosecha, unos cien días como máximo) y que su polen sólo es viable unas doce horas. Si quieren sembrar maíz de distintas variedades en campos adyacentes, lo que hacen es escalonar las fechas de siembra de modo que cuando una variedad poliniza, la otra no esté madura para recibir el polen. El sistema funciona.

8. *No han alimentado al mundo*

Cierto. Pero tampoco han llevado al hombre a Marte. Es una promesa que nunca se hizo respecto de los transgénicos. La ingeniería genética es sólo una de las muchas herramientas que tienen los agricultores para mejorar la productividad y conseguir mejores cosechas, sobre todo en las zonas donde hay falta de alimentos. Pero los transgénicos no se desarrollan siempre para obtener mayor productividad. Pueden aumentar el valor nutricional de un producto, como en el caso del arroz dorado. O pueden buscar mejorar las cualidades organolépticas, en un esfuerzo, por ejemplo, para recuperar los compuestos aromáticos del tomate.

La solución al hambre en algunos casos está simplemente en abrir pozos y dotar a los habitantes de energía eléctrica para alimentar bombas, irrigando zonas «naturalmente» secas; en otros casos hacen falta fertilizantes o pesticidas adecuados, mejores semillas que no tienen por qué ser transgénicas (los cultivos transgénicos comerciales son muy pocos: maíz, soja, colza, algodón, un tipo de patatas, remolacha, alfalfa, papaya y calabaza), créditos baratos o políticos menos pillos, entre otras cosas. La lucha contra el hambre no puede depender —habría que ser tonto para creerlo— de una sola variable, cuando es el producto de condiciones muy complejas.

9. *Las semillas son infértiles*

Se dice que las semillas de los transgénicos no pueden volver a plantarse porque tienen incorporado un gen que impide que sean fértiles. A estas semillas les han dado un nombre con clásica resonancia de la ciencia ficción: Terminator, por los robots que vienen del futuro en las películas de esta saga, unos para matar a John Connor y otros para salvarlo. En todo caso, la fuerza y letalidad de esos robots dan a su nombre (que significa «exterminador») un aura temible. Pero tales semillas infértiles no existen en el mercado, y Monsanto ni siquiera tuvo que ver con ellas. La tecnología que podría hacer realidad estas semillas fue desarrollada por el Servicio de Investigación Agrícola del Departamento de Agricultura de Estados Unidos y la compañía Delta and Pine Land, el mayor productor de semillas de algodón de distinto tipo en todo el mundo. Las tecnologías de las patentes, decían algunos, ayudarían a prevenir que los genes de los cultivos transgénicos se mezclaran con cultivos no transgénicos (véase el punto 7). Pero sus críticos señalaron que, con esta tecnología, los agricultores no podrían guardar semillas para el cultivo del año siguiente.

Lo que estos críticos ignoran al parecer, y no es tan difícil averiguarlo, es que la mayoría de los agricultores no guardan las semillas de un año para el siguiente porque las semillas producto de la polinización de la semilla mejorada tienen menos calidad y productividad que las híbridas de primera generación. Por simple genética mendeliana, si se ha hecho un híbrido para que tenga ciertas características en la primera generación, en la segunda tendrá más o menos la mitad de esas características, y en la tercera, una cuarta parte. Por eso los productores de semillas mantienen sus plantas en espacios separados que polinizan artificialmente entre ellas para obtener esa primera generación deseada, que resiste las heladas, madura más temprano (o más tarde, como el tomate), consume menos agua por tener tallos más cortos u ofrece mayor productividad por hectárea. Los agricultores utilizan semillas mejoradas, generalmente patentadas, porque les conviene. Hoy en día, cualquiera puede plantar y guardar las semillas de soja Roundup Ready de Monsanto, cuya patente caducó en 2014, pero no se hace porque simplemente no merece la pena.

Como dice el antiguo agricultor Edward Wood, el tema de las semillas «es tan increíblemente complejo que no veo cómo alguien pudiera entenderla si no tiene un amplio historial en la agricultura, o un título universitario sobre el tema. Nadie puede explicar la tecnología de las semillas en una calcomanía para la defensa del auto, pero los he visto intentarlo. No se puede ver una película y entender esto. Ver *Food, Inc.* y pensar que uno sabe algo sobre la

agricultura moderna es como ver *Serpientes en el avión* y pensar que puede volar un avión o ser herpetólogo».

10. *Porque se los relaciona con Monsanto*

Este argumento antitransgénicos es tan conocido, se repite tanto y se aduce de tantas formas que conviene dedicarle un apartado en exclusiva.

LOS TRANSGÉNICOS Y MONSANTO

Monsanto empezó produciendo sacarina y, tras una multitud de transformaciones y diversificaciones en el mundo de la química, hoy es uno de los símbolos de la maldad corporativa, de las peores prácticas empresariales y un blanco fácil de cualquiera que desee declarar «libre de transgénicos» un municipio, ciudad o barrio.

En realidad, Monsanto no es esencialmente distinta a ninguna otra empresa: defiende sus intereses (a veces agresivamente), en ocasiones se embarca en prácticas de dudosa moralidad y sus acciones, legítimas o no, tienen efectos en la gente a su alrededor. Fundada en 1901, empezó a producir sustancias químicas para la agricultura en 1945, principalmente pesticidas. En 1981 vio una oportunidad en el naciente campo de la biotecnología y, un año después, conseguía la primera modificación genética de semillas. Las investigaciones dieron como resultado la comercialización en 1996 de sus primeros productos: una semilla de algodón que producía su propio pesticida al habérsele insertado un gen de la bacteria *Bacillus thuringiensis*, por lo cual a esa variedad se la conoce como algodón Bt, y una semilla de soja que era resistente al herbicida Roundup que producía la misma empresa, y cuyo principio activo era el glifosato.

Pero a lo largo de su trayectoria como empresa química, Monsanto participó en la producción de varias sustancias que fueron protagonistas, y con razón, del debate público. Así, en 1935 Monsanto adquirió la Swann Chemical Corporation, que producía unas sustancias conocidas como bifenilos policlorados (PCB, por sus siglas en inglés). Fue un excelente negocio porque estas sustancias eran enormemente demandadas por diversas industrias. Sin embargo, durante las décadas siguientes fueron acumulándose evidencias de que los PCB eran perjudiciales para la salud humana y para el medio ambiente, y liberaban unas sustancias, las dioxinas, que resultaron ser terriblemente dañinas. Monsanto no sólo se negó a hacer nada al respecto,

sino que promovió activamente la idea de que su producto era inocuo. Lo mismo que hicieron en su momento las compañías de tabaco ante los estudios sobre el cáncer o las de automóviles ante las denuncias de contaminación grave. Lo mismo que hicieron todas las empresas productoras de PCB repartidas por todo el mundo.

Todas, por tanto, fueron culpables de la misma conducta cuestionable que, a medida que las evidencias se hacían más fuertes, se tornó inaceptable. No fue hasta 1977, cuando el asunto ya había asumido proporciones de escándalo, que Monsanto suspendió la producción y venta de PCB. Su imagen, por supuesto, quedó dañada, inexplicablemente más que la de otras empresas que compartieron su mal comportamiento. Hay que añadir que la agencia estadounidense responsable del medio ambiente no prohibió los PCB hasta 1979, así que, antes que por violentar las leyes, la crítica a las empresas que siguieron fabricando esos productos es, sobre todo, de carácter moral.

Mientras tanto, las capacidades de Monsanto como fabricante de sustancias químicas para la agricultura fueron requeridas por el Gobierno estadounidense para que produjera el llamado «agente naranja» como parte de su campaña en la guerra de Vietnam. El agente naranja era una mezcla de dos defoliantes, conocidos como 2,4,5-T y 2,4-D, que ya había sido utilizada por el Reino Unido contra la guerrilla comunista de Malasia entre 1948 y 1960. El agente naranja fue sólo uno de los nueve herbicidas distintos que el ejército estadounidense empleó extensamente en las zonas rurales de Vietnam del Sur para destruir la vegetación de las zonas de combate, con objeto de dificultar la obtención de alimentos y la protección que la selva daba a los guerrilleros del Viet Cong, que luchaban junto con Vietnam del Norte contra Estados Unidos y el gobierno al que éste apoyaba. Este defoliante fue producido para el ejército por Monsanto, y también por Dow Chemical, Diamond Shamrock y otros proveedores.

En algún momento durante la guerra, se supo que el 2,4,5-T empleado para producir el agente naranja estaba contaminado con dioxinas, pero el Gobierno no lo consideró un problema y siguió comprando la sustancia. Después de todo, el 2,4,5-T se utilizaba en la agricultura estadounidense desde la década de 1940 y, de hecho, siguió utilizándose hasta finales de la de 1970, después del fin de la guerra de Vietnam en 1975, cuando se determinó su posible toxicidad. Con el tiempo, se concluyó que las dioxinas habían afectado gravemente no sólo a los vietnamitas, provocando enfermedades, discapacidades e incluso malformaciones congénitas a miles de víctimas, sino también a los veteranos estadounidenses que habían manipulado la sustancia,

provocándoles trastornos nerviosos, digestivos, respiratorios y de la piel, así como varias formas de cáncer. El Gobierno estadounidense y las empresas rechazaron toda responsabilidad legal, pero finalmente, en la década de 1980, Monsanto pagó ciento ochenta millones de dólares en compensación a los veteranos, aunque sin asumir ninguna culpabilidad.

En 1970, la compañía biotecnológica Genentech descubrió y patentó el gen responsable de producir la somatotropina bovina (BST, por sus siglas en inglés), una hormona que aumenta la producción lechera de las vacas. Las compañías Monsanto, American Cyanamid, Eli Lilly y Upjohn obtuvieron licencias que las autorizaban a producir esta hormona y la comercializaron para la industria lechera. De inmediato se produjo un debate sobre lo segura que era la hormona, tanto para los seres humanos que consumieran leche producida por vacas tratadas con ella como para los propios animales. A fecha de hoy, no hay pruebas de que consumir su leche produzca efectos negativos en los seres humanos, pero sí se sabe que causa efectos indeseables en el ganado. Aunque hoy en día el uso de la BST está autorizado en más de veinte países, en otros, como los europeos, está prohibido por consideraciones esencialmente veterinarias: las vacas tratadas con esa hormona sufren mastitis, fertilidad reducida y problemas corporales.

Un ejemplo de los productos de Monsanto con los que no hay conflicto son las semillas no transgénicas que comercializa. Pese a la imagen creada sobre la empresa por los transgénicos, una gran parte de sus ventas procede de semillas obtenidas por hibridación tradicional. Así es como Monsanto tiene presencia en los países donde se mantiene la prohibición o limitación a los cultivos transgénicos. De hecho, como descubrió el doctor en bioquímica y biología molecular J. M. Mulet en 2013, incluso Greenpeace vendía en España semillas mejoradas no transgénicas pero sí patentadas, cuyo registro es propiedad de Monsanto y que en España comercializa la marca Batlle a cambio del pago de *royalties*: se trata de las «ecosemillas» de guisante para huerto y jardín variedad Rondo.

Por último, entre 1997 y 2002 la compañía Monsanto vendió todas sus empresas de química, como las relacionadas con los PCB y el agente naranja, y se dedicó a comprar empresas de semillas y relacionadas con la biotecnología. En 2002 dejó de ser propiedad de la familia de su fundador, John F. Queeny, y de sus accionistas privados, para pasar a ser una compañía cuyas acciones cotizan en Bolsa.

Pero Monsanto no es la única empresa que produce cultivos transgénicos. También están DuPont, que se fusionó en 2016 con Dow AgroSciences, la

octava en la lista; Syngenta, una empresa suiza; y la francesa Vilmorin, que no puede vender sus productos en la propia Francia. Además, Monsanto ha sido absorbida por la empresa alemana Bayer CropScience, la séptima de las grandes productoras de transgénicos.

Tampoco es especialmente grande o poderosa. En 2016 ocupaba el número 233 del mundo en valor de mercado y, según la revista *Fortune*, en Estados Unidos estaba muy por debajo de General Motors, Coca-Cola o las cafeterías Starbucks.

Dicho todo esto, nadie podría decir que Monsanto es una empresa angelical o una organización que destaque por su impecable ética, pero de ahí a ser la caricatura que se presenta en las «marchas contra Monsanto» y en las acusaciones exageradas y populistas que se vierten contra ella media una gran distancia.

Ahora, por supuesto, cualquier militante de la izquierda feng-shui replicará que me paga Monsanto. Y todo por ofrecer datos y hechos contrastados.

EL ARROZ DE LA DISCORDIA

En el año 2000, el doctor en mejoramiento agrícola Ingo Potrykus, del Instituto Federal Suizo de Tecnología, y el doctor en biología celular Peter Beyer, de la Universidad de Friburgo, anunciaron en un artículo científico que habían logrado crear una variedad de arroz capaz de producir betacaroteno en el grano comestible.[12] Habían añadido al arroz dos genes que producían esa sustancia, uno procedente de una bacteria y otro del narciso, precisamente el que le da a la flor su atractivo color amarillo profundo. Era el resultado de una idea nacida en 1982 y que les había llevado ocho años de trabajo. Se dio a conocer como arroz dorado; precisamente el betacaroteno da a los granos un color similar al de una paella bien preparada.

Esta innovación nacía de un problema grave que viven las sociedades que se alimentan primordialmente del arroz, en particular las asiáticas y africanas. Para 3.500 millones de personas, aproximadamente la mitad de los seres humanos, este cereal es el alimento del que dependen para obtener más del 20 % de sus calorías diarias. Y para muchos, es su principal o único alimento. El arroz carece de las sustancias que se conocen como «provitamina A», es decir, los nutrientes que el metabolismo del cuerpo humano puede convertir en vitamina A. La falta de vitamina A provoca, entre otros efectos dañinos, diversas alteraciones de la vista, desde la ceguera nocturna hasta la ceguera

total. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), en las sociedades en las que el arroz domina la dieta, la deficiencia de esta vitamina es un problema de salud en más de cuarenta países y provoca que entre 250.000 y 500.000 niños queden ciegos cada año. La mitad de estos niños muere un año después de haber perdido la vista.[13]

El betacaroteno que los científicos habían conseguido que produjera el arroz dorado es una de las provitaminas A. Esta molécula hace que algunos de nuestros cultivos sean anaranjados, como las zanahorias, las calabazas o la propia naranja. Este arroz podría cultivarse en Asia en lugar del blanco, o como complemento del mismo, y ayudar a combatir los problemas de ceguera y muerte, principalmente entre niños.

Podría parecer un gran negocio potencial, salvo porque el arroz dorado se creó pensando en regalarlo a las sociedades donde más falta hace, que, además, suelen ser muy pobres. Pero, sin que resulte ya sorprendente, desde un año antes de que se publicara la investigación, cuando se dio a conocer que el proyecto iba por buen camino, varias organizaciones no gubernamentales comenzaron una lucha por impedir que este cultivo llegara a los agricultores y a los consumidores que más lo necesitaban.

En primera línea se situó —tampoco sorprende ya— Greenpeace, bajo el principio de oponerse a todo organismo genéticamente modificado (al menos fuera de Estados Unidos; su pasividad con los transgénicos dentro del país es motivo de especulaciones interesantes, pero que no vienen al caso). Sin explicaciones, sin justificaciones.

Greenpeace ha gastado millones de dólares en decir que el arroz dorado es sólo un truco de relaciones públicas de las empresas de semillas para lavar su imagen ante el público y abrir la puerta a otros cultivos transgénicos o que no resolvía el problema de la pobreza. También señaló que la cantidad de betacaroteno contenida en el arroz dorado era escasa, pero como ocurre con todas las mejoras de cultivos, ha aumentado: el arroz dorado 2 presentado en 2005 contiene suficiente betacaroteno como para que sólo 72 gramos de arroz al día satisfagan las necesidades de provitamina A de un niño.

Ya retirado, Ingo Potrykus —que ha sido atacado, amenazado e insultado (su invernadero suizo tuvo que convertirse en una instalación de alta seguridad antiterrorista)— se ha dedicado al Consejo Humanitario del Arroz Dorado y sigue luchando para conseguir que este grano se ponga a disposición de quienes se beneficiarían de él.

El 8 de agosto de 2013, un campo experimental de arroz dorado del Instituto Internacional de Investigación del Arroz, la organización sin fines de

lucro que actualmente desarrolla el cultivo, en la región filipina de Bícol fue atacado y destruido por unos cuatrocientos activistas. Los motivos que dieron: la posibilidad de riesgos imprevistos para la salud humana y el entorno, y los beneficios para las compañías agroquímicas.

El ataque fue concertado entre varias organizaciones. Una de ellas era el Movimiento Campesino de Filipinas, un grupo situado en la izquierda nacionalista más extrema del país y que mantiene la teoría conspirativa de que el arroz dorado tiene por objeto que las multinacionales se apoderen del mercado del arroz filipino. Otra, la Asociación de Agricultores y Científicos para el Desarrollo, más conocida como Masipag (por sus siglas en filipino), afirma hacerlo con «un enfoque holístico hacia el desarrollo» (sea lo que sea eso) y se ha aliado en varias ocasiones con Greenpeace en su lucha antitransgénicos. Finalmente está Anakpawis, una lista electoral de izquierda. La mayor claridad la aportó Zenaida Soriano, de la Coalición Campesina Asiática, de ideología comunista, que llamó a los campesinos asiáticos a destruir todos los cultivos transgénicos en sus países.

La participación directa de Greenpeace en la organización del ataque, hay que aclararlo, no se probó nunca. Sería difícil, sin embargo, sugerir que su posición contra el arroz dorado en todo el mundo, y en Filipinas en concreto, no haya sido un factor en la visión de los atacantes. En 2012, por ejemplo, ante la autorización de varios transgénicos por parte del Gobierno filipino, Greenpeace declaró que la propagación de tales cultivos «llevaría a una crisis alimentaria» al país asiático, según informó InterAksyon, el portal de internet de la emisora filipina TV5.[14] Pocos miedos más terribles para una nación eminentemente agrícola. Al mismo tiempo, Beau Baconguis, la gerente de programas de Greenpeace para el Sudeste Asiático, declaraba que no había «suficientes pruebas de seguridad sobre los cultivos transgénicos». Curiosamente, sin embargo, justificaba la destrucción del campo experimental diciendo que los activistas lo hicieron porque temían la contaminación de sus cultivos.

Esto sin contar con que, en el pasado, Greenpeace sí se ha implicado directamente en la violenta destrucción de cultivos. Tres de sus activistas, por ejemplo, destruyeron un campo experimental de trigo en Canberra (Australia) en julio de 2011, causando daños por un millón y medio de euros en lo que algunos han identificado como «ecoterrorismo». Miles de científicos firmaron entonces una carta condenando el ataque y la desinformación.

En junio de 2016, mientras la lucha por superar las barreras regulatorias para el arroz dorado seguía, 107 de los 239 galardonados con el premio Nobel

de Ciencias vivos en ese momento firmaron una carta promovida por el bioquímico Richard Roberts —que recibió el Nobel en 1993— pidiendo a Greenpeace que abandonara «su campaña contra los OGM en general y contra el arroz dorado en particular». La carta concluía con una sentencia contundente: «¿Cuántas personas pobres del mundo deben morir antes de que consideremos esto un crimen contra la humanidad?».

Greenpeace no se dio por enterada y siguió sus campañas, apoyada no por científicos, sino por grupos musicales, actores y activistas urbanos que se asumen como comprometidos.

En ocasiones, basta con temer que Greenpeace anuncie, como el matón de la clase, que se opondrá a cualquier producto, cultivo o acción, para que se dé marcha atrás. Tal fue el caso del trigo para celíacos desarrollado en España, víctima del temor a la posición radical del grupo.

La ingeniería genética puede suprimir la expresión de ciertos genes y, por tanto, de las proteínas que estos producen. Así lo hizo el investigador español Francisco Barro en el Instituto de Agricultura Sostenible de Córdoba, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), al desarrollar una variedad de trigo que no produce la reacción que sufren los celíacos al consumir gluten.

El trabajo científico se publicó en 2011 como un gran logro de la biotecnología española y tres años después, en 2014, comenzaron los estudios con pan elaborado con este trigo modificado a fin de determinar no sólo si era realmente seguro para los celíacos, sino también para probar si sus características de textura, sabor y aspecto eran similares a las que tanto gustan en el pan con gluten.

Desafortunadamente, Greenpeace anunció de inmediato que haría todos los esfuerzos necesarios para impedir que este trigo se cultivara y comercializara en España. El motivo: era un transgénico, es decir, producto de la ingeniería genética. La organización de consumidores Facua —estrechamente vinculada a Podemos—, la Plataforma Andalucía Libre de Transgénicos y su Red Andaluza de Semillas también expresaron su oposición. Entre otras acciones, se montaron boicots «ecológicos» contra los hospitales en los que se realizaron los estudios clínicos del pan sin gliadinas.

Finalmente, la patente del trigo del CSIC fue adquirida por la compañía británica Plan Bioscience Limited. No sería de extrañar que este trigo modificado se cultivara fuera de España y de la Unión Europea para regresar después, en forma de harina, al país donde nació.

7

Los villanos visten de blanco

Quienes no exigen evidencias, hechos y datos a las terapias seudocientíficas sí suelen reclamarlos a la medicina, a la farmacología, a todo el universo biomédico. Un ejercicio bastante inútil, porque, cuando se les ofrecen las pruebas, dudan de ellas, afirman que no son «reales», que «nadie sabe» si son fiables o, simplemente, las acusan de ser producto de una deshonestidad que creen que es generalizada entre la profesión médica y los investigadores científicos. La ciencia y la medicina se ven así como organizaciones criminales de una vileza que haría palidecer a los más sanguinarios narcotraficantes.

Después de todo, las empresas farmacéuticas —es más sencillo atacar a quienes desarrollan y producen medicamentos que a las compañías que fabrican muletas, jeringuillas, estetoscopios, goteros o termómetros— tienen enormes ingresos, que se derivan, por supuesto, de las personas que están enfermas. Este hecho indudable basta para condenarlas a ojos de muchos. Y en ese proceso de indignación moral, compartido por buena parte de la izquierda feng-shui que ve la medicina como parte del odiado sistema, se omite que los homeópatas, los practicantes del reiki, las compañías de productos homeopáticos, las herboristerías y, en general, todos los seudomédicos y seudoterapeutas hacen exactamente lo mismo.

Necesitamos que alguien se ocupe de nuestra salud. Que estudie y conozca nuestros cuerpos y sus alteraciones, y que averigüe cómo prevenir, curar o paliar las enfermedades. Que elijamos a un proveedor de alguna disciplina de nombre altamente imaginativo como la bioneuroinmunodescodificación, la cual no requiere ninguna cualificación profesional, o a un médico con un título, una especialidad y estudios basados en hechos científicos da exactamente igual. Cuando estamos enfermos, buscamos a un profesional. Y nos parece razonable que dicho profesional cobre por su labor, como cualquier trabajador altamente especializado.

Así que el argumento del negocio no parece bastar para condenar a los millones de personas que trabajan en el universo de la biomedicina. Por ello, los conspiranoicos les atribuyen tres líneas de acción igualmente despreciables: actúan para enfermarnos, ocultan ciertas curaciones sencillas y baratas para las enfermedades y, en su afán por obtener ganancias, nos ofrecen productos, procedimientos y tratamientos cuyo objetivo es que sigamos enfermos para siempre.

FARMAFIA Y FARMAFISOS

El 27 de julio de 2007, el periódico *La Vanguardia* publicaba en su contraportada, que lleva el nombre de «La Contra», una entrevista con el doctor Richard Roberts, biólogo molecular británico y premio Nobel de Química en 1993 por sus descubrimientos sobre el ADN y su trabajo en la edición genética, es decir, la introducción o extracción de genes de una cadena de ADN. En ella, el redactor Lluís Amiguet le atribuía citas como «de repente, [la investigación] es desviada hacia el descubrimiento de medicinas que no curan del todo, sino que hacen crónica la enfermedad y le hacen experimentar una mejoría que desaparece cuando deja de tomar el medicamento» y «es habitual que las farmacéuticas estén interesadas en líneas de investigación no para curar, sino solo para cronificar dolencias con medicamentos cronificadores mucho más rentables que los que curan del todo».

Durante seis años, estas tremendas acusaciones se repitieron en internet sin cuestionarlas. Pero había algo curioso. Esos conceptos siempre procedían de esa única fuente. El doctor Roberts no había dicho nada similar en ningún otro medio, ni en español ni en inglés, lo cual parecía extraño dada la gravedad de la acusación y su relevancia profesional. Así, en 2013 contacté con el doctor Roberts, le traduje las palabras que se le atribuían y le pregunté si eran precisas. Su respuesta fue: «Se me citó incorrectamente, y probablemente de modo deliberado, por lo que parece».

En nuestros intercambios por correo electrónico, Roberts explicó: «Lo que sí dije es que las compañías farmacéuticas tienen poco interés en gastar mucho para encontrar curas de algunas enfermedades porque, una vez que se encuentra una cura, eso limita enormemente el potencial de mercado. Prefieren encontrar medicamentos que sean efectivos contra enfermedades crónicas y que los pacientes tendrán que seguir tomando durante muchos años, idealmente el resto de sus vidas».

Lo cual no suena irracional. Si usted tuviera que invertir una enorme cantidad de dinero en investigar un medicamento que le rendirá una buena cantidad de ingresos a sus accionistas o invertirla en otra investigación que no dejará tan elevados beneficios, ¿qué haría? Si opta por lo segundo, es probable que en la siguiente junta de accionistas lo pongan en la calle. Puede sonar cruel, pero en cierto modo es inevitable. Aunque una persona que padece celiaquía e intolerancia a la lactosa y además es crudivegano estricto, puede sentir que no encontrar productos adecuados para su dieta en una tienda es prácticamente una agresión.

Añadía el doctor Roberts: «El único problema que tengo con eso es que las compañías farmacéuticas no deberían fingir que están interesadas en curaciones, porque no lo están. Hasta donde sé, es infrecuente que financien investigaciones que busquen curaciones. Eso es distinto que decir que estén intentando hacer crónicas las enfermedades, que no es verdad. Del mismo modo, aunque habitualmente no hacen investigaciones que conduzcan a una curación, hay una enorme cantidad de ellas que se hacen en hospitales y entornos clínicos que sí buscan curaciones. En Estados Unidos, los Institutos Nacionales de la Salud gastan muchos miles de millones de dólares al año haciendo precisamente eso». Dicho de otro modo, la financiación pública es la que se hace cargo de realizar esas investigaciones, y debe hacerlo como parte de la responsabilidad social del Estado.

«No dije que las farmacéuticas detuvieran investigaciones prometedoras que llevaran a curaciones. Más bien que no tienen incentivo para hacer ese tipo de investigaciones en primer lugar. […] El único caso que conozco en que las farmacéuticas trataron de desacreditar una investigación se refiere a la *Helicobacter pylori*, que causa úlceras y por cuyo descubrimiento Marshall y Warren recibieron el premio Nobel. Sus hallazgos fueron cuestionados constantemente en los primeros momentos por las farmacéuticas, que preferían vender antiácidos», prosiguió.

Y señalaba que, a sus ojos, las compañías farmacéuticas «no son poco éticas en lo que hacen, dado que fabrican productos que la población en general necesita: antibióticos, analgésicos, agentes anticáncer, etcétera. Pero se extralimitan cuando afirman estar buscando curaciones. Ése no es habitualmente su modelo de negocio, excepto en casos como el de los antibióticos. Y hasta hace poco tiempo no habían gastado demasiado dinero buscando nuevos antibióticos porque los márgenes de beneficios son muy bajos». Por ello, defendía, «la búsqueda de curaciones casi con certeza se

hace mejor a través de la medicina académica y sólo se transfiere a las empresas cuando hay un modelo de negocio que tiene sentido».

El doctor Roberts, además, dejó de ser un héroe para los antisistema hispanoparlantes que citaban la entrevista cuando, en junio de 2016, promovió la mencionada carta en la que más de un centenar de premios Nobel pedían a Greenpeace que detuviera su campaña contra la biotecnología y el arroz dorado (véase el capítulo 6).

¿Ha habido fraudes farmacéuticos reales? Por supuesto. GlaxoSmithKline, de modo muy destacado, impulsó ilegalmente la utilización de una serie de medicamentos para usos no autorizados, y omitió informar de los datos de seguridad obtenidos en sus estudios, además de hacer una promoción ilegal. En 2012 se la condenó por ello a pagar la friolera de 3.000 millones de dólares como multa, la mayor que se le ha impuesto a una farmacéutica. Pfizer fue otra empresa condenada por promover ciertos medicamentos para usos que la Agencia de Alimentos y Medicamentos estadounidense (FDA, por sus siglas en inglés) no había aprobado, y en 2009 tuvo que pagar 2.300 millones de dólares. Por la misma infracción, Johnson & Johnson abonó 2.200 millones de dólares en 2013.

¿Hay abusos comerciales inaceptables? Claro que sí. En 2015, el magnate Martin Shkreli, presidente y director general de una farmacéutica, aumentó de pronto en un 5.000 % el precio del Daraprim, un antiparasitario usado para combatir la malaria y el VIH. Hay que notar que la demanda de este medicamento en Estados Unidos es tan reducida que ningún otro laboratorio lo produce pese a estar libre de patentes desde la década de 1970. Se desató un escándalo y Shkreli se convirtió de inmediato en el hombre más odiado del país. El hecho mismo de que esta práctica tuviera tal repercusión sugiere que se trataba de un caso excepcional. Y que su acción fuera legal demuestra que la regulación de esta industria poderosa y estratégica a la vez aún es insuficiente.

La industria farmacéutica, como la práctica médica, están intensamente reguladas y vigiladas. Aunque la percepción sea que las compañías prácticamente pueden hacer lo que quieran, la realidad es que cualquier indicio sólido de que un medicamento o vacuna tienen un riesgo mayor que el conocido por los estudios o mayor que el razonablemente aceptable, se retira del mercado. Así ocurrió en 1998 con una vacuna contra el rotavirus causante de la gastroenteritis, que se retiró porque causaba otros problemas intestinales en más casos de los previstos. ¿Cuántos? Entre uno y dos casos más por cada diez mil niños.

Las farmacéuticas tienen muy presentes los casos que les han costado verdaderas fortunas. El más sonado, tanto que aunque no ha vuelto a repetirse sigue siendo recordado, fue el de la talidomida, que se comercializaba para tratar las náuseas matinales en mujeres embarazadas. El laboratorio alemán que lo fabricó no hizo estudios satisfactorios sobre sus efectos en el feto porque estaban convencidos de que su producto no podía traspasar la barrera placentaria, que mantiene al futuro bebé aislado de una serie de sustancias que puedan estar en el torrente sanguíneo de su madre. Autorizada en diversos países del mundo, en Estados Unidos el laboratorio se encontró con la férrea oposición a la sustancia de una de las encargadas de conceder las autorizaciones de la FDA, la farmacóloga de origen canadiense Frances Oldham Kelsey, cuyos trabajos anteriores le habían indicado que muchas sustancias podían traspasar la barrera placentaria. La doctora Kelsey exigió estudios más completos antes de autorizar la comercialización de la talidomida en Estados Unidos, además de señalar que los estudios de toxicidad crónica no habían durado bastante, faltaban datos suficientes sobre cómo el cuerpo de las pacientes absorbía el medicamento y se deshacía de él, y tanto los estudios en animales como los clínicos no eran aceptablemente detallados. Se negó a autorizarla en seis ocasiones entre 1960 y 1961.

Mientras tanto, en Europa empezaron a nacer niños con graves deformidades en los miembros superiores e inferiores, un trastorno que se denominó «focomelia», y se determinó que la responsable era la talidomida. Sí, tenía la capacidad de traspasar la barrera placentaria, y por tanto debería clasificarse como uno de tantos medicamentos que no deben tomar las mujeres embarazadas bajo ninguna circunstancia. El medicamento fue retirado y empezó entonces una batalla legal en Europa para que el laboratorio, Chemie Grünenthal, asumiera su responsabilidad por los problemas de desarrollo de alrededor de diez mil niños, y la muerte de al menos dos mil más en cuarenta y seis países debido a las alteraciones producidas por el medicamento. En Alemania, país de origen de la talidomida, los tribunales dieron a las víctimas una indemnización y una paga mensual vitalicia. Los laboratorios, tanto el productor como los comercializadores, tuvieron que responder también en el Reino Unido, Canadá, Australia y otros países. España ha sido una de las excepciones por la negativa de los tribunales a condenar al laboratorio.

Frances Oldham Kelsey llegó a ser condecorada por el presidente John F. Kennedy como una heroína cuyo rigor científico impidió que la tragedia de la talidomida se repitiera en Estados Unidos, y el caso que había denunciado

provocó que en todo el mundo se revolucionaran las regulaciones, normativas y exigencias de estudios rigurosos para la autorización de cualquier medicamento.

Hoy, a diferencia de 1961, las exigencias para que un medicamento llegue al mercado son muchísimo más estrictas. Y para subsanar los problemas aún no resueltos han surgido movimientos entre médicos e investigadores para exigir la transparencia de todos los resultados que los laboratorios obtengan, positivos o negativos, en sus ensayos clínicos. Una de estas iniciativas es AllTrials, encabezada por el médico británico Ben Goldacre, que también es muy crítico con las seudomedicinas.

Visto lo anterior, proponer el abandono de la «medicina oficial» para adoptar sistemas no probados, o que de hecho han demostrado no tener la menor efectividad, es un dislate. Quizá la medicina institucional en los países donde se ha instaurado la sanidad pública sea fría y distante, pues los profesionales tienen que atender a un número determinado de pacientes al día para que los países puedan seguir financiando el sistema público de salud. Quizá haya muchos cambios que deban hacerse para que la atención a la salud mejore y es difícil siquiera sugerir que los mejores sistemas de salud pública, como el español o el británico, sean perfectos o no deban revisarse continuamente. Pero los políticos, y en especial la izquierda feng-shui, deberían aprender que lo realmente necesario es luchar para que haya más recursos públicos en la investigación y desarrollo de medicamentos, para atender urgentes necesidades médicas.

El desarrollo de un medicamento, de cualquiera, tiene un coste de entre 500 y 2.000 millones de euros, y puede requerir hasta quince años de trabajo desde que se identifica una sustancia hasta que pasa por todos los estudios (de laboratorio, en animales y con seres humanos) que satisfagan las exigentes normativas vigentes en la Unión Europea, Estados Unidos u otros países. Más aún, como sólo una de cada cinco mil sustancias que empiezan a estudiarse en los laboratorios se convierte en un medicamento que llega a las farmacias, parece evidente que se trata de un asunto de economía y política cuya solución requiere trascender lo meramente comercial.

También exige regular los fraudes que sí existen: la comercialización indebida, la publicidad engañosa y la promoción de usos no autorizados de algunos medicamentos, así como los «incentivos» a médicos privados para que receten determinados medicamentos, un procedimiento que en ocasiones rebasa los cauces de lo legal.

Ahí sí hay un trabajo que deben hacer gobiernos y sociedad. Pero es un trabajo lento, de regulaciones, de legislación, de todo eso que resulta mucho menos glamuroso que salir a la calle en una manifestación o declarar ante los medios o en charlas debidamente pagadas por todo el país que la medicina nos mata antes que sanarnos.

Sin dejar de asistir, claro, a las citas con nuestro médico de la sanidad pública universal, logro de la izquierda si los hay.

TODO CAUSA CÁNCER… O PEOR

El cáncer es el trastorno más temido de todos, aunque no sea la principal causa de muerte. En España, en 2014, el 29,7 % de las defunciones registradas se debieron a problemas del aparato circulatorio y el 27,9 % a tumores, siendo los principales los de bronquios y pulmones, seguidos, a distancia, por el cáncer de colon.

Quizá porque un diagnóstico de cáncer era, hasta hace no mucho tiempo, prácticamente una sentencia de muerte, el temor que evoca la palabra aún tiene una enorme capacidad de convencimiento, de evocar miedo a «la enfermedad», que en realidad son muchas. El cáncer, dependiendo de sus causas, localización y características, puede subdividirse hasta en doscientos tipos distintos, con diferentes perspectivas de supervivencia y diferentes tratamientos.

Veamos un ejemplo. El cáncer de páncreas que acabó con la vida de Steve Jobs, fundador y presidente de Apple, es un trastorno poco común (el 3 % de los casos de cáncer en Estados Unidos) que se puede subdividir en entre quince y veinte tipos, clasificados a su vez en al menos dos categorías, según las glándulas a las que afectan: exocrinos, más difíciles de tratar, y endocrinos. El tipo de cáncer que sufrió Jobs era neuroendocrino, uno de los más benignos si se detecta a tiempo ya que es susceptible de ser tratado quirúrgicamente y ofrecer una larga supervivencia. Se le detectó en 2003, casualmente y de modo temprano, pero Jobs optó por no «violentar» su cuerpo con una cirugía y acudió a las «terapias alternativas» como alimentarse de frutas, asumir una dieta vegana y consultar a videntes. Cuando un año después aceptó someterse a una cirugía, sus probabilidades de supervivencia habían decrecido notablemente. Murió en 2011.

El hecho de que cada vez haya más curaciones de cáncer, o tratamientos que aumenten la supervivencia aun cuando no se consiga una cura total, queda opacado por el sensacionalismo y por la idea de que el aumento de

casos de cáncer diagnosticados se debe a la modernidad y que son «los químicos» los causantes de esta enfermedad.

Según los médicos, el aumento de diagnósticos de cáncer tiene al menos tres explicaciones. La primera, que hoy en día tenemos los conocimientos necesarios para detectar muchísimas formas de cáncer que antes pasaban desapercibidas o se diagnosticaban incorrectamente. La segunda, que la creciente esperanza de vida de la población inevitablemente aumenta los casos de cáncer, porque se trata de una enfermedad propia de la edad, en muchos casos resultado de la acumulación de errores en el ADN de las células envejecidas que se van reproduciendo o bien de factores que favorecen o causan cáncer ya identificados, como el tabaco, la obesidad o el alcoholismo. La tercera, que algunos factores del estilo de vida actual están afectando a los más jóvenes, entre ellos el uso de drogas, tabaco o alcohol por parte de las madres, la obesidad, la falta de ejercicio y la mayor exposición al sol en actividades deportivas.

Si busca en internet, descubrirá que casi todo puede ser considerado una causa de cáncer, especialmente si se ubica en la malvada modernidad y sus productos. Por ejemplo, hay páginas en las que se dice que el cáncer es, simplemente, una infección por un hongo (una barbaridad que llevó a la prisión a su promotor, un seudomédico italiano que ofrecía curar esta enfermedad con inyecciones de bicarbonato sódico, que mataron al menos a uno de sus pacientes). O que es causado por comer carne, el argumento favorito de los veganos. O que lo causan los plásticos. O las «toxinas». O los transgénicos. O los alimentos procesados. O cualquier explicación que pueda sustentar la idea de que el cáncer es una enfermedad moderna, de la que estaban libres nuestros antepasados, que supuestamente vivían «en comunión con la naturaleza», aunque la primera noticia sobre esta afección sea un osteosarcoma, un tumor óseo maligno extremadamente agresivo, que se encontró en los huesos de un homínido que vivió hace alrededor de 1,7 millones de años en Swartkrans (Sudáfrica), y el cáncer fuera descrito ya, hasta donde sabemos, en un papiro egipcio datado hacia el año 1600 a. C.

Algunos datos adicionales son reveladores: el 60 % de los casos de cáncer se reportan en países con índices de desarrollo humano bajos o medio, es decir, lugares donde resulta mucho más difícil detectarlo. La elevada cifra de que un 40 % de los casos de cáncer detectados ocurra en los países opulentos, que tienen una fracción relativamente pequeña de la población humana, sólo puede indicar que no hay medios para detectar eficazmente los casos de cáncer que puedan padecer muchísimos grupos humanos. Y es que en la

India, la medicina ayurvédica y la homeopatía tienen una enorme difusión entre cientos de millones de personas, y estas prácticas carecen de medios de diagnóstico fiables. Y los indígenas amazónicos, como muchos en Hispanoamérica, la mayoría de los habitantes del África más pobre, los de China, Vietnam, Tailandia o Camboya, tienen pocas esperanzas de verse sometidos a tomografías y resonancias magnéticas, a biopsias y análisis de sangre para detectar tumores que no sean obvios. Además, mueren y son enterrados o incinerados sin ser sometidos a necropsias para saber con certeza si tuvieron un desarrollo canceroso maligno y no fallecieron por la posesión de un espíritu maligno, como puede afirmar el médico brujo de la comunidad. O por el mal de ojo, como sigue siendo creencia por igual tanto en países cristianos como islámicos, de modo tal que hoy podemos encontrar una clínica en Londres dedicada a utilizar la magia islámica del *ruqya* para curar el mal de ojo, los trabajos de magia negra y la posesión por *jinns* o genios malignos. O simplemente por causas desconocidas o «naturales», o afecciones mal diagnosticadas.

Pero en ese número bajo de casos de cáncer detectados en los países más pobres, aun si descontamos los millones que pasan desapercibidos, ocurre el 70 % de las muertes por cáncer. Aunque se detecte, no se hace tan tempranamente como sería conveniente y no existe la posibilidad de dar a todos los pacientes una adecuada atención médica para aumentar sus probabilidades de supervivencia.

En sus búsquedas en internet, también descubrirá que, paradójicamente, casi todo cura el cáncer, todo lo que gusta al mundo alternativista, excepto la medicina basada en el conocimiento y en las evidencias, y sus herramientas: cirugía, radioterapia y medicamentos (o quimioterapia). Estas propuestas alternativas de «curación del cáncer» son tan precisas o tan vagas como lo requiera la legislación para eludirla, pero todas comparten el hecho de que no ofrecen pruebas sobre su eficacia.

En este tejido de afirmaciones sobre falsas causas y falsas curas, ninguna es más cruel que la que proclama (y son varias las vertientes seudomédicas que lo dicen) que el cáncer es culpa del enfermo, producto de sus problemas emocionales no resueltos, de su «actitud negativa», de su irresponsabilidad al comer o usar productos malignos que debería saber que lo son, aunque no haya pruebas de ello. Y la curación, en estos casos, exige que el paciente tenga una «actitud positiva», que «luche» contra el cáncer como si la enfermedad dependiera del estado de ánimo, cuando esto no se ha probado nunca. Es más, hay estudios que señalan que los pacientes de cáncer se

sienten presionados y culpables cuando todos a su alrededor les exigen que «sean fuertes» y «positivos», sin entender que los enfermos están preocupados, temerosos de la muerte, afectados por el dolor.[1]

Pero la actitud, el pensamiento positivo, el «espíritu de lucha» y otros mitos aceptados por la izquierda feng-shui —contra los que han hablado personajes de la izquierda racional, como Susan Sontag o Barbara Ehrenreich, muy criticadas por hacerlo— no tienen el poder que les atribuyen los adeptos al esoterismo. En palabras de la doctora Jill Graham, adscrita a la Unidad de Investigación del Cáncer en el Hospital St. Thomas de Londres, los datos obtenidos en sus trabajos «demuestran que si usted se siente bajo de ánimo o deprimido, no debe caer en el pánico. No va a afectar a su recuperación ni causará una recaída».

Quienes afirman lo contrario, y además simplifican tanto las causas como las curaciones para el cáncer, suelen ser personas que nunca han demostrado curar esta enfermedad, que jamás han hecho investigaciones ni demostrado nada respecto de sus afirmaciones, pero están dispuestas a cobrar haciendo pasar su ignorancia como sabiduría, el mismo viejo negocio de Madame Blavatsky. Un ejemplo es la médico de familia Odile Fernández, cuya historia es que en 2010 superó, gracias a la medicina, un cáncer de ovarios. No obstante, se apresuró a asegurar que «en realidad» la había curado un régimen alimentario de su invención, aunque en otros casos ha admitido la influencia en el resultado de la cirugía y la quimioterapia a las que —dice— se sometió por el cáncer que —afirma— sufrió. Jamás ha ofrecido ni una sola prueba de algunas de las más escandalosas afirmaciones que vende en sus libros y conferencias, como que cocinar con olla exprés es cancerígeno, el agua de Madrid contiene «gran cantidad» de tóxicos, la leche es un alimento «antinatural», los perfumes causan cáncer de mama y la cebolla, el ajo, el tomate, el sésamo, el aceite de oliva, los frutos secos, las legumbres o el té verde, entre muchas otras cosas, no sólo previenen el cáncer, sino que lo «curan». Y con estas afirmaciones tan gratas al oído de quien enfrenta un diagnóstico de cáncer, Odile Fernández promociona sus libros de títulos engañosos —como *Alimentación anticáncer*, *Mis recetas anticáncer*, *Mi revolución anticáncer* y *Guía práctica para una alimentación y vida anticáncer*—, además de impartir cursos virtuales de alimentación anticáncer, conferencias y presentaciones diversas. Evidentemente, cobrando por todo ello. Lo lamentable es que personas así sean promovidas por prácticamente todos los medios de comunicación, tanto electrónicos como escritos.

Son muchos los que afirman ser víctimas de diversas enfermedades para obtener beneficios económicos. En España han causado escándalo los presuntos fraudes del «caso Nadia», niña cuyos padres pedían apoyo para someterla a curaciones fantasiosas y que han sido acusados de fraude, o el de Paco Sanz, supuesto enfermo terminal de cáncer que vivía de pedir donaciones para sus curaciones y que también ha terminado ante el juez.

Pero, entre estos héroes de la «lucha denodada contra la enfermedad», los más peligrosos para la salud, y los que más fácilmente obtienen cobertura política y mediática por su «rebeldía» ante el *establishment* médico-científico, económico y político son los que ofrecen a su vez curaciones fáciles. Como Odile Fernández y, también en 2013, Belle Gibson, que anunció que había vencido al cáncer desde la trinchera de su plato. Un año después, como Paco Sanz, sería desenmascarada.

CAÍDA DE LA ODILE FERNÁNDEZ AUSTRALIANA

En 2013, la australiana Belle Gibson afirmó públicamente que cuatro años antes se le había diagnosticado un cáncer maligno, es decir, que provocaba metástasis, en el cerebro. Esta joven, nacida en 1991, relató que le habían dado cuatro meses de vida, la mitad de los cuales dedicó a someterse sin éxito a radiación y quimioterapia para reducir su tumor cerebral, por lo que acudió a alternativas «holísticas»: dejar de comer gluten, lácteos y productos transgénicos, hacer prácticas ayurvédicas, irrigaciones del colon (nombre pomposo que dan a las lavativas) y otros tratamientos. Gibson aseguraba que su cáncer había sido una reacción a la vacuna contra el virus del papiloma humano (VPH) —comercializada bajo la marca Gardasil—, la misma a la que Gaspar Llamazares y las organizaciones que giran en torno al médico de familia Juan Gérvas, enfrentados a buena parte de la comunidad médica y científica, se opusieron en España. La afirmación ya era de por sí extraña, porque el programa de vacunación contra el VPH comenzó en Australia en 2007 orientado a mujeres de entre doce y trece años de edad, cuando Belle ya había cumplido los dieciséis.

Pero ¿quién se iba a fijar en fechas si estaba ante una joven cuya vida había sido puesta en peligro por la medicina científica, la mafia médica y farmacéutica —la «farmafia»— y se había salvado valientemente eligiendo un estilo de vida alternativo que se rebelaba contra el sistema?

Todo esto lo contó Belle cuando lanzó al mercado una aplicación para *smartphones* con sus propias recetas mágicas para vencer el cáncer y sus

consejos sobre un «estilo de vida alternativo» que incluía, por supuesto, la recomendación de que no se vacunara a los niños. A la exitosa aplicación, que le generó alrededor de un millón de dólares en un año, la siguieron un libro, un blog y una cuenta de Instagram que llegó a tener doscientos mil seguidores. En 2014, una desconsolada Belle informó a sus seguidores de que tenía metástasis en la sangre, el bazo, el útero, el hígado y los riñones, y que estaba al borde de la muerte.

Belle aseguró que parte del dinero que estaba recaudando de diversas formas, unos trescientos mil dólares, lo había donado a causas caritativas, y además hizo colectas en nombre de éstas. Pero las organizaciones en cuestión denunciaron que jamás habían recibido un solo dólar de la joven empresaria. Eso hizo sonar las alarmas y la denuncia fue publicada en marzo de 2015 por el diario *Sidney Morning Herald*. Belle Gibson aceptó que no tenía metástasis, y que estas podían ser el «diagnóstico equivocado» de un misterioso equipo de médicos alemanes. Un mes después, admitía que jamás había sufrido de cáncer y afirmaba que era víctima de una infancia difícil que la había convertido en una mentirosa patológica.

La editorial Penguin Australia, que había lanzado el libro de Belle Gibson, tuvo que retirarlo del mercado y pagar una multa de treinta mil dólares australianos al Fondo Legal del Consumidor del estado australiano de Victoria por publicar irresponsablemente y sin confirmar las afirmaciones de la autora. La misma organización de defensa del consumidor emprendió acciones legales contra Belle Gibson.

LA «QUIMIO» COMO DEMONIO

En todo el tejido de la mística contra el cáncer, la denuncia de que la quimioterapia mata a más pacientes de los que salva desempeña un papel especial. Esta falsa creencia va a contracorriente de los datos reales, fácilmente contrastables, sobre la efectividad de las más de cien sustancias utilizadas para combatir el cáncer, con resultados que incluyen desde pequeños aumentos en la supervivencia de los pacientes hasta curaciones completas y totales, como en cada vez más casos de leucemia y cáncer de mama, que los alternativistas prefieren ignorar porque no se corresponden con su visión de la modernidad asesina.

El término *quimioterapia* hace referencia a emplear una sustancia química para tratar una afección. Por tanto, estrictamente, una infusión de la herbolaria más pura también es quimioterapia. Igual que cualquier otro medicamento.

Pero el nombre evoca ante todo los tratamientos con medicamentos contra el cáncer, uno de los tres pilares de la lucha contra esta enfermedad, junto con la cirugía y la radiación. La quimioterapia puede tener distintos objetivos: evitar que el cáncer se extienda por el cuerpo en metástasis, matar a las células que ya se han metastatizado, ralentizar el crecimiento de los tumores, aliviar síntomas como el dolor provocado por el propio cáncer y, sobre todo, curar el cáncer matando a las células descontroladas que se reproducen formando tumores. De hecho, las formas de quimioterapia pueden aplicarse antes o después de la cirugía o la radiación, o ser el único tratamiento.

Los fármacos empleados en la quimioterapia no «reconocen» mágicamente los tumores. En general, son sustancias que atacan a cualquier célula que se reproduzca muy rápidamente, sea o no cancerosa. Debido a esta limitación, estos medicamentos pueden afectar a otras células del cuerpo y provocar los temidos efectos secundarios. Por ejemplo, las células de los folículos pilosos tienen una reproducción muy rápida, de modo que suelen verse afectadas por la quimioterapia haciendo que el paciente pierda todo su vello y su cabello durante el tratamiento. Pero estos efectos secundarios no son inevitables. Muchas personas no los sufren y el tipo de efecto secundario puede ir desde una leve molestia a vómitos, aunque es cierto que también pueden presentarse graves alteraciones.

La quimioterapia, sin embargo, y pese a los estudios que confirman una y otra vez su eficacia, sobre todo en ciertos tipos de cáncer, es fácil de criticar desde el Principio de la Purísima Concepción. Si bien es cierto que los antibióticos acaban con casi la totalidad de las infecciones, y que las vacunas han eliminado de nuestro entorno enfermedades horribles, la gente sigue muriendo de cáncer. Lo cual significa, a ojos de los críticos, que la quimioterapia no es totalmente efectiva. Y eso parecería inaceptable cuando personajes como Odile Fernández, Josep Pàmies (véase, más adelante, «Tradiciones y ficciones de la salud») y otros héroes de la resistencia contra el sistema prometen curaciones en el cien por cien de los casos si sus afirmaciones fueran ciertas.

Sin embargo, y aunque la evidencia anecdótica no es precisamente la más fiable, todos conocemos a supervivientes del cáncer. Personas, sean de nuestra familia, nuestros amigos o personajes más o menos célebres en nuestra sociedad y entorno cultural, cuya vida se ha visto prolongada cuando un tumor amenazaba con acabar con ellas mucho antes, o que directamente han sido curadas del todo.

Unos resultados que no puede mostrar ninguna, repitamos, ninguna de las terapias «antisistema».

VIVIR HOY ES MORIR UN POCO

No todo es el cáncer. Se afirma que hay trastornos peores que provocan la muerte en vida, lo que resulta mucho más impresionante. Es el caso de las presuntas afecciones que algunas personas están convencidas sinceramente de padecer (aunque otras más bien lo finjan con entusiasmo), como la sensibilidad electromagnética y la sensibilidad química múltiple, que también se menciona con nombres más rimbombantes como «intolerancia ambiental idiopática» o similares.

Estas presuntas afecciones interesan mucho a los alternativistas porque en sí mismas «demuestran» que son verdad todas sus sospechas y temores sobre la modernidad. Tanto que, por ejemplo, los entonces parlamentarios europeos de Podemos, Pablo Iglesias Turrión y Estefanía Torres, en 2015 preguntaban oficialmente a la Comisión Europea si iba a «solucionar la desprotección y vulnerabilidad infantil ante el despliegue de tecnologías inalámbricas en el ámbito educativo».[2] Lo hacían como parte del Grupo Confederal de la Izquierda Unitaria Europea/Izquierda Verde Nórdica al que pertenecen. No era, pues, la chifladura de un partido marginal o la ocurrencia de un personaje, sino una posición común de un amplio abanico de partidos ecologistas y de la izquierda anticapitalista y criptomarxista pertenecientes a catorce países europeos, el cual reunía a la friolera de cincuenta y dos europarlamentarios, del total de setecientos cincuenta y uno que componen la cámara.

Esta solicitud carecía de toda base científica porque la bibliografía al respecto indica que no hay ninguna relación causal entre los campos electromagnéticos y las molestias que estas personas dicen sentir. Como sus síntomas son tan vagos, la forma de determinar si existe tal relación es mediante los estudios de provocación. En ellos, se sitúa a los pacientes en una situación en la cual en ocasiones está presente un campo electromagnético como el que aseguran que provoca sus síntomas y en otras no. La tarea del paciente es informar de cuándo empeoran sus síntomas o si puede señalar en qué momento está presente o no dicho campo. El doctor G. James Rubin, del Instituto de Psiquiatría del King’s College de Londres, hizo en 2005 una revisión de treinta y un estudios de provocación, dos de los cuales no pudieron ser replicados ni siquiera por los equipos de investigación originales,

tres tenían errores de análisis de datos y dos daban resultados contradictorios. Los veinticuatro estudios restantes coincidían en no encontrar ninguna indicación de que el campo electromagnético tuviera un efecto en quienes decían padecerlo. Tras diez estudios de provocación más en los años siguientes, con lo que se ha estudiado a más de mil personas que afirman padecer electrosensibilidad, el resultado es el mismo: no pueden identificar cuándo están o no expuestos a la que creen que es la causa de su afección.

Pero si bien podría ser, al menos en teoría, que los seres humanos tuviéramos algún mecanismo aún desconocido para detectar estos campos, la otra afección ambiental es aún más implausible desde el punto de vista fisiológico. La sensibilidad química múltiple es, según quienes creen en su existencia, un trastorno en el que la persona «pierde la tolerancia a sustancias químicas presentes en el medio ambiente y que habitualmente son toleradas por otras», es decir, algunos individuos reaccionan a ellas incluso cuando se encuentran «en concentraciones que no son consideradas tóxicas por la toxicología clásica». Así lo define la Asociación de Afectados por el Síndrome de Fatiga Crónica (SFC) y por el Síndrome de Sensibilidad Química Múltiple (SQM) de la Comunidad de Madrid, que además informa de que ha sido «declarada de utilidad pública» por el Ayuntamiento de Madrid, que enlaza a la página de este grupo desde su web oficial. ¿Cuál sería el mecanismo mediante el cual algunas personas son sensibles a dosis bajísimas de docenas de «sustancias químicas» no especificadas, que pueden ser tan diversas como el alquitrán, los perfumes (de origen vegetal), los detergentes, los champús o los pesticidas que se aplican en los jardines? Más curioso resulta aún que muchos afectados, y sus aliados, afirmen que las sustancias que causan sus males son «productos químicos de síntesis», sin explicar cómo es que el cuerpo humano identifica que una determinada sustancia es artificial o natural.

Los estudios de provocación con sustancias químicas son bastante más difíciles de valorar, porque el paciente puede cumplir sus expectativas de malestar solamente con el aroma del producto, aunque en realidad no haya otra reacción química de su cuerpo. Aun así, las revisiones sistemáticas de múltiples estudios de provocación indican que sólo reaccionan a las sustancias cuando pueden identificarlas mediante el olfato, y en los casos en que se utilizan sistemas eficaces de supresión del aroma, la reacción desaparece.

Decir que estas enfermedades no existen, en la medida en que la causa que señalan quienes las padecen no parece cierta, no quiere decir que el

sufrimiento no sea real en la mayoría de los casos. Basta pensar en que, hasta finales del siglo XIX, nadie sabía qué causaba las enfermedades, de modo que las explicaciones de las afecciones eran absolutamente caprichosas, imaginarias y absurdas, pero sus consecuencias eran reales. Aunque no se padeciese un «exceso de sangre» o «mal de ojo», ni hubiera «dado un aire», ni se estuviese «poseído por un espíritu», la persona lo pasaba mal.

Y como no hay datos científicos que sustenten la relación causa-efecto en estos casos, las asociaciones y organizaciones médicas no reconocen tales patologías, sin por ello despreciar el sufrimiento de los pacientes ni mucho menos, como suelen afirmar dolidos, considerar que están locos, que se imaginan el sufrimiento, mienten o sufren una afección psicosomática. Simplemente, se debe a que aún no se conoce esa relación.

Y, a falta de una respuesta, lo que buscan algunos pacientes —con el apoyo de grupos como Izquierda Unitaria Europea/Izquierda Verde Nórdica — es que se «reconozcan» estas enfermedades y se tomen decisiones médicas movidas por la presión política, a partir de creencias, convicciones y especulaciones no validadas por la realidad científica.

YO DECIDO QUÉ ME CURA

En el pasado, los seres humanos se curaban de las enfermedades acudiendo a remedios naturales que no tenían los horribles efectos secundarios que causan los medicamentos que el ser humano ha inventado. Con ese astuto procedimiento vivían mejor y más tiempo que nosotros. La omnipresencia de esta idea es tal que ni siquiera resulta evidente que es totalmente falsa y se aleja de cuanto nos enseña la historia. El simple aumento de la esperanza de vida que todos los países, incluso los del Tercer Mundo, han experimentado en el último siglo es un argumento que debería bastar para poner el último clavo en el ataúd de la idea de que la medicina precientífica era eficaz y daba resultados que deberíamos ambicionar.

Las ideas de cómo se producía la enfermedad (véase, más adelante, «Tradiciones y ficciones de la salud») determinaban que muchos presuntos remedios fueran sustancias, plantas o minerales destinados a provocar el vómito, la diarrea, la sudoración por fiebre y otros efectos que hoy sabemos que son nocivos para el paciente. La ignorancia absoluta sobre los mecanismos de acción de distintos productos en el cuerpo humano, junto con el igualmente absoluto vacío del conocimiento sobre los mecanismos de la enfermedad y el funcionamiento del organismo, hacían que los remedios al

alcance de distintas culturas y pueblos fueran producto de una experimentación empírica que pocas veces llegaba a buenos resultados, y que se limitaba a los elementos de su entorno.

La forma en que se identificaban las plantas o sustancias que podían ser terapéuticas era, obviamente, vaga e imprecisa. En algunos casos, se acudía a la magia por similitud o simpática, se probaba algo que tuviera un parecido físico con el órgano o parte del cuerpo afectado. Si las nueces de California, por ejemplo, tienen un aspecto lejanamente similar al cerebro, entonces era de esperar que fueran «buenas» para el dolor de cabeza, la meningitis o cualquier afección localizada en la cabeza.

Y antes de reírse de esta lógica, tenga presente que hoy en día algunos presuntos «médicos naturistas» sugieren que el tomate es bueno para el corazón porque es rojo y tiene cuatro cavidades como las aurículas y los ventrículos cardíacos. Hay también tomates con dos, tres y hasta diez cavidades donde se alojan sus semillas, pero supondremos que ya no serán tan recomendables para las cardiopatías.

Un ejemplo común de remedio cuya calidad de «natural» se aduce con frecuencia es la aspirina, uno de los medicamentos más exitosos de la historia de la medicina. El principio activo de la aspirina, nos dicen, el ácido acetilsalicílico, es un producto natural que se encuentra en la corteza del sauce. Pero la realidad es más compleja. La corteza del sauce contiene salicilina, y se usaba desde la antigua Sumeria hasta el siglo XIX para combatir el dolor, la inflamación y la fiebre. El cuerpo descompone la salicilina en azúcar y alcohol salicílico, que luego convierte en ácido salicílico, que es el principio activamente terapéutico. El precio que se pagaba por este remedio natural podía incluir el sufrir náuseas, vómitos, erupciones, mareos y problemas respiratorios, efectos secundarios comunes del ácido salicílico. Y como no se podía medir con precisión la cantidad de corteza de sauce contenida en una taza de té, por ejemplo, se podía sufrir una sobredosis de la sustancia que dañara los riñones y provocase úlceras gástricas, diarrea y problemas digestivos que podían incluir hemorragias. Afortunadamente, a mediados del siglo XIX los investigadores de la empresa alemana Bayer desarrollaron una sustancia nueva al añadir un radical acetilo al ácido salicílico. El recién creado ácido acetilsalicílico tenía los beneficios de la sustancia original, pero era menos irritante para el aparato digestivo.

Y así, desde mediados del siglo XIX y durante cien años, pareció evidente que la aproximación científica estaba ofreciéndonos continuamente (con ocasionales errores y otras características humanas y esperables si no se vive

en los mundos de Disney) medicamentos mejores y con menos efectos secundarios.

Para muchos, el ser humano desafiaba a Dios. O a la naturaleza. O al universo. En todo caso, pecaba.

Algo por el estilo pensaría Iván Illich, sacerdote católico, filósofo y crítico social austríaco que recaló primero en Puerto Rico y luego en México, donde se dedicó a promover su idea de que no se debía llevar a los indígenas hispanoamericanos la cultura, los conocimientos y los avances que él identificaba como «occidentales». El apoyo al desarrollo económico y científico le parecía una intromisión colonialista de los blancos europeos que él, como blanco europeo, debía detener. Una idea singular porque, finalmente, implicaba que él imponía a los indígenas lo que debían o no recibir de otros grupos humanos en lugar de dejarles decidir por ellos mismos. Venía a ser lo que algunos han llamado el neocolonialismo poscolonial.

Entre las muchas ideas innovadoramente reaccionarias o revolucionariamente retrógradas de Illich destacaron las que presentó en su libro *Némesis médica: la expropiación de la salud* (1975). Sus primeras palabras disponen el escenario de toda su argumentación:

> La medicina institucionalizada ha llegado a convertirse en una grave amenaza para la salud. La dependencia respecto de los profesionales que atienden la salud influye en todas las relaciones sociales. En los países ricos, la colonización médica ha alcanzado proporciones morbosas; en los países pobres está rápidamente ocurriendo lo mismo.[3]

Por supuesto, Illich se daba cuenta de que en los países ricos la vida era más larga y había menos sufrimientos, pero, aseguraba contundente, esto no se debía a los conocimientos y técnicas de la medicina y la higiene. No, el cambio era político y se debía a que los microorganismos, sin más, habían decidido ser menos virulentos, como resultado de que la mejor nutrición hacía «más resistente al huésped», aunque no explicó de qué manera pasaba esto. Illich llegaba a decir que la desaparición de muchas enfermedades y el aumento de la expectativa de vida son cambios que «se identifican con el progreso y se atribuyen a una mayor o mejor asistencia médica. En realidad, no hay pruebas de que exista relación directa alguna entre esa mutación de la enfermedad y el llamado progreso de la medicina».

En realidad sí hay pruebas de que conocer mejor la enfermedad, el cuerpo humano y sus mecanismos tiene una relación directa con ese cambio. Pero Illich podía ignorarlas. Lo que le interesaba era conseguir en el lector el convencimiento de que la medicina, como una disciplina depredadora colonial, había «expropiado la salud» de la gente, robándole su capacidad de

decisión para autogestionarla. Illich era el Robin Hood del bienestar que devolvería al mundo la soberanía sobre su propia salud.

Illich, en su libro, se limita a negar que la medicina tenga nada que ver con los cambios en la salud que se correlacionan con su desarrollo, prefigurando a los negacionistas del cambio climático que rechazan que el aumento de la emisión de gases de invernadero por la actividad industrial humana tenga relación alguna con el aumento en la temperatura media del planeta y pese a que hay datos y mecanismos que explican satisfactoriamente cómo esos gases de invernadero provocan tal aumento. «Coincidencias» dicen, y eligen los datos que se acomodan a su visión, desechando otros (o afirmando que no existen), al tiempo que se aferran a conclusiones obtenidas ideológicamente. Como asegura Illich, «el hecho de que haya más médicos donde ciertas enfermedades se han hecho raras tiene poco que ver con la capacidad de ellos para controlarlas o eliminarlas. Esto simplemente significa que los médicos se desplazan como les place, más que otros profesionales, y que tienden a reunirse donde el clima es saludable, el agua es pura, y la gente tiene trabajo y puede pagar sus servicios».[4]

Resulta difícil ser más malvado, más insensible al dolor humano, que los médicos que pretende retratar Illich.

Pero hay otro elemento en las ideas de Illich que resulta enormemente atractivo para quienes, como la izquierda feng-shui, asumen los significados místicos de la vida: el dolor es natural, es bueno, es parte de la cultura, y luchar contra él es una agresión contra las personas y las comunidades. «Cuando la civilización médica cosmopolita coloniza cualquier cultura tradicional, transforma la experiencia del dolor. La civilización médica tiende a convertir el dolor en un problema técnico y, por ese medio, a privar al sufrimiento de su significado personal intrínseco. La gente desaprende a aceptar el sufrimiento como parte inevitable de su enfrentamiento consciente con la realidad y llega a interpretar cada dolor como un indicador de su necesidad para la intervención de la ciencia aplicada», afirma Illich.

Qué barbaridad.

El patente absurdo de esta forma de salvación paternalista de los pobres indios, que «son como niños» según algunos de sus defensores, no fue notado por los filósofos franceses de izquierda que encontraron una nueva explicación de la maldad de la ciencia en las palabras de Illich, y procedieron a darle importancia como si su planteamiento fuera algo más que una opinión basada en datos seleccionados con un sesgo evidente y con una absoluta falta de respeto a los hechos. Tampoco debe extrañar, pues otra de las propuestas

revolucionarias de Illich fue la destrucción de las escuelas porque, aseguraba, era imposible escolarizar a todos los seres humanos en esas instituciones opresoras que comparaba con cárceles. Hoy que la mayoría de los niños asisten a la escuela primaria, incluso en los países del África subsahariana, la zona más deprimida de nuestro planeta,[5] la realidad ha demostrado que las especulaciones de Illich no eran más que fantasías que le seducían.

Lo cual no ha impedido que su idea de la autogestión de la salud siga seduciendo a numerosas personas. Muchas de las cuales se ubican en la izquierda. En su libro *¡Cuídate, compa! Manual para la autogestión de la salud*, publicado en 2000 aunque basado en un trabajo de 1984, el médico bilbaíno Eneko Landaburu Pitarque, colaborador del sandinismo en Nicaragua en su juventud, afirma que los microbios patógenos no producen enfermedades (son aliados que se presentan cuando enfermamos por culpa nuestra, del medio ambiente o de las misteriosas «toxinas» y tratan de «comerse» la enfermedad), rechaza las vacunas y, en general, asume la posición del alternativismo, pero salpicada con una visión política de izquierda, liberadora, antisistema y que parte de la misma base que Illich: la medicina nos ha «expropiado» la salud.

El principal argumento que se encuentra recorriendo los disparatados textos de los defensores de la autogestión de la salud es el rechazo basado en el Principio de la Purísima Concepción: la medicina es un fracaso porque la gente muere pese a tener la mejor atención médica, de modo que es inservible. Parecería que quieran decir que la única atención médica buena sería aquella que garantizara la supervivencia eterna en salud perfecta, lo cual tampoco dejaría muy bien paradas a las seudoterapias, por muy milenarias, tradicionales y naturales que se pretendan, ya que tampoco consiguen esa meta. Si la gente muere pese a que existe y se aplica la medicina, desechémosla y sustituyámosla por prácticas que, si provocan dolor, lo hacen porque es bueno para nosotros, y si al final no nos curamos, es nuestra culpa, siempre.

Pocas coartadas tan eficaces como ésa para rechazar la ciencia.

ANTIVACUNAS: UN LISTO LLAMADO WAKEFIELD

Quizá todo sería más fácil para los defensores de la vacunación si se tuviera presente que los principios de esta forma de inmunización contra las enfermedades infecciosas son, como gusta a los alternativistas, tradicionales, milenarios y orientales, muy orientales, tanto que son chinos.

Desafortunadamente, la inservible «medicina tradicional china» (MTC) no mantuvo entre sus prácticas la inoculación con viruela que se practicó más o menos desde el siglo X a. C. para provocar la inmunidad a la enfermedad. Eso habría sido una acción de la tan adorada MTC con un efecto realmente benéfico sobre la salud.

La inoculación o variolación implicaba inocular bajo la piel, o por vía nasal, líquido o polvo obtenido de la pus de las costras de personas que se recuperaban de la viruela. Las personas inoculadas sufrían, en la mayoría de los casos, episodios poco intensos de viruela, y se esperaba que quedaran inmunizadas contra la enfermedad de por vida. Sin embargo, las desventajas de la variolación eran enormes: en ocasiones los inoculados desarrollaban casos graves de viruela y además la extendían rápidamente entre la gente a su alrededor, mientras que la inmunidad tampoco era certera y muchas personas sufrían un segundo ataque. Aunque la inoculación conseguía disminuir las muertes respecto de la ausencia total de tratamiento, como solución era bastante deficiente.

Varios investigadores enfrentaron el problema y observaron que las ordeñadoras que se contagiaban de viruela bovina parecían quedar inmunizadas, por lo que siguieron ese camino. El éxito correspondió a Edward Jenner, quien hacia 1796 procedió a hacer un experimento que, conviene decirlo, hoy no permitirían las estrictas normas éticas que rigen todos los experimentos con animales y humanos (aunque los extremistas del animalismo aseguren que tales normas éticas no existen). Lo que hizo Jenner fue pedirle permiso a su jardinero para inocularle al hijo de este, James Phipps, la pus tomada de la mano de una ordeñadora infectada con viruela bovina. El niño sufrió algunos síntomas sin llegar a enfermar y después Jenner lo expuso a la viruela, esa enfermedad brutal que por entonces se calcula que acababa con alrededor de cuatrocientas mil vidas humanas cada año. El niño parecía ser inmune a la mortal infección, de modo que Jenner procedió a anunciar su descubrimiento y se ofreció a vacunar (término que proviene precisamente de las vacas) a quien lo quisiera.

Por primera vez, la humanidad tenía una forma real de luchar contra una de las más feroces infecciones que plagaban a sus sociedades. Pese a que la vacuna se extendió a medida que la medicina conseguía la hazaña de explicar cómo funcionaba el procedimiento de Jenner —al verse expuesto a formas atenuadas de un agente infeccioso, como en un simulacro de invasión, el cuerpo humano produce anticuerpos que lo preparan para una infección real —, la viruela siguió cobrándose víctimas. De 1900 a 1979, entre trescientos y

quinientos millones de personas murieron a causa de esta enfermedad. Una cifra próxima a la mitad de toda la población europea a principios del siglo XXI.

Un esfuerzo de vacunación sin precedentes en la historia humana consiguió erradicar totalmente la viruela en 1979. Desde entonces, sólo una persona ha muerto de esta afección, por un accidente en uno de los dos centros que guardan muestras del virus para investigación. Pasar de entre trescientos y quinientos millones a cero parece, pues, un cambio más que notable.

A partir de los trabajos de Jenner y, años después, de Louis Pasteur en la vacunación contra la rabia, se desarrollaron numerosas vacunas, especialmente para prevenir las «enfermedades de la infancia» que dejaban —y dejan, todavía— a su paso lesiones graves y muchos, muchos niños muertos. Aparte de esas enfermedades infantiles que antes se consideraban tan «naturales» como la viruela —poliomielitis, sarampión, varicela, paperas, difteria, rubéola, tos ferina, etcétera—, también se crearon vacunas para prevenir afecciones como la hepatitis B, los rotavirus, el neumococo, la meningitis, la gripe y el VPH.

Muchas de esas enfermedades habituales en la infancia eran consideradas «benignas» porque el porcentaje de niños que morían o sufrían consecuencias graves era menor que el de las muertes por viruela o las parálisis por poliomielitis. La viruela mataba al 30 % de quienes la contraían, por ejemplo, mientras que el sarampión «sólo» mata al 1 % de los niños que se infectan en los países pobres y, en el caso de la difteria, el porcentaje oscila el 5 y el 10 %. Y esto sin contar los daños colaterales que tienen estas afecciones. Si las paperas sólo matan a uno de cada diez mil niños que las sufren en su forma más grave, muchos más sufren encefalitis como resultado, y uno de cada cuatro de ellos padece secuelas de por vida, especialmente sordera.

De hecho, según algunos historiadores de la medicina, las vacunas son la más eficaz intervención médica de la historia. Como acción preventiva, la reducción del dolor y el sufrimiento que consigue es al menos tan relevante como las vidas que salva. La inmunidad que producen es tan útil que protege incluso a quienes por alguna causa no pueden vacunarse (como quienes tienen algunas alergias desusadas, o el sistema inmune deprimido) y a quienes hacerlo no les da esa inmunidad. Ninguna vacuna es eficaz al cien por cien, siempre habrá algunos niños que no queden inmunizados por diversas causas. Pero si la mayoría de los niños a su alrededor están inmunizados, es muy poco probable que los desprotegidos entren en contacto con esas enfermedades. Es

como si se creara un círculo de protección a su alrededor, lo que los inmunólogos llaman inmunidad de grupo o inmunidad de manada.

Pero si los índices de vacunación en una población caen por debajo de un porcentaje que varía según la afección, ese círculo protector se rompe y puede haber brotes de las enfermedades que se extiendan entre la población que no se ha vacunado (como los niños cuyas familias han sido víctimas de la propaganda antivacunas), pero también entre los niños que no pueden vacunarse y entre los que sí lo hicieron pero no quedaron inmunizados. Son los brotes de enfermedades olvidadas que ahora, en pleno siglo XXI, comienzan a reaparecer especialmente en áreas de gran actividad de los enemigos de las vacunas, la mayoría padres engañados, pero también personas que engañan por conveniencia, creencia o ideología. Sarampión, tos ferina, difteria, paperas, afecciones que nadie había visto durante años en las sociedades que habían asumido la vacunación como práctica sanitaria, vuelven por sus fueros.

Esto es consecuencia de la reacción de miedo que se produjo en ciertos sectores, ya desde que se dieron a conocer las experiencias de Jenner. Diarios poco informados y sensacionalistas, por ejemplo, publicaban viñetas en las cuales empezaban a surgir vacas en los cuerpos de los inocentes pobladores inoculados por Jenner. La resistencia era comprensible, puesto que nadie podía explicar todavía cómo funcionaba el invento, lo que lo hacía bastante sospechoso. Ni siquiera se sabía que existían los gérmenes patógenos responsables de la viruela, los virus que descubrió en 1892 el ruso Dimitri Ivanovski y a los que, siete años después, puso nombre (precisamente por la viruela) el holandés Martinus Willem Beijerinck.

También, a lo largo de la historia, la oposición a las vacunas se alimentó de las creencias religiosas, de la idea de que iban contra «el orden natural». Si la deidad en cuestión había puesto en la Tierra ese virus al tiempo que al ser humano, vacunarse para eludir la enfermedad era ir contra la voluntad divina. O, como creía Rudolf Steiner y se practica en muchas de sus escuelas Waldorf, la vacuna impedía que los niños se convirtieran en clarividentes.

Explicaciones, coartadas y argumentos han sobrado. Que la vacuna «no era cristiana» porque provenía de un animal, que en realidad la viruela provenía de material en descomposición esparcido en la atmósfera y las experiencias de Jenner eran sólo una chiripa altamente improbable. O que la vacunación atentaba contra la libertad personal, lo cual empeoró cuando los gobiernos desarrollaron políticas para la vacunación obligatoria al descubrir que cuantas más personas están vacunadas, menos riesgo de infectarse tienen

todos los demás. Pero todos esos argumentos deberían ser inútiles ante la reducción en muertes, efectos secundarios y dolor que han conseguido las vacunas.

El asombroso y casi increíble movimiento antivacunas actual comenzó con un artículo científico sobre la hiperplasia nodular linfoide, enfermedad que provocaría colitis y trastornos del desarrollo relacionados con el espectro autista. El trabajo, que publicó en 1998 la prestigiosa revista médica británica *The Lancet*, sostenía que estas alteraciones estaban causadas por una vacuna: la triple vírica (MMR, por sus siglas en inglés) contra el sarampión, las paperas y la rubéola, y que se aplica a los niños de un año de edad, con una segunda dosis entre los cuatro y los cinco años.

La historia de lo que siguió puede resumirse así: las conclusiones del autor, el médico británico Andrew Wakefield, causaron un fuerte impacto en la comunidad científica y muchos investigadores trataron de profundizar en ellas. Si la vacuna causaba un grave trastorno digestivo y además autismo, había que descubrir cuál era el mecanismo. Pero nadie obtuvo los mismos resultados que Wakefield ni pudo hallar la anunciada correlación vacuna MMR-autismo-trastorno digestivo. Mientras, Wakefield empezó a promocionarse como un salvador que había descubierto una terrible amenaza contra lo más preciado de nuestra sociedad, los niños. Los medios de comunicación y muchas personas con hijos autistas señalaron ya no a la vacuna MMR, sino a las vacunas en general como las responsables de la tragedia que vivían sus familias. La idea se extendió, al igual que otras muchas supersticiones, mientras las organizaciones dedicadas a la salud decían, una tras otra, que el estudio de Wakefield no parecía reflejar la realidad. Todos los estudios científicos subsiguientes determinaron que no había indicios siquiera de una relación entre la vacuna MMR y el autismo, y que los beneficios de la vacuna eran muchísimo mayores que el pequeño riesgo que conlleva su aplicación.

Entre 2004 y 2010, una investigación del periodista Brian Deer descubrió que Wakefield había actuado deshonestamente, que su estudio había sido pagado por abogados que representaban a familias interesadas en demandar a la industria farmacéutica y, lo más grave, que había manipulado los datos del estudio y violentado los códigos éticos, por ejemplo, al ofrecer dinero a los padres de los niños implicados en el estudio, que resultaron ser demasiado pocos, apenas doce, como para considerarlos una muestra representativa y válida. En 2010, finalmente, *The Lancet* retiró el estudio señalándolo como totalmente falso y denunciando que el investigador había engañado a la

revista. Al mismo tiempo, el Consejo Médico General británico encontró a Wakefield culpable de graves faltas a la conducta profesional y le retiró la licencia para ejercer la medicina en el Reino Unido.

El asunto no había concluido, por supuesto. El que Wakefield hubiera sido expulsado de la profesión médica servía como prueba de que la industria atacaba al ver peligrar sus ingresos. Wakefield procedió a convertirse en un héroe del movimiento antivacunas, y como tal sigue viviendo y cobrando al escribir estas líneas, promoviendo *Vaxxed*, un seudodocumental antivacunas producido y dirigido por él mismo.

La izquierda feng-shui, en su lucha contra el capitalismo, contra las empresas y contra la ciencia, adoptó como suyo este movimiento casi de inmediato. Tenía a un rebelde antisistema (que fuese un delincuente movido por intereses económicos se podía pasar por alto), argumentos contra una poderosa industria y la oportunidad de presentarse como colaboradora en la salvación de los niños.

Y, además, el apoyo del periodismo ignorante y sesgado.

En 2012, una chica de trece años de edad falleció en un hospital público de Asturias, donde había ingresado quince días antes por una crisis asmática. Diez horas antes de que sufriera tal crisis de asma se le había administrado la segunda dosis de la vacuna contra el VPH, comercializada bajo la marca Gardasil. Esta vacuna había sido objeto de una campaña notoriamente ausente de pruebas que afirmaba que era insegura y dañina. Los medios de comunicación sugirieron enseguida que la muerte había sido causada por la vacuna.

Esto es lo que se conoce como falacia de correlación, es decir, el error mediante el cual, al ver que una cosa ocurre antes que otra, concluimos que la primera causó a la segunda. Pocos días después de darse a conocer la noticia, Gaspar Llamazares —entonces coordinador general de Izquierda Unida y diputado por Asturias— convocó a una rueda de prensa para decir: «El conjunto de la opinión científica es contraria a esta vacuna», algo que no era cierto. De hecho, la mayoría de las organizaciones médicas españolas habían suscrito un año antes un documento en el que recomendaban la vacuna a las niñas de trece años. Segundo, afirmó que era insegura y que él contaba con «estudios médicos» para afirmarlo. Nunca los mostró, porque no existían, aunque sí había, en cambio, estudios en contrario.[6] Tercero, declaró que era ineficaz (su objetivo es evitar que las infecciones por VPH provoquen verrugas genitales y lesiones en el cuello uterino de las mujeres, que pueden ser precursoras del cáncer). Era otra falsedad más: su eficacia ya estaba

entonces validada por numerosos estudios realizados con, literalmente, cientos de miles de adolescentes.[7] Cuarto, aseguró que la vacuna tenía «efectos adversos», lo cual es una verdad a medias, ya que toda intervención médica puede tener efectos adversos, y lo importante es determinar si esos efectos son mayores que los beneficios que produce. Basándose en todo eso, Llamazares exigió al Gobierno español que retirara esa vacuna «por el principio de precaución».

Me atreví a pedirle públicamente a Gaspar Llamazares que aportara los estudios y los consensos médicos a los que hacía referencia. Nunca los aportó, como tampoco las refutaciones a los estudios que se le hicieron llegar demostrando la eficacia, seguridad y consenso médico favorables a esta vacuna. De cuando en cuando le hago una pregunta al respecto, esperando que algún día reconozca que cometió un error.

Cuatro años después, en octubre de 2016, se publicaba que la vacuna contra el VPH ya se le había aplicado a un millón de niñas españolas, con una cobertura media del 79 %. La mayor cobertura se había alcanzado en Ceuta, con un 93 % de las posibles destinatarias ya inmunizadas. En Asturias, sin embargo, apenas se llegó al 59 %. Si en esta baja cobertura asturiana influyó la desinformación de Llamazares, ahora diputado en esa comunidad autónoma, es imposible saberlo. Como dijo en un tuit referido a los antivacunas y ante esa cifra el pediatra e investigador en vacunas e infecciones Federico Martinón-Torres, «ninguno se dará por aludido cuando, en unos años, muera alguna niña no vacunada».

Y todo esto resulta más preocupante si se considera que Llamazares tiene el título de médico.

Pero es injusto señalar sólo a una persona. Llamazares, finalmente, es la voz visible de toda una tendencia. El antivacunismo como gallarda lucha contra los malvados, o como cacería de brujas donde quienes pierden ni siquiera son los médicos o las industrias farmacéuticas, sino los niños, es un mal extendido.

Y tiene también una reacción. La propia coalición de Llamazares, a instancias del divulgador y psicólogo Eparquio Delgado, aprobaba por esos mismos días una resolución de rechazo a la homeopatía y las terapias seudocientíficas. Un paso adelante cuando, apenas cinco años antes, ese mismo partido había presentado, junto con Iniciativa per Catalunya Verds (ICV), una proposición no de ley para la creación de un grupo de trabajo con la finalidad de hacer un estudio y propuesta de regulación del sector de las terapias naturales.[8]

El resultado de las campañas antivacunas es que en muchos países han resurgido enfermedades que ya eran sólo un recuerdo en lugares con acceso a programas amplios de vacunación, pero que, según la OMS, siguen matando a un millón y medio de niños cada año en todo el mundo, sobre todo donde no hay vacunas suficientes o no pueden llegar.[9] Tan sólo en España ha habido brotes de paperas en 2012 y 2013 (474 víctimas), de sarampión (el mayor en 2011, con 3.802 casos) y de la terrible tos ferina (con 4.822 casos en 2015).[10]

Entretanto, los antivacunas empiezan a ganarse la atención de ciertos gobernantes, como en Estados Unidos, a presionar a la Unión Europea y, en España, a hacerse oír aprovechando a un grupo minúsculo pero enormemente ruidoso de médicos que rechazan la ciencia y reciben mucha más atención que la enorme mayoría de los que sí hacen su trabajo.

TRADICIONES Y FICCIONES DE LA SALUD

El número de presuntas «terapias alternativas» que se ofrecen en un mercado sin ningún control es incuantificable. Algunas tienen un enorme cartel, como la homeopatía, y por tanto están cada día bajo mayores y más profundas críticas al no haber demostrado su presunta eficacia. Otras, pese a estar organizadas en un cuerpo de prácticas más o menos normalizadas (más o menos, porque no dejan de ser fluidas, flexibles y caprichosas), no son tan conocidas y, finalmente, otras son ofertadas apenas por un puñado de practicantes, cuando no por uno solo que las ha obtenido generalmente de su fantasía personal.

En algunos pocos casos, las seudoterapias acuden directamente a fuerzas sobrenaturales, a la magia. Tal es el caso de las curaciones o sanaciones que ofertan videntes y brujos, o de inventos más novedosos como la «sanación angelológica» que, según la Asociación Argentina de Angelología, está a cargo del arcángel Rafael, que junto con la Virgen María dirige a los ángeles verde esmeralda de la sanación y protege a los trabajadores de la salud. La izquierda feng-shui suele ser menos amable con estas terapias admitidamente preternaturales, salvo, cómo no, cuando las practican pueblos indígenas que viven en culturas donde la medicina no ha hecho su aparición.

Pero la mayoría de estas prácticas inútiles y presuntamente curativas entran en el terreno de las seudociencias, dotándose de nombres correspondientemente rimbombantes y, si se permite el neologismo, «cienciosos»: homeopatía, moxibustión, bioneuroemoción, iridología, las

reflexologías, biorresonancia. O cualquier palabra a la que se pueda añadir «-terapia» para que suene medianamente respetable y se pueda empezar a cobrar por practicarla: cromoterapia, aromaterapia, musicoterapia, oligoterapia, cristaloterapia, orinoterapia (sí, el consumo de orina), danzaterapia, litoterapia o loqueseaterapia. Todas ellas tienen una argumentación seudocientífica, que utiliza conceptos e ideas de la medicina para reinterpretarlos como sea a fin de convencer a sus víctimas de que tienen un enorme valor terapéutico, mayor que el de aquellas prácticas que la medicina ha ido derivando de las evidencias procedentes de diversas ciencias, y bien merecen que se pague por ellas.

Es difícil vivir en España y no haber oído el nombre de Josep Pàmies, quien se vende como un humilde agricultor y recorre el país situándose como líder de una lucha denodada contra «el sistema», un revolucionario, un rebelde del campo que ha descubierto maravillosas curaciones «naturales» por medio de plantas y que es perseguido y reprimido por quienes «no quieren» que la gente se cure, es decir, por los malvados gobiernos y la farmafia, los científicos y los que rehúsan creer sin pruebas. Con esa imagen muy vendedora, Pàmies recorre exitosamente España desde hace varios años con una conferencia que, en su última encarnación, se llama «Ébola, cáncer, sida, diabetes, enfermedades curables con plantas», aunque hasta el día de hoy no haya demostrado que sea capaz de curar a nadie de una verruga, ya no digamos de estas graves enfermedades. Si lo hiciera, obtendría el premio Nobel de Medicina o Fisiología. O sería detenido por tratar pacientes sin tener los estudios necesarios.

De estar detenido algo sabe. Josep Pàmies se hizo conocido —y popular en algunos sectores de la izquierda— a raíz de que, en septiembre de 2003, liderando a otros activistas presuntamente ecologistas, destrozó un campo experimental de maíz transgénico y luego intentó entrar a saco en la sede de una Subdelegación del Gobierno para exigir la retirada del maíz transgénico Bt 176. En la acción resultó lesionado un agente de la Guardia Civil. En 2007, Pàmies fue condenado a pagar una multa por una falta de desorden público y a abonar una indemnización al agente lesionado.

Para muchos, apalear a un guardia civil y romper bienes ajenos son acciones revolucionarias incluso «conmovedoras» que ameritan que se ofrezca todo el apoyo a quienes las cometen, sin analizar ni los contextos ni los motivos. Y para creerle cuando afirma, sin aportar pruebas, que ha curado muchísimos casos de cáncer, incluso en bebés, como presume en sus charlas, pero sus felices pacientes prefieren guardar el anonimato.

Pero Pàmies, como otros militantes del curanderismo, obtiene más simpatía al defender algunas posiciones que son sumamente populares entre la izquierda, de la más moderada y feng-shui a la más radical, como la legalización del cannabis. Sin embargo, la defiende por los motivos incorrectos. No afirma que sea un asunto de libertades personales en el marco de una visión ilustrada, no. Su afirmación, más bien, es que la marihuana cura todo tipo de enfermedades (igual que todas las plantas que él mismo vende). No tiene empacho en promocionar, en su blog, su campaña —a la que llama «La Dulce Revolución» (por supuesto, la revolución se convierte siempre en el objetivo máximo, es algo que suena combativo, popular y antisistema)— y, o bien es culpable de intrusismo médico punible, o bien miente abiertamente cuando afirma que ha «probado la marihuana incluso en bebés terminales de cáncer cerebral con rotundo éxito, y en infinidad de otras enfermedades graves como esclerosis múltiple, cánceres diversos, artrosis, artritis, fibromialgia y un largo etcétera».

Detengámonos un segundo en esto. ¿Se imagina que la marihuana curara «bebés terminales de cáncer cerebral»? Pàmies recibiría un premio Nobel y se le celebraría como un salvador. Si lo pudiera demostrar. Pero no lo hace. Como «argumento» ofrece los estudios científicos que sí existen sobre algunas propiedades terapéuticas que tienen unos cuantos de los cuatrocientos ochenta y tres compuestos activos que contiene la planta *Cannabis sativa*, cuyas hojas, secas y molidas, son la «maría» que se fuma. Pero el trabajo científico para identificar cómo y en qué dosis pueden alguno o varios de esos compuestos resultar eficaces en una terapia, y cuáles son sus efectos secundarios posibles, sus daños, su riesgo, aún está por hacerse. Y una vez hecho el estudio, vendrían los lentos, costosos y altamente regulados ensayos clínicos que deben llevarse a cabo con resultados muy exigentes para permitir su comercialización. Pàmies simplemente cita un estudio preliminar, deja caer el nombre de un investigador, declara —ante su asombrado público— que la marihuana cura el cáncer cerebral… y espera el aplauso.

Pero en este caso, como en el de las muchas otras plantas y remedios que recomiendan o comercializan Pàmies, Txumari Alfaro y otros seudomédicos, se exige a las autoridades que permitan la comercialización sin cumplir ninguno de los requisitos que se les exigen a los medicamentos. Lo mismo que ocurre con el requisito de autorizaciones especiales para todas las seudoterapias y seudomedicinas, empezando por la homeopatía.

Pàmies, hay que aclararlo, es un agricultor convencional, tiene una explotación donde mantiene un negocio familiar floreciente del que las

presuntas plantas curativas que vende o promueve son una mínima parte. Pero su presencia continuada en los medios y en los circuitos de charlas es además una excelente publicidad para su marca, Pàmies Productes Hortícoles, que ofrece flores, hierbas aromáticas, verduras, vegetales de hoja para ensalada, pimientos o tomates, entre otros productos.

Otro personaje que ejemplifica este antinatural matrimonio entre el pensamiento progresista y el pensamiento mágico es Teresa Forcades i Vila, monja benedictina que se hizo famosa en España por protagonizar un vídeo, *Campanas por la gripe A*, producido por Alicia Ninou, *Alish*, una videoasta que abre sus espacios a todos los alternativistas españoles, negacionistas del sida, negacionistas de la teoría de la evolución, conspiranoicos nacionales y extranjeros y todo el que tenga alguna idea contrasistémica, valga el neologismo, que proponer, sin importar cuán descabellada sea. Forcades planteaba, en ese vídeo de 2013, cuando se temía una pandemia de gripe A, que esta enfermedad había sido creada por alguna conspiración para hacer que todos nos aplicáramos una vacuna que iba a matar a cientos de millones de personas en una acción de «bioterrorismo». Se aseguraba que contendría «virus vivos» y que la OMS tenía el poder (¡falso!) de ordenar a los países que vacunaran obligatoriamente a todos sus pobladores para perjudicarlos.

Nada de eso ocurrió, como vimos todos, pero Forcades se hizo conocida y empezó a dar charlas sobre sus temas favoritos: el feminismo católico, en el que se presenta como una rebelde contestataria ante las posiciones oficiales del Vaticano; el independentismo catalán, en el que ha militado del lado de personajes como el economista Arcadi Oliveres, y las seudomedicinas, de las que es practicante pese a ser licenciada en medicina y tener un doctorado en salud pública cuya tesis fue un «estudio observacional» sobre el impacto de las «medicinas alternativas» en los estudiantes de medicina de Cataluña.**[11]** A raíz de su popularidad, Forcades recibió en su convento las visitas de personajes de la izquierda como Alberto Garzón —por entonces aspirante a la coordinación general de Izquierda Unida— y comenzó a expresar su oposición a vacunas como la del VPH, además de impartir talleres —cobrando— de una seudoterapia llamada técnica de liberación emocional (EFT, por sus siglas en inglés), una fantasía ideada por un tal Gary Craig que consiste en dar golpecitos con la punta de los dedos en la zona afectada para «transmitirle energía emocional curativa» al paciente. Practicante de la acupuntura, promotora de la homeopatía y, junto con Pàmies, de una peligrosa solución de blanqueador industrial que se ofrece como panacea con

el nombre MMS, Forcades reúne en sí toda la visión esotérica, anticiencia y posmoderna de la peor izquierda.

Pero, si alguien la critica, descubrirá que Forcades cuenta con el apoyo sin discusión de algunos de los máximos personajes de la izquierda, como el médico, sociólogo y politólogo Vicenç Navarro, quien ante una entrada sobre ella en mi blog personal que fue reeditada por otros sitios (mis blogs se publican bajo licencia Creative Commons, de modo que cualquiera puede reeditarlos en su totalidad citando su procedencia) reaccionó virulentamente en su columna del diario *Público* afirmando que mi crítica era antidemocrática porque Forcades era «una amenaza al *establishment*», por lo que denunciarla era hacerle el juego a la estructura de poder.**[12]** Lo decía una de las máximas figuras históricas de la izquierda, y de una izquierda una veces moderada y otras radical, nacionalista e independentista. Parecería que basta ser nacionalista y decirse de izquierda para que a alguien se le perdone todo. Y se acuse de no ser de izquierda a quien critique cualquiera de sus curiosas prácticas.

Por ello, con cierta periodicidad aparecen partidos de izquierda exigiendo que se regulen las terapias alternativas, a las que se suele llamar «medicinas» y de un tiempo acá se les añade la muletilla de «complementarias» porque, cuando el asunto se pone serio y se trata de enchufar el cargador a los dineros públicos, dejan de afirmar que «curan el cáncer» y prefieren anunciar que son «complementarias a la medicina científica», que sirven para paliar el malestar del paciente, darle una sonrisa o alguna excusa por el estilo.

Incluso la izquierda puede llegar a hacer pareja con la derecha a la hora de hacer el ridículo pidiendo reconocimiento o regulación (equivalente a su legitimación) de las mal llamadas «terapias alternativas». Así, el 18 de marzo de 2016, los diputados del Partido Popular y del Partido Socialista de Euskadi se unían con el fin de presentar una propuesta no de ley para que el Parlamento vasco regulara «las condiciones para el ejercicio de las terapias naturales ejercidas por personal no sanitario y en centros no sanitarios». Esta idea absurda implica que cualquiera que estudie reiki en una escuela de kárate pueda instalarse en cualquier local ofreciendo terapias naturales sin garantía de eficiencia o seguridad a una clientela desinformada y cobrarle. La propuesta fue rápidamente enmendada en detalles gramaticales por EH-Bildu y el Partido Nacionalista Vasco, y el despropósito se aprobó tres meses después exigiendo al Ejecutivo vasco que trasladara «a las instancias competentes la realización de una propuesta para la acreditación de la

formación de las competencias no sanitarias del ejercicio profesional de las terapias naturales».

Uno de los aspectos más curiosos del universo inagotable de las terapias alternativas o naturales es que su variedad de enfoques corresponde a un abanico igualmente amplio de creencias en las causas de las enfermedades. Quien utiliza dos, tres o más de estas prácticas no suele saber que está emprendiendo caminos que, en su base, son contradictorios. Algo que deberían tener claro los partidos políticos.

Por ejemplo, la medicina ayurvédica, cuyo exponente más famoso y más increíblemente acaudalado es el médico reconvertido en seudoterapeuta Deepak Chopra, excómplice del Maharishi Mahesh Yogui, afirma que las enfermedades se deben a un desequilibrio entre los cinco elementos que forman el universo: éter, aire, fuego, agua y tierra. Este desequilibrio provoca que se afecte y se pierda la fuerza vital. La medicina ayurvédica tiene por objeto, dice, recuperar el equilibrio de estos elementos y de la fuerza a la que llama *prana*, equivalente indostano del *chi* chino.

Los historiadores de la medicina consideran el ayurveda como un sistema de creencias vitalista que supone que la enfermedad procede de un desequilibrio dentro del ser vivo y entre este y su entorno, una idea verdaderamente seductora para quien ve la ecología no como una ciencia, sino como un imperativo moral y un entorno místico. Estos sistemas postulan que la «fuerza vital» es una especie de energía misteriosa que diferencia a los seres vivos de los no vivos. Los primeros tienen fuerza vital, los segundos carecen de ella. Si un ser se queda sin esa energía mística, deja de estar vivo. Fue necesario aprender mucha química, biología y fisiología para darnos cuenta de que la diferencia está en el sostenimiento de ciertas reacciones químicas, pero que no hay ningún elemento místico que diferencie a los seres vivos del resto del universo.

La medicina tradicional china es otra creencia vitalista pero diferente. En lugar de postular que los elementos deben equilibrarse, cree que esa energía vital, el *chi* o *ki*, discurre a través de unos meridianos invisibles y que la enfermedad se produce cuando hay un bloqueo en su flujo. La curación implica, por ejemplo, desbloquear esa corriente con unas agujas (acupuntura), un puro hecho con hojas secas y trituradas de artemisa que se pasa cerca del cuerpo (moxibustión) o alguna hierba o producto más o menos exótico.

Pero otras terapias afirman que la enfermedad procede de uno mismo, que una mala actitud o un mal karma, un acontecimiento traumático o una insatisfacción son las «verdaderas» causas de las enfermedades, de modo que

la reflexión interna es la única forma de curarse. Esta idea, que responsabiliza al paciente de su enfermedad y de su curación, resulta igualmente atractiva para quien supone que el universo, donde «puedes hacer lo que quieras», «todo es posible» y «todo está en tu cabeza», está formado por un entramado de premios y castigos que finalmente se da la mano con el pensamiento posmoderno: tú te enfermas a ti mismo, y sólo tú puedes curarte… y si no te curas o incluso tienes el descaro de morirte, es culpa tuya.

Del lado místico y sobrenatural más directo están las terapias y formas de diagnóstico que utilizan lo que el antropólogo escocés James George Frazer (1854-1941) detalló como magia imitativa o magia por similitud. Su forma más conocida es el muñeco de vudú (que no es del vudú haitiano o de Nueva Orleans, sino de origen europeo, por cierto). La idea es que lo que se haga al muñeco se reflejará por similitud en la persona. En las seudoterapias, la magia por similitud se hace presente en la idea de que todo el cuerpo humano está representado en alguna parte del mismo. Así, como la oreja humana recuerda vagamente la imagen de un feto, el francés Paul Nogier tuvo la ocurrencia de que el cuerpo humano estaba representado en la oreja, de modo que si tocamos el punto de ésta que supuestamente corresponde al hígado, estaremos actuando sobre ese órgano. La idea no es tradicional ni milenaria, de hecho Nogier la desarrolló apenas en 1957, pero al unirse a la acupuntura adquirió todo el valor que se atribuye a lo antiguo.

Pero, un momento, el pie humano también puede recordarnos a un feto, ¿no es así? Pues entre 1913 y la década de 1940, el médico William H. Fitzgerald y la enfermera Eunice D. Ingham desarrollaron un mapa (absolutamente caprichoso y sin ningún estudio medianamente científico como base) de las zonas de manos y pies que presuntamente corresponden a otras partes y órganos del cuerpo. Esta práctica se llamó «reflexología» porque postulaba que, al tocar en una zona del pie que representa, por ejemplo, al páncreas, este órgano se activaría y curaría por reflejo. La reflexología más conocida es la podal, que implica hacer vigorosos masajes en las zonas del pie correspondientes a los padecimientos del cliente. Siempre me he preguntado, por cierto, por qué en ningún mapa de reflexología podal que he visto hay una zona que corresponda a los pies. Es decir, si uno padece una enfermedad de los pies, ¿no hay forma de tratarla con la reflexología podal? Al parecer nadie se ha dado cuenta de esta pequeña deficiencia en una terapia que, por lo demás, cuando ha sido estudiada, ha demostrado que, como todas las demás, no tiene ningún valor terapéutico. No cura. Pese a ello, pronto tuvimos la reflexología facial porque, no va usted a creerlo, el cuerpo

humano también está representado en su rostro. Casi resulta que sus riñones están en todos lados menos donde están.

A mediados del siglo XVII, un tal Philippus Meyeus había tenido la idea de que el mismo fenómeno de representación o imitación se daba en el iris de los ojos: el cuerpo humano estaría representado en ellos, así que fundó la iridología, que pretende diagnosticar las enfermedades mirando el iris y sus características, formas y colores, que el practicante interpreta como indicaciones de enfermedad y de tratamientos, generalmente naturistas, que constan del consumo de hierbas y compresas que «equilibran el calor» del cuerpo. El rigor de la interpretación no es mayor que el de la lectura de las líneas de la mano o los posos del café, por lo demás.

Otros practicantes, por su lado, afirman que las enfermedades son consecuencia de culpas, pecados o deficiencias de nuestros ancestros o bien de quienes nos rodean. La primera idea, que todo es culpa de nuestros tataratatarabuelos, la ha comercializado con éxito el cineasta y místico chileno Alejandro Jodorowsky con el nombre de psicogenealogía, mientras que la segunda es la base de las constelaciones familiares que inventó a su vez Bert Hellinger, un exsacerdote católico.

En resumen, que cuando uno acude a varias seudoterapias, generalmente con algún practicante que afirma que hace a la vez ayurveda, acupuntura y homeopatía, por ejemplo, está asumiendo tres creencias mutuamente excluyentes sobre las causas —y curaciones— de las enfermedades. Ninguna de ellas ha pasado las pruebas mínimas que se exigen a un medicamento o terapia de verdad para que puedan aplicarse a pacientes y, además, cobrar por ellas.

Si usted es observador, además, habrá notado que muchas de estas prácticas tienen autores. Es decir, son el resultado de una ocurrencia, iluminación o especulación de una u otra persona que, sin preocuparse por minucias como poner a prueba sus ideas de manera sistemática y rigurosa (eso que llaman ciencia) o una verificación independiente, procede a instalar un consultorio donde despluma a las personas a las que convence de que sabe lo que está haciendo.

En resumen, estas terapias son simples placebos. Y el placebo no es un elemento mágico que hace que uno se cure «con el poder de la mente»… es simplemente una intervención inocua que hace que el paciente se sienta mejor… o diga que se siente mejor. El efecto placebo no cura, y no debe confundirse con las curaciones o remisiones espontáneas cuyos mecanismos aún no se han desentrañado.

Algunas pocas (hay muchas más) pseudoterapias

Acupirámide bioenergética, acupresión, acupuntura, All Emotions, análisis bioenergético, análisis transaccional, apiterapia, aromaterapia, arteterapia, astrología, Aura-Soma, auriculoterapia, autogénica, ayuno, ayurveda, balneoterapia, biodanza, bioenergética, biomagnetismo integral AzulCamet, bioneuroemoción, biorresonancia, biorretroalimentación, biorritmos, bioterapia, cámara Kirlian, canto curativo, chakras, chi kung (qi gong), cinco elementos, cirugía psíquica, coaching, codificación, constelaciones familiares, consultoría chamánica, cristaloterapia, cromoterapia, cupping (ventosas), curación espiritual, curación por la fe, danza del vientre, danzaterapia, dietoterapia, digitopuntura, diksha, drenaje linfático, EFT tapping (liberación emocional), EMDR, eneagrama, enfoque Trager, entrenamiento autogénico, fangoterapia, feng huang yuan, feng-shui, fitoterapia, flores de Bach, frotamiento de monedas, geobiología, geometría sagrada, geoterapia, Gestalt, gestión del estrés, gua sha, hatha yoga, herbología, hidroterapia, hipnosis, hipnosis ericksoniana, ho'oponopono, homeopatía, inteligencia emocional, intervenciones mente-cuerpo, iridología, irrigación del colon, isopatía, kampo, kinesiología, kundalini yoga, liberación del pericardio, liberación somato-emocional, linfoterapia, litoterapia, logoterapia, macrobiótica, magnetoterapia, máquina de Rife, masaje hawaiano, masaje indio de la cabeza, masaje tántrico, masaje thai, masaje transverso profundo (cyriax), medicina ayurvédica, medicina botánica, medicina funcional, medicina holística, medicina ortomolecular, medicina psicosomática, medicina siddha, medicina tradicional china, medicina tradicional japonesa, medicina tradicional mongola, medicina tradicional tibetana, medicina unani, meditación, meditación transcendental, meditaciones activas, meridiano, metaaromaterapia, metamedicina, método Bates, método cuerpo espejo, método Feldenkrais, método Integra, método Tomatis, método Wilfart, método yuen, micoterapia, mindfulness, moxibustión, musicoterapia, naturopatía, nueva medicina germánica, nuevos paradigmas, nutrición, nutrición energética, oligoterapia, oración, orgonomía, orinoterapia, osteomiología, osteopatía, oxigenación hiperbárica, oxitermia, par biomagnético, Pilates, pirámides terapéuticas, plasma Quinton, programación neurolinguística (PNL), proyecciología/viaje astral, psicoanálisis, psicodrama, psicogenealogía, psicología transpersonal, psicomagia, psicoterapia, Psych-k, quiromasaje, quiropráctica, radiónica, rebirthing (renacimiento), reconexión y sanación reconectiva, reflexología, reflexología facial, reflexología podal, registros akáshicos, reiki, relajación, risoterapia, Rolfing, sales de Schüssler, sanación pránica, sanergía, seitai, shiatsu, sintergética, sistema Louise L. Hay, slow, sofrología, sonopuntura, sonoterapia, tai-chi chuan, talasoterapia, tantra yoga (yoga tántrico), técnica Alexander, técnica Bowen, técnica de equilibrio (EMF), técnica metamórfica, técnica Nadeau, técnicas de relajación, teoría zang fu, terapia alimentaria china, terapia breve estratégica, terapia craneosacral, terapia de esencias

florales, terapia de luz, terapia de megavitaminas, terapia de pareja, terapia de plata coloidal, terapia de polaridad, terapia de quelación, terapia de resonancia de microondas, terapia del sonido, terapia electromagnética, terapia esenia, terapia geotermal, terapia Gerson, terapia Gestalt, terapia manipulativa, terapia marma, terapia panchakarma, terapia para animales, terapia regresiva, terapia sexual, terapia termoauricular, terapias ecuestres, terapias energéticas, terapias vibracionales, toque terapéutico, trigger point, tui na, vida holística, vipassana, visualización creativa, yoga reconectivo, zahorismo…

El agua más cara del mundo

Muchas personas están convencidas de que la homeopatía es una forma de la medicina tan válida como la medicina científica. Otras personas creen que es una forma de herboristería en pildoritas o glóbulos, como llaman a sus comprimidos los homeópatas. Y algunas viven absolutamente convencidas de que el funcionamiento de la homeopatía está tan demostrado como la eficacia de los antibióticos, es decir, que se conoce su mecanismo y su funcionamiento.

Algo de historia puede ubicar la realidad de esta práctica y sus productos que, pese a no haber demostrado su efectividad, se siguen vendiendo en farmacias con la connivencia de todos los grupos políticos.

A finales del siglo XVIII todavía no existía la medicina con bases científicas, la cual nació cien años después, cuando Louis Pasteur y Robert Koch enunciaron la teoría de los gérmenes que por primera vez daba una explicación demostrable a muchas enfermedades: la infección por parte de microorganismos como bacterias o virus. Al no existir tal medicina, la gente solía morirse sin demasiado rechistar en epidemias de peste, cólera, vómito negro y otros males que hoy están prácticamente olvidados. Lo que había a modo de médicos eran practicantes que creían en la teoría de que la enfermedad estaba causada por el desequilibrio de los cuatro humores que, según se decía, formaban la totalidad del cuerpo humano: flema, sangre, bilis negra y bilis amarilla, una ocurrencia del griego Praxágoras en el siglo IV a. C. y popularizada por Hipócrates, cuya palabra se consideró la autoridad máxima en medicina hasta mediados del siglo XIX. Lo que no había en su universo eran conceptos como la higiene, la fisiología o la biología, mientras que la anatomía apenas empezaba a ser estudiada, cuando la religión ya no pudo seguir prohibiéndola. Y salvo algunas formas de cirugía surgidas del campo de

batalla y algunos conocimientos de herbolaria sin sistematizar, poco podía hacer la medicina para resolver problemas de salud.

En general, se puede decir que los enfermos se curaban solos o se morían por sí mismos, salvo que los ayudara el médico con prácticas salvajes como la sangría o desangrado (se creía que el exceso de sangre, respecto de los otros tres humores, era el causante de muchos males), que podía ocasionar graves daños a los enfermos. Y daba igual si el paciente era famoso. El rey Carlos II de Inglaterra sufrió una crisis convulsiva, probablemente por un ictus, el 2 de febrero de 1685 y sus catorce médicos lo trataron inmediatamente para expulsar los malos humores con varias sangrías, vomitivos cáusticos, lavativas, purgas y ardientes cataplasmas de mostaza y alcanfor fuertemente diuréticas, seguidas de la aplicación de un polvo para inducir los estornudos, más sangrías, un poco de cráneo pulverizado de un hombre inocente que hubiera muerto de modo violento, quinina, pócimas varias y todavía más sangrías. Después de cuatro días de estos atentos cuidados naturales, alternativos y tradicionales, el paciente procedió a exhalar el último aliento. No se sabe si murió debido a las atenciones de sus médicos o a causa de una hemorragia cerebral relacionada con el ictus. Curarlo, no lo curaron.

A principios del siglo XIX, un médico de Sajonia (Alemania), Christian Friedrich Samuel Hahnemann, se dio cuenta astutamente de que, con frecuencia, los médicos mataban con sus prácticas más enfermos de los que curaban. Con esta preocupación en la mente, mientras traducía el libro *Materia Medica* del inglés William Cullen (1710-1790) al alemán, se encontró con la explicación de que la quinina (que no se había aislado, pero se conocía como corteza peruana o cinchona) tenía un «efecto tónico en el estómago», algo que no explicaba nada pero sonaba sumamente interesante. Buscando tonificar su estómago, Hahnemann procedió a autoadministrarse una buena dosis de cinchona dos veces al día. Lo que descubrió es que sufría síntomas similares a los de las enfermedades que supuestamente la cinchona ayudaba a curar, entre ellas la malaria. Ni siquiera se planteó que la sustancia no provocara los mismos efectos en otras personas, sino que asumió inmediatamente que ese era el efecto de la cinchona. A saber qué opinaría si se hubiera enterado de que, ya entrado el siglo XX, el médico William E. Thomas lanzó la hipótesis de que Hahnemann

parecía tener lo que hoy se conoce como hipersensibilidad a la quinina, una leve alergia que produce síntomas que se asemejan a la malaria.

Basado únicamente en esa observación, Hahnemann procedió a dictaminar que «lo similar se cura con lo similar» o, como dicen los homeópatas en latín, que siempre suena interesante, *similia similibus curantur*, lo cual quiere decir que, en la creencia de Hahnemann, para que alguien se cure de una enfermedad debe consumir una sustancia que provoque los mismos síntomas de su enfermedad en una persona sana. Esta ley de los similares nunca ha sido, ni lo será, una ley científica. Podría compararse a la idea de aplicarse ácido sulfúrico en una quemadura porque a las personas sanas esta sustancia les produce quemaduras, ardor, enrojecimiento y destrucción de tejidos.

Con esa sola experiencia, Hahnemann desarrolló sus especulaciones para inventar toda una terapia que tenía por objeto, según él, restablecer la «fuerza vital» del cuerpo. Ya en el siglo XVI, por ejemplo, el suizo alemán Paracelso había enunciado que la capacidad de una sustancia de envenenarnos dependía de la dosis. La sustancia más venenosa, en una cantidad lo suficientemente pequeña, es inocua, mientras que incluso una sustancia benéfica como el agua, en una cantidad lo suficientemente abundante e ingerida en poco tiempo, puede provocar la muerte. Pero Hahnemann procedió a asegurar que existía otra ley, la de los infinitesimales, según la cual una sustancia era más potente cuanto más se diluía. Según sus cálculos, se podía preparar una tintura alcohólica de una planta y diluirla sucesivamente hasta que no quedase más que una parte ínfima de la tintura original por cada billón de la dilución final (es decir, 1:1.000.000.000.000), y ese resultado se administraba al paciente con la vana esperanza de curarlo. Como sabemos gracias a la química y a los cálculos de Amedeo Avogadro, contemporáneo de Hahnemann, en esa dilución no queda ni una sola molécula de la sustancia original. Pero, según Hahnemann, guardaba el místico «espíritu» del agente curativo.

Otra creencia de Hahnemann que surgió únicamente de sus ocurrencias era que el poder curativo de una sustancia se intensificaba si se la sometía, una vez diluida en agua u otro líquido similar, a un vigoroso sacudimiento, que llamó «sucusión» o «potenciación». El médico sajón pensaba que, al sacudir la dilución, ésta liberaba sus poderes inmateriales y espirituales para curar. Por tanto, así como cada partícula de sustancia podía diluirse una enorme cantidad de veces sin

que perdiera potencia, ésta aumentaba cuantas más veces era sacudida la dilución.

Para saber qué sustancias curaban qué enfermedades, Hahnemann consiguió voluntarios que las consumieran y le informaran sobre los síntomas que experimentaban. Pero no se trataba de informes objetivos, sino que incluían percepciones como sentir «pesadez en la frente» o «sentarse pensativo pero no pensar en nada», «ponerse fácilmente a soñar despierto», «mirar fijamente algo mostrando ansiedad», «sentir calor en el lóbulo de la oreja» o «notar pesadez como tener una piedra en el estómago». Todo lo que alguien reportara se anotaba como un síntoma que esa sustancia podía curar. El resultado es tan grotesco que los homeópatas no suelen contar a sus clientes lo que dicen sus libros especializados. Sólo como un ejemplo, no de los más extremos, el gelsemio o jazmín de Carolina (*Gelsemium sempervirens*) se recomienda contra cierto miedo al dentista, que «se manifiesta con temblor, excitación nerviosa, ganas frecuentes de orinar, vómitos e insomnio la víspera de la consulta».**[13]**

Con esa lógica, por llamarla generosamente de algún modo, cualquier cosa puede convertirse en un remedio homeopático, basta que a usted se le ocurra, lo capture de algún modo, lo diluya y encuentre personas que le cuenten «qué sienten» cuando consumen la dilución. La lista de remedios homeopáticos delirantes incluye la luz de luna, que se captura de noche cuando se refleja en un frasco de agua o alcohol que luego se diluyen y se emplean para la acidez, la epilepsia relacionada con lombrices (que nadie más sabe que exista), los dolores de cabeza, el flujo entre menstruaciones, el sonambulismo y el insomnio, pero sólo en noches de luna llena. Otros remedios interesantes son las heces de perro, los restos de animales atropellados, el polo sur de un imán, los restos de un naufragio, huesos de dinosaurio, hostias, electricidad y el agua. Todos estos, incluida el agua, se diluyen hasta que no queda nada de lo que había al principio, si es que había algo, que en el caso del agua diluida con agua queda poco claro.

Hahnemann no era científico, como no lo eran los demás sanadores, curanderos o médicos de principios del siglo XIX. El éxito inicial que tuvo entre los pacientes fue que, además de no causarles horribles incomodidades —o la muerte— con sangrías, vomitivos y lavativas de mercurio, permitía que los procesos curativos naturales de los enfermos pudieran funcionar sin interferencias y, en algunos casos, vencieran a

sus males. Su porcentaje de éxitos al no hacer nada, al ofrecer agua sin nada más que agua, era muy superior al de médicos como los que le amargaron horriblemente sus últimos cuatro regios días de vida a Carlos II. Los remedios de Hahnemann, aunque inútiles (hasta que se demuestre lo contrario), eran más humanitarios que la alternativa a principios del siglo XIX. Y eran inocuos.

El asunto cambió con el desarrollo de la medicina científica. Los homeópatas aún se niegan a aceptar los conocimientos científicos en los que se basan las terapéuticas existentes, e incluso rechazan los datos que muestran que hoy vivimos más y mejor gracias a la ciencia. Y sostienen que las enfermedades son producto de ciertos misteriosos «miasmas» que nunca se han definido con precisión, no de gérmenes patógenos, desarreglos fisiológicos, problemas genéticos y otras causas objetivas.

Todo homeópata que lleve a sus hijos a vacunar —aunque el colectivo es, en general, antivacunas— o que use gafas en lugar de un remedio homeopático para recuperar la agudeza visual está contradiciéndose de modo flagrante. Aunque no suelen darse cuenta de ello. Y cuando tienen apendicitis, se operan. Y cuando se operan nunca jamás utilizan anestésicos en diluciones homeopáticas. Ahí aparecen con toda normalidad el propofol y otras sustancias desarrolladas por la ciencia para permitir que los cirujanos hagan su trabajo sin que el paciente grite y se retuerza de dolor dificultando enormemente el proceso.

Pero la homeopatía tiene las características de un sólido movimiento alternativo, antisistema, contracultural, feng-shui y kumbayá: se opone a la industria farmacéutica, es rechazada por el *establishment* científico y se asegura que es más beneficiosa y eficaz pero que la conspiración farmafiosa no quiere que se utilice porque su negocio es nuestro daño, que no tiene efectos secundarios (es cierto, ni primarios, ni ningún otro) a diferencia de las malvadas medicinas no «naturales» y que es profundamente espiritual. Como colofón se incluye un añadido reciente pero de mucho éxito: «ayuda al cuerpo a sanarse a sí mismo» y «se ocupa holísticamente de todo el cuerpo y no sólo de la parte donde se expresa la enfermedad».

Los promotores del alternativismo y el antivacunismo explican que hay una «persecución contra la homeopatía», ignorando todas las contradicciones de esta práctica. Y eso basta para que algunos sientan que es parte de la revolución, aunque un solo análisis comparativo que

engloba mil ochocientos estudios diferentes afirme que no tiene ninguna capacidad terapéutica.[14] El agua es agua, y nada más.

LA TERAPIA DE LA NADA

Según la historia, entre 1920 y 1921, un monje budista japonés subió al monte Kurama, al noreste de Tokio, para meditar durante veintiún días. En la última jornada de su intensa práctica meditatoria, recibió una arrebatadora iluminación, se le revelaron unos símbolos en sánscrito (la antigua lengua de la India, de la que al parecer el monje no tenía ningún antecedente) y supo de pronto cómo curar todos los males.

Mikao Usui reaccionó como cualquier buen monje que adquiere información sobre cómo salvar vidas y aliviar el dolor y el sufrimiento humanos: instaló un negocio. En abril de 1922, Usui inauguraba una clínica escuela en Harajuku (Tokio) donde practicaba la técnica que le había sido revelada en la montaña con pacientes dispuestos a abonar el importe, y se dedicaba a enseñar a otros futuros sanadores, igualmente pagadores, su maravilloso procedimiento: el reiki.

Sin importar cuán convencido estuviera de que el reiki podía curarlo, después de vender sus secretos a un par de miles de alumnos en el breve plazo de cuatro años, Mikao Usui sufrió un accidente cerebrovascular y murió el 9 de marzo de 1926, a los sesenta años de edad. Sus alumnos siguieron la tradición, de modo que nadie se puede hacer llamar «maestro reiki» sin haber pagado antes su educación a un maestro ya existente. Esto, se supone, es una especie de control de calidad del procedimiento (aunque se asemeje también a una estafa piramidal).

¿Y cuál es el procedimiento?

El «paciente» (por llamarle de alguna forma), con toda la ropa puesta, se recuesta cómodamente en la camilla del practicante y cierra los ojos. El practicante se frota las manos y parece concentrarse profundamente antes de empezar a ponerlas en posiciones al parecer intencionadas en distintos puntos del cuerpo del yacente: sobre ambas orejas, en la nuca, en las mejillas, en los dos hombros, en el vientre, en la espalda, en los muslos. Cuidado, sólo se ponen las manos en esos puntos, no se masajea, por lo que llamarlo «masaje reiki» es, cuando menos, una exageración. Cada vez que posa las manos en un punto del sujeto, el practicante asume un gesto facial de intensa concentración.

Pero el reiki no siempre es así. Algunos practicantes, astutamente suponiendo que la imposición de manos en el bajo vientre, las nalgas,

los pechos y otros puntos sensibles de sus pacientes puede llevarlos algún día a la comisaría acusados de acoso sexual, agresión, intento de violación y cargos similares que comportan una sanción considerable además del cierre de su «consultorio», prefieren emplear el llamado «reiki sin tacto». Ponen las manos en las mismas posiciones que en el reiki *full-contact* (no se llama así, aunque queda bien), pero las dejan flotando tres o cuatro centímetros por encima de la piel de su cliente. De cuando en cuando, sacuden la mano como si hubieran absorbido agua y la estuvieran lanzando lejos, siempre con gesto de concentración y serenidad mística. El paciente dice que se siente mejor, paga y se marcha.

Lo que los practicantes del reiki dicen que ocurre es algo mucho más complejo. Primero, cuando se frotan las manos y ponen cara de concentración, están «sincronizando», «sintonizando» o «armonizando» sus energías internas y su *ki* con los del paciente. Al poner las manos sobre la persona, tocándola o no, da exactamente igual, informan que tienen la capacidad de sentir o percibir temperaturas cambiantes, bloqueos del *ki*, luces y oscuridad, sensaciones tensas o relajadas, todo esto sin que ocurra nada a nivel físico y sin que sea posible percibir esas alteraciones con aparatos o medios físicos. Únicamente pasa en la sincronización de las almas y las energías vitales de los involucrados. El maestro reiki ha aprendido, en su curso pagado, dice, a «sentir» esas variaciones de otras personas y a acudir a una reserva universal de *ki* de la que puede tomar un poco para canalizarlo hacia el paciente, restaurando la calidez y el flujo de esta energía vital en su cuerpo y, con él, la sintonización ideal con el universo y la salud. Cada posición de manos está diseñada por los maestros para absorber las malas vibraciones y sustituirla por buen rollo.

El reiki es como el feng-shui pero con personas: afirma manipular una energía cuya existencia no ha podido demostrar utilizando procedimientos cuyo mecanismo no se puede estudiar y con resultados totalmente subjetivos.

Pero el reiki no es la única forma de pretendida sanación con la transmisión mágica de energías místicas. En 1970, las enfermeras Dolores Krieger y Dora Kun (seguidora, por cierto, de la teosofía de la omnipresente Blavatsky) desarrollaron una técnica similar, el toque terapéutico, con la misma afirmación de que podían sentir las «energías» de sus pacientes y, a su vez, transmitirles su propia energía curativa. En

1998, un brillante experimento escolar de una chica que entonces tenía nueve años de edad, Emily Rosa, demostró que quienes afirmaban tener esta capacidad no podían demostrarla en condiciones controladas. Emily simplemente les hizo pasar las manos por dos agujeros en un panel donde no podían ver lo que había del otro lado, decidiendo al azar si ponía o no su mano cerca de las de ellas y pidiéndoles que dijeran si «percibían» la energía. Los resultados determinaron que los «profesionales del toque terapéutico» acertaban sólo el 47 % de las veces, es decir, igual que si sus respuestas fueran al azar. Sus capacidades místicas quedaron en cuestión, Emily Rosa se convirtió en la persona más joven en ser coautora de un estudio publicado en la prestigiosa *Journal of the American Medical Association*[15] y los practicantes del toque terapéutico y del reiki nunca más aceptaron someterse a estudios, sospechando que no era bueno para su negocio que se demostrara que lo suyo era un timo.

Cosa común en el ramo, por lo demás.

Aun siendo tan evidente el embuste y tan inexistentes los beneficios medibles y reales de estas prácticas, hoy en día hospitales, sistemas de salud y universidades abren las puertas a la enseñanza y práctica del reiki, arropados en organizaciones con nombres que evocan las mejores luchas sociales. Así, en España, Corazón Solidario por una Vida Digna es parte de la Organización Nacional de Reiki y, para promover su seudoterapia, se acerca a apoyar a grupos sociales como la Asociación de Víctimas del Terrorismo, las Casas de Acogida a Mujeres Maltratadas de Asturias y la Fundación Banco de Alimentos de Asturias. Algo similar hace la Asociación Aragonesa Reiki para Todos.

Los promotores de todo tipo de «alternativas» de salud saben, y no se equivocan, que si se presentan como lo suficientemente buenrollistas, rebeldes, antisistema, naturales, puros, tradicionales y milenarios, encontrarán aliados políticos —principalmente entre la izquierda feng-shui— que los verán con buenos ojos sin siquiera poner en cuestión el tema de los hechos, los datos, las evidencias de la capacidad curativa de sus propuestas, por descabelladas que sean.

La medicina del camarada Mao

Hasta 1971 la acupuntura era solamente una de las muchas prácticas orientales que grupos esotéricos marginales utilizaban para reafirmar su creencia de que la enfermedad y la curación pueden depender de

«fuerzas sutiles» más o menos mágicas. Lo que cambió es que ese año China decidió cambiar las políticas que había asumido desde que en 1949 Mao Zedong llegó al poder. China, que había estado más o menos tan cerrada como lo está Corea del Norte en 2017, abrió sus puertas al presidente estadounidense Richard Nixon y al periodista James Reston. A éste lo convencieron de que parte de las incomodidades de una apendicitis que sufrió en su viaje a China habían sido tratadas con un misterioso procedimiento llamado «acupuntura» un día antes de que el Gobierno maoísta informara al mundo de que sus «investigadores» habían desarrollado la «anestesia mediante acupuntura», que permitía hacer todo tipo de operaciones con el paciente perfectamente consciente y sin experimentar ningún dolor o incomodidad.

Era una expresión más de la Revolución Cultural, como Mao llamó a la masacre en la que hordas de fanáticos, en su mayoría jóvenes y que nunca habían visto a un burgués de verdad, procedieron a destruir la riqueza cultural china y a apalear a sus científicos y artistas, obligándolos a realizar labores campesinas para «reeducarlos» pues eran, se supone, «decadentes y burgueses». La Revolución Cultural fue la táctica de Mao para recuperar el prestigio y el poder perdidos después de la hambruna del Gran Salto Adelante (véase, en el capítulo 6, «Lysenko y la genética ficción»).

Como parte de su nuevo acercamiento a Occidente en la visita de Nixon de 1972, Mao decidió que la antigüedad china (que su revolución originalmente había despreciado anunciando una nueva era) resultaba, de pronto, un valiosísimo legado cultural que había que rescatar y honrar estruendosamente. Una de las fichas que puso en juego fue la medicina tradicional china, una *mélange* de las más diversas prácticas tradicionales de las muchísimas regiones y tradiciones chinas, algunas directamente inventadas por estafadores de la salud que aprovechaban la escasez de médicos científicos en su beneficio. Mao, por cierto, no tenía esa carencia porque su médico personal, Li Zhisui, había estudiado medicina científica y estuvo con él hasta su muerte, después de lo cual huyó a Estados Unidos donde escribió un libro con buena parte de esta historia.[16] En él resume la posición de Mao: «Aunque creo que debemos promover la medicina china, yo personalmente no creo en ella. No tomo medicina china».

Otros eran bastante más crédulos.

Li Zhisui cuenta también que, para hacer un espectáculo que impresionara a los visitantes estadounidenses, se analgesió químicamente a una serie de pacientes, se les pusieron agujas de acupuntura y se les hicieron operaciones asombrosas mientras Nixon y su comitiva se asombraban desde su ignorancia.

Los informes de la visita y el artículo de Reston del año anterior provocaron que una parte de Occidente mostrara un instantáneo interés por aprender y utilizar la acupuntura, ya fuera para curar, anestesiar o transferir dinero de la billetera de sus clientes a la propia. La presentación implicaba asegurar que la acupuntura china era milenaria y tradicional, por supuesto, aunque cuando vemos las agujas reales supervivientes de ese pasado dorado descubrimos que llegan a ser gruesas como un bolígrafo y los textos reales implican que estas verdaderas dagas se utilizaban en muchos casos para atravesar a los pacientes como pinchos morunos, no para apenas rozar la epidermis. Todo ello se actualizó y suavizó como correspondía para exaltar la gran cultura china que se sentaba de tú a tú con la potencia norteamericana.

La acupuntura, en concreto, pretende que el *ki* corre por presuntos «meridianos» del cuerpo humano relacionados con el sistema nervioso, el aparato linfático y los órganos, que la enfermedad tiene como causa ciertos «bloqueos» en el flujo de esa energía y que las agujas situadas en puntos concretos (que nadie ha podido demostrar que sean fisiológica o anatómicamente especiales) «desbloquean» la energía y devuelven así la salud al paciente.

No es extraño entonces que la medicina tradicional china no consiguiese, en sus miles de años de existencia, impedir que cientos de millones de personas murieran, jóvenes y en medio de atroces sufrimientos, a causa de enfermedades que hoy, gracias a la medicina científica, son curables, tratables e incluso prevenibles. Una medicina gracias a la cual hoy los chinos tienen una esperanza media de vida de setenta y seis años, muy superior al promedio de cuarenta años calculado en 1950, un año después de la revolución de Mao.

¿Siguen usándose las prácticas tradicionales en la China de hoy? Sí, mucha gente, sobre todo en las zonas rurales más pobres, acuden primero al curandero o *zhongyi*, porque es más barato que el médico, el *xiyi*. Si el curandero falla, es decir, si el paciente no se cura solo, se opta por el gasto en el médico auténtico. Ésta puede ser una de las causas de que la mortandad rural en China hoy sea un 30 % mayor que la de las

poblaciones urbanas, ésas que, en la teoría de los alternativistas, deberían vivir menos por estar sometidas a todas las amenazas o brujerías peligrosas de la modernidad.

Pero la acupuntura no sólo es tradicional y milenaria (o así se vende), sino también una de las técnicas abanderadas de uno de los países donde la versión marxista de la izquierda, pasada por el leninismo y el estalinismo para crear el maoísmo, ha mantenido el poder y ha emprendido realmente el experimento de una sociedad supuestamente más justa y más libre, con igualdad de oportunidades y derechos sólidos para todos. Que no haya funcionado, que China haya tenido que recurrir al capitalismo y al mercado o que la pobreza rural siga presente resultan todos elementos secundarios para quienes asumen la medicina china como una afirmación ideológica.

Hacerse acupuntura no es sólo entrar en comunión con la sabiduría ancestral, sino participar de la práctica que supo inventar, aunque sus líderes no la utilizasen, una medicina que no estaba allí como si siempre lo hubiera estado.

Saque usted conclusiones.

8

Las conspiraciones jubilosas

Contar una historia falsa, como señala el físico y divulgador Lawrence Krauss, tiene como efecto algo más que difundir desinformación.[1] Se refería a las notas en las que se niega el cambio climático y que suele publicar el sitio presuntamente informativo *Breitbart*, cuyo jefe, Steve Bannon, pasó en 2017 a ser asesor y estratega principal para el Gobierno del presidente estadounidense Donald Trump. El objetivo de tales historias, afirmaba Krauss, «es la creación de una realidad alternativa —una en la cual la evidencia científica es una mascarada— de modo que el miedo y la hipérbole puedan dividir y conquistar al público».

La táctica de la llamada «posverdad» del mundo Trump puede haber sido descubierta muy recientemente por los medios dominantes en Estados Unidos, pero es idéntica a lo que hacen muchos grupos que se sitúan tanto en la derecha como en todo el espectro político. Sus afirmaciones no sólo pretenden ser verdad, sino que también buscan que sus destinatarios asuman toda una nueva cosmovisión en la cual la ciencia queda reducida a una opinión más y, por cierto, muy poco fiable.

Las historias falsas, cuando adquieren tintes de promoción del miedo contra un grupo determinado al que se culpa de todos los males, de todos los horrores, pueden impulsar acciones brutales o la complicidad silenciosa con ellas, como en las peores dictaduras, pero también un divorcio de la realidad, una situación en la que todo parece confuso, y sólo un salvador, un iluminado que dice entender las conspiraciones, puede explicarlas y salvar de ellas.

SUPERVILLANOS PARA LOS SUPERHÉROES

La injusticia, la desigualdad, la pobreza, la desesperación son los grandes objetivos de la lucha del pensamiento de izquierda, para el que ninguna de

estas condiciones puede considerarse «natural», deseable o permanente. Se trata de conceptos abstractos, de generalidades, de ideas más que de enemigos sólidos y fácilmente identificables, de villanos reales. Pero algunos necesitan un enemigo a la altura de lo que consideran su propia heroicidad. Una conspiración oscura y malévola de seres poderosos y totalmente despiadados, con capacidades incluso sobrehumanas, aunque desafíen toda lógica.

Como los *illuminati* y los masones a los que tanto poder atribuía el abate Barruel.

Esta característica no es exclusiva de la izquierda. Basta ver las conspiraciones que difunden los portavoces de la derecha, algunos elevados a alturas de presunta seriedad informativa, como Alex Jones, un conspiranoico estadounidense de ultraderecha muy del agrado de Donald Trump. Y, lo más curioso, una parte de la izquierda aprovecha después las urdimbres conspiranoicas de la derecha, se las apropia y las cree sin ponerlas en duda y sin aceptar ningún argumento contra ellas.

Cuando los seres humanos vemos algo que parece —o es— enormemente relevante, tendemos a atribuirle sin pensarlo mucho una causa igualmente relevante. Y una vez que se alcanza una convicción por medio de la creencia y no de la razón, del dogma y no de la evidencia, del «sentido común» y no de los hechos y datos, es difícil esperar que se cambie de convicciones precisamente mediante la razón, la evidencia, los hechos y los datos.

El mismo mecanismo que mantiene la fe del creacionista, que racionaliza *a posteriori* y según le convenga cada nueva prueba en contra de su explicación y cada nuevo argumento que parece sustentarla, mientras rechaza *a priori* toda evidencia a favor de la evolución mediante la selección natural, es el que da vida a las teorías de la conspiración que pueblan el imaginario de gran parte del alternativismo, muchas de las cuales comparte la izquierda mística y feng-shui.

Si se ve algo tan trascendente como el asesinato del presidente John F. Kennedy, el semillero de teorías conspirativas por excelencia, puede resultar más sencillo creer que es el resultado de una compleja y detallada conspiración que de la acción de un solo asesino con motivaciones poco claras.

Otro ejemplo nos puede dar una clave. El 8 de noviembre de 1939, en Múnich, el modesto obrero alemán Johann Georg Elser estuvo a punto de asesinar a Hitler y a varios de sus jerarcas en la cervecería Bürgerbräukeller con una bomba casera de relojería, la única que construyó en su vida, utilizando los conocimientos que había obtenido en algunos trabajos en

fábricas de relojes. En nombre de los trabajadores y de sus convicciones sindicales, y tras un año de planificación en solitario, preparó y colocó su bomba. El artefacto estalló con efectividad mortífera, pero Hitler se había retirado de la cervecería antes de que lo hiciera. Si no hubiera sido así, un simple obrero habría cambiado el curso de la historia sin conspiración alguna de por medio. Elser, por cierto, estuvo preso en terribles condiciones hasta 1945, cuando fue ejecutado en el campo de exterminio de Dachau.

Si Elser podía haber acabado con Hitler sin ayuda, no es descabellado pensar que Lee Harvey Oswald pudiera matar a Kennedy del mismo modo. Pero esto es algo que no admitirá nadie que crea a pie juntillas en alguna de las docenas de teorías conspirativas que parecen una explicación más plausible: fue el Gobierno cubano, los soviéticos, el mafioso Carlos Marcello, la CIA, la mafia de Las Vegas, el «gobierno en la sombra», el gánster Sam Giancana, el Servicio Secreto, el vicepresidente Lyndon B. Johnson o —y no es broma, hay quien lo cree— los extraterrestres que controlan el poder y querían impedir que Kennedy informara al mundo de su existencia. Hay donde elegir.

¿Qué es más seductor? ¿Aceptar que el mundo es un lugar caótico y desordenado o pensar que todo está organizado cuidadosamente por algún grupo, organización o club cuyas intenciones podemos conocer y evitar así ser sus víctimas, poniéndonos en un plano superior al de quienes son víctimas inconscientes, borregos manipulados, porque nosotros sí sabemos cómo funcionan los engranajes secretos del mundo? Nos gusta pensar que alguien lo controla todo porque es mucho más tranquilizador, pese al temor que pueda causar el atribuir tal poder omnímodo a un grupo de personas, que pensar que el mundo no tiene un rumbo preestablecido. Es preferible imaginar que el piloto del avión nos está llevando con mano experta y decidida a un destino indeseable que pensar que no hay nadie al mando en la cabina.

Las teorías conspiranoicas, desde las más inocentes hasta las más descabelladas, son una forma de dar sentido al mundo, aunque es importante señalar que, por supuesto, existen las conspiraciones de verdad. No toda hipótesis conspirativa es delirante, y sin duda acciones concertadas como el intento de golpe de Estado en España el 23 de febrero de 1981, el espionaje de Watergate y muchísimas otras son ejemplos reales.

Pero, habitualmente, las conspiraciones auténticas son proyectos humanos a corto plazo, pues a la larga se vuelven inviables debido al riesgo de ser descubiertas, y suelen incluir a pocas personas porque cuantos más participantes haya implicados, más probabilidades hay de que alguno se vaya

de la lengua tarde o temprano. Las conspiraciones reales están sujetas a los avatares del azar, a las debilidades y errores humanos, a situaciones completamente imprevisibles y fracasan al menos con tanta frecuencia como tienen éxito. Las imaginarias, en cambio, son perfectas y no fallan nunca, incluyen a un gran número de personas y quienes dicen conocerlas se basan en evidencias circunstanciales, interpretaciones convenientes y datos fragmentarios.

Pero si para conocer cómo una parte de la izquierda se empapó de irracionalidad empezamos con el padre de las conspiraciones modernas, el buen abate Barruel, el paseo por las conspiraciones debe comenzar en las sociedades secretas.

Y la más famosa es, por supuesto, la masonería.

LOS MASONES: CIENCIA, JUSTICIA Y TRABAJO

La historia de esta curiosa asociación, la masonería, comenzó a partir de los gremios de canteros de la Edad Media. Este origen ya es sospechoso, pues los gremios de expertos en un oficio son el origen de los sindicatos, que tantos dolores de cabeza han dado a los poderosos y que tanto han conseguido para mejorar la vida de los trabajadores. Si esos canteros tenían o no «los secretos» de la construcción de las catedrales medievales, nadie lo sabe, pero la idea es seductora. La pertenencia a un gremio era la puerta a una vida mejor que la de la gente común, y cada gremio guardaba celosamente los secretos de su oficio, fuera la forja de espadas, la cerámica o la albañilería, en beneficio de sus afiliados.

Poco a poco, las logias o agrupaciones locales de masones pasaron de ser grupos de artesanos a ser agrupaciones fraternales de especulación y pensamiento, mientras que los gremios y su estructura cerrada y, necesariamente, reaccionaria caían bajo los ataques de nuevas ideas, nuevos esquemas económicos, nuevos conocimientos que buscaban difundirse libremente —la Revolución científica— y las nuevas ideas sociales de la Ilustración. En 1717, la masonería adquirió la forma que se conoce hoy en día cuando cuatro logias londinenses se unieron en una gran agrupación dedicada a actividades espirituales y místicas, pero también a la libre discusión de ideas que, fuera de sus muros, eran consideradas peligrosas. La masonería y su tradición de secretos resultaba así una buena idea en aquellos tiempos donde los reyes todavía consideraban que tenían el derecho divino a gobernar y tratar en general a sus súbditos como les viniera en gana.

Si los masones se consideraban libres, y defendían el libre pensamiento y la libre opinión, no es extraño que participaran en los principales movimientos sociales y políticos de los siglos XVIII y XIX, como la Revolución francesa. De hecho, el 25 % de los miembros de la Asamblea resultado del proceso revolucionario eran masones. La organización también participó en los procesos de independencia americanos. Los independentistas en toda América fueron en general masones porque era en las logias donde podían intercambiar ideas y preparar sus proyectos revolucionarios. Se puede decir que cualquier amante de la libertad hoy en día, de haber vivido en aquellos años, se habría hecho masón.

En México, por ejemplo, durante el siglo XIX los partidos políticos que se disputaban el poder eran los yorkinos y los escoceses, y ya no había ningún «secreto» en sus afiliaciones masónicas. Los seguidores del rito escocés se identificaban como conservadores, mientras que los del rito de York defendían principios liberales. Basta ir a los diarios de la época, los libros y los discursos para conocer los enfrentamientos entre ambas facciones, como hoy se habla de socialdemócratas y democristianos. José de San Martín y otros libertadores de Argentina, Chile y Uruguay pertenecieron a la logia Lautaro de Buenos Aires. Simón Bolívar, libertador de Bolivia, Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela, era masón, como lo era su oponente Francisco de Paula de Santander, desplazado cuando Bolívar alcanzó el poder; en 1828, después de un atentado frustrado en el que al parecer estaba implicado Santander, Bolívar prohibió la masonería.

Al igual que en América Latina, en Estados Unidos las logias masónicas eran la base de los partidos y movimientos políticos, de la promoción de las ideas que cambiaban el mundo tal como había estado desde que a alguien se le ocurrió proclamarse monarca de otros por derecho divino. A nadie le parecía raro ni reseñable que utilizaran los símbolos de sus creencias. Benjamin Franklin y otros ocho de los cincuenta y seis signatarios de la Declaración de Independencia estadounidense eran masones, así como una tercera parte de los treinta y nueve que firmaron la Constitución.

Lo asombroso, realmente, es que ahora esa afiliación masónica se presente como si se hubiera tratado de un complot secreto recién descubierto. Lo que ocurrió, previsiblemente, es que la masonería pronto fue anacrónica. La libertad política y las nuevas ideas como el socialismo utópico, el marxismo, el fabianismo, el anarquismo o el liberalismo económico y social, hicieron que las logias perdiesen relevancia porque la gente podía y quería participar en política sin necesidad de pertenecer a ellas. La consolidación de

la Revolución industrial cargó con la masonería, su ingenuidad y su relevancia. El debate social y político ya no tenía que hacerse en sótanos a los que se entraba con santo y seña, jurando discreción y sometiéndose a rituales iniciáticos destinados a asegurar la lealtad al grupo. El triunfo de los ideales de libertad, al menos en algunas sociedades, implica que es posible y legítimo que un grupo debata cualquier cosa, desde la revolución comunista al estilo de Mao hasta la reconstrucción del Tercer Reich, la necesidad de igualdad de oportunidades y derechos para las mujeres o la exigencia de que sean sumisas. La libertad permite hablar de política, atacar al rey, al cardenal y al presidente (si los hay), sugerir opciones de organización social, política y económica, organizar las marchas del orgullo gay y mucho más.

La masonería fue víctima, en gran medida, del triunfo de los ideales que sus miembros promovieron. Habiendo libre expresión de las ideas, una sociedad secreta para hablar libremente resultaba un contrasentido. Esta desaparición de la masonería del centro del escenario político provocó el olvido y la ignorancia sobre el papel que había jugado. Y esa ignorancia facilitó que fuera rescatada y presentada décadas después bajo una luz muy distinta por los vendedores de teorías conspirativas, como si fuera una sola organización sólida y de pensamiento único, con un proyecto de sociedad y de planeta perfectamente delineado, enemigo de la Iglesia y de «los valores cristianos» (que cada uno define a su capricho). En definitiva, un complot en el que todos estarían de acuerdo, con planes que obedientemente estaría llevando a cabo secretamente cada uno de sus miembros, manipulando cuanto existe a nuestro alrededor: empresas, industrias, educación, medios, partidos políticos u organizaciones culturales y deportivas, cualquier cosa. ¿Que la masonería nunca fue una organización monolítica y con una visión conjunta, sino un grupo de personas reunidas bajo principios muy generales que en no pocas ocasiones acabaron militando en bandos políticos opuestos? Ni se menciona, porque destroza la narrativa. En España misma, la participación de las logias masónicas en política era igualmente diversa: unos centralistas y otros federalistas, unos liberales y otros conservadores. Para el fascismo, rescoldo del pensamiento contrailustrado, fue fácil amalgamar en su imaginario demagógico a la masonería con el comunismo (y luego con el judaísmo) en un ejercicio de contradicciones que nunca se justificó de modo medianamente plausible.

Además, la propia tendencia de la masonería y los vendedores de mitos a la grandilocuencia ha ayudado a dar un aspecto más siniestro a la masonería. Se afirma que se remonta intocada desde los tiempos del Antiguo Egipto —

incluso que fueron masones los constructores de las pirámides—, los canteros romanos, los creadores del Partenón y, más o menos, cualquiera que trabajara con piedras antes de 1717. A todo ello se le adjudica relación con las más diversas escuelas místicas y esotéricas de toda la historia, desde *El libro de los muertos* egipcio hasta los personajes más apasionantes del ocultismo, como el conde Cagliostro. En esa fabulación, la masonería es la única institución humana capaz de sobrevivir a los milenios y, por tanto, la responsable de la forma en que se produjo el devenir histórico de la humanidad y sus culturas. Que no haya pruebas de nada de esto vuelve a ser irrelevante.

En la segunda mitad del siglo XX, acabadas las guerras y al menos temporalmente derrotado el fascismo brutal e irracional, otros grupos se vieron necesitados de un chivo expiatorio para sus propias demagogias, y la condena a la masonería ofrecía enormes ventajas a la hora de iniciar una cacería de brujas sin mucho riesgo. La gente ignoraba lo que era o fue la masonería, así que se podía contar cualquier milonga, y los restos de esta orden místico-política estaban tan debilitados que no podían hacer nada para defenderse, lo que en sí mismo debería ser indicativo de su irrelevancia y su incapacidad para influir en el curso de los acontecimientos. La masonería se convirtió en una palabra con significados variables al gusto del acusador, pero que iba siempre junto a *illuminati*, nuevo orden mundial, comunismo, ovnis nazis o cualquier otra idea inquietante.

Hoy sigue habiendo logias masónicas, y de ellas quizá formen parte personas poderosas, a menudo por tradición familiar, pero esto no significa que el pensamiento o los mecanismos internos de las logias dicten la forma en que ejercen el poder.

La izquierda, sobre todo en España, suele denunciar poco a la masonería, quizá como reacción solidaria por la persecución que la dictadura fascista de Franco ejerció contra los masones a la vez que arrasaba con cualquiera que tuviera un pensamiento mínimamente alineado a un compromiso social, fueran liberales *light*, socialdemócratas, comunistas, anarquistas o radicales armados (tanto daba, pues en el blanco y negro de la tiranía se ven todos iguales). Esto no quita que a la hora de detallar las conspiraciones que descubren a su alrededor, en algunos medios de izquierda —real o presunta— como *rebelion. org* o *Voltairenet* siempre aparezca la masonería.

Y en la derecha española pervive, por supuesto, la idea de la masonería que propugnaba Barruel. Una derecha que sigue convencida de que el objetivo de los masones era totalmente político, republicano y ateo, y que por

tanto iban de la mano del comunismo, de los asesinos de sacerdotes, de la violencia e incluso de los ideales independentistas de Cataluña o el País Vasco, es decir, de todo lo que representaría la destrucción de la «reserva espiritual de Occidente», como llamaba el franquismo a España cuando, a la fuerza, era el país más católico de Europa. Hoy en día, sólo uno de cada diez españoles suele asistir a misa, lo cual hace difícil situar al país como la esperanza del catolicismo ante el avance del ateísmo o de otras religiones.

En todo caso, la realidad ha rebasado a la masonería. Salvo excepciones, el poder de los monarcas actuales, sus enemigos ideológicos fundamentales, está muy acotado si lo comparamos con lo que era en 1789, por ejemplo, del mismo modo en que nadie se plantea en serio ser emperador de la Argentina o rey de Estados Unidos, salvo en el caso de algunos chiflados.

BILDERBERG, EL TERROR

Cada año, algunas personas se indignan previsiblemente cuando se anuncia una reunión secreta de personajes poderosos de la economía y la política, se dan a conocer las fechas secretas y el lugar secreto donde se celebrará y la lista secreta de quienes participarán en ella. Esto permite a los escandalizados organizarse, reunirse, movilizarse en grupo hasta el lugar secreto del encuentro secreto y, durante los días secretos en los que se lleva a cabo, hacer manifestaciones, denuncias y discursos en los alrededores, generando la tremenda certeza que exhibe Juan Carlos Monedero, uno de los fundadores de Podemos.

> El siglo XX pone en cuestión el poder estable occidental. Nace la Unión Soviética y eso va a generar una contraparte muy fuerte anticomunista y empresarial que se va a sustanciar después de la Segunda Guerra Mundial en el grupo de Bilderberg, en el grupo de Montpellerin, en todos estos sectores, después en la Trilateral, que son los sectores de esta gestión de un capitalismo que deja de tener un núcleo central, que se reúnen, como dice Joan Garcés, para construir gobiernos mundiales en la sombra porque ya los Estados nacionales no pueden garantizar el orden.[2]

Se trata de las «Reuniones Bilderberg», más conocidas como «Club Bilderberg», sin ser un club. Según el mito difundido, e interiorizado por la izquierda feng-shui, el Grupo Bilderberg es una especie de «gobierno oculto» (para ser estrictos, uno de los muchos gobiernos ocultos en que creen y que, curiosamente, consiguen no interferirse mutuamente, toda una hazaña como sabe cualquiera que haya enfrentado una guerra de competencias entre un municipio y la provincia, estado, comunidad o como se llame la instancia

superior). En las reuniones anuales que llevan a cabo, afirman los «expertos» en estos grupos, se toman todas las decisiones importantes que marcan el rumbo del mundo, se determina si se emprenderá una guerra u otra, si la economía seguirá un rumbo venturoso o si les conviene provocar una crisis que nos perjudique a todos para enriquecerse o simplemente para que satisfagan sus malvados y bajos instintos. Unos encuentros en los que se ponen y quitan gobiernos y gobernantes, y en general se decide todo nuestro futuro. Lo cual sería altamente antidemocrático, si así fuera.

Quedan preguntas que nunca se hacen los presuntos expertos: ¿Por qué tienen que reunirse en persona estos individuos en lugar de gobernar por teléfono o internet? ¿Y por qué deben hacerlo de modo tan público y complicado? ¿Y qué pasa si ocurre algún acontecimiento imprevisto entre una reunión y la siguiente? Bueno, dicen los autoproclamados expertos, no hay acontecimientos imprevistos. «Ellos» lo controlan todo.

Antes de seguir, conviene hacerse varias preguntas: ¿cómo se vuelve uno «experto en el Club Bilderberg» o en cualquier otra conspiración mundial de gran alcance al estilo de los *illuminati*, masones, sionistas, reptilianos y defensores del nuevo orden mundial?, ¿cómo puede detallar lo que pasa dentro de esas organizaciones tan siniestras cuanto despiadadas, capaces de cortarle la cabeza a cualquiera que revele sus secretos (salvo que sea un «experto»)?, ¿cómo contar sus reuniones si uno no ha estado nunca en una de ellas? La respuesta es muy sencilla: utilizar el sistema del abate Barruel: inventárselo todo, autoproclamarse experto, conseguir a un editor que le publique el libro y ponga en la portada «Experto en…». Y a vivir con la certeza de que nadie va a salir a refutarlo. Como los que dicen haber viajado en platillos volantes a las ciudades de cristal de los amos extraterrestres en las Pléyades, «y demuéstrame que no es cierto». Así, el máximo autoproclamado experto en el Club Bilderberg en España es un personaje que se hace llamar Daniel Estulin y que ha escrito numerosos libros sobre el tema, además de ser colaborador de Russia Today —canal de televisión de la agencia noticiosa oficial rusa que se emite por cable y satélite— y contar una fantasiosa autobiografía en la cual afirma ser de origen lituano, exespía de la KGB (o, para ser exactos, «analista de contraespionaje de la KGB», que suena muchísimo más importante) y cercano a conspiranoicos como el atrabiliario Alex Jones, el ya mencionado presentador y activista *alt-right* estadounidense que salió de la marginalidad cuando Donald Trump le dio total credibilidad. Estulin saltó a la luz pública en 2005 y, para sorpresa de nadie, hasta la fecha no ha aportado una sola prueba de sus afirmaciones. Sus relatos, sin embargo,

fueron los responsables de convencer a Fidel Castro de la relevancia de las reuniones Bilderberg, al grado que el comandante llegó a decir: «Siniestras camarillas y los lobistas de Bilderberg manipulan al público para instalar un gobierno mundial que no conoce fronteras y que no rinde cuentas ante nadie, salvo a sí mismo».[3] Curiosamente, Estulin ha denunciado que Podemos es una organización creada y financiada por la masonería, llamando a Pablo Iglesias «la alternativa masónica del poder». La idea la comparten algunos espacios de la ultraderecha española, señalando que la masonería que mueve a Podemos es equivalente al sionismo internacional… lo que cierra la fantasía franquista de la conspiración judeomasonicocomunista. ¿Qué fascinación tiene esta conspiranoia para que resulte igualmente creíble en los extremos ideológicos?

Repasemos algunos datos curiosos sobre el Grupo Bilderberg para que usted saque sus propias conclusiones. Partamos de la lista de asistentes a la reunión secreta que se llevó a cabo en el secretísimo Hotel Taschenbergpalais Kempinski, de Dresde (Alemania), en las fechas secretas del el 9 al 12 de junio de 2016.

Lo primero que llama la atención es que no estuvieran presentes los seres humanos más ricos del planeta, a los que se supone enormemente poderosos. No asistieron Bill Gates, Amancio Ortega, Warren Buffett, Carlos Slim, Jeff Bezos, Mark Zuckerberg, Larry Ellison, Michael Bloomberg, Charles Koch, David Koch ni Liliane Bettencourt, personas que, según la revista *Forbes*, sumaban en esas fechas unos cuatrocientos ochenta mil millones de euros, más dinero del que tenía la mitad de la población del mundo en sus bolsillos.[4]

Eso en cuanto al poder económico. En cuanto al político y religioso, resalta también que no hubiese ni un solo asistente de países como China, Rusia o Japón, verdaderos colosos económicos y políticos, por no hablar de la potencia militar de los dos primeros. Ni estaba —ni se le esperaba— ninguno de los jerarcas de los países del golfo Pérsico cuya riqueza petrolera se expresa en poder político y militar en diversos conflictos bélicos.

¿Se puede gobernar el mundo sin los más ricos y los más políticamente poderosos? Parece difícil. Aunque los sustituyamos con profesores de historia y de ciencias informáticas o con el alcalde y el vicealcalde de Róterdam, Holanda. Que serán damas y caballeros muy respetables, no lo dude usted, pero cuyo peso en la política internacional es, por decirlo diplomáticamente, inexistente. De hecho, de todos los nombres que aparecen en la lista, el único ampliamente conocido es el de Christine Lagarde, a la sazón directora del

FMI pero cuyas conexiones con este «gobierno en la sombra» no han impedido que los tribunales la condenen por irregularidades varias.

Los asistentes, por tanto, procedían de países europeos (Holanda, Francia, Canadá, Gran Bretaña, Suiza, Alemania, Dinamarca, Turquía, Portugal, España, Suecia, Finlandia, Austria, Italia, Noruega, Bélgica, Grecia, Irlanda y Polonia) y Estados Unidos, o bien representaban a distintos organismos internacionales, desde el Banco Central Europeo hasta el Foro Económico Mundial. La representación española estaba formada por César Alierta, presidente ejecutivo y consejero delegado de Telefónica; Ana Patricia Botín, presidenta ejecutiva de Banco Santander; Juan Luis Cebrián, presidente ejecutivo del Grupo PRISA, al que pertenece el diario *El País*, y Luis Garicano, profesor de Economía en la London School of Economics (LSE) y asesor principal del partido político Ciudadanos. No estaban tampoco Juan Roig, Sandra Ortega Mera o Rafael del Pino Calvo Sotelo, que con el ya mencionado Amancio Ortega forman el póquer de los más ricos españoles.

¿Es lógico creer que una reunión de ciento treinta personas durante tres días resuelve los asuntos del mundo y los deja despachados todo un año?

Basados en la agenda secreta que el Grupo Bilderberg publicó (Asuntos de actualidad, China, Europa: migración, crecimiento, reforma, visión, unidad; Oriente Medio, Rusia; Panorama estadounidense y economía: crecimiento, deuda, reforma; Ciberseguridad, Geopolítica de la energía y precios de las materias primas, Precariedad y clase media, Innovación tecnológica), los «expertos» y medios como *Russia Today* anunciaron que en la reunión de junio de 2016 se había decidido que Gran Bretaña no abandonara la Unión Europea, que Hillary Clinton ganaría las elecciones estadounidenses y que Europa admitiría indiscriminadamente a millones de inmigrantes. Algún experto español profetizó que el hecho de que se invitara a Pedro Sánchez, por entonces secretario general y candidato presidencial del PSOE, era una demostración de que el grupo había decidido que éste ganaría las elecciones y gobernaría España.

Viendo que Gran Bretaña sí votó por el Brexit y está en proceso de llevarlo a cabo, que Clinton y Sánchez perdieron las elecciones y ninguno gobierna, y que la entrada de inmigrantes ha sido bloqueada por la mayoría de los países europeos cuyos nacionales se reunieron en Dresde, no es muy aventurado decir que esos «expertos» no tienen idea o, si el Grupo Bilderberg tomó tan graves decisiones, los países «sometidos a sus dictados» decidieron pasar ampliamente de ellos. Y es que las complejidades del planeta

trascienden a cualquier reunión de europeos de segundo nivel y estadounidenses de tercero.

La historia de Bilderberg que sí puede confirmarse es uno de tantos productos de la Segunda Guerra Mundial y su secuela inmediata, la Guerra Fría. Básicamente, como lo cuenta su secreta página web (www.bilderbergmeetings.org), esta reunión anual comenzó en 1954 y tomó su nombre de su primera sede, el Hotel de Bilderberg, en la población holandesa de Oosterbeek. Sus inspiradores fueron el polaco Józef Retinger —uno de los arquitectos de la Unión Europea—, el príncipe Bernardo de Holanda —esposo de la reina Juliana I de los Países Bajos y padre de la reina Beatriz I—, el ex primer ministro belga Paul Van Zeeland y el presidente de la empresa Unilever, Paul Rijkens. Su preocupación era el sentimiento antiestadounidense en Europa ante el crecimiento del poderío soviético y, por ello, se plantearon una reunión de personajes influyentes de Europa y Estados Unidos para que hablaran con la mayor libertad posible sobre sus puntos de vista. Pero «influyentes» no significa realmente los más poderosos. Para la primera reunión, se invitó a once europeos y once estadounidenses de las áreas de la economía, la sociedad, la política y la cultura, con la intención de que en la reunión hubiera puntos de vista tanto conservadores como liberales.

Uno de los argumentos para convencer a esos personajes fue que las reuniones se realizarían bajo la regla de Chatham House. Esta regla establece: «Los participantes son libres de utilizar la información recibida, pero no pueden revelar ni la identidad ni la afiliación del orador ni de ningún otro participante». Chatham House es la sede del Real Instituto de Relaciones Internacionales, con sede en Londres, que desarrolló esta norma para facilitar que los participantes en ciertas reuniones se sintieran con absoluta libertad para hablar. Al intervenir en una reunión sostenida bajo la regla de Chatham House pueden expresarse sin temor a ser exhibidos, sobre todo si sus opiniones son impopulares o les pueden representar un coste político. El valor de esta norma en ciertos espacios es, evidentemente, muy alto.

Pero la mejor forma de ser «experto» en esta y otras conspiraciones no es, precisamente, advertir al mundo de lo que decidió Bilderberg, sino lo que se conoce en el mundo de los adivinos como «predecir el pasado». Esperar a que ocurran los acontecimientos y afirmar que uno «ya lo sabía». Por ejemplo, en lugar de predecir arriesgadamente que se decidió que Pedro Sánchez ganase las elecciones, basta con esperar (en este caso, las elecciones españolas tuvieron lugar quince días después de la reunión de 2016) y afirmar: «Como

ya sabíamos que había decidido el Club Bilderberg hace apenas dos semanas, Mariano Rajoy ha ganado las elecciones».

Este juego lo practica muy bien la derecha que comparte la alucinación Bilderberg cuando le conviene. En febrero de 2014, el medio ultraderechista español *Alerta Digital,* por ejemplo, encabezaba una nota sobre un libro del igualmente ultra Javier Barraycoa con este titular: «Mariano Rajoy debería explicar qué hacía su sobrina en el Club Bilderberg dos días antes de que abdicara el Rey». Su autor, José Luis Manzano, afirmaba que esa presencia «podría ser una de las claves ocultas» de la abdicación de Juan Carlos I, prediciendo eficazmente el pasado.

En el extremo de las visiones conspiranoicas, los asistentes a Bilderberg (cambian cada año, pero no nos distraigamos) quieren instaurar una de las figuras más temidas por los creyentes: el nuevo orden mundial (NWO, por sus siglas en inglés).

El nuevo orden mundial es uno en el que los más ricos y los países más poderosos, con los ejércitos más potentes, dominan el planeta.

Es decir, como hoy.

Y como durante toda la historia de la humanidad, poco más o menos.

Pero en este caso, esos poderosos quieren quitarnos la libertad e instaurar un Gobierno mundial.

Una libertad que no tiene la enorme mayoría de los seres humanos, y un Gobierno que, en el caso hipotético de que fuese factible (no, no lo es), difícilmente resultaría peor que los que rigen a esa misma mayoría. En buena parte del África subsahariana, por ejemplo en la República Democrática del Congo, donde Robert Mugabe actúa como rey aun siendo presidente, la idea de libertad de la Ilustración es esencialmente una entelequia. Como lo es en China, o para la mayoría de la gente de la India y el mundo islámico. Es decir, en realidad los que se sienten amenazados son quienes viven en Estados razonablemente democráticos (o con democracias menos imperfectas), pese a esos conspiradores a los que les atribuyen rasgos de dioses: lo saben todo, lo pueden todo, lo ven todo. Lo cual resulta un poco contradictorio.

Pero ¿pueden los más ricos de Europa y Estados Unidos imponer un Gobierno mundial a esa China económicamente poderosa, al expansionismo de Rusia, a la India —que comparte con los dos anteriores una enorme capacidad nuclear—, a Japón y su industria o al petróleo de Oriente Medio con el que han tenido que contemporizar sin mucho entusiasmo desde el fin de la Primera Guerra Mundial?

No resulta creíble.

Se puede estar en desacuerdo con el principio de que los poderosos europeos y estadounidenses tengan metas comunes, como lo están muchos en la izquierda que rechazan toda vinculación o diálogo con Estados Unidos, o cualquier idea de una Europa unida, pero de ahí a suponer que en esa reunión se decide el futuro del planeta media todo un mundo de fantasía.

Se puede estar en contra de esa gente que tiene una ideología determinada, no precisamente de izquierda —en su mayoría—, que acumula poder y lo ejerce, lo cual está más allá de toda duda. Pero en el mundo real, donde la complejidad del poder es enorme y los propios poderosos no constituyen, ni nunca han constituido, un frente común uniforme, porque también compiten por el dominio político, económico, social o religioso, la idea de que se pongan de acuerdo todas las empresas y todos los gobiernos en todos los temas y luego consigan imponer su visión de manera absoluta y firme es una fantasía peligrosa.

Y cuando se ponen de acuerdo para algo, seguramente no lo hacen en una reunión de tres días con tanta publicidad como los Grammy.

EL HORROR VIENE DEL CIELO

La siguiente conversación no corresponde al guion de una comedia disparatada. Es una transcripción textual de una de las muchas llamadas que ha hecho a la Policía Nacional, al Ejército del Aire y a otras instituciones la dama conocida no muy respetuosamente entre los telefonistas y los medios de comunicación como «la loca de los *chemtrails*». Al menos desde 2013, y en el momento de publicarse este libro, esta mujer mantiene una campaña feroz para denunciar lo que considera que es una fumigación de los cielos de Madrid de la que nadie, salvo ella (y al menos otra mujer, vistas las conversaciones que se registran en muchos de sus vídeos recogidos en su canal de YouTube, CielosAnonymousMadrid), parece ser consciente.

> —Sí, buenos días.
> —Sí, buenos días, mire quisiera… Estoy llamando realmente por un tema de una emergencia en Madrid, estoy aquí en el barrio de Chamberí, al lado de vosotros, en Moncloa, estoy concretamente en Chamberí entre Moncloa y Colón, y mucha gente tenemos grabadas imágenes desde las nueve de la mañana de cómo han dejado el cielo de azul… Ha hecho una cuadrícula…
> —¿El qué?
> —El cielo de Madrid… Si usted ve fuera y si usted trabaja para el Ejército del Aire… ¿No está usted pendiente de lo que pasa en el cielo o qué?
> —Sí.

—Pues entonces asómese a la ventana y ya me contará. Nos están fumigando como cucarachas. Tenemos mil vídeos con amigos grabados de la vergüenza de hoy que no tiene nada que ver con ningún desfile de ningunas fuerzas armadas. Y si de verdad nos estáis ocultando esto es que estáis incumpliendo vuestro juramento porque esto es un atentado a la ciudadanía, ¿eh? Mil aviones, he contado cuarenta aviones…

—Mire…

—… y tengo fotos y tengo vídeos y somos muchos en muchas zonas de Madrid. Entonces, ¿qué me puede decir?

—Esto es la central de teléfonos.

—Pues entonces quiero hablar con Urgencias, ¡ya!

—Eeeeh… ¿con quién quiere hablar?

—¿No tenéis un centro de atención al ciudadano o qué? Que para eso pagamos nosotros también, para que nos den un mínimo de servicio.

—¿Atención al ciudadano? Esto no es la Policía Nacional.

—Ya, pero si algo pasa en el aire, ¿quién responde entonces?

—Dependiendo de qué sea, lo suyo es que… Tiene usted que cursar la reclamación… Hoy solamente hay personal de guardia, mejor mañana…

—Pero, chicos, qué poco honor os hace todo esto, ¿eh? Mire usted al cielo, mire usted al cielo si trabaja para el Ejército del Aire… ¿Yo pago impuesto para qué? ¿Para que me envenenen y me suelten aluminio como están haciendo hoy? Cuarenta aviones, por Dios… ¿Cuarenta aviones militares volando encima del cielo de Madrid, que está cerrado al tráfico aéreo desde el 11 de septiembre? ¿Eh? ¿Eso es lo que hacéis? ¿No os da vergüenza o qué? Los ciudadanos lo sabemos, ¿eh?, lo sabemos los ciudadanos… y tenemos mil vídeos grabados. Y me repatea pagar mis impuestos con el sudor de mi frente para esta mierda, ¿eh? No, tenga usted constancia de que cuando va por la calle la gente lo mira y lo sabe, ¿eh? Gracias y buenos días.

—Buenos días…

Su convicción es totalmente real. Lo que no parece serlo es aquello que lo origina.

Y el origen es un fenómeno que cualquiera puede ver y seguramente ha visto: estelas de aviones que persisten en la atmósfera en lugar de disiparse en pocos minutos. En áreas de mucho tránsito aéreo, en ciertos momentos todos los aviones dejan esas estelas persistentes, formando en ocasiones la cuadrícula que tanto teme la mujer de CielosAnonymousMadrid.

Lo curioso es que al día siguiente puede pasar exactamente la misma cantidad de aviones sobre la misma zona, siguiendo las mismas rutas aéreas, y no dejan esas estelas. De hecho, el escape de sus turbinas puede ser apenas visible.

De entrada, al ver esta regularidad, la primera hipótesis razonable es que algo provoca que las estelas normales de los aviones adquieran ese curioso y a veces impresionante aspecto. Es decir, hay un factor externo que actúa sobre todas las estelas de los aviones, a las cuales los expertos en meteorología llaman *contrails*, la contracción de *condensation trails* o «estelas de condensación», formadas principalmente por agua, CO_2 y restos de la combustión de las turbinas.

Lo que creen la señora CielosAnonymousMadrid y otras personas es que, cuando aparecen esas estelas persistentes, se deben a que ciertas aeronaves lanzan en secreto alguna sustancia distinta a la que emiten las turbinas de los aviones comunes, o bien a que se ha dotado a estos últimos de tanques para esparcir tales sustancias. A los *contrails* los llaman *chemtrails*, como contracción de *chemical trails* o «estelas químicas» (sí, el agua y el CO_2 de los primeros también son sustancias químicas, pero el nombre claramente pretende aprovecharse de la quimiofobia). Esta hipótesis adolece de un grave defecto: carece de pruebas. Una conspiración como la que plantean los «chemtraileros» exigiría la participación de decenas de miles de aviones misteriosos viajando en distintas direcciones y el secreto absoluto de millones de personas: personal de tierra, personal de control de vuelos, pilotos, todo el personal de todos los constructores de aviones productores de *chemtrails*, todo el personal de todos los fabricantes de las misteriosas sustancias a las que temen los conspiranoicos en todos los aeropuertos del planeta y, así, un larguísimo etcétera.

Esta ocurrencia fue lanzada en Estados Unidos (¡acertó!) a finales de la década de 1990 en diversos sitios web y listas de distribución que ya estaban especializados en teorías de la conspiración, como Biowars («guerras biológicas»). En su origen, la idea era que las estelas persistentes eran distintas de las estelas de los aparatos comerciales debido a que las dejaban aviones militares que utilizaban JP-8+100, una versión del combustible común JP-8 («JP» son sólo las siglas de *jet propellant* o combustible para motores a reacción) que, supuestamente, contenía 1,2-dibromoetano, también llamado dibromuro de etileno (EDB). Esta sustancia era el villano ideal. Por una parte, se utilizó en el pasado como captador de iones en la gasolina que utilizaba tetraetilo de plomo como aditivo, pero comenzó a dejarse de lado desde que en 1977 se determinó que el dibromuro de etileno era tóxico, y se abandonó cuando, entre 1976 y 1986, se dejó de producir gasolina con plomo, pues se había determinado que este metal era todavía más peligroso que el EDB.

El EDB también se usaba para fumigar tierra, granos y frutas, era una sustancia intermedia en la síntesis de tintes y productos farmacéuticos, y se empleaba igualmente como solvente de resinas, gomas y ceras.[5] Su uso como plaguicida está hoy prohibido en Europa, y en Estados Unidos sólo se utiliza para tratar madera contra termitas y escarabajos o bien en colmenas para evitar la infestación de polillas. Y, al igual que ocurre con todas las sustancias que se utilizan en la industria, se conocen bastante bien sus riesgos,

los niveles de exposición permitidos (como siempre, el veneno depende de la dosis) y las protecciones adecuadas para su manipulación.[6]

Pero el EDB nunca formó parte de ningún combustible para aviones militares. Ni hoy ni en 1997, cuando esta peculiar teoría de la conspiración fue difundida por «pioneros» como Bill Brumbaugh, un pastor evangélico conservador de la radio y recurrente conspiranoico; Larry Wayne Harris, detenido dos veces por posesión de armas biológicas y antiguo miembro de grupos nazis y supremacistas blancos; Richard Lew Finke, otro personaje de la radio ultracristiana, que publicó el primer mensaje sobre el tema en Biowars; William Thomas, quien vende libros con todo tipo de conspiranoias que también promueve en su sitio web, como la de las ondas electromagnéticas o que los sujetadores son la causa del cáncer de mama; Ray Bilger, convencido de que se pueden provocar terremotos a voluntad mediante HAARP (véase más adelante) y que empezó su carrera como conspiranoico en la década de 1970; y Art Bell, presentador de un programa de radio dedicado a la promoción de lo paranormal. Una colección de finísimas personas de gran calidad moral, sin conflicto de intereses alguno y con una sólida credibilidad, pensaría alguien que estuviera en el mundo de la comedia.

La teoría de la conspiración, como todas, fue mutando a partir de estos modestos orígenes entre 1997 y 1999. Distintas personas aseguraban (sin probarlo, de nuevo) que en fantasiosos «análisis» realizados por laboratorios generalmente sin nombre, se habían encontrado las más diversas sustancias después de que se hubiesen visto *contrails*, entre ellas cloruro de zinc. Otros empezaron a afirmar que —como siempre— algunas personas que investigaban el caso habían muerto en circunstancias sospechosas o directamente habían sido asesinadas por el Gobierno. Se habían encontrado, pero nadie los guardó, materiales similares a telarañas y la gente que veía *contrails* tenía dificultades para respirar. Y en 1999, un excapitán de la Fuerza Aérea estadounidense, John Grace, que también usaba el seudónimo Val Valerian, propuso el nombre de *chemtrails*, que fue adoptado por los conspiranoicos tan rápido como si fuera un billete de quinientos euros.

Con estas mutaciones aparecieron las «explicaciones» de por qué había un programa tan complejo —y tan visible y evidente a nivel mundial— para esparcir ciertos materiales en el cielo. Entraron en escena los viejos favoritos del mundo conspiranoico: un intento por despoblar el planeta, el «control mental de la población», provocar epidemias, hacer a la gente más dócil, valía cualquier pretexto que pintase a unos malvados de cómic contra la indefensa

población. Viendo cosas como el aumento de población desde 1990, lo sana que está la protesta social, lo mucho que mejora la salud pública, la ausencia de evidencias y la rebeldía en acción de todo tipo de indignados, estas «explicaciones» no parecen muy sólidas.

La última mutación convirtió los *chemtrails* en elementos de algo llamado «geoingeniería»: el uso de tecnología humana para alterar el clima, la meteorología e incluso la geología. Es decir, hay quien cree que esas estelas se lanzan al aire para modificar el clima y provocar tormentas, tornados, huracanes, sequías, lluvias, inundaciones y demás fenómenos. El hecho de que en todo el mundo puedan verse *contrails* con enorme frecuencia sin que su aparición esté seguida por alguno de estos notables fenómenos (los seres humanos podemos no darnos cuenta de muchas cosas que ocurren a nuestro alrededor, pero estamos agudamente atentos al tiempo) parece no afectar esa creencia.

Al entrar en la conciencia pública el problema del calentamiento global de nuestra atmósfera, en su más reciente versión los *chemtrails* se lanzan en forma de polvo de aluminio y óxido de bario para aumentar el albedo —el coeficiente de reflexión de la superficie de un objeto, en este caso nuestro planeta— a fin de que la Tierra no absorba el calor del Sol y lo refleje al espacio (en esa versión, sin embargo, los *chemtrails* serían benéficos). Lo cual no explicaría, claro, que todos los países del mundo participen en la conspiración. Incluidos Guatemala, cuyas fuerzas armadas disponen de diez aeronaves militares en total, Uruguay —con veintiocho— o México, con cincuenta y ocho, muchas de ellas helicópteros. Para casos así, se cuenta con los enemigos del Gobierno. Los *contrails* de Venezuela, por ejemplo, se atribuyen desde principios del siglo XXI por igual a los intentos del Gobierno bolivariano de controlar a su población que a la lucha de Estados Unidos por derrotar a dicho Gobierno bolivariano. En palabras de la página web Venezuela Patriota, los estadounidenses lanzan estas fumigaciones «para control mental, cambio climático, para creación de una atmósfera de soporte electromagnético, fumigación, etcétera» (esa «atmósfera de soporte electromagnético» es todo un misterio, pues Google sólo ofrece cincuenta y nueve resultados si la buscamos, todos en el mismo párrafo repetido por sitios que creen en los *chemtrails*).

¿Cómo podrían España, con ciento cincuenta y un aviones en su Ejército del Aire, o Portugal, con treinta y seis, resultar creíbles en el mundo de los *chemtrails*? Fácil, dicen los conspiranoicos, basta con recurrir a

organizaciones supranacionales, especialmente a la OTAN, que se añaden también a la ecuación de los villanos.

Los *contrails*, observados desde 1918 durante la Primera Guerra Mundial, son una nube de hielo que se forma cuando el vapor de agua se condensa alrededor de pequeñas partículas o aerosoles del escape de los aviones y se congela debido a las bajas temperaturas. En 1953, el científico del clima Herbert S. Appleman, del Servicio de Climatología Aérea, el principal centro meteorológico de la Fuerza Aérea estadounidense, publicó un artículo donde desarrolló un gráfico destinado a predecir bajo qué condiciones de presión atmosférica, temperatura y humedad ambiente se forman o no esas estelas de condensación persistentes que no tienen ningún misterio.[7]

Salvo para los conspiranoicos y para quienes viven de ellos, los profesionales de la conspiranoia como Rafael Palacios, *Rafapal*, que ubicándose en posiciones de izquierda llegó a anunciar, en abril de 2009, que los *illuminati* habían creado la gripe A «para declarar la ley marcial» en todo el mundo y que la pandemia «se extendería por medio de *chemtrails*».

Estos mismos profesionales de la conspiración, de quienes no se sabe si creen con sinceridad o no en sus ocurrencias o bien simplemente las aprovechan para vivir cómodamente sin dar un palo al agua, tienen otro producto terrible de Estados Unidos para controlar el mundo. Miguel Celades Rex, independentista catalán cercano a la monja Teresa Forcades y organizador de congresos sobre las relaciones diplomáticas humanas con extraterrestres (no, no es broma), entrevistaba en agosto de 2012 a un presunto ingeniero chileno que advertía que Venezuela y Ecuador serían atacados por Estados Unidos precisamente entre el 3 de septiembre y el 18 de octubre de 2012, entre las 8.01 y las 9.51 horas de la mañana y entre las 20.01 y las 21.51 horas por la noche, provocando terremotos en esos países a los que la superpotencia considera enemigos.

¿Cómo iban a hacer tal cosa? Con un sistema llamado HAARP.

(El lector probablemente se sorprenda al saber que en 2012 no hubo ni un solo terremoto en Venezuela ni en Ecuador.)

HAARP, LA FUERZA DE LA ATMÓSFERA

Al parecer, HAARP es un poderoso y misterioso aparato capaz de llevar a cabo hazañas antes reservadas a los dioses mitológicos: provocar tormentas, huracanes, tornados o, a la inversa, sequías feroces; causar terremotos en el

lugar y de la intensidad que sus operarios deseen, forzar la aparición de un cambio climático y conseguir que hagan erupción los volcanes.

El nombre completo de esta maravilla es Programa de Investigación de Auroras Activas de Alta Frecuencia, aunque sea más conocido por sus siglas en inglés. Se trató de un proyecto de investigación conjunto entre la Fuerza Aérea y la Armada de Estados Unidos junto con la Universidad de Alaska Fairbanks y la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada para la Defensa, donde también se originó internet. Activo entre 1993 y 2013, el proyecto empleaba un generador de ondas de radio con frecuencias de medias a altas para excitar o «calentar» momentáneamente una zona de la ionosfera. (La ionosfera es la capa de la atmósfera que tiene la capacidad de reflejar las ondas de radio de ciertas frecuencias, lo que permitía, antes de internet y todavía hoy para algunos aficionados, hablar a través de la radio de onda corta con personas que se encontraban al otro lado del mundo, gracias precisamente a que estas ondas, que viajan en línea recta, se reflejan en la ionosfera en lugar de salir al espacio.)

En 2015, la propiedad de la instalación pasó a la Universidad de Fairbanks, y en 2017 comenzaron nuevos experimentos en ella, financiados por la Fundación Nacional de Ciencias estadounidense. Lo que buscaban los investigadores, dicen los responsables de HAARP (los conspiranoicos, por supuesto, afirman que mienten), era conocer y entender mejor las propiedades y el comportamiento de la ionosfera e investigar posibles formas para utilizarla más eficazmente en comunicaciones de radio y vigilancia de defensa.

El dispositivo principal del proyecto, el Instrumento de Investigación Ionosférico, es un icono casi de ciencia ficción y su aspecto bastaba para atraer la atención de los buscadores de lo extraño: ciento ochenta antenas de radio en una matriz que ocupa poco más de trece hectáreas en una zona aislada de Alaska, rodeada de bosque. Los otros instrumentos del proyecto son menos visibles y estudian los cambios que registra la ionosfera al verse estimulada desde la instalación por las emisiones de radio.

En realidad no se trata de un proyecto demasiado impresionante, pero desde 1996, apenas tres años después de su creación, fue objeto de una acusación por parte de Rosalie Bertell, científica biométrica, monja y promotora de varias teorías de la conspiración sobre ataques a la salud humana incluidos los *chemtrails*. Bertell afirmó que HAARP podía, en combinación con una estación espacial, lanzar una enorme cantidad de energía «comparable a una bomba nuclear» hacia cualquier lugar del planeta

mediante rayos láser y «de partículas», lo cual le parecía aterrador. Y ciertamente lo es, salvo que toda la propuesta es de ciencia ficción porque el «lanzamiento de energía» por medio de rayos láser requiere de un aparato de rayos láser y no puede sustituirlo una antena de radio. El economista de izquierda Michel Chossudovsky, que pasó de apoyar al Gobierno de Allende en 1970-1973 a convertirse en colaborador de medios como *Le Monde Diplomatique* y Russia Today y promover diversas conspiraciones, afirmaba en un artículo publicado en la revista *The Ecologist* de diciembre de 2007: «HAARP es un arma de destrucción masiva que opera desde la atmósfera exterior y es capaz de desestabilizar los sistemas agrícolas y ecológicos en todo el mundo».

No se trata, a primera vista, de personas que estén en los márgenes de la paranoia delirante, que son los que han retomado y promovido sus ideas, sino de gente con una actividad seria y razonable además de sus alucinaciones conspiracionistas.

El problema principal es que si uno observa los casos en que los creyentes afirman que esta arma tremenda ha entrado en acción —desde la década de 1990 se le atribuyen todos los terremotos, tormentas, sequías y erupciones volcánicas—, no son atípicos. Ninguno lo es. Los terremotos «provocados por el aparato» siempre ocurren en zonas sísmicas y con las características que esperan los expertos en movimientos sísmicos. Los huracanes, ciclones y tifones siempre ocurren en los lugares y tiempos donde año tras año tenemos huracanes, ciclones y tifones. Los volcanes sólo hacen erupción en las zonas volcánicas ya conocidas por los geólogos, y el cambio climático o calentamiento global está correlacionado claramente con la emisión de gases de invernadero antes que con la instalación de HAARP.

Esto no lo tenía en cuenta, por ejemplo, Hugo Chávez, por entonces presidente venezolano, cuando en enero de 2010 sus medios de comunicación aseguraron que el terremoto de siete grados que esos días azotó Haití había sido causado por una de sus «armas de terremotos». Ni el doctor Néstor García Iturbe, el historiador cubano que en abril de 2016 acusó también a HAARP de originar terremotos en Venezuela, Ecuador y Honduras.

Y todos estos fenómenos ocurrían con la misma probabilidad estadística antes de 1993.

Pero, como cuando los fundadores de Greenpeace temían que una bomba atómica provocara un movimiento en dos placas tectónicas terrestres que daría lugar al horrible tsunami que nunca hubo, quienes promueven la conspiranoia de HAARP simplemente ignoran las fuerzas implicadas en los

acontecimientos de la naturaleza, a los que contemplan con la misma reverencia y desconocimiento que nuestros antepasados de hace miles de años, que en los relámpagos veían a Zeus descargando su furia. Salvo que, en este caso, los promotores del miedo podrían saber, si quisieran, cómo se producen esos fenómenos. La ignorancia de nuestros ancestros era su condición ineludible. La de muchos defensores del mundo que hoy luchan contra amenazas imaginarias es una elección consciente y jubilosa.

La potencia total a la que puede funcionar la matriz de antenas de HAARP es de 3.600 kilovatios, es decir, 3.600.000 vatios, como si se encendieran 60.000 bombillas de 60 vatios. Pero, en realidad, la capacidad humana de generar potencia es bastante despreciable frente a las fuerzas de la naturaleza. Un huracán «medio» despliega una potencia de 6×10^{14} vatios, notación científica que indica 600.000.000.000.000 vatios, sesenta billones de vatios, que vienen a ser un billón (un millón de millones) de las mismas bombillas. En perspectiva, la generación eléctrica total del planeta alcanza la ducéntesima parte, o sea, 1/200, de esa cantidad.

Lo mismo ocurre con los terremotos y las explosiones volcánicas. Independientemente, además, de que hasta hoy no se conoce un método para que las ondas de radio se dirijan a un lugar en concreto y se conviertan en huracanes, lluvias, sequías, terremotos o erupciones, la energía con la que trabaja HAARP es tan minúscula y tan dirigida que resulta un ejercicio de fantasía proponer que tenga las capacidades que se le atribuyen.

Además del programa de Alaska, los conspiranoicos afirman que estas instalaciones se han multiplicado, de modo que hoy existen (no pregunte usted cómo lo saben) ocho en Rusia, cuatro en Australia, dos en Argentina y una en Escocia, Suecia, Noruega, Hungría, Rumanía, Kazajistán, Armenia, Sudáfrica, China y Japón.

Lo cual vuelve aún más extraño que las verdaderas operaciones militares rusas o estadounidenses no se hagan con estos «rayos de la muerte» de película de serie B, sino con soldados, aviones y tanques. Con lo fácil que sería causar una erupción volcánica o un terremoto bajo los pies de los ucranianos, del Daesh o en la zona de Siria donde están los enemigos de Bashar al-Ásad.

Algunas teorías de la conspiración

Resulta literalmente imposible hacer una lista de todas las teorías de la conspiración que recorren el mundo. En España, la más conocida por haber sido promovida por la derecha mediática, afirma que los atentados mortales en los trenes de cercanías de Madrid el 11 de marzo de 2004 no fueron llevados a cabo por un grupo islamista inspirado por Al Qaeda sino por «alguien más» (que puede ir desde la órbita de José Luis Rodríguez Zapatero, ETA y la Unión Europea a Estados Unidos, los nostálgicos del franquismo y otros). Pero las más conocidas, casi todas procedentes de tierras estadounidenses, incluyen:

- Docenas de versiones sobre los asesinatos de John F. Kennedy y Lee Harvey Oswald.
- Otras tantas versiones sobre la muerte de Marilyn Monroe, Diana de Gales, Kurt Cobain, Michael Jackson, Amy Winehouse, Tupac Shakur y prácticamente cualquier otra persona famosa.
- Elvis Presley no está muerto (esta falacia se repitió, en el pasado, con Carlos Gardel, Emiliano Zapata y Pedro Infante).
- La llegada a la Luna fue un bulo (las seis veces).
- El mundo está controlado por *illuminati*s, masones, judíos, católicos, satanistas, la orden Skull and Bones, la Trilateral, Bilderberg, el grupo Bohemian Grove, la familia Rockefeller, los extraterrestres reptilianos, la banca Rothschild o cualquiera de una larga lista de organizaciones más o menos secretas.
- El flúor en el agua no sirve para prevenir la caries, sino para controlar nuestras mentes.
- La publicidad subliminal es utilizada para controlarnos.
- Los atentados del 11-S en Estados Unidos no fueron cometidos por Al Qaeda (se ofrecen multitud de otros responsables, incluido el Gobierno de Bush y la inteligencia israelí).
- El sida fue producido en un laboratorio (como parte de la conspiración farmacéutica, que se repite con otras muchas enfermedades incluidas el ébola, la gripe A y el virus zika).
- Distintos pueblos o «razas» conspiran para atacarnos: judíos, armenios, católicos, bahá'í, negros, musulmanes, etcétera.
- La tierra es hueca (se acompaña generalmente con la idea de que los nazis huyeron al hueco interno del planeta y ocasionalmente salen en sus naves aéreas, lo que «explica» el fenómeno ovni).
- Todos los atentados, desastres naturales, tragedias (como las aéreas) y demás catástrofes son «operaciones de bandera falsa», es decir, han sido llevados a cabo por algún grupo o Gobierno como parte de un gran complot para acusar falsamente a otros de haberlos cometido. En el imaginario conspiranoico, cualquier hecho es una operación de bandera falsa.

Las empresas malévolas

Una empresa no es un ser humano. No puede ser buena ni mala, no es irresponsable o agresiva, pero sí lo son quienes toman las decisiones en ella aunque en ocasiones ni siquiera estén de acuerdo.

Esta personificación, o reificación, es comprensible pero no resiste un análisis serio. Por el contrario, resulta irracional y enormemente feng-shui igualar a todas las empresas en cuanto a su responsabilidad

moral, seleccionar a algunas como blanco destacado o ser profundamente incoherentes en cuanto a las capacidades de indignación.

Un ejemplo es la conducta de Union Carbide India Limited. El 3 de diciembre de 1984, una de sus plantas en la ciudad india de Bhopal sufrió una enorme fuga de metil isocianato, una sustancia que se utilizaba como materia prima de varios pesticidas que producía. La planta había tenido ya problemas de seguridad y contaminación que habían sido denunciados por los sindicatos, aunque sin éxito (conviene saber que el Gobierno de la India era uno de los inversores locales dueños del 49,1 % de la compañía, mientras que el 50,9 % restante estaba en manos de la empresa estadounidense Union Carbide). Un mal manejo de materiales, como el llenado excesivo de un tanque de metil isocianato, provocó la fuga tóxica y la muerte casi inmediata de entre cuatro mil y ocho mil víctimas en la ciudad y los poblados cercanos, además de medio millón de afectados, de los cuales unos cuatro mil sufrieron lesiones graves y permanentes, y la muerte posterior de posiblemente otras ocho mil personas, a las que se sumaron grandes pérdidas de ganado y animales de corral de todo tipo entre los vecinos de la planta.

El desastre de Bhopal es, hasta hoy, el accidente industrial más grande de la historia. Fue agravado por un comportamiento de la empresa, antes y después de la prevenible fuga, que fue sencillamente aterrador, negándose a dar información y cerrándose a toda investigación para luego hacer ofertas mínimas de indemnización. Cinco años después, en 1989, la compañía se vio obligada por los tribunales finalmente a pagar cuatrocientos setenta millones de dólares (casi novecientos millones de euros hoy en día) como indemnización a los miles de personas perjudicadas por su irresponsabilidad. Y no fue hasta 2010 cuando algunos de los responsables de la empresa fueron hallados culpables de homicidio por negligencia.

Sin olvidar a la ya mencionada Chisso Corporation y su contaminación con mercurio de la bahía de Minamata.

¿Mala conducta empresarial? Los ejemplos abundan. Pueden y deben ser utilizados como medio de presión para tener mejores regulaciones sobre las empresas y mayor vigilancia por parte del Estado y los ciudadanos para reducir al mínimo los riesgos por negligencia.

Y precisamente por eso resulta extraño que las dos compañías mencionadas no sean los mascarones de proa de quienes luchan por

promover una mayor responsabilidad empresarial, al menos mientras se consigue la sustitución definitiva del capitalismo por otro sistema, si tal es el objetivo.

Igual de extraño es que no sean señaladas, por poner otros dos ejemplos, Pantex y AWE. Es más, si usted pregunta en España, probablemente sólo un puñado de personas sabrán que existen. Pantex es una empresa del Gobierno estadounidense administrada y operada por Consolidated Nuclear Security (CNS) y Sandia National Laboratories. CNS surgió de la asociación de Bechtel National, Lockheed Martin Services, Orbital ATK y SOC. Por su parte, AWE es una compañía del Gobierno británico a cargo de Jacobs Engineering Group, Lockheed Martin UK y Serco. Pantex produce, monta y desmonta todo el armamento nuclear estadounidense; AWE lo hace para el Reino Unido.

Sin embargo, en el imaginario feng-shui no aparecen esas dos compañías. Ni tampoco ninguna de las que la revista *Business Insider* nombró en 2009 como las quince peores empresas para el medio ambiente, empezando por las más graves: Peabody, NRG Energy, Allegheny Energy, ConAgra Foods o Consol Energy.

El pensamiento mágico ha decidido representar todo lo más atroz de las empresas en un grupo reducido de nombres que hacen el papel de Satán y, además, cumplen el papel de argumentos —cuando no los hay— en defensa de sus posiciones, de las ideas de la izquierda, mientras ignora a empresas mucho más preocupantes.

Cuando redactaba este capítulo a comienzos de 2017, se hizo pública una denuncia señalando que dos millones de abejas de un apicultor habían muerto en Murcia. El propietario de las colmenas culpaba del hecho a los dueños de árboles frutales cercanos por aplicar ciertos pesticidas a sus cultivos. La tragedia del apicultor no es despreciable, en modo alguno, pero la acusación no parecía estar sustentada en nada más que en sus temores, aunque el diario que informó del caso incluyó menciones a tres pesticidas que la Unión Europea había prohibido parcialmente en 2013. La siempre oportuna activista Esther Vivas produjo de inmediato un tuit: «Muy preocupante: más de 2 millones de abejas mueren por intoxicación masiva por agrotóxicos en Murcia». ¿Era así? No lo sabíamos. Quizá sí o quizá no. Le pregunté: «¿Qué —agrotóxico— y con qué pruebas se determinó que ésa es la causa?». No me respondió, cosa que debo reconocer que no me sorprendió, pero sí lo hizo uno de sus seguidores, afirmando que eran «insecticidas

neonicotinoides», de modo que le pedí las pruebas, datos de quién las llevó a cabo, la identificación de cuáles eran esos «neonicotinoides», considerando que hay siete de ellos y que sus posibles efectos en abejas son muy diversos, pero ninguno similar a lo reportado. ¿Cuál fue la respuesta del seguidor de la activista? «Monsanto y Bayer tienen denuncias al respecto.»

Y punto.

No hacía falta nada más.

Se menciona el nombre de Monsanto, Bayer, McDonald's, Coca-Cola, Nestlé o Starbucks, por ejemplo, y con eso se da por zanjada la discusión. No hacen falta datos, pruebas, informes, seriedad alguna. La explicación se asemeja mucho a la de «fue un fantasma» con la que se explica todo y no se explica nada en los programas de televisión paranormales. En el caso español, los símbolos del mal son también Mercadona, Zara y el temido IBEX 35, que muchos no saben qué es, pero tiemblan cuando se menciona porque se considera que ostenta el poder sobre todos los poderes de la España del siglo XXI.

No importa que ninguna de estas empresas fetiche de la izquierda feng-shui esté entre las quince peores empresas para el medio ambiente según *Business Insider*. Ni que no figuren en la lista, compilada en 2015 por la página web 24/7 Wall St, de las grandes empresas que peor tratan a sus empleados, como Forever 21, Express Scripts, Family Dollar Stores, Sears o Xerox.

Tampoco importa, en realidad, que los datos sustenten o no algunas acusaciones. Desentrañar cada caso en particular es asunto, de nuevo, muy complejo. Como ocurre con la megaconspiración del IBEX 35, que en la mitología feng-shui es la fuente de todo mal en la España posfranquista. O algo aún peor.

El panorama que se propone es que todas las elecciones, desde las municipales hasta, sobre todo, las generales, se llevan a cabo tal como lo quiere y le conviene al tal IBEX 35, sin que importe un pepino a quién voten los españoles que esforzadamente van al colegio electoral y depositan sus votos. En ese contexto, además y como consecuencia, todas las decisiones políticas y económicas de todos los gobiernos españoles, sea quien sea el que los encabece, se toman siguiendo fielmente las órdenes del IBEX 35, al cual todos ellos sirven sin oposición. Por si fuera poco, todos los tribunales y todas las sentencias de los jueces en casos de relevancia política o económica están dictados

por el IBEX 35, al cual los magistrados también obedecen sin chistar. Además, todos los medios de comunicación (salvo los de izquierda, o identificados de alguna manera con opciones políticas de izquierda) publican única y exclusivamente lo que conviene al IBEX 35, mientras que dedican ingentes esfuerzos a ocultar grandes cantidades de información que este nebuloso villano no desea que lleguen al público.

El fantasma del IBEX 35 tiene el valor de ser, como otros elementos malignos, un símbolo que no necesita contenido. ¿Qué es realmente? Se trata de un índice bursátil, es decir, una serie de acciones que cotizan en las Bolsas de valores españolas (Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia) que se utilizan para calcular el valor de la Bolsa y sus subidas y caídas de valor. Los criterios para incluir a una empresa en el índice son, sobre todo, el valor del total de sus acciones. Y los que deciden eso son unos técnicos bursátiles que se reúnen dos veces al año para añadir y quitar empresas de su lista. Hay más de sesenta empresas que alguna vez estuvieron en el IBEX 35 y ya no forman parte de él. Y, para sorpresa de muchos, algunas de las mayores empresas españolas en cuanto a facturación, como Mercadona, El Corte Inglés, Ford España o Seat, tampoco están, y difícilmente se puede decir que no sean poderosas, mientras que algunas que sí pertenecen a este índice facturan bastante menos, como Arcelor, que es la cuadragésimo quinta empresa de España, o Indra, que es la sexagésimo cuarta.

Una cosa es decir que quienes tienen el poder económico ejercen presiones sobre los gobernantes, como las ejercen todos los agentes sociales, en la lógica de que el poder se ejerce o se pierde. O que, en muchos momentos, la capacidad de presionar del poder económico es muy superior a la de los demás agentes sociales (lo cual quizá nos habla de la necesidad de fortalecer a quienes representan a trabajadores, consumidores y ciudadanos comunes). O que cuando ocupa el poder un partido que representa al poder económico, a sus ideas y a su visión del mundo, responde más claramente a las necesidades de éste. Todo ello es demostrable.

Pero otra cosa distinta es suponer que quienes tienen el mayor poder económico actúan concertadamente, como un ballet bien ensayado, con una unión sin fisuras. Aun cuando sea cierto que la derecha suele actuar unida con mayor frecuencia en defensa de sus intereses comunes —mientras la izquierda eleva a la calidad de ciencia exacta el sectarismo, la división, el odio por desviaciones doctrinarias y la purga de

compañeros como panacea para todos sus males—, la existencia de muchos intereses comunes no cancela las oposiciones, competencias, odios, confrontaciones, intereses privados o de grupos, ambiciones individuales y otras fuentes de conflicto que hacen poco viable que exista una solidez programática como la que suelen proclamar —y vender— algunos sectores que, antes que proclamar algo como el socialismo o incluso el comunismo, militan en el facilismo. Algo así como el simplismo-leninismo. Una visión que requeriría que el malévolo IBEX 35 tuviera un mecanismo de supervisión en todos los gobiernos, en todos los tribunales, en todas las instancias de decisión, así como miles y miles de empleados que vigilaran, como en la película *Brazil* (1985) de Terry Gilliam, que se hiciera la voluntad de los verdaderos amos de la España del siglo XXI.

¿Es raro que esto se pueda calificar como una ligera exageración?

Si una posición distingue al pensamiento de izquierda es la idea, hija de la Ilustración más radical, de que la injusticia no responde al orden natural, que no es la forma en que algún dios diseñó el planeta, que el pobre no debe estar conforme con su suerte pensando que ya en el cielo recibirá su recompensa. Una lucha esencial de la izquierda es avanzar hacia una sociedad más justa, ante una derecha que afirma que la injusticia es consustancial a la sociedad y que, dado que es imposible lograr la justicia perfecta, no vale siquiera la pena luchar por avanzar hacia ella, que los pobres lo son porque quieren, que quien pueda aplastar a otros tiene, por ello, por su fuerza, derecho divino a hacerlo, y que el *statu quo* es totalmente satisfactorio.

Pero buscar en la justicia no resulta honesto cuando se lucha por ella siendo injustos con otros, incluso (o sobre todo) con los que se conciben o asumen como adversarios, oponentes o enemigos a muerte. O se asume la justicia como un valor y un principio que se aplica a todos los seres humanos o simplemente se lucha por invertir la injusticia, es decir, por alcanzar el derecho a ser injustos con aquellos que en el pasado han sido injustos con otros, o con nosotros. Ésa es una posición hipócrita y que nada tiene que ver con los sólidos principios morales que, uno sigue queriendo suponer, deben sustentar a la izquierda.

Buscar la justicia para los trabajadores, los proveedores de materias primas y servicios o los consumidores de una empresa no debería confundirse con el derecho a ser injusto con quienes forman esa empresa, a mentir sobre ellos, a presentarlos como si fueran

responsables de atrocidades, imaginarias o fantasiosas, únicamente «para servir a la causa», máxime cuando pueden ser criticados y denunciados por infracciones reales.

El fin no justifica los medios. No vale mentir en nombre de la verdad, ser injusto en nombre de la justicia, promover la desigualdad en nombre de la igualdad. Un respeto sólido a los principios básicos nos exige ser justos con todos. Incluso con las empresas, con los empresarios, con los ladrones, con los asesinos, con los corruptos, con los patrones, con los caseros… ¡hasta con los bancos!

Si uno no es moralmente superior a quienes promueven la injusticia, finalmente se iguala a ellos. Y perder la autoridad moral es un lujo que la izquierda simplemente no puede permitirse.

Las empresas del IBEX 35 a principios de 2017

- Acero: Acerinox, Arcelor Mittal.
- Aerolíneas: International Airlines Group.
- Aeropuertos: AENA.
- Banca: Banco Popular Español, Banc de Sabadell, Banco Santander, Bankia, Bankinter, BBVA, CaixaBank.
- Carreteras: Abertis.
- Construcción: ACS, FCC, Ferrovial, OHL, Sacyr.
- Energía eléctrica y gas: Acciona, Enagás, Endesa, Gamesa Corporación Tecnológica, Gas Natural, Iberdrola, Red Eléctrica.
- Farmacéutica: Grifols.
- Ingeniería: Técnicas Reunidas.
- Medios de comunicación: Mediaset España Comunicación.
- Petróleo: Repsol.
- Ropa: Inditex.
- Seguros: MAPFRE.
- Supermercados: DIA.
- Tecnologías de la Información: Amadeus, Indra Sistemas.
- Telecomunicaciones: Abengoa.
- Telefonía: Telefónica

LAS AGUAS NEGRAS DEL IMPERIALISMO

Era yo todavía un adolescente cuando un grupo de protesta musicalmente lamentable y políticamente muy apreciado por la izquierda revolucionaria, llamado Los Nakos, producto del movimiento del 68 mexicano, cantaba para regocijo de su público:

Quisiera al mundo estafar,

y llenarlo de gas.
Con Droga-Cola ya verás
que pronto explotarás.

Nadie cuestionaba la premisa: el refresco —como se conoce al agua carbonatada y aromatizada— llamado Coca-Cola era una amenaza para la salud, un envenenamiento absolutamente intencionado producto de la maldad de la empresa y de todos quienes en ella trabajan, una agresión con motivos más oscuros que su propio producto. Todos los efectos negativos que se iba «descubriendo» que tenía el negro brebaje eran, según la teoría ya prevaleciente en la década de 1970, bien conocidos y explotados por los dueños de la marca y por sus embotelladores, que actuaban con la más absoluta irresponsabilidad criminal con el objeto de dominar las mentes de la humanidad al tiempo que destruían sus cuerpos y vaciaban sus billeteras.

La botella de vidrio verde (ya asunto de la historia) contenía las aguas negras del imperialismo, el veneno final para la destrucción del planeta.

Y, en ese sentido, fue un fracaso.

«Un tónico totalmente natural y orgánico, producto de la sabiduría y tradiciones milenarias de los indígenas sudamericanos, bueno para la digestión, que energiza los órganos respiratorios y fortalece los sistemas musculares y nerviosos.» Suena como la descripción de una botella de algún noble preparado alternativo que puede uno adquirir en una herboristería o tienda de remedios alternativos, naturales y orgánicos. Y mejor si lo hubiera creado y lo produjera un reconocidísimo y famoso médico, experto en remedios herbolarios, que disponía además de una barba impresionante, lo cual siempre sirve para dar al portador aires de sabiduría y superioridad. Un producto, pues, con todas las características que nuestra cultura celebra, y con la promesa de cuanto ofrece la llamada «industria verde».

En realidad, esa descripción es, en esencia, la forma en que John Stith Pemberton[8] le explicaba en 1885 a un reportero del *Atlanta Journal* lo que era su producto estrella, el Pemberton’s French Wine Coca («vino de coca francés de Pemberton»), que el prestigioso químico y farmacéutico había preparado basándose en el famosísimo Vin Mariani, el más famoso preparado de coca de la época, procedente de Francia y creado por el químico corso Angelo Mariani. Según Pemberton, su preparado estaba compuesto de extracto de hoja de coca peruana (con su estimulante contenido de cocaína) y nuez de cola (que

añadía una dosis reconfortante de cafeína), y no dejaba de mencionar que los indígenas peruanos consideraban a la coca una planta sagrada y altamente beneficiosa para el cuerpo y la mente. El preparado de Pemberton estaba compuesto además de vino y extracto de damiana (*Turnera diffusa*), un arbusto mexicano y centroamericano que tradicionalmente se consideraba buen remedio para el dolor de cabeza, la incontinencia urinaria nocturna, el estómago nervioso (sea lo que sea eso) y el estreñimiento. Además, por si fuera poco, se lo creía capaz de aumentar la energía mental y física y, sobre todo, ser un potente afrodisíaco. Vamos, un milagro.

El brebaje de Pemberton, de ser cierto lo que se afirmaba sobre sus ingredientes, era prácticamente la panacea. Y aun no siendo cierto, la cocaína, el alcohol y la cafeína que contenía el producto eran suficientes como para hacer sumamente felices a sus consumidores, felicidad reflejada en el hecho de que el producto se vendía con enorme éxito. Era el logro máximo de su creador.

John Stith Pemberton nació en el centro de Georgia, el Sur Profundo estadounidense, en 1831. Había estudiado medicina y farmacia, o lo que se entendía por ellas en esa época. La que estudiaba el señor Pemberton era una medicina aún basada en los postulados de Galeno, a medio camino entre el empirismo ilusionado, la especulación inspirada y la superstición más tosca. John apenas tenía diecinueve años de edad cuando, en 1850, obtuvo la licencia para practicar la por entonces muy popular medicina botánica o thomsoniana, así llamada por su fundador, el herbolario estadounidense Samuel Thomson. La idea de esta medicina se centraba en el uso de remedios herbolarios para purificar el cuerpo de ciertas muy dañinas «toxinas» y una de sus terapias favoritas era administrar generosas cantidades de guindillas, chile, ají o picante y cualquier otra variedad del género *Capsicum*. Y cuanto más rica en capsaicina, mejor.

La falta de uso del método científico en la medicina en los tiempos del joven John hacía que surgieran diversas escuelas de pensamiento médico que seducían a parte de los practicantes y del público por su lógica, su retórica, lo convincente que sonaban sus postulados o, muy a menudo, la seguridad tajante con la que sus proponentes presentaban sus ideas. Todo dependía, pues, de las opiniones e inclinaciones de cada escuela de pensamiento y de la intuición y gustos de cada médico, y nadie se ocupaba de probar científicamente ninguna de sus afirmaciones.

Bastaba alguna experiencia empírica, un testimonio de un paciente satisfecho, un aspecto impecable y un discurso convincente. Es decir, que importaba más la imagen que las pruebas. En ese mundo, Pemberton pasó de practicar la medicina a instalar la empresa J. S. Pemberton and Company, un negocio de medicamentos al por mayor y al detalle especializado en los ingredientes que los farmacéuticos de la época empleaban para crear sus dudosas pócimas, al tiempo que estudiaba farmacia y una disciplina que sí ya tenía bases en la evidencia, la química.

Los laboratorios de Pemberton cumplieron un importante papel en su sociedad. Se convirtieron en parte del Departamento de Agricultura de Georgia y se ocuparon del análisis de productos químicos para las labores agrícolas, como pesticidas y fertilizantes, combatiendo la venta de productos fraudulentos y comenzando la certificación oficial de los que efectivamente contenían los ingredientes que señalaban en su publicidad y en sus etiquetas.

Pemberton se enroló en el ejército confederado —el Sur— durante la guerra civil estadounidense, donde alcanzó el rango de teniente coronel. En 1865, hacia el final de la contienda, resultó gravemente herido y, como otros muchos soldados, fue tratado con morfina, sustancia derivada de la amapola que desde 1817 se comercializaba como analgésico y, paradójicamente, para el tratamiento de la adicción al opio y al alcohol. Como muchos de estos hombres —más de cuatrocientos mil, según la anestesióloga e historiadora Susan A. Vasallo—, Pemberton se volvió adicto a la morfina, que resultó ser muchísimo más adictiva que el opio y el alcohol. Siguió sufriendo su adicción después de la guerra, mientras creaba sus nuevas empresas. Su interés por la cocaína, un producto de moda ampliamente extendido en Europa y Estados Unidos, recomendado incluso por personajes considerados eminentes como Sigmund Freud, comenzó debido precisamente a que esta sustancia parecía ser útil para combatir la adicción a la morfina. Ése fue el origen de su exitoso vino de coca.

El éxito del producto, sin embargo, se vio amenazado por un fantasma omnipresente en la vida social estadounidense: el puritanismo. En 1886, mucho antes de la prohibición nacional del alcohol que dio su poder a los gánsteres y produjo numerosas películas y series sobre los delincuentes que lo vendían y los policías que los perseguían, la ciudad de Atlanta (Georgia) y el condado de Fulton, donde Pemberton tenía sus

empresas, decidieron prohibir su venta y consumo. Rápidamente, el empresario reformuló su brebaje cambiando el vino por un jarabe azucarado y abandonando la damiana en favor de la nuez de cola. En consecuencia, rebautizó la bebida con los nombres de sus principales ingredientes: Coca-Cola. En un brillante giro mercadotécnico, Pemberton empezó a anunciar su producto como «la bebida de moderación ideal» y creó una empresa dedicada específicamente a comercializarlo. Era la semilla de The Coca-Cola Company, que inscribiría como sociedad anónima dos años más tarde.

El primer vaso de Coca-Cola se vendió por cinco céntimos de dólar en la fuente de soda de la farmacia Jacobs durante ese mismo 1886. Era la época en que las farmacias ofrecían presuntos tónicos destinados a mejorar la salud al tiempo que ofrecían un disfrute para los sentidos. Algo así como los yogures con magias varias y sabores seductores que se ofrecen hoy en los supermercados. Estos brebajes de las fuentes de soda se carbonataban en el propio grifo dispensador, pues se creía que el gas carbónico ofrecía también beneficios para la salud. En el caso concreto de la Coca-Cola, Pemberton prometía que curaba la adicción a la morfina, la dispepsia (acidez estomacal), la neurastenia (una vaga afección emocional que incluía fatiga crónica, ansiedad y depresión), el dolor de cabeza y, sí, la impotencia, afirmación que siempre tiene público. ¿Cómo sabía el químico que su Coca-Cola tenía estas maravillosas propiedades? No lo sabía. De hecho, ni el vino de coca ni la nueva bebida lograron nunca que Pemberton superara su dependencia del opiáceo, que lo acompañó hasta la muerte.

Poco importó que la prohibición del alcohol fuese derogada apenas un año después y que Pemberton volviera a producir su exitoso vino de coca. El éxito de ventas de su bebida de moderación opacó todas sus demás actividades empresariales y las dominó hasta la muerte del inventor, ocurrida en agosto de 1888.

Poco antes de fallecer, sin embargo, Pemberton vendió la patente y los derechos de su invención al joven empresario Asa Griggs Candler, que adquirió todas las acciones de otros inversores. Por el paquete total pagó 550 dólares de 1888, que al cambio de mediados de la década de 2010 serían unos 12.740 euros. Una buena compra de la que hoy es una de las marcas más valiosas del planeta.

Asa empezó a comercializar más intensamente la Coca-Cola, repartiendo cupones para que la gente tomara una muestra gratis, y

poniendo el logotipo de su bebida en carteles, libretas de notas y separadores de libros. Poco a poco, esa bebida azucarada se vendía en más y más farmacias y en 1889, se empezó a embotellar. Como Candler no creía en las posibilidades comerciales del producto embotellado, le vendió para siempre los derechos de la bebida en botella a Ben Franklin Thomas y Joseph Whitehead por una bicoca. Años más tarde, en 1900, Thomas comenzó a vender derechos de embotellado a empresarios independientes —el mismo sistema que se utiliza hasta hoy— y, en tan sólo nueve años, había trescientas setenta y nueve plantas por todo Estados Unidos, que distribuían su producción en carretas de mulas. En 1916, la bebida obtuvo su botella característica, diseñada por unos obreros de una planta de vidrio en Terre Haute (Indiana). La prohibición del alcohol en 1920 también contribuyó al éxito de la Coca-Cola, ya que los lugares legales de reunión eran las fuentes de soda, donde era la bebida favorita.

Desde 1904, por cierto, la bebida dejó de incluir cocaína en su formulación.

En esa década y la siguiente, la estrategia publicitaria se dedicó a identificar a la Coca-Cola con «el modo de vida estadounidense», tanto como «mamá y la tarta de manzana». La internacionalización de la bebida se dio en 1941, cuando Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial y el presidente de la empresa, Robert Woodruff, declaró que todos los estadounidenses con uniforme deberían poder tener acceso a una botella de Coca-Cola por cinco centavos dondequiera que estuvieran, sin importar cuánto le costara a la compañía. Las botellas de Coca-Cola siguieron a los militares estadounidenses en todos sus avances en el escenario bélico europeo y del Pacífico. Para Woodruff era una forma de hacer su aportación patriótica al esfuerzo de guerra, pero también fue una gran estrategia comercial.

Coca-Cola, es decir, The Coca-Cola Company, con sede en Atlanta, sólo vende derechos de embotellado —en territorios concretos— y los concentrados o jarabes a partir de los cuales se embotellan o enlatan sus productos. Los embotelladores deben respetar la imagen, publicidad, calidad, sistemas de fabricación y controles de la empresa, pero son empresarios independientes. Así, de nuevo, cuando un embotellador entra en un conflicto con sus trabajadores, en realidad estos no están enfrentándose al gigante de Atlanta, sino a un empresario local, un franquiciatario de la marca.

Ninguno de los mitos referentes a la maldad de este producto se sostiene. Quizá la principal reclamación social que se le puede hacer es que contiene demasiada azúcar y, al promover el consumo entre los niños, debería corresponsabilizarse de los problemas que este ingrediente produce, principalmente los riesgos de obesidad, daños dentales y diabetes infantil. Quizá, por ejemplo, se debería exigir que la marca participara en proyectos educativos que enseñen a mantener el consumo de azúcar a niveles bajos, como recomiendan los expertos en nutrición. Existen proyectos para gravar fiscalmente los productos con exceso de azúcar y habrá otras formas de proteger la salud pública frente a todos los fabricantes de bebidas azucaradas. La Coca-Cola no es ni siquiera la bebida embotellada y carbonatada que más azúcar tiene, superada por ciertos refrescos de naranja o limón y los «inocentes» zumos de fruta envasados que consumen muchos niños y que pueden tener preocupantes cantidades de azúcar agregada. Es un asunto tan serio como que no debería estar tras la cortina de humo de las acusaciones imaginarias.

El sitio de verificación de datos (o *fact-checking*) Snopes tiene de hecho toda una sección dedicada a desmontar los mitos sobre los efectos negativos fantasiosos de la Coca-Cola.[9] El principal se refiere al ácido cítrico y fosfórico que contiene la bebida, y al que se le atribuyen capacidades como la de disolver dientes o solomillos (que bien podrían tener mejor destino) y aflojar tuercas oxidadas. Cosas que, siendo ciertas, es capaz de hacer cualquier bebida con ácidos, empezando por el zumo de naranja o el más ácido de todos, el de piña. La leche lo hace también. Y cualquier bebida refrescante, ya que todas tienen acidulantes porque a los seres humanos nos gusta el sabor ácido. La recomendación sería, por tanto, no meter los dientes durante horas en ninguna bebida acidulada, aunque la gente no suele hacerlo, de modo que las bebidas apenas están en contacto con los dientes brevemente. El pH de casi cualquier cosa que comemos, además, es mucho menos ácido que el estómago al que llega.

Pese a todo, en la demonología de la izquierda feng-shui, la Coca-Cola mantiene su lugar destacado como símbolo más allá de la razón.

Y, como ocurre con los demás habitantes que viven en la capital de los infiernos que se ha creado la izquierda feng-shui, la Coca-Cola sirve

como identificador del enemigo.

Consumidores y demonios

Un mito perdurable de nuestro tiempo, asumido sin más por la izquierda feng-shui, quizá originado en ella, pues demuestra (o demostraría, de ser cierto) la maldad infinita de todo empresario y toda empresa, es la idea de la obsolescencia programada. Esencialmente es la siguiente: los fabricantes diseñan sus productos de tal modo que se rompan, se averíen, se arruinen, se autodestruyan o se vuelvan inútiles en un plazo determinado, con el único objeto de obligar a los consumidores a comprar nuevos productos.

Tal obsolescencia programada sólo es posible cuando no hay competencia entre los empresarios y entre las empresas, precisamente dentro de una conspiración perfecta donde todos tienen los mismos intereses, los mismos deseos, los mismos objetivos y se apoyan mutuamente como compañeros de armas. Precisamente lo que no hacen nunca los empresarios.

Una conspiración así está destinada al fracaso.

De hecho, el ejemplo que siempre utilizan los conspiranoicos y los desveladores de verdades de la izquierda feng-shui es un fracaso estrepitoso que demuestra lo contrario de lo que pretenden demostrar. En 1924, un grupo de fabricantes de bombillas eléctricas se puso de acuerdo para reducir costes de producción, subir precios y conseguir una obsolescencia programada, es decir, limitar la vida útil de las bombillas a mil horas. Su explicación, que podían creer o no, da igual, era que las bombillas de mayor duración resultaban poco eficientes y desperdiciaban electricidad al dar menos luz con el paso del tiempo. La organización firmó un contrato y pasó a llamarse Phoebus. Pronto se demostró que la idea no estaba bien pensada, pues tenía más agujeros que un colador de espaguetis. El cártel empezó a funcionar efectivamente en 1925 y, pocos años después, ante las protestas de los consumidores por los altos precios de las bombillas eléctricas, un grupo de cooperativas del norte de Europa y Escocia, la Luma Co-op Society, empezó a producir y vender bombillas más duraderas y más baratas en 1931. El proyecto de cártel de Phoebus empezó a cojear y en 1939 se demostró inviable, pese a que el acuerdo que habían firmado duraba legalmente hasta 1955.

Ante las leyes antimonopolios, los movimientos de defensa del consumidor y la sociedad de la información, la sola idea de que una acción de este tipo pueda ser generalizada resulta poco creíble. Pero hay acciones que pueden relacionarse con la obsolescencia programada si no se tiene en cuenta el contexto.

Los precios no siempre se relacionan directamente con el coste de producción, donde los salarios son un componente clave, pues en su fijación se consideran muchas otras cosas, principalmente cuál es el importe máximo que el consumidor está dispuesto a pagar por los productos. Lógicamente, la industria hace los productos lo más baratos posible y con la duración más razonable considerando, entre otras cosas, las modas, los avances tecnológicos, los cambios en los gustos y otros factores. Por ejemplo, ¿se puede hacer un frigorífico que dure cincuenta años? Sí, ese tipo de aparatos existen para las industrias. ¿Cuánto le costaría a una familia un aparato así? Muchísimo dinero, sería un artículo totalmente de lujo. ¿Y qué pasaría con esas familias si se promulgan nuevas leyes como las aprobadas para reducir los clorofluorocarbonos, se establecen programas para reducir el gasto eléctrico o se implantan nuevos sistemas antibacterias, controles computarizados o soluciones tecnológicas que pueden resultar más convenientes? Pues la familia que comprara uno de esos frigoríficos que dura cincuenta años tendría que ver pasar esos cambios y, quizá, pagar las multas por no cumplir con la ley, además de seguir atada a su refrigerador antiguo porque sería costosísimo comprar otro.

Si un fabricante ve que los demás producen frigoríficos que duran cincuenta años a un precio delirante con materias primas de primera, pero sabe que las familias cambian de refrigerador razonablemente cada ocho años y medio por estética, tecnología o comodidad, es lógico que compita en el mercado con un refrigerador más barato ahorrando lo posible en costes, con el mejor diseño y tecnología actuales, y previsto para durar unos diez años. En general, nadie diseña para la perfección, sino para la lógica de uso.

Muchos teléfonos móviles vendidos en 2009 funcionan bastante bien en 2017. No pueden ejecutar las aplicaciones más nuevas, pero ¿por qué iba alguien a querer tales aplicaciones nuevas? ¿Por qué no conformarse con las que tenía antes, si le resultaban totalmente satisfactorias entonces? Hay teléfonos del año 2005 con los que se puede llamar por teléfono a la perfección, pero casi nadie los quiere aunque se vendan en

tiendas de segunda mano por unos pocos euros. Queremos un *smartphone* nuevo porque su funcionalidad nos ayuda al trabajo y a la diversión, a estar en contacto con nuestra gente, o simplemente porque nos gusta, que también es un derecho considerable. Nadie nos obliga a comprarlo. Es cierto que hay una presión social y comercial para adquirir los nuevos productos, pero en modo alguno se trata de una obligación, de una manipulación irresistible, de un control mental que exija que un superhéroe vuele hasta el satélite que lanza las ondas de control mental y lo destroce con su vista de rayos láser para liberarnos. Y por tanto, es abordable mediante la educación del consumidor.

Precisamente casos como el del cártel Phoebus impulsaron el surgimiento de movimientos de combate a los abusos, como los de defensa del consumidor, las legislaciones sobre calidad, las normas internacionales y otras medidas. Lejos de ser perfectos, estos elementos sirven para controlar los más voraces instintos depredadores de las empresas, y para dar algún poder a quienes detectan las formas de abuso que sí existen. Por eso, quienes hoy utilizan algún sistema que derive en la obsolescencia programada no lo hacen en la legalidad como lo hizo Phoebus a principios del siglo XX, sino que pueden acabar frente a los jueces. Y precisamente por este motivo el neoliberalismo tiene entre sus principales banderas la desregulación, es decir, que la sociedad deje de legislar cómo deben producir, etiquetar, validar, anunciar y comercializar sus productos, para poder ser mucho más abusivos de lo que ya son, mientras que a la izquierda le resultaría más favorable conseguir regulaciones muy firmes, mejor vigilancia y más poder para el consumidor. Por eso el neoliberalismo vería con buenos ojos, sin duda alguna, que desaparecieran los organismos reguladores internacionales, que son más difíciles de corromper y retorcer que los nacionales, especialmente en algunos países donde la corrupción es endémica.

Los abusos existen, nadie puede negarlo. Pero la idea conspiranoica de la obsolescencia programada en plan de simpleza absoluta, y del consumidor como víctima obligada a comprar cosas que en realidad no quiere, resulta siempre una visión rousseauniana, hija de la idea de que no debemos tener más que lo elementalmente necesario, el ascetismo del Unabomber aplicado a una vida sencilla y bucólica. Los seres humanos quieren cosas que les gusten, les sirvan, los diviertan, les proporcionen sensaciones agradables, les confieran estatus en su sociedad, que sean

bonitas y les den satisfacciones. Y poco importa que tales satisfacciones sean perdurables o instantáneas.

Pero hay otras visiones en una izquierda más marginada.

El escritor de ciencia ficción Mack Reynolds era hijo de Verne Reynolds, dos veces candidato a la presidencia de Estados Unidos por el Partido Laborista Socialista, el más antiguo partido marxista del país y que aún existe. Mack fue expulsado del partido de su padre, donde militó hasta los cuarenta y un años de edad, por haber publicado en 1958 el libro *How To Retire Without Money* («Cómo retirarse sin dinero») bajo el seudónimo de Bob Belmont. El partido lo acusó de «apoyar las afirmaciones fraudulentas de los apologistas del capitalismo, a saber, decir en su libro que el capitalismo ofrece incontables oportunidades a los que están “alerta”».

En 1975, en su novela *Tomorrow Might Be Different* («Mañana puede ser diferente»), Mack proponía que la Unión Soviética podía ganar la Guerra Fría inundando Estados Unidos con productos de gran calidad y baratos para el consumidor, como cámaras fotográficas, radios de bolsillo y fruslerías así. Ya en esos años, a Mack le resultaba perverso y absurdo que la URSS pudiera poner hombres en el espacio pero no fabricar una lavadora y una televisión decentes, ni dar de comer debidamente a su población.

La idea que Reynolds propuso fue que el consumidor no es un simple títere, sino realmente un actor de la economía, y que todo proyecto razonable de cambio pasa por tener como punto de partida la realidad. Lo que resulta fascinante de este casi olvidado escritor era que su visión económica le permitía poner en cuestión el valor de la publicidad (por ejemplo, imaginando a un grupo de revolucionarios que subvertía el orden establecido sencillamente vendiendo productos como jabón a bajísimo precio, de buena calidad, pero sin marca, sin envoltura, sin colores interesantes y entregado a domicilio) y prever, como lo hizo, el predominio de las tarjetas de crédito en la economía, la aparición de internet o una Europa comunitaria. El conocimiento de la ciencia, el uso de la razón junto a la imaginación en un escritor declaradamente socialista, le permitía imaginar también el «capitalismo del pueblo», donde la economía era dominada por los trabajadores como dueños de empresas privadas, o la advertencia de que el «centrismo radical» podría ser una conspiración de los poderosos para volver apáticos y acríticos a los ciudadanos comunes.

Sobresimplificar a empresas y a los consumidores es también pensamiento mágico, un intento por adaptar la realidad a las ideas, una visión fantástica, deshumanizadora, parcial y, con frecuencia, la coartada perfecta para el neoliberal cavernario que denuncia la injusticia de quienes le reclaman sus propias injusticias.

¿Contraconspiranoicos?

La derecha es, por supuesto, un espacio ideológico donde también florecen las conspiraciones. En ella, como hemos visto, incluso se originan las que luego adopta feliz la izquierda feng-shui, que se las lleva a casa, las pone en su camita y les da de comer para que crezcan felices hasta que puedan convertirse en parte del arsenal demonológico de quienes creen que la realidad no aporta suficientes argumentos para defender sus ideas.

Pero si bien la derecha se entretuvo enormemente atribuyéndole cualquier cosa que pasara a la Unión Soviética mientras ésta existió, la ausencia de este enemigo no bastó para que dejaran de creer en que el mundo se confabulaba para instaurar el comunismo, fuera por la vía de la ONU —un organismo al que los más extremistas consideran el gran promotor del comunismo, sin más— o de otras organizaciones.

La más reciente contraconspiración de la derecha es la hipótesis del marxismo cultural, a la que se han adscrito muchos, incluido un personaje tan siniestro como Anders Behring Breivik, el terrorista ultraderechista y ultracristiano que en 2011 asesinó a ocho personas con una furgoneta bomba para después cometer una masacre con armas de fuego, asesinando a sesenta y nueve participantes en un campamento juvenil del Partido Laborista noruego, de ideología socialdemócrata.

La conspiración, dicen los «expertos» de la derecha, se inició con la Escuela de Frankfurt en el período de entreguerras, cuando un grupo de filósofos hizo una crítica del marxismo al tiempo que proponía otra serie de ideas, como la crítica a la sociedad occidental, a la ciencia como metodología y a la cultura de masas. Es cierto que parte de las propuestas de la Escuela de Frankfurt, muchas de ellas relacionadas con el relativismo de lo que llamamos posmodernismo, son hoy parte del pensamiento de cierta parte de la izquierda. Como lo es el misticismo orientalista, la idea de la corrección política y ciertas tendencias autoritarias. La izquierda, como cualquier forma de pensamiento, no es algo raro, ha tomado ideas de distintas fuentes a lo largo de su historia,

se ha alimentado de diversas filosofías y, en última instancia, ha dado como resultado posiciones muy diversas. Y como frente común para cambiar la realidad ha sido bastante deficiente.

Por supuesto, algunas de sus posiciones extremas son ridículas, absurdas y tragicómicas, y las más de las veces las sostienen los extremos radicales, pero a menudo son parte también del bagaje ideológico de grupos bastante extendidos dentro de la izquierda, aunque nunca de modo homogéneo.

Pero eso no es lo que ven los conspiracionistas. El insigne político ultraconservador Pat Buchanan señalaba que todo lo que estaba pasando en el mundo y que no formaba parte del extremismo de derechas estadounidense, del Tea Party a la derecha alternativa (*alt-right*), era una conspiración para imponer el ambientalismo y el feminismo, el aborto, los derechos de los homosexuales y la lucha contra las escuelas religiosas, para llenar de mujeres las unidades de combate del ejército, destruir a la familia —por supuesto— y, en fin, librar toda una guerra cultural contra los principios conservadores, cristianos y estadounidenses. El enemigo en este combate eran, son, los marxistas culturales, que han infiltrado los medios, el mundo académico y la ciencia en una larga y detallada conspiración contra la cultura occidental, esa cultura mítica en la que creen por igual parte de la izquierda menos informada, la izquierda feng-shui, y la ultraderecha religiosa de Estados Unidos. Es la misma conspiración que, en la Alemania nazi, se llamaba bolchevismo cultural y planteaba lo mismo: la izquierda (y los judíos, claro) tenían todo un plan cuidadosamente diseñado para imponer una agenda de control y dominio de toda la vida social estadounidense.

Es lo mismo que el terrorista Breivik veía como una conspiración enorme contra Occidente, y lo detalló en un manifiesto tan farragoso como el del Unabomber, aparentemente desde el otro extremo ideológico (o quizá no tanto). El procedimiento resulta igualmente inquietante porque, en su texto, Breivik parte de algunos hechos reales y los reinterpreta apocalípticamente para que den el resultado que desea y así llegar a sus conclusiones extremistas. Como el Unabomber. La interpretación relativista que adopta Breivik para anunciar el fin apocalíptico de la Europa cristiana y blanca es la del multiculturalismo relativista posmoderno, sin percibir que está lejos de ser la idea dominante.

Es casi una obviedad que desde una posición de izquierda se pueden defender la libertad y los derechos de las mujeres, los homosexuales y cualquier grupo étnico, religioso o de otro tipo sin por ello denigrar a toda la cultura en la que viven, y menos aún emprender una persecución contra ella. Pero el conspiranoico del marxismo cultural propone que el multiculturalismo no sólo implica aceptar ciegamente cualquier expresión que se presente como propia de una cultura determinada, sino que incluso exige la abdicación de la que consideran «su cultura» (alguna variante de la cultura europea) para entregarse a otra, que sería, generalmente, la musulmana. Hay quien lo dice, sin duda, como hay quien cree que la tierra es plana, pero pertenece a espacios marginales y minoritarios que sólo el delirio conspiranoico puede hacer suponer que es un plan generalizado y cuidadosamente llevado a cabo con una precisión militar (y más en una izquierda que no puede ponerse de acuerdo en casi nada). Al conspiranoico le basta que exista una posición extrema para promover el rechazo, el odio y la sospecha contra todos los musulmanes, a los que ve como militantes del Daesh listos a atacarlo. Porque, finalmente, era la conclusión a la que ya había llegado antes de comenzar su análisis.

Un problema secundario especialmente perverso que provoca esta conspiranoia es que pone las bases para que se acuse de antimusulmán, de islamófobo y de enemigo de la multiplicidad de las culturas a cualquiera que, desde una posición de izquierda, se oponga abiertamente a la barbarie integrista islamista, por ejemplo, que denuncie los crímenes contra las mujeres o los homosexuales en algunos países musulmanes o que, en su crítica a las religiones, incluya el islam, el budismo, el hinduismo o cualquiera que no sea el cristianismo.

Una conspiranoia de una derecha extrema y cerril, que de alguna forma asume como propia un sector de la izquierda poco informado, se convierte así en arma arrojadiza contra la propia izquierda crítica y principista.

Más allá todavía, una parte de la idea del marxismo cultural ha sido alegremente adoptada por el sector más profundamente reaccionario de la Iglesia católica para denigrar los movimientos feministas y de derechos de los altersexuales, especialmente en lo que se refiere a la ideología de género en la versión vaticana.

Dentro de la guerra de propaganda que se desarrolló en Colombia previa al referéndum sobre los primeros acuerdos de paz entre el

Gobierno y la guerrilla de las FARC,[10] la baza de la Iglesia católica para defender el «no» fue la afirmación de que los tratados implantarían la ideología de género en Colombia.

Los tratados que fueron derrotados en ese referéndum, efectivamente, hablaban del enfoque de género en muchos apartados. La comisión negociadora declaró que ese enfoque establecía que «en la implementación del Acuerdo General y en el desarrollo de los programas de construcción de la paz, hombres, mujeres, homosexuales, heterosexuales y personas con identidad diversa, participen y se beneficien en igualdad de condiciones», lo cual difícilmente es criticable. Pero lo que entiende la Iglesia católica —y lo que difunde en sus mensajes— es que la ideología de género es la idea posmodernista de que el género es un producto cultural y no biológico. De nuevo, los sectores radicales que rechazan las bases biológicas de la conducta pueden estar de acuerdo, pero, más allá del debate sobre lo certero de esta idea, la Iglesia la presenta como un intento más de destruir a la familia y de promover que más niños y niñas «se conviertan» en altersexuales. En palabras del papa Francisco, que recogía *The New York Times* el 3 de agosto de 2016: «Hoy, en las escuelas, les están enseñando a los niños —¡a niños!— que todo el mundo puede elegir su género».

El miedo a la ideología de género fue uno de los elementos clave, según muchos votantes colombianos, para que optaran por el «no» en el referéndum sobre los tratados de paz. Por su parte, en una nota del 3 de octubre de 2016, el sitio *Infovaticana* lo celebró con este titular: «Colombia frena también la ideología de género con su rechazo a la rendición ante las FARC».

Las contraconspiraciones de la derecha, como las de la izquierda feng-shui, tienen su asidero en la realidad, en hechos demostrables, pero es a la hora de interpretarlos y acomodarlos a una ideología previamente asumida cuando adquieren sus tonos más siniestros y, a la vez, más grotescos. Cuando la derecha estadounidense afirma que Hillary Clinton deseaba ejercer la discriminación contra las escuelas religiosas, por ejemplo, exageraban la preferencia de la candidata a la presidencia por la educación pública. Y lo mismo pasa cuando la ultraderecha española afirma que en las escuelas públicas se va a enseñar a los niños a masturbarse, como parte, nuevamente, de la ideología de género. Así lo denunciaba, falsamente, el diario ultracatólico *Libertad Digital* el 11 de noviembre de 2009 refiriéndose a unos talleres de educación sexual para

adolescentes, de entre catorce y diecisiete años de edad, que promovía la Junta de Extremadura. En 2008, el mismo bulo se había contado sobre la Generalitat de Cataluña aunque en este caso los destinarios eran niños de diez años de edad. El sitio web español *Infovaticana* repetía la historia con información de Radio Vaticana (esta sí dependiente del Vaticano) denunciando que se estaba llevando a cabo en Alemania con «niños de párvulos». En Chile, en 2016, varios sitios ultracatólicos lanzaron el mismo anuncio junto con un documental del grupo estadounidense Family Watch International, una organización que, entre otras cosas, promueve por todo el mundo, sobre todo en África, leyes que criminalizan la homosexualidad.

Y, como era inevitable, muchas de las conspiraciones en las que creen algunos en la izquierda feng-shui son también parte del credo vital de la ultraderecha. Bilderberg, los *chemtrails*, los comunistas, los pesticidas, los conservantes, los derechos de los altersexuales, todo es una conspiración contra los valores cristianos y conservadores.

El ejemplo más memorable de esta visión lo dio, en el cine, el general Jack T. Ripper, personaje de la comedia negra *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* (*Dr. Strangelove*, 1964) de Stanley Kubrick. Enloquecido por la conspiranoia de que la adición de flúor al agua potable es un complot de los soviéticos para «contaminar los preciosos líquidos corporales» de los estadounidenses, lanza un ataque nuclear contra la URSS.

La conspiranoia según la cual la fluoración del agua —que tiene por objeto disminuir la incidencia de la caries fortaleciendo el esmalte de los dientes— es esencialmente dañina, peligrosa y no merece el consenso médico respecto de su utilidad y seguridad apareció en la década de 1940. Esa creencia, al igual que la oposición a las vacunas, se mantiene hoy desde grupos de la ultraderecha que invocan la libertad individual, en lugar de denunciar sus miedos de control mental por parte de los comunistas, de otros colectivos como los partidos verdes del Reino Unido, Canadá y Nueva Zelanda.

Por cierto, en España también hay quien cree que la fluoración del agua es una conspiración, pero de la derecha, para controlarnos y dominarnos.

Tres apuntes sin conclusión

PRIMERA: ASTRONAUTAS Y VAQUEROS

En febrero de 1986 estaba atrapado en una estación de baño de ganado situada en una carretera costera de Agua Dulce, Veracruz, en el golfo de México. Había llegado allí con la misión de tomar fotografías para un organismo de cooperación entre México y Estados Unidos para la erradicación del gusano barrenador del ganado. En ese punto, todo el ganado vivo que se transportaba en camiones del sur del país hacia el norte por esa carretera debía ser desembarcado, pasado por un baño destinado a matar los huevos y larvas de esa plaga —mortal para el ganado y, por tanto, potencialmente causante de graves pérdidas para los ganaderos— y vuelto a embarcar. Pero no pasaban camiones. Llevábamos dos días esperando un camión con ganado cuyo baño pudiera fotografiar, soportando un tiempo denso, gris, lluvioso y a la vez pegajosamente cálido. Mientras anochecía el estéril segundo día, y antes de irme al pueblo a cenar y dormir en un hotel andrajoso, entablé conversación con dos chiquillos que trabajaban en la estación de baño, dos adolescentes de unos trece o catorce años de edad que hacían de vaqueros, capaces de mover con habilidad y seguridad todo tipo de ganado, como pude comprobar al día siguiente cuando al fin tuvimos acción.

La conversación giró hacia un tema que les apasionaba: la explosión del transbordador espacial *Challenger* que había ocurrido apenas una o dos semanas antes, el 28 de enero. Hablamos del programa espacial, de los astronautas, de las posibles causas del impresionante accidente que todos habíamos visto en televisión. Uno de los dos quería ser ingeniero astronáutico y construir naves espaciales. El otro se conformaba con pilotarlas y se veía como astronauta. Lo querían con la pasión que se tiene a esos años, ciegos a su circunstancia y a lo enorme de la hazaña que se planteaban. Eran indígenas, desesperadamente pobres, en una zona poco interesante de un enorme país del Tercer Mundo, aspiraban cuando mucho a una educación pública en general deficiente y siempre rodeada de limitaciones que no todos los profesores rurales saben salvar. Hablaban del espacio y de todo lo que

habían podido leer aquí y allá, en diarios y en alguna biblioteca escuálida donde muy probablemente había más catecismos que historias de la carrera espacial, pero habían logrado informarse en un momento en que la web para todos estaba aún a ocho años de distancia, y atreverse a imaginar.

Hablando con los dos vaqueritos, recordé mi breve año estudiando antropología, diez años antes, cuando mis compañeros más radicales ponían el grito en el cielo porque cualquier influencia que se acercara a los indígenas, como ropa, música, dispositivos electrónicos o prácticas novedosas —que por aquel entonces eran, como mucho, una radio, una televisión y acaso un casete, medicinas, semillas híbridas, mejores técnicas de cultivo y un largo etcétera —, caía dentro de la definición de «aculturación», es decir, de colonialismo cultural que destruía la pureza de sus tradiciones, usos y costumbres, para sustituirla con otra cultura, muy sospechosa, la occidental, que no les pertenecía. Aquellos compañeros de pupitre de la Cuarta Internacional de la que fui brevemente compañero de viaje (el viaje acabó mal), ¿qué opinarían de estos vaqueritos espaciales, de sus sueños? ¿Los verían acaso como el resultado desastroso del choque de dos culturas que debían permanecer separadas? ¿Me volverían a recriminar que yo tildara esa actitud de antropólogos revolucionarios como neocolonialista y paternalista? ¿Dirían que yo estaba contaminando la pureza indígena de los chicos al hablarles de ciencia y ciencia ficción, en vez de desalentarlos?

No sé si lograron avanzar algo en el camino, nunca los volví a ver. Pero pienso en ellos con frecuencia.

SEGUNDA: EL MANICOMIO EUROPEO EN MANOS DE LOS PACIENTES

En junio de 2016 se discutía una resolución propuesta por la Unión Europea para pedir a los países del G8 —los más ricos del mundo— que no apoyaran los cultivos transgénicos (OGM) en África. Un agricultor de Kenia, Gilbert Arap Bor, publicó una carta abierta a la UE en protesta contra esa medida. Después de recordar las brutales acciones coloniales de Europa desde el reparto de África en una reunión en Berlín en 1855, que hoy nos parecerían repugnantes y vergonzosas, Arap Bor escribía:

> Como agricultor keniano que participa en la lucha diaria por cultivar alimentos en una tierra que no los produce en cantidad suficiente, tengo un breve mensaje para los bien alimentados políticos que se podrían plantear apoyar esta medida neocolonialista: «Dejen a África en paz».

> Su hostilidad hacia los OGM ya nos ha retrasado una generación. Por favor, no den un paso que puede empobrecernos durante otra generación desalentando a los gobiernos africanos de la aceptación de importantes tecnologías de cultivos que los agricultores en tantos otros lugares dan por sentadas.
>
> […] En lugar de ordenarles a los africanos que abandonen la ciencia, los europeos deberían escuchar lo que dicen sus propios científicos: tanto la Comisión Europea como la Organización Mundial de la Salud han avalado la seguridad de los OGM. También lo ha hecho la Academia Nacional de Ciencias, el principal grupo asesor de Estados Unidos, que acaba de publicar un estudio exhaustivo que respalda los OGM.
>
> Si el Parlamento Europeo quiere ayudar a África, debería intentar difundir el conocimiento científico entre los legisladores y ciudadanos de las economías menos desarrolladas, permitiéndonos llegar a ser autosuficientes en la producción de los artículos básicos, especialmente los que mejoran la suerte de los agricultores africanos para garantizar la seguridad alimentaria.
>
> Lo que no necesitamos son sermones de europeos cuyos estilos de vida parecen lujosos a ojos de los africanos comunes.
>
> Quieren que sigamos siendo primitivos agrícolas, atascados en tecnologías que ya eran anticuadas incluso antes de que entráramos en el siglo XXI.

Hemos visto cómo la capacidad agrícola, científica, médica y tecnológica europea se ha ido sometiendo a una visión anticientífica y apoyada —mas ilegítima que legítimamente— por las nobles ideas de la izquierda. Donde no había conquistado el poder político, una parte de la izquierda había conseguido la capacidad de presión necesaria para dirigir a ese poder, para condicionarlo sin atender a los hechos. Y es que el rumbo asumido por la Unión Europea (tan odiada por un sector de la izquierda, un sector paradójicamente tan nacionalista, proteccionista y divisionista como algunos de sus adversarios ideológicos) no afecta sólo a los países que pertenecen a ella. El liderazgo antitransgénico del continente, con su poder económico y político, se refleja de manera especialmente dolorosa en países que necesitan, desesperadamente, soluciones para alimentar a su población. Son países donde no hay la abundancia y las opciones que ofrece el anaquel europeo de supermercado, presto a ofrecer cualquier producto si tiene clientes: orgánico, bio, natural, sin conservantes, sin pesticidas, sin colorantes, sin gluten, sin sabor, sin sal, tibetano, malgache o boliviano.

La protesta de Arap Bor debería haber sido un grito de unidad anticolonial de la izquierda europea para conseguir justicia para África.

Nadie lo escuchó.

Y menos los europarlamentarios de izquierda que, dos años antes, habían conseguido expulsar la ciencia crítica de los despachos de Bruselas.

El 12 de noviembre de 2014, la Comisión Europea anunció discretamente que «la función de asesor científico en jefe había dejado de existir», en palabras de la bióloga molecular escocesa Anne Glover, quien durante más de dos años había ocupado ese puesto. Su labor era prestar al presidente de la

Comisión Europea una asesoría experta e independiente sobre aspectos de la ciencia, la tecnología y la innovación, además de actuar como embajadora de la ciencia europea. La decisión era un triunfo de una coalición de grupos políticos antitransgénicos, antibiotecnología y promotores de la «ciencia ciudadana» encabezados por Greenpeace Europa. Su principal argumento: Glover apoyaba el uso de cultivos genéticamente modificados basándose en el conocimiento científico disponible. Un conocimiento que rechazaban los que exigían su destitución y la desaparición de su puesto porque, aducían, «concentraba demasiada influencia en una persona».

La carta enviada al recién electo presidente europeo, Jean-Claude Juncker, para exigir la desaparición del puesto era un acto de lobismo por parte de una organización presuntamente dedicada a luchar contra los *lobbies*, el Observatorio Corporativo Europeo. Diversos medios que se ubican a la izquierda, como *The Guardian* en Londres, abrieron sus páginas a Doug Parr y otros dirigentes de Greenpeace para que defendieran su posición. Como respuesta, cuarenta organizaciones científicas y setecientos setenta y tres individuos enviaron otra carta, en la que se decía: «No podemos subrayar con suficiente fuerza nuestra objeción a cualquier intento de minar la integridad e independencia de la asesoría científica recibida al más alto nivel de la Comisión Europea». La siguieron numerosas misivas de organizaciones científicas, empresariales y de la sociedad civil.

Los científicos no tienen peso político. Pero los ecologistas políticos, la tan atractiva y poco cuestionada «izquierda verde» y los grupos anticiencia y antitecnología, sí.

Durante un año, la Comisión Europea avanzó en la toma de decisiones sin ninguna asesoría científica, bajo la presión de los grupos que florecen en los alrededores de Greenpeace, del neoprimitivismo y del ludismo, divorciados de los hechos y datos científicos. En noviembre de 2015, el presidente Juncker anunció la creación del Grupo de Alto Nivel de Asesores Científicos, integrado por siete expertos seleccionados por un comité independiente formado por un científico y dos abogados, sometidos a la trituradora de la burocracia europea. En el primer año de su existencia, este producto burocrático celebró sólo seis reuniones.

TERCERA: ESO… Y LO CONTRARIO; MÁS PREGUNTAS QUE RESPUESTAS

El divorcio entre la teoría y la práctica, la pleitesía a la ciencia en lo abstracto y el rechazo de la ciencia en lo concreto cuando no da los resultados que ideológicamente deseamos, en ocasiones parece consustancial a las contradicciones de la izquierda.

> Creemos que es perjudicial para el crecimiento del arte y la ciencia que se usen medidas administrativas para imponer un estilo particular de arte o una escuela de pensamiento y prohibir otro. Las cuestiones de lo correcto y lo incorrecto en las artes y las ciencias deben resolverse mediante la discusión libre en los círculos artísticos y científicos y mediante el trabajo práctico en estos campos. No deben resolverse de un modo sumario.

La cita sería contundente si no fuera parte de un ensayo de Mao Zedong fechado el 27 de febrero de 1957, dos años antes de que lanzara, sin atención a la ciencia y de modo sumario, el Gran Salto Adelante. Y nueve años antes de que impusiera la Revolución Cultural. Y cuando ya había impuesto una serie de inamovibles normas artísticas que concretaron un «realismo socialista» mortal para la creatividad de los artistas chinos.

El discurso y la práctica vivían en casas separadas. En pueblos separados. En dos lados distintos de la muralla china. No todos los pensadores de la izquierda marxista están tan dispuestos a rendir ese homenaje verbal a la ciencia y al conocimiento, pero en general es común el divorcio entre un discurso que celebra la búsqueda del conocimiento y lo condena cuando éste resulta distinto de lo esperado.

Pero los mitos de la izquierda feng-shui no se diluyen fácilmente.

En 2014, por ejemplo, hablé de Lysenko y Vavílov en las charlas que la plataforma de internet Naukas, dedicada a la divulgación científica y del pensamiento crítico, celebra cada año en Bilbao. Después, en los pasillos, una joven de no más de treinta años de edad se me aproximó, entre escandalizada e indignada, preguntando por qué atacaba yo la figura de Stalin, quien tanto había hecho por la Unión Soviética. Según ella, Stalin era víctima de una campaña de mentiras en su contra, de la cual me acusaba de ser cómplice. Le dije que todo lo que había contado se basaba en datos sólidamente contrastados. Lo rechazó con desprecio. Sin darse cuenta, como su héroe, prefería que sus ideas dieran forma a la realidad antes que cuestionarlas.

De ello también se aprovechan de continuo quienes, compartiendo o no las ideas de la izquierda, o de alguna de sus variantes y escuelas, saben que tienen en ella a un cliente entusiasta. Los manipuladores saben manipularla. Basta proclamarse luchador contra el capitalismo, defensor de la justicia, rebelde perseguido, héroe a tiempo parcial de las mejores causas, revolucionario con taxímetro, adversario del sistema (cualquiera, todos valen), candidato al martirologio en nombre del pueblo y perseguido por los

poderosos, pacifista, feminista, antirracista, igualitarista y otros «-istas» oportunos para tener el apoyo irrestricto de grandes sectores de gente biempensante, biensintiente y poco dispuesta a aceptar su ignorancia sobre el tema.

Si la nueva Constitución de la República del Ecuador de 2008 declara el país «libre de cultivos y semillas transgénicas», como lo hace la nueva Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia, ¿no es oportuno cuestionar, dudar, buscar datos? Cuando el Gobierno de Evo Morales, además, destina recursos a legitimar, promover y difundir las prácticas curativas tradicionales, lo cual puede parecer muy bello, muy sensible con las tradiciones de las treinta y seis etnias indígenas bolivianas (sin contar las europeas, africanas y asiáticas), ¿se pueden cerrar los ojos al hecho de que esto condena a algunas personas, es difícil saber cuántas, a no disponer de la mejor atención médica, a verse «atendidos» mediante el uso de prácticas cuya eficacia y seguridad no están validadas por estudios, por ninguna verificación independiente?

Si alguien afirma, como Máximo Sandín, profesor titular de la Facultad de Biología de la Universidad Autónoma de Madrid, que rechaza la explicación darwinista de la evolución porque es una herramienta capitalista y colonialista de dominación mundial, ¿qué es lo razonable? ¿Aplaudirle como compañero en una lucha liberadora o poner en cuestión sus ideas, sin importar cómo las vista? Lo mismo sería aplicable a Josep Pàmies, Teresa Forcades y muchos otros.

Cuando los grupos «okupas» que toman para sí edificaciones privadas o públicas para crear «centros sociales okupados autogestionados» (CSOA) se abren a todo tipo de seudociencias y seudoterapias, ¿merecen ser criticados o se les ha de apoyar cerrando los ojos al daño que hacen promoviendo la ignorancia entre la población? El CSOA La Madreña que se ubicó en el antiguo edificio de la Consejería de Sanidad asturiana, La Casika mostoleña y El Patio Maravillas en Madrid han sido siempre, aparte de centros dedicados a actividades políticas, espacios para talleres de qi-gong, reiki, antipsiquiatría, veganismo, yoga y antimedicina en diversas presentaciones.

Cuando José Antonio Pérez Tapias, exdiputado por el PSOE, se opone de modo contundente en su cuenta de Twitter a los pesticidas, a la energía nuclear, a los transgénicos, incluso sugiriendo que vivir «al lado de donde se cultivan» causa daños a la salud,[1] al tiempo que Pablo Iglesias, líder de Podemos, dice que los cultivos transgénicos «están destrozando la agricultura de medio planeta»,[2] ¿no están invitando al abandono de la ciencia en aras de

la ideología, a ignorar los hechos y datos? Cuando en sus programas políticos los partidos de izquierda se hacen eco de las mismas ideas, o cuando el medio oficial del Partido Comunista de España, *Mundo Obrero*, borra un artículo de su militante Juan Segovia sobre ecologismo y transgénicos, ¿no se está renunciando a cambiar la realidad en beneficio de todos?

Al asumir posiciones esotéricas, idealistas, posmodernas, anticientíficas y enemigas de la razón, condicionadas por la ideología y no por los hechos, como en esos casos, ¿no está esa parte de la izquierda traicionándose a sí misma, a una visión del mundo que parte de que el universo es material, real, cognoscible y sujeto de transformaciones inteligentes a través del conocimiento? ¿No está esa izquierda —que no es toda, hay que repetir— convirtiéndose en parte del problema antes que de la solución? ¿No está entregándose a otros dogmas no por novedosos o atractivos menos falsos y potencialmente dañinos que los de la religión, las monarquías, los brujos, las teocracias, los libros sagrados y las cacerías de brujas?

¿Las ideas, la filosofía, las propuestas sociales no deben adaptarse a lo que sabemos de la realidad en vez de intentar lo contrario? El conocimiento científico, finalmente, es el que ha validado muchas posiciones que en el pasado eran sólo de sentido común. La igualdad de mujeres y hombres, la idea de que la homosexualidad no es ni pecado ni enfermedad, el rechazo al racismo, la igualdad entre todos los seres humanos, son propuestas que la ciencia no sólo ha validado, sino que ha sustentado hasta la desesperación de quienes prefieren aferrarse a conceptos procedentes de los libros sagrados, sea la Biblia, el Corán o cualquier otro texto de tiempos anteriores al conocimiento certero del universo, en los cuales se dice que la esclavitud es correcta, las razas existen, la mujer debe ser sumisa y la injusticia es dictado divino.

No es poco.

¿No resulta obvio, contemplando el edificio de la ciencia donde cada elemento está sustentado por los demás, que no se puede rechazar una parte del conocimiento científico sin rechazarlo en su totalidad? No se puede elegir creer en lo que nos conviene y rechazar lo incómodo, porque el conocimiento no es disgregable. Si uno no acepta, por ejemplo, los estudios que indican que el consumo de cultivos transgénicos no es dañino, es porque no confía en la bioquímica, lo cual implica negar la química y la física. Si todos esos estudios están equivocados, también pueden estarlo los estudios que nos dicen qué debemos comer, aquellos que aseguran que es benéfico cuidar el medio

ambiente, o los que concluyen que todos los seres humanos son esencialmente iguales y que las razas no existen.

El riesgo de seleccionar caprichosamente en qué creemos, y en qué no, es enorme. ¿Cómo es posible que en la izquierda no haya una conciencia clara de que la capacidad que hemos desarrollado para entender el universo es nuestra gran fortaleza, no un capricho o una debilidad? Nuestra existencia misma es evidencia de ello, como lo son algunos de nuestros problemas.

¿Cómo se puede aspirar a transformar el mundo si no se lo conoce, si no se lo entiende, si no se lo asume en toda su complejidad y con el valor necesario para poner en cuestión nuestros prejuicios?

¿Es la realidad nuestra enemiga en la lucha por una sociedad más justa, por una experiencia humana más feliz y satisfactoria que, a fin de cuentas, es lo esencial? Cuando estudiosos de la estadística como Hans Rosling o Max Roser dicen que avanzamos en el camino, que la pobreza ha disminuido —sin negar que sigue siendo un azote y un desafío— y nos demuestran que los esfuerzos en favor de la educación y contra el hambre han dado algunos frutos alentadores, ¿es legítimo que sigamos rechazando los datos porque las soluciones no han sido perfectas, empeñados en el Principio de la Purísima Concepción? ¿Es legítimo negarlos presuponiendo que son falsos o dolerse porque esos avances se han conseguido sin la revolución salvadora, muchas veces sin el concurso de muchos de «los nuestros», que viven en la teoría y los pasillos de las universidades mientras otros están efectuando los cambios lentos que mejoran aunque sea poco la vida de unos cuantos de los desposeídos, de los «condenados de la tierra», personas con los mismos derechos que nosotros a vivir en plenitud?

¿Qué política se puede hacer de espaldas a la realidad? ¿Qué justicia se puede buscar a partir de interpretaciones sesgadas e injustas contra enormes colectivos como los médicos, los investigadores científicos, el personal sanitario, los responsables de la seguridad alimentaria, los agricultores que no se pliegan al dogma? ¿Es demasiado descabellado soñar con una izquierda racional, inteligente, pensante, materialista, naturalista, informada, crítica y cuestionadora de sus propios dogmas (incluidos los políticos)? ¿Una izquierda que regule sus políticas basándose en el más avanzado conocimiento científico de cada momento, y que rechace y denuncie las seudociencias, todo misticismo, todas las religiones? ¿Una izquierda que enarbole los valores de la Ilustración como los cimientos de su propio pensamiento y convicciones?

La respuesta seguramente no está en el mundo de lo sobrenatural, de la mística, de la izquierda feng-shui, del rechazo a los únicos métodos que nos

han permitido realmente abordar con alguna esperanza de éxito los desafíos que nos impone la existencia.

Está en el universo real, físico y material, y en nuestra capacidad de hacerle preguntas y conseguir, poco a poco, usando los métodos de la ciencia y la duda sistemática, el conocimiento que hace mejor la vida de todos.

Agradecimientos

Gracias a Cristina Macía y a Luis Alfonso Gámez, amigos y cómplices, por meterme en este proyecto.

A J. M. Mulet y a José Manuel López Nicolás, amigos y, además, ambos, investigadores, científicos y divulgadores de primer nivel y gran valentía para demoler mitos, por leer y comentar algunos capítulos de este libro a fin de garantizar que los datos científicos fuesen fiables y no hubiera omisiones graves. Las que hubiera, son responsabilidad única del autor, por supuesto.

A quienes a lo largo de los años han seguido, comentado y apoyado mis artículos en el diario *El Correo*, mis participaciones en radio, mis blogs *El retorno de los charlatanes* y *No que importe*, así como el canal de YouTube *El rey va desnudo*, en los cuales han aparecido, en formas distintas, algunos de los temas de este libro.

A todos los que, a lo largo de mi vida, me han educado en cuanto a la ciencia y la seudociencia, en el pensamiento crítico y cuestionador y en los mejores ideales de la izquierda que busca hacer, si no sociedades perfectas, sí cada vez más felices: pensadores, luchadores, profesores, amigos y compañeros convencidos firmemente de que la ciencia es asunto de todos.

Y a Marta, por todo, siempre.



MAURICIO-JOSÉ SCHWARZ (Ciudad de México, 2 de febrero de 1955). Escritor y periodista mexicano, radicado en España desde 1999. Ha dedicado gran parte de su trabajo a la divulgación de la ciencia y del pensamiento crítico. Es autor de tres novelas, dos colecciones de relatos y varios libros de no ficción, entre ellos *¡No por dios! Ateísmo para principiantes*, además de los blogs *El retorno de los charlatanes* y *No que importe*, así como del polémico canal de Youtube *El rey va desnudo*. También colabora habitualmente en prensa y radio. Pertenece a la Sociedad Mexicana para la Divulgación de la Ciencia y la Técnica y a la Asociación Española de Comunicación Científica.



Notas

INTRODUCCIÓN: CURA EN SALUD

[1] El 31 de enero de 1987, el diario oficial *Komsomolskaya Pravda* publicó que el número total de incendios causados por televisores que estallaron en 1985 fue de 5.490. No anotaba el número de explosiones que no provocaron incendios. <<

[2] Anderegg, William R. L.; Prall, James W.; Harold, Jacob, y Schneider, Stephen H. (2010), «Expert credibility in climate change» (PDF), *Proc Natl Acad Sci USA* 107 (27): 12107-9. <<

Cook, John; Nuccitelli, Dana; Green, Sarah A.; Richardson, Mark; Winkler, Bärbel; Painting, Rob; Way, Robert, y Skuce, Andrew (2013), «Quantifying the consensus on anthropogenic global warming in the scientific literature», *Environmental Research Letters* 8 (2): 024024.

[3] Asimov, Isaac, «A Cult of Ignorance», *Newsweek*, 21 de enero de 1980, p. 19. Traducción del autor. <<

1. El esoterismo y la pobre ciencia

[1] Fleischmann, M.; Pons, S., y Hawkins, M. (1989), «Electrochemically induced nuclear fusion of deuterium», *J Electroanal Chem* 261 (2): 301. **<<**

[2] Nicolia, A.; Manzo, A.; Veronesi, F., y Rosellini, D. (2014), «An overview of the last 10 years of genetically engineered crop safety research», *Crit Rev Biotechnol* 34 (1): 77-88. <<

[3] Séralini, G. E.; Clair, E.; Mesnage, R.; Gress, S.; Defarge, N.; Malatesta, M.; Hennequin, D., y De Vendômois, J. S. (2012), «Long term toxicity of a Roundup herbicide and a Roundup-tolerant genetically modified maize», *Food Chem Toxicol* 50 (11): 4221-31. <<

2. Con B de Barruel, Blavatsky y Bergier

[1] Linton, Marisa (2004), *The Terror in the French Revolution*. Electrónica. 1.ª ed. Portsmouth, en <**http://www.port.ac.uk/special/france1815to2003/chapter1/interviews/file** **<<**

[2] Barruel, Augustin (1797-1798), *Memorias para servir a la historia del jacobinismo*, ebook, 1.ª ed. en español: Imprenta y Librería de Luis Barjau, Barcelona, 1870, en <**http://www.liberius.net/livres/Memorias_para_servir_a_la_historia_del_**
<<

[3] La mayor parte de los datos biográficos de Helena Blavatsky aquí citados se han tomado de Washington, Peter, *Madame Blavatsky’s Baboon: A History of the Mystics, Mediums and Misfits Who Brought Spiritualism to America*, Schoken Books, Nueva York, 1995; y de Lachman, Gary, *A Dark Muse: A History of the Occult*, Basic Books, Nueva York, 2004. <<

[4] Las frases de Krishnamurti han sido tomadas del sitio web de J. K. Krishnamurti Online, sede de las Fundaciones Krishnamurti: <**http://www.jkrishnamurti.org/es/index.php**>. **<<**

[5] Blavatsky, H. P., *La doctrina secreta. Vol. I: Cosmogénesis,* Kier, Buenos Aires, 2005. <<

[6] FAO. Preguntas frecuentes sobre agricultura orgánica. En <**http://www.fao.org/organicag/oa-faq/oa-faq5/es**>. **<<**

[7] <**http://www.demeter.es/admision.html**>. **<<**

[8] <**http://www.anthromed.org/Article.aspx?artpk=764**>. **<<**

[9]

<**http://wn.rsarchive.org/Lectures/GA349/English/UNK1969/19230303v01**
<<

[10] <**http://www.weledagroup.com/pdf/Weleda_GB_2015_UK.pdf**>. **<<**

[11] <**http://www.publico.es/politica/asegura-transferencias-triodos-bank-son.html**>. **<<**

[12]

<**http://media.wix.com/ugd//9f4e1b_d108809abaeebf6f7a27f1e136ef6789.p**
<<

[13] <**http://magonia.com/2013/10/24/triodos-bank-contra-un-bloguero-que-denuncia-su-pertenencia-a-la-secta-esoterica-de-la-antroposofia**>. **<<**

[14] <**http://charlatanes.blogspot.com.es/2012/08/antroposofia-la-secta-y-su-banco.html**>. **<<**

[15]

<**https://web.archive.org/web/20110829133009/http://www.sociedadantrop**
<<

[16] Pauwels, Louis, y Bergier, Jacques, *El retorno de los brujos*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998. <<

3. De Hiroshima a la contracultura

[1] Foot, Philippa, «The Problem of Abortion and the Doctrine of the Double Effect» (1967), *Oxford Review* 5: 5-15, en <**http://www2.econ.iastate.edu/classes/econ362/hallam/Readings/FootDoul**
<<

[2] Clark, Ronald W., *Einstein. The Life and Times*, William Morrow, Avon, 2001. <<

[3]

<**http://www.greenpeace.org/international/en/press/releases/ITERprojectl**
<<

[4] Uso esta denominación poco clara y un tanto anacrónica para definir a los países cuyos habitantes mayoritariamente viven por debajo de los mínimos de bienestar en cuanto a ingresos, desarrollo humano y desarrollo científico-tecnológico. No es un término académico, pues, sólo una generalización útil. <<

[5] Carson, Rachel, *Silent Spring*, Penguin Books, Londres, 1965. <<

[6] Heelas, Paul, *The New Age Movement: The Celebration of the Self and the Sacralization of Modernity*, Blackwell, Hoboken, 1996 <<

[7] Santamaría, Carlos, *El psicoanálisis, ¡vaya timo*!, Laetoli, Pamplona, 2009. <<

[8] Mason, Paul, *The Maharishi: The Biography of the Man Who Gave Transcendental Meditation to the World*, Element Books, Rockport, 1994. <<

[9] Un *ashram* es tradicionalmente una ermita, una comunidad monástica u otro lugar de retiro religioso. Hoy se utiliza para designar cualquier centro de operaciones de gurús comerciales donde éstos reciben a sus adeptos, y sus donativos, y les imparten sus enseñanzas. <<

[10] Brown, Peter, y Gaines, Steven, *The Love You Make: An Insider's Story of The Beatles*, MacMillan, Londres, 1983. <<

[11] John Lennon escribió una canción para denunciar el embuste del gurú. Llamada originalmente *Maharishi*, varias opiniones convencieron a Lennon para que cambiara el nombre. Es la conocida *Sexy Sadie*. <<

[12] Dogget, Peter, *There's a Riot Going On: Revolutionaries, Rock Stars, and the Rise and Fall of the '60s*, Canongate Books, Edimburgo, 2007. **<<**

[13] Carter, Lewis F., «Charisma and Control in Rajneeshpuram: A Community without Shared Values», ASA Rose Monograph Series, Cambridge University Press, 1990. <<

[14] <**http://www.hindustantimes.com/world/maduro-is-a-saibaba-devotee/story-435NGFPN2tNpPujyLXuOhP.html**>. **<<**

4. La malvada modernidad

[1] Rahn, Richard W., «Common folk live better now than royalty did in earlier times», *The Washington Times*, 22 de diciembre de 2014. <<

[2] ONU, *World Fertility Patterns 2015*, en <**http://www.un.org/en/development/desa/population/publications/pdf/fert fertility-patterns-2015.pdf**>. **<<**

[3] Lovecraft, H. P., *El horror en la literatura*, Alianza Editorial, Madrid, 2002. <<

[4] Bronowski, Jacob, *The Ascent of Man. A Personal View*, BBC Books, Londres, 2011. <<

[5] <**http://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/?uri=celex:52000DC0001**>. **<<**

[6] «Izquierda Unida llevará al próximo pleno la problemática con las antenas de telefonía», *Diario de Jerez*, 19 de abril de 2016, en <**http://www.diariodejerez.es/jerez/Izquierda-Unida-problematica-antenas-telefonia_0_1018698625.html**>. **<<**

[7] Kathleen Fearn-Banks, *Crisis Communications: A Casebook Approach*, Lawrence Erlbaum Associates, Londres, 2007. <<

[8] Yates, Ronald E., «Cellular-phone Doomsayer Draws Static», *Chicago Tribune*, 26 de enero de 1993, en <**http://articles.chicagotribune.com/1993-01-26/news/9303172253_1_cellular-phones-david-reynard-cellular-telephone**>. **<<**

5. La política de lo personal

[1] En 1996 la revista *Social Text* recibió el premio Ig Nobel de literatura, una conocida parodia de los premios Nobel suecos, por «publicar animadamente investigaciones que no podían entender, que el autor dijo que eran un sinsentido y que afirmaban que la realidad no existe». <<

[2] Sokal, Alan, «Mystery Science Theater, Response by Alan Sokal», *Lingua Franca*, septiembre de 1996. <<

[3] Sokal, Alan, y Bricmont, Jean, *Imposturas intelectuales*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1999. <<

[4] Hitchens, Christopher, *Cartas a un joven disidente*, Anagrama, Barcelona, 2003. <<

[5] <**https://beatrizgimeno.es/2013/01/24/una-aproximacion-politica-al-lesbianismo-2**>. **<<**

[6] El nombre se ha escrito de varias formas, entre ellas Seathl, Sealth y Seahl, pero Si’ahl es la que usan las tribus duwamish y suquamish para hablar de su ancestro. <<

[7] <**http://suquamish.nsn.us/HistoryCulture/Speech.aspx**>. **<<**

[8] <**http://www.duwamishtribe.org/chiefsiahl.html**>. **<<**

[9] Arrowsmith, William, «Speech of Chief Seattle» (1969), *Arion: A Journal of Humanities and the Classics* 8 (4): 461-4. <<

[10] Kaiser, Rudolf, «Chief Seattle’s Speech(es): American Origins and European Reception», en Swann, Brian, y Krupat, Arnold (eds.), *Recovering the Word: Essays on Native American Literature*, University of California Press, Berkeley, 1987, pp. 525-30. <<

6. Con las cosas de comer…

[1] Stalin, Josef, *Discurso ante el Congreso de Estudiantes Marxistas de Cuestiones Agrarias*, 27 de diciembre de 1929, reproducido en *Pravda* el 29 de diciembre, en <**https://www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1929/12/27.htm**
<<

[2] Nabhan, Gary Paul, *Where Our Food Comes From: Retracing Nikolay Vavilov’s Quest to End Famine*, Island Press, Washington, 2011. <<

[3] <**http://www.wheatbellyblog.com**>. **<<**

[4] <**http://www.fao.org/fao-who-codexalimentarius/codex-home/es**>. **<<**

[5] DeMello, Margo, *Animals and Society: An Introduction to Human-Animal Studies*, Columbia University Press, 2012. <<

[6] <**https://www.vhemt.org**>. **<<**

[7] El sitio web de *The Abolitionist* cerró, pero la entrevista puede encontrarse aún en el sitio *Animal Rights Zone*, en <**http://arzone.ning.com/forum/topics/the-gary-yourofsky-abolitionist-online-interview**>. **<<**

[8] Traducción del autor. <<

[9] *Who Should Play God? The Artificial Creation of Life and What it Means for the Future of the Human Race (¿Quién debería jugar a ser dios? La creación artificial de la vida y lo que significa para el futuro de la raza humana).* <<

[10] <**http://www.foet.org/books/who-god.html**>. **<<**

[11] <**http://fairfield.osu.edu/news/vinegar-it-%E2%80%9Csafer%E2%80%9D-herbicide**>. **<<**

[12] Ye, X.; Al-Babili, S.; Klöti, A.; Zhang, J.; Lucca, P.; Beyer, P., y Potrykus, I. (2000), «Engineering the provitamin A (beta-carotene) biosynthetic pathway into (carotenoid-free) rice endosperm», *Science* 287 (5451): 303-5. <<

[13] World Health Organization, *Global prevalence of vitamin A deficiency in populations at risk 1995-2005*, en <**http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/44110/1/9789241598019_eng.pdf**
<<

[14] <**http://www.interaksyon.com/article/45675/greenpeace-warns-philippines-relentless-approval-of-gmo-crops-will-lead-to-food-crisis**>. **<<**

7. LOS VILLANOS VISTEN DE BLANCO

[1] Pettycrew, Mark, *et al.*, «Influence of psychological coping on survival and recurrence in people with cancer: systematic review» (2002). *BMJ* 325 (7372): 1066-9. En <**https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC131179**>. **<<**

[2] <**http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+WQ+E-2015-010810+0+DOC+XML+V0//ES**>. **<<**

[3] Illich, Iván, *Némesis médica: la expropiación de la salud,* Barral Editores, Barcelona, 1975. <<

[4] Ibídem, pp. 18-19. <<

[5] Unesco, *Regional Overview: Sub-Saharan Africa, Education for All Monitoring Report 2015*, en <**http://en.unesco.org/gem-report/sites/gem-report/files/regional_overview_SSA_en.pdf**>. **<<**

[6] <**https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/23199956**>. **<<**

[7] <**http://www.bmj.com/content/347/bmj.f5906**>. **<<**

[8] La proposición, aprobada el 11 de diciembre de 2007, dio como resultado un estudio que se presentó cuatro años después, el 19 de diciembre de 2011, en el que se analizó la friolera de 139 «terapias naturales» con una única conclusión: no tienen ningún valor terapéutico. Cosa que ya se sabía. <<

[9] <**http://www.who.int/mediacentre/news/releases/2015/vaccine-hesitancy/en**>. **<<**

[10] <**http://www.cfr.org/interactives/GH_Vaccine_Map/#map**>. **<<**

[11] <**http://cataleg.ub.edu/record=b1698973~S1*cat**>. **<<**

[12] <**http://blogs.publico.es/dominiopublico/7331/7331**>. **<<**

[13] <**http://honatur.com/ansiedad-por-miedo-al-dentista**>. **<<**

[14] <**http://www.smithsonianmag.com/smart-news/1800-studies-later-scientists-conclude-homeopathy-doesnt-work-180954534**>. **<<**

[15] Rosa, L.; Rosa, E.; Sarner, L., y Barrett, S., «A Close Look at Therapeutic Touch» (1998), *Journal of the American Medical Association* 279 (13): 1005-1010. <<

[16] Zhisui, Li, *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician*, Random House, Londres, 1994. <<

8. Las conspiraciones jubilosas

[1] Krauss, Lawrence, «Donald Trump’s War on Science», *The New Yorker*, 13 de diciembre de 2016, en <**http://www.newyorker.com/tech/elements/donald-trumps-war-on-science**>. **<<**

[2] Juan Carlos Monedero, ideólogo de Podemos, en el programa *Fort Apache* de HispanTV, televisión oficial en español del régimen iraní, 24 de julio de 2015. <<

[3] <**http://www.rebelion.org/noticia.php?id=200734**>. **<<**

[4] <**http://www.forbes.com/billionaires/list/#version:static**>. **<<**

[5] DHHS (NIOSH) Publication Number 82-105 (octubre de 1981, revisado en junio de 2014), en <**http://www.cdc.gov/niosh/docs/82-105**>. **<<**

[6] *Toxicological Profile for 1,2-Dibromoethane,* Agency for Toxic Substances and Disease Registry, U.S. Public Health Service, julio de 1992, en <**http://web.archive.org/web/20091122182238/http://www.atsdr.cdc.gov/to**
<<

[7] Appleman, H., «The formation of exhaust condensation trails by jet aircraft» (1953), *Bulletin of the American Meteorological Society* 34: 14-20. <<

[8] Véase la *New Georgia Encyclopedia*, que detalla la historia de Pemberton y su invento, en <**http://www.georgiaencyclopedia.org/articles/business-economy/john-stith-pemberton-1831-1888**>. **<<**

[9] <**www.snopes.com**>. **<<**

[10] Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo, en armas desde el 14 de mayo de 1964 con el objetivo de implantar un Estado comunista y derogar la propiedad privada en Colombia. <<

TRES APUNTES SIN CONCLUSIÓN

[1] <**http://skciencia.es/post/130906932625/jos%C3%A9-antonio-p%C3%A9rez-tapias-y-los-transg%C3%A9nicos**>. **<<**

[2]

<**http://elcomidista.elpais.com/elcomidista/2015/12/04/articulo/144924383**
<<